

1 | JUVENIL

Autora nº1 Bestseller New York Times

MELISSA DE LA CRUZ

Un lugar
para
mí

Solo tú puedes decidir a donde perteneces

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2018

© 2018 Melissa de la Cruz

© de la cubierta: Mary Luna

diseño fuentes: Laci Ann

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)

[Agradecimientos](#)

Para mi marido,
por todo,
hasta por mi ciudadanía estadounidense.

el tigre menor

Recuérdalo, recuerda siempre que todos nosotros, sobre todo tú y yo, descendemos de inmigrantes y revolucionarios.

—FRANKLIN D. ROOSEVELT

1

La verdad es que los inmigrantes suelen ser más americanos que la gente nacida aquí.

—CHUCK PALAHNIUK, *ASFIXIA*

Primero tienes que colocarte. Meter el ombligo de nuevo hacia dentro. Levantar la caja torácica. Mantener el contacto visual. Acordarte de respirar. Sentir los músculos contraerse. Comprimirte. Alzarte. Volar. La actitud lo es todo. Recuerda que puedes hacer esa acrobacia. Ponte recta. Sonríe. Permanece recta mientras te balanceas en el aire. Confía en ti misma. Confía en tu equipo. Duda y caerás... y además decepcionarás al grupo entero, y eso es lo peor que puedes hacer como capitana de las animadoras, además de mangonear a todo el mundo como si fueras una abeja reina agresiva.

No hay nadie más intensa que una animadora, a pesar de que, según todas las películas de Hollywood que se han hecho, somos un puñado de niñas tontas que se ponen como locas con los chicos. Ya, claro.

¿Es que no lo entienden? Las animadoras forman parte de un equipo y, en un buen equipo, los miembros confían los unos en los otros. Lo único que evita que te abras la cabeza en el suelo del gimnasio son tus compañeras.

Animar te vuelve dura.

Leal.

Fuerte.

—Salto, salto, salto, voltereta —grita la entrenadora Davis y las voces resuenan entre las paredes del gimnasio. Saltamos tres veces en fila, extendemos brazos y piernas con movimientos perfectos para tocarnos los pies con las manos, y después hacemos una voltereta hacia atrás sobre las colchonetas.

Todas hacemos bien la voltereta menos Kayla. La voltereta le cuesta, a pesar de que antes era una de las mejores del equipo en hacerlas. Lleva un tiempo con la mente en otra parte, preocupada por sus padres, que no se llevan bien últimamente. Tomo nota mental de preguntarle cómo le va después del entrenamiento y tal vez ofrecerle ayuda para practicar algunos movimientos antes de que la pongan en periodo de prueba o la echen del equipo. Es mi mejor amiga, pero no nos vemos mucho porque tengo que estudiar para los exámenes trimestrales y preparar todas las solicitudes para las universidades.

—Mantén los pies juntos, Santos —me indica la entrenadora—. Cuando caes, te tambaleas.

Asiento, molesta por que me señale a mí y no le diga nada a Kayla. Sé que la entrenadora me baja los humos a propósito, no quiere que acabe con un ego desmedido. Por eso me eligieron capitana; tienes que sacrificarte por el equipo, por la acrobacia, o todo se derrumbará como una pirámide de naipes.

A veces las otras chicas se burlan de mí. «Eres perfecta, Jasmine. Lo haces todo bien. Fuiste la delegada de clase en tercero. Eres la capitana de las animadoras. Estás en el cuadro de honor. Haces voluntariado. ¿No te cansas nunca?».

«Nunca», respondo con una sonrisa. Aunque la verdad es que siempre estoy cansada, pero no puedo admitirlo, ni a mis amigos, ni, especialmente, a mi familia.

—Vamos a practicar la rutina hasta que acabe el entrenamiento —señala la entrenadora. Se acerca al equipo de sonido y pone la música.

La mayoría de las chicas se colocan en posición, pero Emily se cruza de brazos.

—Estoy agotada. No sé si voy a poder hacerlo de nuevo. —Tiene las mejillas de su tez irlandesa rojas.

—No seas dramática —le dice Deandra, apartándose las trenzas oscuras como si fuera la reina del Nilo. Se parece a Halle Berry, pero ella es más guapa con unas impresionantes pestañas espesas naturales—. Solo estás cansada porque te has pasado toda la noche mandando mensajes de texto a Brandon.

—A él le gustan mis mensajes. —Emily esboza una sonrisa y enarca una ceja, como si guardara un secreto sustancioso—. Mis emoticonos creativos.

Las mando callar. Es mi último año en el instituto y la última oportunidad para ganar las Nacionales. Si queremos vencer esta vez, todo el equipo tiene que ponerse serio en los entrenamientos. No tenemos tiempo que perder para ponernos en forma.

—¡A vuestras posiciones! —les ordeno.

La entrenadora asiente y hago la cuenta para comenzar la rutina.

—¡Cinco, seis, siete, ocho!

La música ruge en los altavoces.

La rutina comienza con piruetas de intensidad alta. Las realizamos sobre las colchonetas; nos lanzamos al aire, efectuamos las volteretas, las piruetas y caemos de pie. Las chicas se emocionan cuando se ponen en formación para la acrobacia de elevación. Me coloco en la base, ellas me propulsan hacia arriba y vuelven a cogerme. Las acrobacias son cada vez más complicadas y una de las voladoras pierde el equilibrio al desmontar de la pirámide, se choca contra la cuidadora posterior y esta cae al suelo. Las que están en la base la ayudan a levantarse.

La entrenadora para la música. Tiene el ceño fruncido.

—¡Lo tenemos! ¡Venga, chicas! —grito—. ¡Otra vez desde el principio!

Ensayamos la rutina una y otra vez hasta que todas las voladoras han terminado bien las acrobacias. Nos duelen los músculos y tenemos los brazos pegajosos por el sudor, pero cuanto mejor lo hacemos, más ganas tenemos de continuar, por lo que al final del entrenamiento todas animamos con más fuerza, estamos más rectas y volamos más alto.

Es muy satisfactorio.

Estamos a punto de comenzar la última ronda cuando la señora García cruza la puerta batiente y se acerca a nosotras con paso rápido. Los tacones de imitación de piel resuenan contra el suelo de madera. Qué extraño, ¿qué hace la orientadora en el entrenamiento de las animadoras? Las demás deben de hacerse la misma pregunta, puesto que están todas susurrando entre ellas en lugar de colocándose en posición.

La entrenadora la mira y se vuelve hacia nosotras.

—¡Chicas, escuchad! Quiero que forméis parejas y practiquéis el remonte, la voltereta hacia atrás y que después os enfriéis con estiramientos y aperturas de piernas, aguantando a cada lado treinta segundos. Observaos entre vosotras. Comenzad despacio y controlaos.

Cuando va al encuentro de la señora García, me acerco a Kayla y la ayudo a hacer el pino puente. Intenta levantar el pie, pero no controla el impulso, así que la ayudo guiando el movimiento.

Kayla Paredes tiene curvas, la cintura estrecha, el pelo rizado y oscuro y es de sonrisa fácil. Tiene a los chicos a sus pies desde que teníamos doce años, pero se cansa rápido de ellos. Pertenece a la quinta generación de mexicano americanos, lo que significa que aprendió español en clase, al igual que yo.

—¿Noche de pelis el viernes? —me propone—. En mi casa.

Estoy a punto de decir que no, tengo que estudiar, pero hace años que no hacemos algo así y tenemos que ponernos al día.

—Perfecto —respondo—. Tengo que consultarlo con mi madre, pero no creo que haya problema. Podemos hacer galletas con chocolate.

—Con extra de chocolate. —Sonríe de oreja a oreja.

Un par de minutos después, la entrenadora me llama.

—¡Santos! La señora García quiere hablar contigo.

¿Conmigo? ¿Pasa algo? Noto un pinchazo en el estómago. Es octubre y he estado intentado reducir mi lista de universidades. ¿He pasado por alto alguna fecha de solicitud? Llevo asistiendo al despacho de la señora García cada par de semanas desde el curso pasado para asegurarme de que voy por buen camino. ¿Se habrá olvidado de contarme algo importante?

Ayudo a Kayla a levantarse antes de dirigirme hacia ella e intento no parecer demasiado preocupada. La entrenadora me guiña un ojo cuando pasa por mi lado de camino al grupo y siento alivio. Eso tiene que ser por algo bueno.

—Tengo algo especial para ti —me dice la señora García y me tiende un sobre. Se cruza de brazos y alza las comisuras de los labios en una sonrisa.

El corazón se me acelera cuando veo un logo elegante impreso con tinta azul en la esquina superior derecha: «Programa de Becas Nacionales de Estados Unidos. Departamento de Educación». Sé que tengo mi futuro en las manos, ese por el que tanto he trabajado. El que mis padres han soñado desde que nos mudamos de Filipinas, cuando yo tenía tan solo nueve años. Danny era un niño e Isko un recién nacido. Me acuerdo de coger la mano de Danny en el avión mientras mi madre acunaba a Isko en el regazo mientras el avión avanzaba por la pista y despegaba hacia Estados Unidos.

Escribí acerca de ello en el ensayo de la solicitud, de que uno de mis recuerdos más antiguos es mirar por la ventana de nuestra primera casa en California, las luces brillantes y la silueta severa de las palmeras, y lo diferente que era de las vistas de las montañas verdes y húmedas de nuestra casa en Antipolo, donde había mucha humedad y siempre llovía, y teníamos que dejar las mosquiteras puestas. Me imaginaba Estados Unidos como una ventana abierta: a nuevas posibilidades, a la nueva vida prometida a los que viajan desde lejos para alcanzar sus sueños.

El Programa de Becas Nacionales es uno de los más prestigiosos del país, concedido solo a los estudiantes superiores, a los mejores de entre los mejores, elegidos no solo por sus calificaciones y logros, también por sus cartas personales y las recomendaciones de los profesores. Es parecido a una solicitud de plaza de una universidad, supongo, pero es más difícil que entrar en las facultades más prestigiosas. Me esforcé mucho en la solicitud, ansiaba que me la concedieran. Y ahora que está aquí, estoy temblando.

La señora García posa la mano en mi hombro y me devuelve al presente.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dice, como si fuera hija suya.

Abro el sobre y casi rompo la carta. Cuando la desdoble, miro la firma que hay al final. Está firmada de verdad, no es un sello, por el presidente de Estados Unidos. Vuelvo al principio y comienzo a leer el cuerpo de la carta.

Estimada señorita de los Santos:

Me complace concederle la Beca Nacional como reconocimiento a sus increíbles logros académicos. El premio incluye una compensación financiera que cubre cuatro años de estudios en la universidad de su elección. Solo se eligen cada año a trescientos estudiantes de los miles de solicitantes altamente cualificados, lo que convierte este premio en uno de los más competitivos del país.

Forma usted parte de un selecto grupo de jóvenes impresionantes, jóvenes que, con dieciséis y diecisiete años de edad, no solo han triunfado académicamente, sino que además han llevado a cabo investigaciones médicas innovadoras, han tocado en la filarmónica de Los Ángeles, han competido en las Olimpiadas, creado empresas, realizado voluntariados para organizaciones internacionales de servicio social y mucho más. Los becados siguen asistiendo a las mejores universidades del país y usan sus dones para mejorar nuestro país y el mundo entero.

Es un placer para mí invitarla a asistir al Programa Nacional de Aceptación de Becas para celebrar su éxito y que conozca a funcionarios del estado, educadores, músicos, científicos, líderes empresariales y becados anteriores. También contará con la oportunidad de visitar museos históricos y monumentos, así como de asistir a recitales, recepciones y ceremonias oficiales como invitada del Departamento de Educación. Por favor, complete y reenvíe el formulario que está incluido en esta carta. Se le enviará más información sobre el viaje a Washington D. C. en las próximas semanas. ¡Enhorabuena! Estoy deseando ver lo que hace para lograr un futuro mejor para nuestro país.

Atentamente,

El presidente de Estados Unidos

Me cuesta respirar. Este es el día más feliz de mi vida. Todo a lo que he renunciado: horas de sueño, el carné de conducir (porque mis padres no me permitían aprender), todas las fiestas a las que no he ido, toda la diversión que me he perdido, los chicos a los que no he besado...

No es nada comparado con esta beca.

La señora García arrastra los pies por el suelo del gimnasio, dejando pequeños borrones en la madera.

—Este es un enorme logro, Jasmine. Desde que trabajo aquí, no ha habido ningún becado nacional de nuestra ciudad. Es el mayor honor con el que se puede premiar a un estudiante.

«Una beca completa en una universidad de mi elección». Mis padres no tendrán que preocuparse por los costes de los estudios. La idea me deja sin aliento. Ahora lo puedo ver con claridad: mi futuro.

La universidad. La escuela de posgrado. Aún no sé qué quiero hacer, pero sí sé que destacar en la meritocracia es mi sueño americano. Una carrera próspera y un marido guapo. Una familia. Soy bastante anticuada a ese respecto, tal vez porque soy filipina, pero desde que era una niña he querido tener una familia propia y un matrimonio como el de mis padres. Muy cursi, lo sé, pero soy americana y lo quiero todo.

He trabajado duro para conseguir esto, he renunciado a todo. Algunos de mis amigos bromean diciendo que tengo diecisiete años y que voy a cumplir treinta y cinco. Eso ya no importa. Lo que está claro es que las limitaciones de mis padres no me van a frenar. Mi madre se graduó con las mejores notas en su clase de Filipinas, pero en Estados Unidos trabaja limpiando vómitos en un hospital, y mi padre, el hombre más inteligente que conozco, se gana la vida conduciendo autobuses. Pero siempre han creído que, si sus hijos fueran americanos como lo soy ya, el cielo es el límite.

Aquí está. El cielo es increíble.

Este es mi año. Mi oportunidad (gracias, *Hamilton*¹).

La euforia que siento es casi igual, si no mejor, que una caída perfecta tras una acrobacia en las Nacionales.

1 N de la T: «Mi oportunidad» (My Shot) es una canción del musical estadounidense Hamilton.

2

Mi padre nos enseñó que un inmigrante tiene que trabajar el doble de duro que otra persona, que no puede abandonar nunca.

—ZINEDINE ZIDANE

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta Kayla cuando la señora García se marcha. Arquea las cejas y espera, expectante, mi respuesta.

Soy incapaz de ocultar la euforia, pero quiero contárselo primero a mis padres. Es una noticia muy valiosa, un éxito logrado con demasiado esfuerzo como para compartirlo incluso con mi mejor amiga. No es que no vaya alegrarse por mí, se va a poner como loca, pero mamá y papá merecen ser las primeras personas en enterarse.

—Buenas noticias sobre las solicitudes de la universidad —respondo—. Cree que puedo solicitar una Beca Regent para las escuelas de la Universidad de California.

Las Becas Regent son la respuesta de California al Programa de Becas Nacionales. Cubren miles de dólares de estudios al año para un gran porcentaje de los solicitantes y sé desde hace tiempo que puedo solicitarla, pues el plazo para hacerlo vence a finales de noviembre.

—Eso te lo podría haber dicho yo misma —me dice. Me saca la carta de la beca del sujetador deportivo y la meto en el bolsillo de la mochila.

Cuando termina el entrenamiento, nos encontramos con Lorraine Schiana en el aparcamiento, apoyada en su coche con un par de chicos. Se está retorciendo el pelo rojo oscuro en un dedo. Lo tiene una belleza que paraliza, pero nunca parece intentar ser guapa. Es de ese tipo de personas: elegantes, bohemias, como la novia de una estrella del rock famosa. Es toda una diva, siempre sale con músicos guapos distintos que son un año o dos mayores que ella y se tiñe el pelo de colores increíbles y poco naturales: rosa, azul, lavanda y plateado. Justo ahora lleva el pelo de su color natural porque me contó que los tintes le habían dejado muy secas las puntas. Somos amigas desde secundaria, pero Lo empezó a salir con gente diferente cuando llegamos al instituto y con todas las tareas de clase yo no contaba con tanto tiempo libre como me gustaría. Aunque ya no somos tan íntimas, sigo apreciándola. Su mundo siempre parece mucho más grande que el mío, conoce a mucha gente y hace tantas cosas divertidas que a veces siento algo de celos.

Cuando paso por su lado, la saludo con la mano, pues no quiero interrumpir la conversación.

Kayla se acerca a mí.

—¿Quiénes son esos? —me pregunta en un susurro—. Me pido el de la camiseta de Bob Marley.

Es como si los chicos notaran que está hablando de ellos, porque vuelven la mirada

hacia nosotras, y eso hace que Lorraine también nos vea.

—Hola, Jas —me saluda— ¿Qué tal? Llevo mucho sin verte.

—Como siempre. —Le devuelvo la sonrisa—. ¿Cómo estás tú?

—Pasando el rato con estos pardillos. —Señala a los chicos que tiene al lado—. Este es mi novio Julian. Y él es Dylan. Tocan juntos en la banda.

Julian es afroamericano y guapísimo, con la piel tostada y rastas. Lleva una boina roja y tiene los brazos llenos de tatuajes. Kayla sonrío a Dylan, que parece un surfero con el pelo rubio alborotado, unas gafas de sol tipo aviador y una camiseta con la cara de Bob Marley. Estoy segura de que ya está loca por él.

—Conque animadoras, ¿eh? —pregunta Dylan.

Exhalo un suspiro.

—Qué listo, ¿cómo lo has adivinado?

No llevamos puestos los uniformes y no me gusta la forma en la que ha pronunciado «animadoras», como si solo fuéramos unas chicas que agitan unos pompones. Nuestro equipo ganó las Regionales el año pasado. Somos tan atléticas como los chicos con cascos a los que supuestamente animamos. (Ellos pierden todos los años. Nuestro equipo tiene un porcentaje de victorias mejor. Zasca).

El chico sonrío con suficiencia.

—Las zapatillas blancas y feas son bastante reveladoras.

—Déjala en paz, Dylan. Es amiga mía —le reprende Lo.

—Mi hermana mayor era animadora —explica él en tono de disculpa.

—Qué bien —interviene Kayla, que prácticamente está babeando por él a pesar de su intento por parecer desinteresada—. ¿A qué instituto vais vosotros?

—Nos graduamos el año pasado. Dylan va a Valley College. Yo me estoy tomando un tiempo para centrarme en la música —explica Julian—. Tal vez vuelva a los estudios para estudiar para ingeniero de sonido. Todavía no lo tengo claro.

Lo se echa el pelo por encima del hombro.

—¿Queréis venir a casa el viernes? —nos propone—. He invitado a unas cuantas personas para pasar el rato. Va a estar bien, mis padres no están en la ciudad.

—No sé —respondo, vacilante, a pesar de que noto la mirada penetrante de Kayla fija en mí—. Queda poco para los exámenes y ya sabes cómo son mis padres. Además, Kayla y yo ya tenemos planes para esa noche. —Quedarme en casa y hacer galletas de chocolate, pero no digo nada.

—¡Podemos cambiarlos!

—Venga, Jas —insiste Lorraine—. Vamos a pasarlo bien. Sal un rato, para variar.

—Bien, quizá. Mándame los detalles por mensaje. —Odio decepcionar a la gente y echo de menos a lo.

—Claro —responde—. Nos vemos allí. Adiós, Jas. Adiós, Kayla.

Kayla parece sorprendida de que Lorraine sepa su nombre, pero se recobra con rapidez.

—Genial, gracias, lo. —Mira a los chicos—. ¿Vosotros vais a ir?

A Julian parece divertirle la situación. Intercambia una mirada con Dylan. No sé qué es lo que tratan de decirse. Chicos, nunca los entiendo.

—Sí, allí estaremos —responde Julian y Dylan asiente.

—Estupendo —concluye Kayla.

Kayla y yo nos encaminamos a su nuevo Dodge Charger blanco perlado que le compraron sus padres en su décimo séptimo cumpleaños. Dejamos las mochilas en el asiento trasero y nos sentamos delante, agitadas y exhaustas, aunque sé que ella está de buen humor por la invitación a la fiesta y por haber conocido a esos chicos.

Me va a llevar al hospital en el que trabaja mi madre. Yo no sé conducir aún, lo que resulta bastante embarazoso, sobre todo desde que vivo en Los Ángeles (bueno, en Chatsworth, pero nadie quiere admitir que vive en el Valley).

Mi padre siempre me promete que va a enseñarme a conducir, pero nunca tenemos tiempo con nuestros horarios, y menos con todo el entrenamiento de las animadoras. Ahora mismo no tengo tiempo de ir a ninguna parte que no sea el instituto y los entrenamientos, así que tampoco me importa demasiado.

Kayla enciende el motor y baja la ventanilla.

—Era guapo, ¿eh? ¿Crees que se ha fijado en mí? Dylan.

—Como para saberlo con esas gafas de aviador —respondo, bromeando por su preferencia por los «chicos malos».

Cuando sale del aparcamiento y accede a la carretera, cambio de tema. En cuanto Kayla se pone a hablar de chicos, no para y yo quiero empezar una conversación más importante.

—Oye, tus volteretas son muy buenas —le digo.

Pone los ojos en blanco.

—Gracias, pero no necesito cumplidos falsos.

Busco en su expresión cualquier atisbo de sarcasmo, pero no veo ninguno.

—No estoy siendo falsa contigo —replico.

—No me irás a hablar de si puedo o no hacer las acrobacias.

—Claro que no. Siempre has sido de las mejores del equipo.

Aprovecha que se para en un semáforo en rojo y se vuelve hacia mí.

—No necesito que me hagas sentir mejor conmigo misma, Jas. Podrías limitarte a preguntarme cómo me va. Siento que ya apenas existes fuera de los entrenamientos.

—Lo siento. —Y lo digo de verdad. Sé que ha habido momentos en los que Kayla me necesitaba y la he descuidado—. Soy una amiga horrible.

—No, ya sé lo importante que es para ti ser la mejor, así que entiendo que tengas que trabajar tan duro. Pero no te olvides de que yo también estoy aquí.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Gracias, K. Y bien, ¿cómo te va? ¿Sigues saliendo con ese chico? ¿Cómo se llama? ¿Jason?

—Uf, tenemos que ponernos al día. Solo tuve como dos citas con él, si es que se le puede llamar citas... En la última me llevó a unos recreativos y esperaba que me quedara allí mirando cómo jugaba a videojuegos. Le dije que tenía que ir al baño y lo dejé allí jugando al minigolf con uno de los chicos con los que trabaja en los recreativos.

Nos echamos a reír con la historia y me doy cuenta de que me ha perdonado por estar tan ausente últimamente.

—Sé que has notado que mis notas han empeorado más de lo normal —continúa—, pero no es por los chicos.

Me quedo callada. La conozco lo suficiente como para entender que no va a dejar el tema hasta que haya dicho todo lo que necesita decir. Hablar es su forma de procesar las cosas, mientras que yo tiendo a guardarlo todo dentro hasta que hay algo que me preocupa tanto que acabo estallando en lágrimas.

—Mis padres se están separando. Mi padre se fue la semana pasada, vive en un apartamento en Simi Valley. —Toma una bocanada de aire y le tiembla el labio superior.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —le pregunto y siento que se me revuelve el estómago. Sabía que las cosas iban mal en casa, pero no que fueran tan mal. Da igual la edad que tengas, que tus padres se divorcien es la pesadilla de todos los niños. Me siento fatal por ella.

Mi amiga niega con la cabeza.

—No lo sé. Creo que mi padre tenía una aventura, pero no me han contado nada. Supongo que mi madre no quiere que Brian y yo lo odiemos. —Su hermano pequeño tiene la edad de Danny.

—Claro que no, pero es horrible. —Me acerco y le doy a Kayla lo más parecido a un abrazo que puedo mientras conduce—. Lo siento mucho, K. No sé qué decir. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

Me devuelve como puede el abrazo y se restriega los ojos ella también.

—No pasa nada. Me alegro de habértelo contado.

—¿Quieres que la noche de pelis sea en mi casa en lugar de en la tuya? Así puedes salir de ahí un rato —sugiero.

—¿Te refieres al viernes? Pensaba que íbamos a ir a la fiesta de Lo después del partido...

—Eh, no lo sé. De todas formas no es una fiesta, es para pasar el rato.

—Ya sabes que pasar el rato es un nombre en clave para referirse a un desmadre total, ¿no? No puedo ir sin ti.

—Sí puedes. No me necesitas.

—Vamos a ir a esa fiesta —concluye con determinación—. Estamos en el último curso, Jas. Ya es hora de que te diviertas un poco.

Dylan no tiene ni idea de lo que le espera. Cuando Kayla quiere algo, lo consigue, sobre todo cuando se trata de chicos. Después los desecha como si fueran moscas y estos les dejan comentarios tristes en Internet y le preguntan por qué nunca les responde. Ojalá yo tuviera su seguridad en el campo de batalla. Tampoco es que sea tímida con los chicos, pero con lo estrictos que son mis padres con respecto a las clases y todas las actividades extraescolares no he tenido tiempo ni oportunidad de echarme novio.

Kayla toma la curva y entra en el aparcamiento del hospital.

—Tienes que venir. Necesito que seas mi celestina. Dile a tus padres que vas a quedarte en mi casa. Es la verdad, después de la fiesta volvemos allí.

—No sé. Ya los conoces. Seguro que mi madre me llama cuando supuestamente estemos en tu casa y me dice que quiere hablar tu madre para fingir que no está comprobando cómo estoy.

Quiero ir a la fiesta de Lo, de verdad que sí, pero no quiero mentir a mis padres, por mucho que discrepemos. Ya sé que todo el mundo piensa que soy una buena chica, pero no puedo arriesgarme a meterme en un lío como otros chicos. Soy una inmigrante en este país. Mi padre siempre me dice que tenemos que trabajar el doble de duro que cualquier otra persona para conseguir lo mismo, lo que quiere decir que tengo que trabajar cuatro veces más duro, porque quiero ser la mejor.

—¿Qué va a decir Lo? —pregunta Kayla—. Le has dicho que vas a ir.

Miro por la ventanilla las palmeras que se alinean en el límite del aparcamiento. ¿Por qué me siento culpable tan solo con pensar en hacer cosas que la mayoría de los adolescentes hacen?

—No, le he dicho que quizá.

—¿Por qué lo intento siquiera? —se queja, claramente enfadada—. Tus quizá

siempre significan no.

Tiene razón, pero si no le dijera que no siempre a todo, tal vez no habría conseguido el mayor sí de mi vida: el billete de oro, el que me llevará directa a la cima, al lugar que me corresponde.

3

La tierra ha florecido porque se ha alimentado de muchas fuentes, porque se ha nutrido de muchas culturas, tradiciones y gentes.

—LYNDON B. JOHNSON

Me despido de Kayla con la esperanza de que no esté muy enfadada conmigo. Le prometo que me pensaré lo de ir a la fiesta de Lo y entro en el hospital. Mi madre lleva trabajando aquí unos cuantos años. Es lo que llaman una trabajadora del servicio doméstico, lo que significa, básicamente, que es una limpiadora ensalzada. Tienes que hacer de todo, desde fregar los pasillos hasta lavar las sábanas sucias. Me siento mal por ella, sobre todo este año. Ya era bastante duro su trabajo y la administración del hospital cambió hace unos meses y empezaron a despedir a algunos de los compañeros de mi madre, lo que significa que ella tiene que encargarse del doble de trabajo que antes. Y le preocupa perder el empleo.

Empecé a trabajar como voluntaria en el hospital, en la tienda de regalos, cuando estaba en primer curso; después pasé a ayudar a las enfermeras, pero hace un año comencé a entrevistar a los pacientes para un proyecto. Es para un estudio de investigación, para comprobar cómo afectan los vínculos y que te escuchen al proceso de curación, sobre todo en pacientes de avanzada edad. Al parecer, los pacientes necesitan tener interacciones personales, en especial durante el proceso de recuperación, y esos momentos pueden paliar incluso los síntomas físicos. Escuchar a mi madre hablar de lo triste que era que hubiera tantas personas en el hospital que nunca recibían visitas me animó a ofrecerme a ayudar. También escribí mi experiencia en la redacción para la Beca Nacional. Los pacientes necesitan saber que hay gente que se preocupa por ellos, que alguien escucha lo que tienen que decir. Para muchos de ellos, ese alguien soy yo.

Intento olvidarme de lo decepcionada que está Kayla y traspaso la puerta para entrar en la zona de Urgencias. Gladys, una mujer mayor con el pelo blanco y rizado que lleva peinado con tirabuzones cerca del cuero cabelludo, está sentada detrás del mostrador en el que los pacientes rellenan los formularios. Está hablando con otro señor que lleva un traje azul elegante, a quien acompaña a un chico alto de más o menos mi edad. Parecen padre e hijo, excepto por el detalle de que el chico tiene el pelo castaño oscuro y su padre lo tiene más del tono del trigo.

Aprovecho que el joven escucha a su padre para mirarlo. Está bronceado, aunque no tanto como para tratarse de un bronceado dorado natural. Debe de ser mestizo. ¿De padre caucásico y madre latina tal vez? Lo sé porque yo también lo soy. Los filipinos son un poco de todo. (Yo soy filipina china hawaiana francesa). Él tiene los ojos marrones oscuros y los pómulos afilados, y lleva un traje azul con una corbata verde y zapatos de vestir marrones. Aunque lleva la ropa impoluta, tiene aspecto de haberse pasado las manos por el pelo demasiado. Cuando sonrío por algo que dice su padre, le sale un hoyuelo en una mejilla. Mira en mi dirección y me descubre observándolo. Me ruborizo, porque me

parece muy guapo. Se me acelera el corazón y me siento afortunada de no estar conectada a ninguna máquina justo ahora.

Su padre da a Gladys un apretón de manos.

—Gracias por su ayuda, señora Robertson. —Se dirige al ascensor, pero el hijo se queda atrás.

—Adelántate, papa. Se me ha olvidado una cosa.

Saludo a Gladys y me tiende la carpeta con la lista de los pacientes de hoy que han firmado el consentimiento para formar parte del proyecto. El chico sigue a mi lado. Cuando Gladys se levanta de la silla, enarca una ceja en mi dirección y después finge estar ocupada con los archivos.

Noto que el joven me está mirando, pero no dice nada, así que finalmente hablo yo.

—¿Qué se te ha olvidado? —pregunto.

—Pedirte el número de teléfono —responde con tono grave y firme.

Me ruborizo y, cuando nuestras miradas se encuentran, siento una chispa en mi interior, como si me encendieran por dentro. Me sonrío con ese flequillo largo y alborotado y me dan ganas de pasarle las manos por el pelo, tan grueso, brillante y tentador. Nunca antes me había sentido atraída por nadie y me sorprende lo mucho que ansío tocarle... el hombro, el codo.

Sin darme cuenta, busco mi teléfono. No sé por qué, pero ahora mismo no recuerdo mi número, mucho menos mi nombre.

Gladys grita desde el mostrador.

—¡Jazzy, cariño! —me llama—. ¡Tengo otro paciente para ti!

Me muero de la vergüenza, pero la sonrisa del chico se ensancha. Me quita el teléfono de la mano; ni siquiera me había dado cuenta de que lo había cogido.

—Oye, ¿por qué no me mandas un mensaje? Así eres tú la que decides. Ya veo que tu madre te ha enseñado a no hablar con desconocidos. —Anota su número, se hace una fotografía rápida y ridícula para colocarla en la información del contacto y me devuelve el teléfono. Tiene los dedos calientes y secos. Siento electricidad en la mano.

Me meto el teléfono en el bolsillo en un intento de parecer igual de tranquila que él. Me encojo de hombros, como si esto no me importara en absoluto.

Cuando se ha marchado, Gladys vuelve al mostrador con cara de estar pasándoselo bien y una hoja de papel con otro nombre.

—¿Qué quería? Aunque me lo puedo imaginar —bromea.

—¿Quién es? —pregunto, haciendo caso omiso de la broma.

—El hijo del congresista Blakely. Su padre representa a nuestro distrito. Vienen a

visitar a un familiar.

Le echo una mirada al teléfono, a la foto que se acaba de hacer. En ella sonrío como un tonto. Un tonto muy guapo que hace cosas como pedirle el número de teléfono a una chica. Leo ROYCE BLAKELY. ¿Royce? ¿Qué clase de nombre ridículo es Royce?

Gladys sonrío.

—Es guapo, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco.

—Estaría más guapo si no llevara puesto un traje. ¿Quién se pone traje en Los Ángeles?

—Cuidado con lo que dices —me advierte, dando golpecitos con un bolígrafo en el mostrador—. Cuando seas mayor, querrás que tu pareja vista mejor. Algunos se vuelven muy perezosos. Unos cuantos años juntos y acabarás pidiéndole que se quite los pantalones del pijama para la fiesta de Navidad. Yo misma tendré que hacerlo con Bob este año de nuevo.

Me río y me despido de ella. Entro en el ascensor para subir a la planta en la que están las personas con enfermedades crónicas o que tienen que permanecer en el hospital largos periodos de tiempo. Mi madre se hace amiga de muchos de estos pacientes, ya que tiene que limpiar sus habitaciones todos los días. Cuando llega a casa más callada de lo habitual, sé que es porque ha muerto uno de ellos.

La mayoría de nuestros familiares viven en Filipinas, así que comprendo lo que es estar lejos de la gente que quieres. Pero al menos sé que están vivos. No puedo ni imaginarme lo que haría si supiera que nunca podría volver a verlos. Hace tiempo que no vamos a Manila y lo echo de menos. Extraño la casa enorme de mis abuelos en el campo, donde, a cualquier hora del día, siempre había vecinos, amigos y familiares reunidos en torno a mesas en los patios jugando al *mah-jongg* o a las cartas. Su casa es como el centro comunitario del pueblo, siempre abierta a todo el mundo.

Vuelvo a mirar el teléfono. Se llama Royce. ¿En serio? ¿Tengo que llamarlo así?

«¿Por qué no me mandas un mensaje? Así eres tú la que decides», me ha dicho. No es un desconocido, es el hijo de un congresista. Porque se supone que tienes que conocer a tus congresistas, ¿no? Puedo ser una buena ciudadana.

jasmindls: Hola, soy yo, le escribo.

Recibo respuesta enseguida.

royceb: ¿jazzy cariño?

jasmindls: La misma, Rolls Royce.

royceb: qué original :(

jasmindls: ¿Es tu nombre de verdad o es que tu padre quería un coche?

royceb: por si te interesa, me llamo así por mi tío, que está muerto.

jasmindls: ¡Oh! Lo siento. Culpa mía.

royceb: no, la culpa es mía. mi tío está vivo. 🐱

jasmindls: 😞 ¡¡Qué malo!!

royceb: en realidad acaba de sufrir un accidente de coche, por eso estábamos en el hospital.

royceb: ¿conque no te gusta mi nombre?

jasmindls: No, me gustan los coches lujosos.

royceb: genial. 😎 ¿Te llamo entonces Jazzy para acortar?

royceb: ¿o prefieres Cariño?

jasmindls: Mejor Jasmine, muchas gracias.

royceb: encantado de conocerte Jasmine.

jasmindls: igualmente. Tengo que dejarte, te escribo cuando llegue a casa.

royceb: 🙌

Las enfermeras están en su puesto hablando y un empleado pasa por mi lado en el pasillo con un carrito de comida con la cena. Normalmente suelo coger una gelatina para mí. No lo admitiría nunca, pero me gusta la comida de hospital. Esta vez, sin embargo, no lo hago. Estaba muerta de hambre, pero, no sé por qué, se me ha pasado. Estoy emocionada y mareada, y sospecho que puede tener algo que ver con el chico que me está escribiendo.

Veo a mi madre doblar la esquina con su uniforme azul oscuro, arrastrando un cubo lleno de agua y una fregona detrás de su figura menuda.

—¡Mami! —la llamo, y me abalanzo sobre ella. Nunca la llamo así, solo cuando quiero hacerla feliz. Es algo nuestro, filipino, y ahora mismo estoy deseando contarle la noticia de la beca—. ¿Sabes qué?

Pero antes de que pueda decir nada más, deja la fregona en el suelo y se apoya en el mango.

—¿Estás ocupada? —me pregunta—. Te necesito.

Niego con la cabeza, decepcionada por no contar con toda su atención, y mi buen humor decae un poco. Parece estresada.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes venir a ayudarme? No tienes que tocar nada, solo necesito que te asegures de que nadie pisa la suciedad.

Asiento y la sigo. Cuando, en ocasiones, siento demasiada presión, cuando estoy a punto de estallar de ansiedad por las notas o me enfado porque no tengo vida social, pienso en mi madre y en lo mucho que se sacrifica por nosotros, para que tengamos una vida mejor. Me siento muy agradecida con ella y con mi padre por todo.

Me conduce por el pasillo hasta una habitación grande. Hay una enfermera moviéndose afanosamente al lado de la cama, aseando con una esponja a una señora menuda y frágil con el pelo canoso. Bajo la mirada para ofrecerles algo de privacidad, pero la mujer se queja sonoramente.

—Aquí no hay nada especial que ver, cielo. Cuando eres tan mayor, no existe la dignidad. Se te caen los miembros, como en un automóvil destartado, y tienes que contar con un mecánico que te mire por dentro. Es curioso cómo la gente joven se muestra tan modesta cuando no hay razón para ello. Como siempre digo, alardea de lo que tienes.

Miro a mi madre con una ceja arqueada y ella reprime una sonrisa. Esta paciente es de armas tomar, eso está claro.

La enfermera baja el ritmo mientras mi madre empieza a limpiar la orina del suelo. Como no tengo permiso para tocar nada, me limito a escurrir el agua de la fregona. Llevo varios años trabajando de voluntaria en el hospital y sigo sin comprender cómo hace mi madre su trabajo. Yo no podría pasarme todo el día limpiando lo que ensucia esta gente. Siento un gran respeto por ella, es más fuerte que nadie que haya conocido nunca. En el fondo, creo que ella también lo sabe. Mi madre no sufre por tonterías y siempre me ha dicho que puedo trabajar para llegar a la cima. Siempre ha creído en mí, en que puedo hacer cualquier cosa, ser quien quiera.

Para cuando hemos terminado, la enfermera ya se ha ido de la habitación y la mujer está hablando de nuevo sobre algo relacionado con haber conocido a Frank Sinatra. Mira por la ventana los altos edificios que hay en la calle, así que no sé si está hablando con nosotras o para sí misma.

Mi madre me da un golpecito con el hombro.

—¿Por qué no la entrevistas para el proyecto?

Compruebo primero si la habitación está en la lista de aprobaciones y me doy cuenta de que esta paciente ha sido la última que ha añadido Gladys.

—Nos vemos en el aparcamiento al final de mi turno —me dice mi madre al tiempo que arrastra el cubo de la fregona fuera de la habitación.

Asiento y me acerco al lado de la cama para sentarme. Tengo la sensación de que las historias de esta señora pueden ser interesantes, sobre todo porque estaba explicando a la enfermera que conoció a Frank Sinatra en el *backstage* y este le dio un beso en la mejilla.

—Hola, me llamo Jasmine de los Santos —me presento—. He venido para entrevistarla para el estudio en el que se ha inscrito. También me gustaría compilar las historias en un libro y compartirlo con la gente a finales de año.

Me mira detenidamente y me doy cuenta, por primera vez, de que tiene los ojos de un color azul blanquecino, como un cielo lleno de nubes.

—Supongo que quieres saber mi nombre. —Tiene un ligero acento de un lugar que no logro ubicar.

Asiento.

—Sería un buen comienzo.

—Mi nombre completo es Amelia Florence Marsh —indica con un tono de voz digno

de la reina de Inglaterra.

—Señora Marsh...

—Señorita Marsh. Supongo que da lugar a confusión, ya que Marsh es mi apellido de casada. Soy viuda.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Cómo le dices a la gente que te llame cuando no estás divorciada pero tampoco estás casada ya? No importa, mis amigos me llaman Millie, y vamos a ser amigas, ¿no? Lo preveo.

Sonrío.

—Millie, no he podido evitar escuchar su historia acerca de Frank Sinatra. ¿Quiere empezar por ahí?

La señora enarca una ceja gris perfectamente depilada.

—Claro. Era muy joven por entonces, tendría unos quince años.

—¿Y qué fue lo que él le dijo?

Frunce los labios y mira al techo como una niña pequeña que lleva mucho tiempo guardando un secreto importante y está deseando contárselo a alguien, aunque, al mismo tiempo, no quiere meterse en problemas.

—Me dijo que, si fuera un poco mayor, sería su tipo de mujer —responde con una carcajada ronca—. Este Frank...

Me río con ella.

—¿Ha conocido a más famosos?

—Por supuesto. Vivíamos en Beverly Hills y era algo normal debido al trabajo de mi marido. Pero no soy ninguna presuntuosa, si es eso lo que estás pensando, señorita. El recuerdo tan solo me devuelve de nuevo a la juventud, a la época en la que tenía un cuerpo que funcionaba conmigo y no en contra mía. Ser vieja es horrible.

—Lo siento, no pretendía ofenderla —digo, aunque me gusta que sea una mujer tan impredecible.

Millie se limpia la frente con el dorso de la mano.

—No, lo siento yo, querida. Soy una persona despreciable cuando estoy enferma. No debería de haberte hablado de esa forma. Es solo que no me siento bien. A mi edad, todo deja de funcionar. Tienen que decirme si tengo algo en el corazón, pero creo que lo único que tiene malo es que está viejo.

—Mejor la dejo descansar. —Me dispongo a levantarme, pero la mujer me agarra del antebrazo y tira de mí para que me siente.

—Quédate, por favor. Me gustaría hablar un poco más.

Le sonrío. Me recuerda a mi tía Girlie, con carácter, pero amable. De repente echo de menos Filipinas. No me gustaría mudarme de nuevo allí, pero extraño a mi familia. A mis abuelos, primos, tías, tíos... el ir y venir de todos ellos por la casa, el ruido, las risas y la luz.

—¿Entonces vive en Beverly Hills? —preguntó, y me pregunto si Royce será también de allí. Con un nombre como ese...

Millie reacomoda un cojín que tiene a la espalda, se retrepa y se prepara para la extensa charla.

—Correcto, ¿empiezo por ahí?

Asiento y ella comienza a contar su historia. La escucho con paciencia, ofreciéndole toda mi atención, a pesar de que estoy ansiosa por que termine el día y poder marcharme a casa para contar a mis padres la buena noticia. Se van a caer muertos cuando se enteren de que me han concedido la Beca Nacional.

4

Siempre he deseado que esta tierra se convierta en un asilo seguro y aceptable para la parte virtuosa y perseguida de la humanidad, sea cual sea la nación a la que pertenezca.

—GEORGE WASHINGTON

De camino a casa desde el hospital, mi madre permanece en silencio, agotada. Quiero contarle la noticia, pero opto por esperar hasta que esté también mi padre, así será más espectacular y especial. Así pues, en lugar de hablarle de ese tema, lo hago de Millie.

—Me alegro mucho de que se haya inscrito en el proyecto —le cuento—. Ha sido una mujer genial. ¿Sabes que fundó su propia empresa de construcción? Era aparejadora.

Mamá asiente.

—Ya te tengo dicho que las mujeres pueden hacer lo que se propongan.

Cuando llegamos a casa, la sigo a la entrada. Hay una buganvilla rosa enredada en el enrejado, en la fachada de la casa. A mi madre le encantan las flores coloridas, la hacen sentir en casa aquí en Estados Unidos. Las planta todos los años: hibisco, ylang ylang, azalea, ave del paraíso, verbena, espuela de caballero escarlata, galán de noche. Nuestra casa es pequeña, pero mi madre se asegura de que el nuestro sea el mejor jardín del vecindario. Es su orgullo, aparte de sus tres hijos.

Entro y me cambio las deportivas por unas *tsinelas* celestes, unas zapatillas de casa cómodas. Mi madre ya está en la cocina hablando bien alto con lola Cherry por teléfono mientras trocea yaca y plátanos para hacer *turon* de postre. lola Cherry no es mi abuela, es la tía de mi madre, pero la llamamos lola —abuela— igualmente. Es lo más parecido a una que tengo en Estados Unidos. Llevo sin ver a mi verdadera lola desde que tenía trece años y mis hermanos siete y cinco. Ellos ni siquiera la recuerdan ya, no tienen muchos recuerdos de nuestro país nativo. Danny e Isko solo hablan inglés, y mi tagalo es tan malo que mi madre siempre me riñe por perder mi cultura. Odio que diga esas cosas, como si no hubiera sido ella la que hubiera decidido que nos mudáramos a América, pero no me quejo. Si mis padres se hubieran quedado en casa, nunca me habrían concedido esta beca. ¿Y conocer al presidente? ¿Al líder del mundo libre? Ni pensarlo.

Me acerco a mamá y cojo un trozo de yaca, muerdo la carne pegajosa y saboreo el jugo dulce. Me hace gestos para que salga de la cocina, fingiendo molestarse conmigo. Estoy deseando contarle a todo el mundo la gran noticia, pero decido esperar hasta que hayamos cenado para que me presten atención. Quiero que mis hermanos también lo sepan. Los quiero casi como si fueran hijos míos y no mis hermanos. Es una sensación extraña. Cuando eran muy pequeños y nos mudamos a Estados Unidos, las amigas *pinay* —y mejores— de mi madre me llamaban *maliit na ina* —pequeña mamá— porque era muy protectora con los chicos.

Mis hermanos y yo somos muy distintos, y no solo porque yo soy una chica. Va más

allá. Como soy la mayor, siempre he tenido más presión por conseguir que las cosas me salgan bien. Tengo que dar ejemplo, y también actúo de puente entre ellos y mis padres. Danny e Isko son prácticamente cien por cien americanos. Como si mis padres fueran la primera generación de inmigrantes y ellos, la segunda, pero yo estuviera a medio camino entre ellos, tratando de descubrir cómo ayudarlos a entenderse entre sí.

El pasillo está inundado de los sonidos de mis hermanos jugando a videojuegos en la parte de atrás de la casa. Papá está viendo las noticias locales. Le doy un beso en la mejilla y me siento en el sofá con él para verlas. El presentador muestra un vídeo de un político de Los Ángeles que critica una ley de reforma de inmigración que acaba de presentarse en el senado.

De pronto reconozco al hombre que aparece en pantalla del hospital.

Es el congresista Blakely. El padre de Royce. Afirma que no se va a garantizar la ciudadanía a inmigrantes indocumentados. Si entran en el país de forma ilegal, dice, entonces no merecen ser estadounidenses. Estupendo, es uno de esos políticos que creen que los extranjeros ilegales son tan buenos como los criminales, y que merecen un castigo en lugar de indulgencia. Me remuevo en el asiento al pensar en Royce y me pregunto si estará de acuerdo con su padre. Espero que no.

Mi familia obtuvo el permiso de residencia cuando nos mudamos a Estados Unidos, pero ninguno de nosotros somos aún ciudadanos estadounidenses. Creo que no puedo solicitar convertirme en ciudadana hasta que no cumpla los dieciocho el año que viene, pero en cuanto así sea, haré el juramento. Estoy ansiosa por votar.

Mi padre niega con la cabeza y comienza a hacer comentarios a nadie en particular.

—Si ese congresista se hubiera criado en un país diferente, entendería por qué la gente viene aquí. Estos políticos no saben lo que son las adversidades de verdad.

—*Lang*, papá —le digo, refiriéndome a que se tranquilice—. No te alteres, no es bueno para tu corazón.

Me mira y chasquea la lengua.

—*O na*. ¿Has hecho los deberes ya?

—¡Acabo de llegar a casa! Ya sabes que hago los deberes después de cenar. —Mis padres... lo único que les importa es el instituto. Nunca me preguntan por Kayla, o por la animación, o por el proyecto del hospital. Siempre es lo mismo: ¿cómo te ha ido en el examen?, ¿has sacado un sobresaliente?, ¿has hecho todos los deberes?

Papá apaga la televisión.

—Espero que sepas lo que tienes que hacer. Tienes suerte de no tener que levantarte a las cinco de la mañana para hacer faenas, caminar después cinco kilómetros hasta el instituto o nadar un kilómetro durante la temporada de monzones, como tenía que hacer yo cuando era un niño. —Esta es la versión de mi padre filipino de la clásica charla del padre estadounidense de «caminar hasta casa durante kilómetros en la nieve».

Antes de darme tiempo a burlarme de él por repetir la misma historia una y otra vez, me llama mi madre.

—¡*Neneng!* Date una ducha y diles a tus hermanos que pongan la mesa. El *adobo* está casi listo.

Me dirijo a mi habitación, dejo la mochila en el suelo y me dejo caer sobre la colcha de la cama. Es esponjosa y de un color blanco crudo con un tejido con textura de flores. Parece la cama de una princesa poco exigente. Mamá y papá me permitieron redecorar la habitación como regalo por mi cumpleaños hace unos años. Me pasé meses investigando qué es lo que me gustaba. Mi padre se quejó porque tardé mucho en elegir, pero creo que mi madre disfrutó con el proceso. Ella nunca tuvo una habitación propia en Manila, así que dejé que me diera su opinión sobre prácticamente todo, aunque en ocasiones me volvía loca.

«No, mamá, ya sé que te resulta difícil de creer, pero no quiero esterillas de bambú amarillas encima de la alfombra».

Lo que no podíamos permitirnos comprar, o bien me lo hacía mi madre o pedía ayuda a sus hábiles amigas. Opté por colores rosa palo y crudo con toques negros. Colgué en la pared fotografías de las últimas vacaciones que pasamos en familia en Filipinas y cajas decorativas con botellas de cristal de colores dentro. Dentro de las botellas guardo mi colección de arena y piedras. Están llenas de una parte de los lugares en los que he estado desde que era pequeña. Hay rocas volcánicas rojas del volcán Taal, cerca de Manila, donde mi padre y yo pescamos un *maliputo* gigante. En una botella de color rosa claro hay un puñado de tierra normal, la primera que pisé en California. La más reciente, una botella verde turquesa, contiene arena blanca de la isla Borácay.

Mi padre no quería gastarse el dinero en ir a la playa, una de las más populares de Filipinas, pero mi madre insistió en que fuéramos la última vez que estuvimos allí, todos juntos. Recuerdo que se tomó el viaje muy en serio, como si pensara que nunca volveríamos a tener la oportunidad de regresar.

Tengo también un tablero de corcho en el que pongo citas que me inspiran que encuentro en libros o por Internet. Mi favorita es una del presidente Roosevelt en la que señala que todos descendemos de inmigrantes y revolucionarios.

Pero lo más importante que tengo en la habitación, la cosa sin la que jamás viajaría a ningún lugar, mi amuleto de la suerte, mi talismán, es un pequeño fragmento de cristal de color ámbar que encontró mi abuela dentro de un baniano enorme cuando era joven. Me regaló el cristal antes de venirme a Estados Unidos para que me trajera suerte. Era nuestro secreto, porque a mi madre no le gustan las supersticiones de la abuela. Hay una historia que me suele contar mi padre y que me encanta; es sobre una vez en la que lola Baby le pidió a mamá y a toda su familia que se marcharan al pueblo de papá todo un mes antes de su boda porque estaba convencida de que las parejas que están a punto de casarse son propensas a sufrir accidentes, por lo que no debían de viajar justo antes de la boda.

Oigo los gritos de mis hermanos, apenas ahogados por las delgadas paredes. Me bajo de la cama, me pongo en pie y salgo al pasillo. Todavía están chillando cuando abro la puerta de la habitación que hay al lado de la mía, la que comparten desde que nos mudamos a California. Están jugando a *Call of Duty*. Los disparos resuenan en los altavoces de la televisión. Hay tanto ruido que apenas oigo mis propios pensamientos.

—¡Danny! ¡Isko!

No me oyen, o fingen no hacerlo. Me coloco en silencio detrás de Isko y le tiro un pellizco en el cuello.

—¡Ah! ¡Ate! —se queja. Los dos me llaman «hermana mayor». Mamá y papá también lo hacen, otra tradición filipina.

Isko, que no quiere apartar las manos del mando de la videoconsola, retuerce el cuello para que pare y Danny se ríe de él. En la pantalla, veo que Danny dispara a Isko y su lado de la pantalla se vuelve roja por la sangre. El pequeño suelta el mando y se queja.

—Has hecho que me mate. Siempre gana él.

Isko tiene solo nueve años. Es muy pequeño y el que más se parece a mi padre. Está muy delgado y tiene los brazos y las piernas huesudas. Danny y yo nos burlamos a veces de él y lo llamamos pequeñajo. Es bajo incluso para tratarse de un niño *pinoy*. Pero lo que no tiene en altura, lo tiene en personalidad. Siempre sabes cuándo entra o sale de una habitación. Es más ruidoso y dramático que ninguna otra persona, lo que resulta bastante llamativo procediendo de una familia filipina.

—Gracias, Ate. —Danny alcanza el mando de Isko—. Deberías de hacerlo más a menudo.

Les sonrío con falsa dulzura.

—Bajad a ayudar a mamá a poner la mesa. La cena está lista.

—Te tocaba a ti —se queja Isko.

—Tengo que ducharme. Venga, que está a punto de llamaros.

Danny apaga la televisión y los dos se lanzan enfurruñados al pasillo, empujándose y molestándose el uno al otro al tiempo que se dirigen a la cocina.

Danny es el típico hermano mediano. Sé que siente que no está a la altura de las expectativas que mis padres tienen conmigo. Es inteligente, pero papá le riñe porque está siempre dibujando y haciendo garabatos cuando debería de hacer los deberes. Pero se le da bastante bien, mejor de lo que cualquiera podría esperar; nunca adivinarías que tiene tan solo once años viendo sus dibujos.

—¡Ate, ve a ducharte! No quiero tener que esperarte para cenar —me grita papá desde el fondo del pasillo.

—¡Sí! ¡Ya voy, papá!

Mientras camino en dirección al baño pienso en el día que nuestra familia se mudó a California. Nos subimos a un avión muy grande en el aeropuerto de Manila. A mi padre le preocupaba mucho que nuestras pertenencias no llegaran a Los Ángeles. Es una locura lo mucho que ha cambiado nuestra vida desde aquel día. Ya no recuerdo muchos detalles de nuestra vida allí, sí que siempre hacía calor y sudábamos, pues Filipinas está cerca del ecuador. Entro en la ducha y me quito el sudor del entrenamiento. El agua me cae por la cara y los hombros, me calienta la piel y relaja los músculos. La ducha es mi santuario, el único lugar en el que puedo estar sola y pensar sin interrupciones.

Pienso en la Beca Nacional, que ahora podré ir casi a cualquier universidad, y que el día de la recepción será el primero que estaré lejos de casa y yo sola. He viajado antes con el equipo de animadoras, pero siempre hemos permanecido juntas. Pienso en Washington D. C., en la sofisticada ceremonia y en toda la gente que habrá allí: diplomáticos, activistas, congresistas, científicos, artistas, el presidente y la primera dama. Estaré rodeada de gente que dirige el país, que tiene influencia en la historia y el poder de hacer que la vida de los demás sea mejor. Espero convertirme en una de ellos algún día. Aún no sé qué es lo que quiero hacer, algo relacionado con la medicina o el derecho, pero no lo tengo claro.

Decido que le contaré a mis padres la buena noticia mostrándoles la carta y dejando que esta hable por sí misma. Después les pediré que rellenen conmigo el formulario de aceptación esta noche para que pueda enviar la información lo antes posible.

Cuando me estoy peinando el teléfono móvil vibra. Es un mensaje de Royce.

royceb: hola, guapa.

¡Qué cursi! Aun así, me encanta. No puedo evitar esbozar una sonrisa al contestar. Me olvido de que he visto a su padre en la televisión clamando contra los inmigrantes ilegales.

jasmindls: Hola.

royceb: ¿estás por aquí este fin de semana?

royceb: ¿quieres quedar?

jasmindls: Puede.

No es que me esté haciendo la dura, es que tengo mucho que estudiar, y Kayla quiere ir a la fiesta de Lo, así que, con todo eso, no me queda mucho tiempo libre. Siento un aleteo en el corazón al pensar en volver a verlo. Los fines de semana están complicados, pero tal vez haya otra solución.

royceb: ¿puede?

royceb: ¿me has buscado en google o algo así?

royceb: te juro que el del disfraz de angry birds que sale asustando a los niños no soy yo. 🐱

jasmindls: LOL, ¿seguro?

royceb: vale, vale, sí soy yo. Los cerditos me obligaron a hacerlo. 😊

Es un chico divertido, pienso al tiempo que respondo.

jasmindls: El fin de semana me viene mal, pero hago voluntariado en el hospital los lunes y miércoles.

royceb: vaaaale. No es lo que tenía en mente.

royceb: pero he oído que la cafetería del hospital está muy bien. 😊

Eso me hace reír con fuerza.

jasmindls: 😊

Me dirijo, encantada, a la cocina. Todos están junto a la encimera, sirviéndose arroz y *adobo* en los platos. Dejo la carta de la beca debajo de un libro y tomo un plato con *adobo*.

Mi madre se da cuenta de que echo poca comida.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta la comida?

Isko interviene.

—¿Es que no lo sabes, mamá? Jasmine está a dieta —dice—. Para no ponerse *taba*, como tú.

—¿Cómo un niño tan pequeño puede tener tanta personalidad? —comenta mi madre, fingiendo fastidio porque la ha llamado gorda, aunque lo haya dicho con cariño. Los filipinos no creen que estar gordo sea lo peor que te pueda pasar, probablemente porque es un país tercermundista en el que mucha gente pasa hambre.

Le doy una palmadita a mi hermano en la cabeza, pues sé que odia ese gesto más que cualquier otra cosa. ¿No es ese el trabajo de una hermana mayor?, ¿sacar de los nervios a sus hermanos pequeños?

Danny no dice nada para defenderme. Está sentado a la mesa garabateando una especie de bestia mágica. Papá ni siquiera levanta la cabeza del plato.

—Mamá, ya te lo he dicho, tengo que vigilar lo que como durante la temporada. Si no, no van a poder levantarme.

—No os entiendo a las chicas ni vuestras dietas. En Filipinas nunca tuve que controlar lo que comía y estaba delgada como un palo. Seguro que piensas que esta comida te va a poner gorda, pero fíjate en los filipinos que conoces. ¡Somos más flacos que los americanos!

Danny suspira.

—En Filipinas...

Mi madre no le hace caso.

—Cuando yo era joven, todos los niños jugaban en la calle. Inventábamos juegos de exterior y corríamos y trepábamos árboles. Al menos Jasmine baila —les dice a los chicos—. Vosotros estáis todo el día pegados a la televisión.

Siempre se refiere a la animación como «bailar», y eso que sabe lo que es. No creo que supere nunca que dejara de ir a las clases de danza tradicional filipina en el instituto, pero tenía que dejar algo para poder compaginar el resto de actividades extracurriculares y llevar los deberes al día.

Se acerca a Danny y le quita el cuaderno de dibujo.

—Ah, y tú: no se dibuja en la mesa durante la cena. Eres igual que tu hermana con el teléfono.

Echo una miradita cohibida al bolsillo para comprobar si Royce me ha mandado algún mensaje más, pero no es así. La idea de verlo en el hospital el lunes que viene me hace sentir mariposas en el estómago. Me han gustado chicos antes, pero puedo asegurar que este es el peor caso de todos. Me gusta mucho y solo lo conozco desde hace unos cinco segundos.

Isko se mete un pedazo de cerdo en la boca.

—A mí sí me gusta escuchar hablar de Filipinas —comenta, y le da un codazo a nuestro padre—. Cuéntenos la historia de cuando tú y el tito Boy hacíais luchas de arañas.

Mi padre deja en la mesa el plato vacío y se retrepa en la silla. Le encanta contarnos esa historia. El tito Boy murió hace unos años en su empleo de construcción, en Manila, y creo que hablar de él ayuda a mi padre a recordar a su hermano.

—El tito Boy y yo solíamos quedarnos despiertos toda la noche previa al comienzo de la temporada de caza de arañas. En cuanto aparecía la primera luz, salíamos a buscar arañas tigre a la selva. Son las mejores. Las guardábamos en cajas, en cualquier contenedor que fuera pequeño, y las sacábamos para que se pasearan por nuestras manos. Después las dejábamos en palos largos, veíamos cómo se acercaban las unas a las otras, se golpeaban o luchaban a muerte. Gritábamos y animábamos a nuestra favorita. La mía solo tenía siete patas de una pelea a la que sobrevivió. Pero os diré que esa araña ganó a un centenar de arañas antes de que la soltara en un árbol para que comenzara una nueva vida. Ojalá todos pudiéramos escapar de esta vida con tan pocas cicatrices.

Cuando mi padre termina la historia, mamá saca el *turon* para el postre. Danny e Isko se lanzan sobre el plato y cogen dos para cada uno. A pesar del olor dulce a caramelo tostado, estoy demasiado emocionada por la beca como para comer postre. No puedo esperar más.

—Mamá, papá, quiero enseñaros algo —expongo, levantándome y acercándome al libro de la encimera. Saco el sobre de debajo y le tiendo la carta a mi padre. Estoy sonriendo de oreja a oreja. Justo en este momento estoy muy orgullosa de mí misma, de mis padres, de toda mi familia.

Estoy deseando oírlos gritar y llorar y felicitar me cuando la lean.

«¡Lo he conseguido! —quiero chillar—. ¡Lo he conseguido! ¡Tengo la Beca Nacional! Y no podría haberlo logrado sin vosotros».

5

No estoy de acuerdo con la descripción que mucha gente hace de los inmigrantes ilegales. Según lo que yo sé, no existen seres humanos ilegales.

—DENNIS KUCINICH

Mi padre abre el sobre lentamente y mamá se inclina sobre su hombro. Ambos guardan silencio mientras leen la carta. Espero que mi padre se levante de la silla y me abrace, que mi madre grite y empiece a llamar a mis tías para presumir de mí. Pero ninguno de los dos dice nada.

En realidad me miran como si acabaran de recibir la peor noticia de su vida en lugar de la mejor.

Vale, ¿puede ser que estén tan sorprendidos que se han quedado sin palabras?

—¿No es increíble? —Saco el formulario de aceptación del sobre—. No os preocupéis, puedo rellenarlo todo yo sola, pero necesito una copia de mi permiso de residencia. La señora García me deja que use la fotocopidora del instituto, pero tengo que enviarlo pronto para que sepan que acepto la beca y que voy a ir a D. C. a la recepción.

Se miran con preocupación. Su silencio me confunde, ¿no es este el momento que llevan esperando toda la vida?

¿Qué pasa?

—Danny, Isko, salid. Tenemos que hablar a solas con Jasmine —interviene mi madre—. Llevaos el *turon*.

Siento un escalofrío en la nuca. Tiene que pasar algo grave, mamá nunca les deja comer en su habitación, y mucho menos jugar después de cenar y antes de que terminen los deberes. De repente me siento sobrepasada, me dan ganas de llamar a mis hermanos para que se queden a mi lado.

¿Qué pasa? ¿Les preocupa el precio del vuelo a D. C.? Pero la carta dice que el programa cubre los gastos del hotel y transporte del viaje. Puede que no quieran que vaya sola, ¿será eso?

Mi madre aparta los platos a un lado de la mesa sin mirarme a los ojos.

—Tenemos que contarte algo, *neneng*, y tienes que creernos cuando te aseguramos que siempre hemos querido lo mejor para ti —comienza—. Hemos intentado hacerlo todo bien.

Mi padre continúa mirando la carta, como si las palabras no tuvieran ningún sentido. Pensaba que se sentiría orgulloso de mí, de lo que he conseguido para nuestra familia. Con esta oportunidad, podré cuidar de mis padres en el futuro. Podré ofrecerles la vida que tanto han ansiado ofrecerme ellos a mí.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Te lo tendríamos que haber contado antes, pero no sabíamos cómo hacerlo —continúa.

Se me ocurre qué puede ser lo que mi madre intenta decirme y siento un escalofrío recorrerme todo el cuerpo. Esto no tiene nada que ver con dejarme ir sola a otra ciudad.

—¿Qué estás diciendo? —insisto—. ¿A qué te refieres con que lo habéis intentado?

—No me gusta tu tono, señorita —me reprende.

—Lo siento, mamá, es solo que no sé qué pasa. ¿No estáis felices por mí?

No comprendo por qué reacciona así, casi como si le molestara que me hubieran concedido la beca. Ella es quien me ha presionado tanto, los dos, pero su reacción no tiene ningún sentido.

—¿Estáis enfadados porque no estoy en la lista de los diez mejores? —La documentación que acompaña a la carta menciona que los diez mejores alumnos están invitados a pasar el verano en la Casa Blanca. Puede que mi madre esté decepcionada porque yo no soy una de ellos—. Nunca nada es lo suficientemente bueno para vosotros —me quejo, al borde de las lágrimas—. ¡No es justo!

—¡Tú no sabes lo que es justo! —replica ella.

Mi padre se muestra incómodo con la situación.

—¡Dejad de discutir! Ya. —Tiene los ojos llenos de lágrimas—. Jasmine, no tiene nada que ver con que no estés en la lista de los diez mejores. Este es un logro fabuloso, estamos inmensamente orgullosos de ti. Ya lo sabes.

—De acuerdo —respondo.

—Pero hay cosas que escapan a nuestro control y que no te hemos contado. Es hora de ser honestos contigo. —Tiene un semblante serio y tan triste que no puedo soportarlo.

Pienso en las posibles razones por las que puedan actuar de forma tan extraña. ¿Habrá perdido mi padre el empleo? ¿Estará enfermo?

—Me estás asustando, papá.

—No es lo que piensas. No estoy enfermo, ni tampoco tu madre.

Me conoce muy bien.

—¿Qué pasa entonces? —pregunto. Me cuesta respirar; sea lo que sea, es algo malo.

—No puedes aceptar esta beca, lo siento mucho —responde. Coloca una mano encima de la mía para confortarme. Mi madre va a decir algo, pero él la acalla.

—¿Por qué no? —pregunto, estupefacta.

—Porque no tienes permiso de residencia, Jasmine. Ninguno de nosotros. Y eso

significa que no te pueden otorgar este premio.

—¿No tengo permiso de residencia? No lo entiendo. Claro que lo tengo. Todos lo tenemos, ¿no? —Es como si mi padre dijera sinsentidos.

Papá hincha las mejillas.

—Cuando nos mudamos aquí, teníamos visados de trabajo que nos permitían a mamá y a mí trabajar en la empresa de exportación del tito Sonny, ¿te acuerdas?

Asiento. Lo llamamos tito a pesar de que no somos parientes. El tito Sonny es un amigo de la familia que dio trabajo a mis padres en su tienda reponiendo los expositores y haciendo inventario. Importaba productos chinos y filipinos, y los vendía a la comunidad de inmigrantes. Eran productos baratos: pinturas sobre terciopelo de Jesús, imágenes cursis en 3D de cascadas, Budas de cerámica... ese tipo de cosas.

—Pero la tienda cerró hace años y el tito Sonny regresó a Filipinas —señalo, ahora que recuerdo.

—Exacto. Cuando cerró la tienda, los visados de trabajo expiraron. El tito Sonny creía que podría conseguirnos los permisos de residencia, pero ni siquiera logró conservar el negocio. Pensamos que encontraríamos otro trabajo y nuevos visados fácilmente, pero no ha sido el caso.

Recuerdo vagamente que hace unos años mis padres siempre estaban nerviosos, justo después de que la tienda cerrara. Pasaron unos meses en los que ninguno de los dos trabajaba. Creía que tan solo nos preocupaba el dinero, no sabía que también estaban luchando por quedarse aquí de forma legal.

—¿Y qué significa eso? —pregunto, todavía anonadada—. ¿De verdad no tenemos permiso de residencia? —Estoy empezando a comprender la verdad.

—Nunca lo hemos tenido, solo visados temporales de trabajo. Ahora mismo no tenemos ninguna prueba de residencia legal. Por eso dejamos de ir a Filipinas, no queríamos quedarnos allí atrapados, no después de haber construido una vida nueva aquí. No podíamos alejarte de tu casa. No pensamos que tendrías que demostrar tu estado legal para una beca universitaria. Esperábamos...

—Un momento. ¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Que no estoy en una situación legal? ¿No somos estadounidenses legales? Dios mío.

Papá asiente y parece a punto de ponerse a llorar, lo que me da ganas de llorar también a mí.

—Pero si no soy legal ¿cómo he podido ir a la escuela todos estos años? ¿Cómo hemos ido ninguno de nosotros?

—Mamá y yo no elegimos California únicamente por las palmeras y el sol. Vinimos aquí porque es un lugar más sencillo para los inmigrantes. Los colegios no pueden denunciar a estudiantes indocumentados y tampoco hacen muchas redadas en el trabajo.

—¿Y cómo trabajáis vosotros?

—Tenemos documentación falsa. El hospital y la empresa de autobuses no da visados de trabajo, al menos no para el tipo de trabajo que hacemos nosotros. —Empleos que no requieren preparación, empleos domésticos.

—¿Qué...? —Noto que las lágrimas me inundan los ojos. ¿Por qué no me lo han contado antes? ¿No confiaban en mí?—. Por favor, dime que es una broma.

No puedo aceptarlo. Esto no puede ser verdad.

—No, no es una broma, Jasmine —dice—. Creíamos que una beca universitaria sería la solución para ti, para nuestros niños. No sabíamos que la mayoría de las subvenciones y préstamos se les concedían a ciudadanos o gente con permiso de residencia.

Por eso los dos estaban últimamente tan callados cuando no dejaba de hablarles de la universidad y de las peticiones de ayuda económica. Había intentado no pensar mucho en ello y había dado por hecho que simplemente era que estaban muy ocupados.

—No queríamos que sucediera esto. Lo sentimos mucho, pero eres una chica inteligente —señala mi madre, que intenta tocarme la mano—. Encontrarás una solución, *neneng*.

Me aparto. Sé que han hecho todo lo que han podido, pero todo, en este caso, no ha sido suficiente. Se trata de mi futuro, de eso por lo que he trabajado tan duro, y estoy furiosa.

—¡No! ¡No puedo! No hay ninguna solución si no tengo permiso de residencia. ¡Conseguir esta beca era mi solución!

—¡Basta! —Papá ha dejado de llorar y estampa la mano abierta contra la mesa—. Deberías de considerarte afortunada. Si alguien descubre que nuestra documentación es falsa, podrían deportar a toda nuestra familia. Tu madre ya tiene suficiente con aguantar las constantes preguntas de su supervisora en el hospital. Si no tenemos cuidado, nuestra suerte se esfumará.

¿Deportarnos? Dios mío, ni siquiera había pensado en ello. No se trata solo de que no podré ir a la universidad, podríamos perder toda nuestra vida en este lugar. El frío que se ha apoderado de mi cuerpo se vuelve hielo. No puedo regresar a Filipinas, apenas hablo tagalo. Mi vida está aquí, en Estados Unidos.

Les quito la carta de las manos y examino la solicitud.

—¿Por qué no puedo aceptar el dinero de la beca? Decís que tenemos documentación. Usaré la falsa, no me importa.

—En absoluto —repite mi padre—. Estarías mintiéndole al gobierno. Al presidente de los Estados Unidos.

—Dudo que el presidente revise personalmente la solicitud...

—No importa, Jas. Tenemos que tener cuidado. Si te descubren, ¿vas a volver tú sola a Manila?

—¿Entonces por qué era tan importante que estudiara tanto? Si no me pueden conceder préstamos ni becas, no podré ir a la universidad. Todo por lo que he luchado ha sido una pérdida de tiempo. —He renunciado a demasiado solo para ser la mejor, la número uno. Nunca he salido a pasármelo bien fuera del instituto. En dieciséis años nunca me han besado. Ahora tengo diecisiete.

Mi madre baja la mirada; ha reemplazado la frustración por un semblante de dolor. Casi nunca veo esa cara.

—Esperábamos que saliera algo... tal vez la última reforma de la ley de inmigración. —Se lleva las manos a la cabeza—. O igual puedes ir a una universidad en Filipinas.

La ira sigue fraguándose en mi interior hasta que soy incapaz de detener la avalancha de palabras que sale de mi boca.

—¡No! ¡Ni hablar! ¡No quiero ir a Filipinas! Es vuestro hogar, no el mío. Siempre estáis hablando de aprovechar las oportunidades que se nos presentan aquí, pero ¿sabéis qué? Para los inmigrantes ilegales no existen.

La rabia brota de mi pecho, de donde sostengo la carta, muy cerca del corazón. Estoy temblando. ¿Cómo han podido ocultarme algo así tanto tiempo? ¿Cómo han podido agachar la cabeza y esperar que todo salga bien? Si me lo hubieran contado antes, habría buscado ayuda. Habría hecho algo.

Soy estadounidense. Somos gente de recursos, ¿no?

Mi madre empieza a sollozar en silencio. Papá parece impactado por mis gritos; sé que me he pasado, pero no puedo reprimir las palabras.

—¿Por qué no me lo contasteis? —grito—. ¡No me puedo creer que nos hayáis ocultado esto tanto tiempo! —Tengo las rodillas muy rígidas y me siento mareada. Acabo de gritar a mis padres.

—¡Jasmine! —Mi padre se levanta de la silla y se acerca para ayudarme a guardar equilibrio.

Siento como si debajo de mí no hubiera suelo, como si todo lo que he hecho en mi vida fuera una mentira. Como si Los Ángeles nunca hubiera sido de verdad mi hogar. Me estoy quebrando, rompiéndome en pedazos. ¿Quién soy? ¿De dónde soy?

No soy estadounidense. No soy una residente legal. Ni siquiera tengo permiso de residencia.

No soy nada. Nadie.

Ilegal.

6

Solo hay una cosa que hace que un sueño sea imposible de alcanzar: el miedo al fracaso.

—PAULO COELHO

Viernes por la noche. Nuestro equipo de fútbol ha vuelto a perder, pero lo hemos animado de todos modos. Nos quitamos el uniforme de animadoras en la casa de Kayla. Mi amiga está emocionada y nerviosa, dando saltitos mientras se riza las pestañas y se pinta los labios. Yo también estoy intranquila, pero aún no estoy preparada para contarle lo que mis padres me confesaron el otro día. Estoy demasiado avergonzada y, si no se lo cuento a nadie, tal vez no se haga realidad. Para ser sincera, tan solo quiero olvidarme del tema por una noche. Pensar en ello me da dolor de cabeza.

Royce y yo nos hemos estado escribiendo mensajes y hace unos días me envió una solicitud de amistad en Snapchat y en Facebook. Acepté las dos. No ha subido ninguna historia nueva a Snapchat, así que reviso de nuevo su biografía de Facebook, impresionada y molesta al mismo tiempo. Tiene fotos en las que aparece esquiando en Mammoth con amigos y navegando en Newport con su familia. Cuando sonrío, los dientes son cegadoramente blancos, como los de un actor de un anuncio. Es demasiado guapo para ser bueno para alguien, en especial para mí.

Su vida parece una versión más guay de un anuncio de Ralph Lauren. Observo una foto de su madre. Parece Sofia Vergara, aunque menos pomposa.

¿Tu madre es latina?, le escribo de forma inesperada. Tengo curiosidad y siento celos, porque hace solo unos días pensaba que yo era como él: mestiza. Estadounidense y algo más, pero estadounidense.

royceb: mi abuela es mexicana. Mi madre es mexicana italiana. ¿Por qué lo preguntas? Mi padre es noruego alemán, por cierto. Creo que también inglés irlandés, a saber, ¿no somos todos simplemente estadounidenses?

Yo no, ya no, no puedo evitar pensar. Me enfado y no le respondo. ¿Qué más da? Es un niño rico y guapo al que nunca volveré a ver. Seamos serios, los chicos como él no salen con chicas como yo. Solo se enrollan con chicas como yo, y no pienso convertirme en el ligue de nadie. Ni siquiera de alguien tan guapo como él.

Además, su padre es un congresista que piensa que todos los inmigrantes sin documentación deberían de ser deportados. Aterrador. Otra razón más para mantenerme alejada de él.

Kayla sale del cuarto de baño y me ve con el teléfono en la mano.

—¿Quién es? —me pregunta, mirando por encima de mi hombro.

—¿Te acuerdas del chico guapo que conocí en el hospital el otro día?

—Sí. Eh, ¡invítalo a la fiesta!

Ya lo había pensado, cuando me preguntó qué iba a hacer este fin de semana, pero

descarté la idea.

—No.

—¿Por qué no?

—Vive al otro lado de la ciudad, en Bel Air. Para cuando llegue aquí, la fiesta habrá terminado. —La verdad es que me da vergüenza invitar a un chico rico del oeste al Valley. Vuelvo a echar un vistazo a las fotos de su página de Facebook., que confirman todo lo que he dado por hecho por la forma en que vestía y la confianza con la que me pidió el número de teléfono. Es un completo mujeriego y yo ni siquiera he tenido novio nunca. Además, ¿y si pensaba que la fiesta era aburrida? ¿Que yo era aburrida?

—Dios, Jas, lo dices como si Bel Air fuera un planeta distinto —replica Kayla con un resoplido.

Mi amiga pasa de largo la casa de lo. La entrada y toda la calle están llenas de vehículos y los jóvenes deambulan en las calles. Le he dicho a mis padres que me quedaré a dormir en la casa de Kayla. Después de la discusión del miércoles, me lo han permitido sin hacer preguntas. Me alegra ir a la fiesta, y todavía me alegra más que mis padres no sepan dónde estoy. Voy a divertirme, a vivir ese tipo de diversión que nunca se me ha permitido.

Merezco desmelenarme un poco. Puede que incluso conozca a un chico. («Pero si ya he conocido a uno», pienso). No importa. Me divertiré de todos modos. Bailaré un poco, dejaré de ser yo misma.

—Mira cuántos coches —exclama Kayla—. Nos lo vamos a pasar bien. Tú te lo vas a pasar bien, ¿de acuerdo?

—Claro —respondo—. Para eso he venido.

—Hay una bolsa detrás de mi asiento, ¿puedes alcanzármela?

Busco la bolsa y, cuando la cojo, oigo unas botellas tintinear. Me vuelvo hacia mi amiga y trato de no usar un tono acusador.

—No sabía que pensabas beber.

—Solo son un par de botellines de cerveza, casi nada. No te preocupes. Si bebo un poco al principio, estaré sobria antes de volver a casa.

Ni siquiera había pensado en la bebida. Mis padres me matarían si diera un solo sorbo. Los filipinos piensan que a las «chicas buenas» no se les ocurre beber.

Desde la discusión, nuestra casa está más tranquila que de costumbre. La mayor parte de los ruidos los hacen Danny e Isko cuando se gritan el uno al otro cosas de niños como quién de los dos será el más alto o el más listo. Nadie ha contado nada a mis hermanos.

Se han enterado de que he discutido con mamá y papá, algo que no pasa nunca, por lo que saben que es sobre algo serio, pero no tengo valor para contarles el motivo. No puedo.

Me parece mal preocupar a mis hermanos cuando son tan jóvenes. No quiero que tengan que vivir con miedo, como yo. Pienso en esos niños desaliñados que a veces vemos deambulando por fuera de la tienda Home Depot y lo mal que nos sentimos siempre por ellos porque serían capaz de aceptar cualquier empleo, hacer el trabajo sucio de otra persona. Son personas ilegales y no tienen elección. ¿Así somos nosotros ahora? ¿Así vamos a acabar?

En lugar de permanecer de mal humor, mi madre se ha puesto en modo limpieza total, limpiando las persianas y las puertas, algo que hace para tranquilizarse y concentrarse en otra cosa cuando está demasiado sensible. Cuando siente que su vida escapa de su alcance, necesita encontrar algo que pueda controlar. Normalmente eso implica decirles a sus hijos lo que hacer, pero se siente culpable y ahora emplea las energías en limpiar y cocinar. Siempre comemos mejor cuando está preocupada por algo. Si el problema es muy gordo, cocina *bibingka*, mi pastel de arroz favorito. El olor a mantequilla, azúcar y coco plantea dos posibilidades: o bien es la mañana de Navidad o mi madre está estresada. Digamos que no estamos en Navidad y que ahora mismo hay un montón de *bibingka* en la casa.

En el instituto la situación no es mucho mejor. Todo el mundo habla de las universidades, incluso los holgazanes que no se han preocupado por las clases hasta hace un par de semanas. Ahora todos están obsesionados con las listas, con la primera, la segunda, la tercera, la décimo séptima elección. Yo siempre he soñado con ir a Stanford y tenía pensado solicitar plaza en unas cuantas escuelas del este también, aunque me preocupaba estar demasiado lejos de mi familia. Se suponía que también iba a echar la solicitud en Berkeley y UCLA, y Santa Bárbara era la segura. Había echado la solicitud de la beca Regent unos días antes, pero ¿qué sentido tiene solicitar plaza en la Universidad de California si no tengo documentación? Si no soy ciudadana ni tengo un permiso de residencia, no puedo pedir subvenciones ni préstamos federales o del estado, lo que hace que las escuelas de la Universidad de California sean tan caras como las privadas y queden totalmente fuera de mi alcance.

Tal vez ya no importe, porque si no soy legal, ni siquiera sé cuánto tiempo podré quedarme en este país. A lo mejor debería de irme a casa ahora y llorar hasta quedarme dormida. ¿Por qué estoy aquí, en esta estúpida fiesta?

Estoy a punto de decir que lo olvide, que volvamos a casa cuando Kayla encuentra una plaza de aparcamiento.

—Toma —me dice—. Guárdame las llaves.

Caminando por la calle hay dos chicos del instituto, Carl Thompson y Alan Chen.

—Los frikis de ciencias —susurra Kayla—. ¿No deberían de estar en casa estudiando para entrar en Harvard o donde sea que quieran ir?

—¿Qué tiene eso de malo? —pregunto, con los nervios de punta. Siento celos de esos chicos, a quienes aún aguarda un futuro.

Kayla se ríe.

—Somos animadoras, Jas. Se supone que tenemos vida social. —Ya hemos llegado a la casa y está mirando a un grupo de chicos que hay en el patio delantero. Vuelve a susurrar—: ¿Ese no es Sam Curry? —Señala a nuestro *quarterback* del año pasado, que ya se ha graduado.

—Tú sabrás, ¿no saliste con él? —bromeo.

—Sí, cierto. —Se echa el pelo por encima del hombro y se ríe.

—En cualquier caso, ¿no has venido por Dylan? —le recuerdo.

Suelta una risita nerviosa.

—Quiero tener opciones. El chico moreno que está con Sam es guapo.

Miro hacia el patio, pero no presto atención.

—Lo que tú digas.

«No es ni la mitad de guapo que Royce. Uf, debería de dejar de pensar en él, esto no va a ninguna parte».

Quiero entrar, sentarme con un vaso de refresco isotónico y escuchar los cotilleos, pero la casa está tan llena de gente que me doy cuenta de que no voy a oír a nadie hablar.

—Creía que iba a ser una reunión para pasar el rato.

—Y lo es. —Kayla se ríe y gira el pomo de la puerta—. Vamos a buscar a lo.

—De acuerdo.

Cuando salimos de casa para venir a la fiesta, venía con la intención de relajarme y desahogarme, pero ahora solo estoy intentando reprimir las emociones. Soy una animadora, me gusta la crema de cacahuete y la *pizza*. Nicki Minaj y Miley Cyrus. He crecido con *Gossip Girl* y *Sexo en Nueva York*. Creo en la vida, en la libertad y la búsqueda de la felicidad. En la libertad de expresión. Cuando hay Olimpiadas, mi familia se reúne en torno a la televisión y gritamos juntos: «¡Estados Unidos! ¡Estados Unidos! ¡Estados Unidos!». Me gusta mi país, me gusta Estados Unidos. Ser estadounidense forma parte de mí, igual que el respirar.

Pero resulta que, en lo que realmente importa, no soy estadounidense.

En la documentación.

Kayla y yo entramos al salón. En un rincón de la habitación hay una batería, unos amplificadores y un micrófono. En la batería aparece el nombre del grupo, Bob Marley Lives, y de la pared cuelga una sábana pintada con espray.

Lo nos ve en ese instante.

—Me alegro de que hayas venido, Jas. —Se vuelve hacia Kayla—. Hola —la saluda—. Las bebidas están en la cocina y en el garaje. Servíós vosotras mismas.

—Gracias —responde Kayla. Me doy cuenta de que no está prestando atención y de que está buscando a Dylan. Se dirige a la cocina.

Lo ya se ha dado la vuelta. El bajista le está preguntando si tiene unos cables. Lo me sonrío y sale a buscarlos. Es tan guapa y despreocupada; sus preocupaciones son la música, la vida y los amigos. El bajista se queda parado y esboza una sonrisa y arquea una ceja, como si se viera aquí atrapado hasta que lo regrese. Le devuelvo la sonrisa.

Hay gente que reconozco del instituto. Veronica Lucas, que fue subdelegada cuando yo fui la delegada de clase el año pasado, me saluda. Ahora es la delegada de último curso. A su lado está Darla Anne Tucker, que va a la federación de becas de California conmigo, el club para alumnos con buenas notas. Mark Arias, Billy Ogasu y Len Anderson, a quienes conozco del club de matemáticas, llevan camisetas de cuadros de franela con pinos con el logo de la banda en el cuello. Normalmente suelo unirme a uno de esos grupos, pero ahora lo único que quiero es dejarme caer en una silla, cosa que hago, y me quedo sola.

Julian, el novio de lo, está sentado en un sofá afinando una guitarra. La tiene conectada al iPhone. Pasa la púa por cada cuerda al tiempo que hace ajustes hasta que queda satisfecho. A continuación se levanta, la deja en un soporte y comprueba el micrófono.

—Hola, hola. Probando. Micrófono. Uno, dos... Probando. Probando. Uno, dos.

La gente se comienza a congregarse en el salón y veo que Kayla está con Dylan. Ya parecen una pareja, riendo y susurrándose al oído. Mi amiga me pone en la mano un vaso a medio llenar, me guiña un ojo y se vuelve hacia él sin pedirme aprobación; no estoy segura de si se la daría o no. Él es mayor que ella y odio verla descentrada porque ya ha pasado antes, cuando el año pasado bajaron sus notas. Me preocupa que esté ahogando sus sentimientos por la separación de sus padres con otro chico nuevo.

Mi amiga se vuelve bastante vulnerable cuando busca afecto. Se burla de mí porque soy la única chica del equipo que nunca se ha besado con un chico, y mucho menos acostado con ninguno. Me han interesado algunos chicos, pero nunca tanto como para eso. Y esto me lleva de nuevo a pensar en Royce, y me fastidia.

De todos modos, mis padres no me dejarían salir con ninguno. Mi madre fue la carabina de su propia hermana cuando la tía Riza tenía ya veintitrés años. Es todo un acontecimiento que la gente se case en Filipinas. Te obligan a tener una carabina en las citas incluso aunque eres adulto, y después te preguntan por qué no te has casado aún.

Tomo un largo sorbo de la bebida que me ha traído Kayla. Es un brebaje con ponche y algo más. Me lo bebo todo y suelto el vaso. Lo regresa con un cable para el bajista. El grupo de chicos que estaba en el patio también entra y el del pelo oscuro me mira cuando llega al salón. Hay tanta gente que me levanto de la silla y me acerco a una pared. Vuelvo a mirar a los chicos. Tal vez tendría que enrollarme con uno de ellos, sin más. El moreno es guapo.

La música está a punto de empezar. Lo coge uno de los micrófonos. Kayla está en la parte delantera de la habitación, aplaudiendo. Dylan sostiene una guitarra, una Telecaster celeste. Julian espera en pie y el batería entrechoca los palos.

—Gracias a todos por venir —habla lo por el micro. Lleva una cesta—. Sí, me estoy aprovechando de la ausencia de mis padres. Necesitamos vuestro apoyo para Bob Marley Lives. Van a tocar en un mitin de Greenpeace en San Francisco y necesitan dinero para el viaje, ¡así que contribuid y echad algo en esta cesta que os voy a pasar!

Saco unos billetes del monedero y los dejo en la cesta. Hago un esfuerzo por no mirar el teléfono para comprobar si Royce me ha contestado, pero, por supuesto, lo miro. No tengo mensajes nuevos, probablemente porque yo no le respondí a él. Ahora me hubiera gustado haberlo invitado a la fiesta.

Comienza la música y escucho unas cuantas canciones, pero soy incapaz de relajarme y de reprimir los pensamientos, así que me acerco a Kayla y le digo que quiero marcharme. Se bebe lo que le queda de bebida, le echa una mirada a Dylan, que está tocando la guitarra, y deja el botellín en la estantería que tenemos al lado.

—Ven —me dice. Me toma de la mano y tira de mí entre la multitud de gente que rodea al grupo—. Tenemos que hablar.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me lleva al baño que hay en la planta de arriba. De camino, veo a un grupo de chicos empujándose en la puerta de la casa. La fiesta es cada vez más ruidosa, la gente grita borracha por encima del sonido del grupo de música.

Kayla entra al baño conmigo y cierra la puerta, ahogando así la mayor parte del ruido de la fiesta.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Perdona?

Se levanta el pelo en un intento de que se le enfríe el cuello. Hace un calor sofocante en el baño.

—No voy a mentirte, esta fiesta es un poco locura. Pero te conozco, te pasa algo más. Nunca vas a fiestas y, de repente, aquí estás, en una. Te gusta el chico del hospital y nunca te has mostrado interesada por nadie, lo que me parece un gran paso, pero no lo invitas a salir esta noche. Y llevas todo el día muy callada.

Mis padres me pidieron que no se lo contara a nadie. Es demasiado peligroso. Sin embargo, sé que puedo confiar en Kayla y me dispongo a contárselo, pero entonces oigo un golpe que procede de la primera planta.

—Ups, espera un momento. —Mi amiga abre la puerta y echa un vistazo.

Ya no se oye la música.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Kayla vuelve adentro.

—Lo ha apagado las luces y todo el mundo está en silencio. Me parece que ha venido la policía —explica.

—¡La policía! —El pánico se apodera de mí—. ¿Qué vamos a hacer?

Mi amiga cierra la puerta.

—No lo sé, algo se me ocurrirá.

Dios mío. Empiezo a agobiarme con imágenes de la policía enviando a mi familia con los oficiales de inmigración solo porque he ido a una estúpida fiesta. Si nos descubren a cualquiera de nosotros haciendo algo ilegal nos echarán del país. ¿Cómo he sido tan boba como para venir a esta estúpida fiesta?

—¡No me puede descubrir la policía! —exclamo, asustada.

No me doy cuenta de lo mucho que he alzado la voz hasta que Kayla me tapa la boca con la mano.

—Si no dejas de gritar, nos van a oír. —Se pasea por el pequeño cuarto de baño. Oímos que llaman a la puerta en la planta de abajo—. Bien, tengo un plan.

Abre la puerta y me empuja al pasillo. Intento volver al baño, pero ella tira de mí. Es más alta y más fuerte que yo, y no puedo resistirme.

—¿Por qué salimos?

Los golpes en la puerta se oyen con más fuerza.

—¡Abrid!

Lo, que está escondida junto a la puerta de la casa, nos ve y señala la cocina, indicándonos que vayamos en esa dirección. Kayla me empuja.

—Vamos, Jas. No hay tiempo para explicaciones. ¿Confías en mí?

Estoy demasiado asustada como para huir de la policía, pero confío en Kayla más que en ninguna otra persona. Probablemente más que en mis padres en este momento. Ella siempre ha estado a mi lado. Las lágrimas después de haber sacado un notable bajo. Los sueños de pequeñas de que los chicos que nos gustaban nos pidieran ir a las ceremonias y al baile de graduación. Aunque nunca he ido a ninguno, por supuesto. No me lo permitían. Mis padres son demasiado protectores, ni siquiera me dejaron ir al baile de graduación de primero. Kayla sí fue.

Sin darme tiempo a responder, me empuja escaleras abajo. Los instrumentos del grupo están en el suelo, atestado de vasos vacíos y latas estrujadas. Atravesamos el salón en dirección a la cocina, donde veo, por una ventana, a la gente saltando la verja de atrás y huyendo por la puerta lateral de la casa.

—Vámonos de aquí —me anima Kayla.

—Pero no puedes conducir —susurro—. Has bebido.

Mi amiga me echa el brazo por los hombros en un gesto que se supone que ha de ser tranquilizador, pero me siento de todo menos tranquila.

—He bebido solo dos cervezas —contesta—. Me sienta peor el pastel de ron de mi abuela en Nochebuena.

—No quiero correr peligro.

Kayla se da cuenta de que no pienso moverme.

—Muy bien. —Se encoge de hombros—. Si tuvieras carné de conducir no habría ningún problema...

—Esto no es culpa mía. Yo no he llamado a la policía.

Saca el teléfono móvil del bolso y toca la pantalla.

—¿Estás escribiendo a tu madre?

—¿En serio? —pregunta—. Claro que no.

Extiende el brazo y me muestra el antebrazo, donde tiene garabateado el número de Dylan al lado de una carita sonriente. Supongo que los chicos nunca maduran, aunque lo parezca. Nos reímos y volvemos a ponernos serias.

Dejan de llamar a la puerta y lo vuelve a la cocina.

—¿Dónde está Julian? No es la policía, sino un vecino cascarrabias. Dudo que envíen a la policía por una queja por ruidos.

Exhalo un suspiro.

—Uf, todo el mundo ha dado por hecho...

—Que había venido la policía. Sí, lo sé —termina mi frase. Imagino que se enfadará porque su novio la haya dejado tirada, pero simplemente parece decepcionada—. De todos modos ya se ha echado a perder. No va a volver nadie.

—No es verdad —digo, aunque tiene razón, la fiesta ha terminado.

—Gracias por venir, Jas. Siento que haya acabado así.

Le doy un abrazo.

—Gracias, lo. Podemos ayudarte a limpiar...

Mi amiga me hace un gesto con la mano.

—No pasa nada. Mis padres no vuelven hasta que termine el fin de semana. ¿Tenéis a alguien que os lleve a casa?

Kayla mira el teléfono.

—Le he mandado un mensaje a Dylan. Nos va a dejar en mi casa.

—Qué rápido —comenta lo.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta Kayla.

Lo se encoge de hombros y Kayla frunce el ceño.

Al notar la tensión que aumenta entre ellas, intervengo para dar por concluida la conversación.

—No queremos molestar. Vamos a esperar fuera, Kayla.

—Ya ha llegado —replica ella.

Lo se cruza de brazos.

—¿Está Julian con él?

—¿Cómo iba a saberlo yo? —pregunta Kayla, que pasa junto a lo en dirección a la puerta principal de la casa. Me despido de lo con la mano en un gesto que pretende ser de disculpa. No sé qué es lo que ha sucedido entre ella y Kayla, no creía que lo fuera una persona posesiva.

Cuando sigo a Kayla a la calle, Dylan aparece en un Camaro destartalado y oxidado.

—¿Cómo piensas recuperar tu automóvil? —le pregunto.

—Dylan nos va a recoger mañana por la mañana y después te llevaré a tu casa.

—¿No se dará cuenta tu madre de que falta el coche?

—Lo más probable es que no. Desde que mi padre se fue, a mi madre no le importa lo que hago. Ella no tiene las mismas expectativas puestas en mí que tus padres contigo, Jasmine.

—Sí que las tiene —espeto—. Deja de hablar así. —Supongo que a veces me siento afortunada. Mis padres pueden resultar un latazo con tantas reglas, y son demasiado estrictos, pero al menos siempre me han enseñado a hacer bien las cosas.

Cuando nos acercamos, Dylan sale y rodea a mi amiga con el brazo para acompañarla al asiento del copiloto. Los sigo mientras divago sobre lo que me ha dicho Kayla de las expectativas.

Hasta este momento, creía que todo lo que hacía, las notas que sacaba, el consejo escolar, la animación, lo hacía porque mis padres lo esperaban de mí. Al ver a Kayla flirtear con Dylan en el asiento delantero me doy cuenta de que no es del todo cierto.

Hacía todas esas cosas por mí. No porque me gusten, sino porque me hacen ser quien soy. Me gusta aprender, me gusta hacer las cosas bien en el instituto. Estudiar siempre se me ha dado bien y me encanta superarme y ser mejor que los demás. Soy muy competitiva y siempre tengo que ganar. Vaya o no a D. C., soy una becada nacional.

No voy a bajar las expectativas que tengo de mí misma porque la ley y algunos

políticos me digan que no soy de este lugar. Merezco esa beca y el Departamento de Educación de Estados Unidos opina lo mismo.

Voy a encontrar un modo de ir a Washington D. C. El presidente me está esperando.

7

Nunca es demasiado tarde para ser quien deberías de haber sido.

—GEORGE ELIOT

Ha pasado una semana desde la fiesta de lo y todavía no he averiguado cómo voy a llevar a la acción mi plan de aparecer en el Capitolio. Royce y yo nos hemos vuelto a enviar mensajes. Vio las fotos en las que me etiquetó Kayla de la fiesta en Instagram y me dijo que parecía divertida. Sin embargo, no ha venido al hospital en ninguno de mis turnos, ¿puede que esté enfadado porque no lo invité? A saber. Ahora mismo tengo otros asuntos de los que preocuparme, pero estoy decepcionada por no haberlo visto.

No he vuelto a hablar seriamente con mis padres. Supongo que estamos en un proceso de distensión y negociación. En Historia de Europa estamos dando la Guerra Fría, y me parece que mis padres y yo somos la Unión Soviética.

Después del entrenamiento de animadoras del miércoles, Kayla me lleva de nuevo al hospital en automóvil. Es una persona distinta desde que ha conocido a Dylan: es más vivaz, cariñosa y femenina. Estoy feliz por ella, él parece un buen chico. Pensaba que era demasiado alocado, pero es muy dulce con ella. El lunes incluso me llevó al hospital cuando Kayla no pudo porque tenía que recoger a su hermano del colegio. Ahora que su padre se ha ido, su madre necesita más ayuda.

—¿Te dijo Dylan algo de mí durante el trayecto? —me pregunta—. El otro día.

—Dice que está muy enamorado y que quiere casarse contigo —bromeo—. No lo sé, no hablamos mucho de ti.

—¡No! —chilla—. ¿Por qué no?

—De acuerdo, sí hablamos. Cree que eres una chica guay.

—Le gusto, ¿verdad?

—No llevaría a tu mejor amiga al hospital si no le gustaras.

Sonríe de oreja a oreja.

Le doy un abrazo de despedida y me dispongo a visitar a mi paciente preferida. La conozco solo desde hace una semana y media, pero Millie ya está en lo más alto de mi lista. El otro día me contó que ella también es inmigrante. Su familia se fue de Alemania cuando ella era una adolescente, y por eso tiene algo de acento.

—Hoy tiene un aspecto estupendo y las mejillas sonrosadas —le digo cuando llego. Me siento al lado de la cama del hospital y me doy cuenta de que le han arreglado el pelo. Ahora veo a la mujer de mundo de Beverly Hills que solía ser.

—Me adulas demasiado —responde—. Yo nunca he sido lo que se dice una belleza.

Pero te diré que nunca me ha faltado la atención de los hombres.

—¿Era guapo su marido? —Saco el cuaderno—. Me comentó que había hecho algo relacionado con la política, ¿no?

—Sí, trabajaba para la ciudad. ¡Y era muy guapo! Nunca me hubiera casado con alguien por el que no me sintiera atraída, tanto intelectual como físicamente.

Pienso en lo guapo que es Royce, y divertido, e inteligente, y noto que me ruborizo. Millie repara enseguida en ello.

—Lo lamento, Jasmine. Siempre ha sido uno de mis rasgos, hablo demasiado. Creo que a mi marido le encantaba, pero mi madre siempre me decía que no tenía tacto.

—A mi mejor amiga, Kayla, también le gusta. Es demasiado honesta con según qué cosas, y se mete en problemas por ello.

Millie me hace un gesto para que suba la persiana de la ventana.

—Tú no me pareces alguien que se guarde su opinión para sí misma.

Subo la persiana y pienso en lo que acabo de decir sobre la honestidad de Kayla.

—No me gusta mentir e intento no hacerlo. Kayla miente sobre cosas estúpidas, sobre adónde va o con qué chico está saliendo en ese momento, pero es honesta con sus sentimientos. Ojalá yo fuera como ella en ese sentido. —Me gustaría hablar a Millie de la situación de mi familia. Pienso todo el tiempo en ello y el secreto está empezando a pesarme.

—Ya aprenderás. En algunas situaciones te vuelves más valiente cuando te haces mayor. Por eso las viejas como yo se van siempre de rositas diciendo lo que quieren.

Nos reímos juntas.

—Se supone que tenemos que hablar de usted —señalo, y me vuelvo a sentar—. ¿Qué fue lo que la hizo enamorarse de su marido?

—Que era un soñador, supongo. La gente tiende a pensar que los políticos son pragmáticos, que hacen lo que es sensato, lo que es realista. Todo eso es un mito. Todos ellos son idealistas. Los políticos se preocupan más de ideas locas que de lo que de verdad funciona.

Me pregunto si Millie conocerá al padre de Royce. ¿Le parecería él un idealista? Valoro la opción de preguntarle, pero me recuerdo cuál es el propósito del proyecto. Esta entrevista tiene como fin ayudar a Millie a curarse, no es para mí. Está aquí por algún problema del corazón y me ha contado que lleva meses entrando y saliendo del hospital.

—¿Qué tipo de político era su marido? —le pregunto.

—Un fiscal del distrito.

—¿Cómo se conocieron?

—Me ayudó con un permiso que necesitaba para uno de nuestros edificios. —Se pone recta en la cama.

—¿Echa de menos su trabajo? —le pregunto, porque me ha parecido un tanto melancólica.

—Un poco. Mis hijos se encargan ahora de la empresa. —Se retrepa en la cama—. ¿Me puedes ayudar a acomodar la almohada? Llevo todo el día con dolor de espalda. —Muevo la almohada y Millie se vuelve y posa la mano en mi hombro—. Últimamente he estado pensando en algo, Jasmine. ¿Puedo hacerte una pregunta? Es un poco personal.

Asiento.

—Por supuesto.

—¿Cuál es tu recuerdo más dichoso?

Pienso durante un instante, rebuscando entre mis momentos más felices. Mi abuela dándome el cristal ámbar. Que me nombren capitana de las animadoras a finales del curso pasado. Dormir en un colchón en el suelo mi primera noche en Estados Unidos, acurrucada junto a Danny, su pequeño cuerpo cálido contra el mío. Estaba asustada, pero también emocionada por empezar una nueva vida.

Antes de que pueda responder, Millie vuelve a hablar.

—¿Alguna vez sientes una leve tristeza al recordar los momentos felices?

—No sé a qué se refiere...

—Yo sí. Recordar no es exactamente lo mismo que la realidad. Da igual lo feliz que te haga, cuando recuerdas algo tienes que reconocer que ese momento nunca más volverá a suceder.

Mira por la ventana con semblante pensativo, como si pensara en algo que pasó hace mucho tiempo.

—No importa —dice—. No debería de importarte con lamentos de viejos. ¿Y tú? Cuéntame algo de ti. ¿A qué universidad tienes pensado ir? ¿Estás saliendo con algún chico? Cuéntame las buenas noticias, las malas, tus planes de futuro.

Se me revuelve el estómago. Hace solo una semana, todas esas preguntas me habrían emocionado, incluso hablarle de Royce. Pero todo ha cambiado. Vaya si ha cambiado.

—Seguro que no le apetece escuchar acerca de mi vida —respondo. Me acuerdo de lo que mencionó mi padre sobre lo que podría ocasionar nuestro problema a mi madre. Pero ¿por qué no podía contárselo a Millie? Ella no nos iba a denunciar a inmigración, ¿no? Es mi amiga, igual que Kayla.

—Claro que sí. La mayoría de las personas me parecen interesantes, solo tienes que indagar un poco para conocer a alguien. Venga, ¿qué te preocupa?

Decido arriesgarme. No puedo seguir guardándomelo dentro y, quién sabe, a lo mejor

ella me puede ayudar. Es una mujer activa que dirigía su propia empresa. Tal vez pueda aconsejarme sobre qué hacer.

—Me han invitado a ir a Washington D. C. —indico—, pero no debería de ir.

—¿Qué quieres decir con que no deberías? ¿Y por qué te han invitado? Eres demasiado joven, ¿no estarás planeando en secreto tomar el control del mundo?

Sus palabras me hacen reír.

—No es eso. Es solo que no sé cómo hacer para ir.

Tomo aliento y le cuento lo de la Beca Nacional y la carta del presidente. Le hablo de mis sueños, que se han hecho realidad y se han destrozado al descubrir que estoy aquí de forma ilegal.

—No me lo puedo creer. Mis padres nos han ocultado la verdad y mis hermanos aún no lo saben. No sé qué va a pasar ahora. ¿Qué voy a hacer el año que viene?

En cuanto las palabras abandonan mi boca, me pongo nerviosa. ¿Puedo confiar en ella? ¿Qué piensa de mí? ¿Por qué iba a importarle a una señora mayor de Beverly Hills una chica filipina indocumentada como yo?

Ahora me siento como una boba por haber pensado siquiera en pedirle consejo.

Millie arruga la frente, como si estuviera pensando concienzudamente.

—¿Pero sigues queriendo ir a Washington D. C. a la recepción?

—Sí, pero ¿para qué? Se reirán de mí y me echarán de la Casa Blanca.

—¿Te crees que en estos tiempos, con todo lo que representa la administración presidencial, te van a echar de allí? Una joven como tú, guapa e inteligente a la que han ofrecido semejante honor.

Niego con la cabeza.

—Mucha gente vive en centros de detención hasta que los deportan y no les permiten regresar a Estados Unidos. Mi madre me contó la historia de una mujer que vivió aquí toda su vida, pero nació en México. La deportaron por no pagar una multa de tráfico y ni siquiera habla español. Consiguió un trabajo en una empresa de *telemarketing* porque sabe inglés, pero su vida cambió por completo. Perdió a sus amigos, sus pertenencias, todo lo que conocía. Ya no puede regresar a Estados Unidos. No podemos arriesgarnos, yo no puedo arriesgarme.

Millie considera mis palabras.

—Supongo que tienes razón. Es una época peligrosa para los inmigrantes. Aunque ser valiente, seguir adelante y conocer a los altos políticos del país puede que no sea una mala idea.

—¿De verdad lo cree?

—Lo sé. Deberías de subirte a ese avión. Has ganado ese premio de forma justa.

Es cierto. Millie tiene razón, merezco ir. He trabajado duro para ello.

—De acuerdo. —Por primera vez en días, me siento optimista. Voy a conseguirlo.

Millie me sonrío y levanta la mano. Estoy a punto de chocarle cuando mira hacia la puerta. Se le llena el rostro de preocupación. Me doy la vuelta y veo a mi madre en el pasillo, llorando en silencio.

¡No! Corro hasta ella.

—*Neneng* —me dice, incapaz de pronunciar las palabras—. Tenemos que irnos.

La rodeo con los brazos.

—¿Te duele algo? ¿Llamo a papá?

—Me han despedido. Tenemos que marcharnos antes de que llamen a seguridad.

—¿Despedido? —Me quedo congelada—. ¿Qué ha pasado?

Mi madre mira a Millie.

—No debería de haber dicho eso. Estoy muy avergonzada. —Se limpia los manchurrónes de máscara de pestañas de las mejillas.

—Por favor, Pilar, no te preocupes —la anima Millie, que se retrepa en la cama—. Eres una de las mejores trabajadoras de este lugar. No sé qué voy a hacer sin ti. ¿Hay algo que pueda hacer o decir para ayudar?

—No, señorita Millie. Ya está todo hecho. Gracias. —Se vuelve para marcharse y la sigo, sin saber qué decir, pensando en que mis problemas no significan nada comparados con los suyos.

Millie me llama entonces.

Mi madre se detiene y se da la vuelta.

—Jas, despídete de Millie. Tú tampoco puedes volver.

—¿No? —pregunto, y siento un nudo en el estómago.

—No.

—¿Y qué pasa con el proyecto?

—Buscarán a otra persona que entreviste a los pacientes para el estudio.

Estoy anonadada.

—¿De verdad no puedo volver? —Supongo que aún podía hacer el libro. Quería regalárselo a los pacientes a finales de año, pero ¿cómo voy a dárselo si no puedo regresar?

Mi madre niega con la cabeza.

—Dios mío, es una noticia terrible —se alarma Millie—. Mantente en contacto conmigo, Jasmine —me dice al tiempo que anota su número de teléfono en una servilleta que hay al lado de la cama—. Quiero terminar nuestra... entrevista. Me da la sensación de que estábamos llegando a la parte importante. La semana que viene salgo de aquí, pero siempre puedes llamarme. Voy a ver qué puedo hacer, tal vez haya alguna forma de ayudarte a ti y a tu madre. Quizá pueda mover algunos hilos.

—¿Lo haría? —pregunto, sin creermelo aún que me hayan echado del hospital también a mí.

—No puedo prometer nada, pero haré lo que esté en mi mano. Llámame, ¿de acuerdo?

En el automóvil, el silencio de mi madre es ensordecedor. No enciende el motor. Ya no llora, pero tiembla como si estuviera a punto de perder el control. Me da miedo preguntar por qué la han despedido, porque creo que ya lo sé.

Estoy asustada y aturdida. Hasta ahora, nunca me he tenido que preocupar por mi familia. No tenemos mucho dinero, pero estamos en mejor situación que muchos. Somos felices. Mis padres se quieren. Mi madre le prepara un filete con forma de corazón a mi padre todos los días de San Valentín. A ese respecto no estoy preocupada, pero últimamente no dejo de pensar que pronto acabaremos viviendo a las afueras de Manila y me quedaré atrapada haciendo de árbitro en las peleas de arañas de siete patas de mis hermanos.

Dejaré de ser una estudiante y probablemente termine trabajando en algún hotel turístico o me haga camarera o secretaria con un sueldo bajo como muchos de mis primos. Me apagaré en un país que no entiendo. No como Estados Unidos, que es mi hogar, mi vida. Aunque estoy empezando a pensar que tampoco comprendo Estados Unidos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto al fin.

Mi madre se queda largo rato callada antes de responder.

—Han descubierto que soy un lastre.

—¿Un lastre? ¿Qué quieres decir? ¿Ha muerto o resultado herido alguien en uno de tus turnos? Si eres muy cuidadosa, muy rigurosa.

—Se han enterado de que no tengo documentación —susurra.

Seguimos en el aparcamiento. Una mujer pasa por al lado del vehículo y nos mira con preocupación.

—¿Cómo? ¿Y por qué lo han comprobado? Llevas años trabajando en el hospital.

Me sujeto al asiento. Esto es exactamente lo que temía y ya ha pasado. «¿Cómo han podido ser mis padres tan estúpidos?».

—Mi supervisora me ha pedido que vaya a su despacho. —Toma una bocanada de aire—. Me ha dicho que soy una buena trabajadora, pero que en esta ocasión no puede

pasar por alto el tema de la documentación. Con este clima político. Parece que uno de sus donantes ha pedido que se aseguren de que todos los trabajadores son legales.

Se pone cada vez peor. Resulta que han dado con la documentación de mi madre y que un supuesto experto ha afirmado que es falsa. Le han dicho que podrían deportarla legalmente y multar al hospital por haberla contratado.

—Lo siento, mamá. —Le doy un abrazo y se pone a llorar de nuevo.

—He intentado razonar con ellos. Les he dicho que ha sido error mío y que podía arreglarlo. Pero no me han escuchado, solo querían que me marchara. Y eso no es lo peor, Jas.

Me estoy enfadando mucho. ¿Cómo han podido humillar a mi madre, a una mujer que trabaja dos veces más duro que cualquier otra persona, por no tener la documentación con la que, al parecer, llevaban dos años haciendo la vista gorda?

Mamá continúa la historia.

—Ve a recoger a tu hija, me ha dicho el jefe, no queremos a ilegales aquí. Después de todo lo que estabas haciendo por ellos, *neneng*. Con lo mucho que te has esforzado por este proyecto. Después de lo que has hecho por los pacientes. Lo siento mucho.

Nunca me había sentido tan avergonzada. Y ahora estoy aterrada por toda nuestra familia.

¿Qué les pasa a los ilegales en este país?

Me temo que estamos a punto de descubrirlo.

8

Aun así, hay momentos en que me desconcierta cada kilómetro que he viajado, cada comida que he comido, cada persona que he conocido, cada habitación en la que he dormido. Por muy normal que parezca, hay momentos en que todo ello escapa a mi imaginación.

—JHUMPA LAHIRI, *INTÉRPRETE DE EMOCIONES*

La gente suele decir que la vida continúa. Sí, la vida continúa. Hago los exámenes, voy a los entrenamientos de las animadoras, me convierto un poco en un robot, mantengo la cabeza gacha y trato de no pensar en el futuro y en lo que me deparará o no. No sé qué voy a hacer con la beca. Cuando la señora García me ve en el pasillo, me recuerda que tengo que entregar el formulario de aceptación para que la fundación se encargue de los preparativos del viaje. Le respondo que no tardaré en hacerlo.

Kayla y Dylan van muy en serio y ya apenas veo a mi amiga fuera de los entrenamientos. Royce y yo nos hemos enviado unos cuantos mensajes más y me ha contado que está muy ocupado con las clases y por eso no ha venido a verme al hospital. Pero que fue el lunes y me buscó, pero no me vio. No he querido contarle que ya no puedo ir más, resulta demasiado doloroso, así que le he mentido y le he dicho que he terminado el proyecto y que no volveré al hospital. Lo que, más o menos, es verdad.

Me envía un Snapchat en el que aparece cayéndose de una moto infantil para decirme que no está disgustado con lo que le he dicho, pero no le respondo.

Kayla tenía razón: me parece que él vive en otro planeta, en uno sin problemas.

He sacado buenas notas en los exámenes, excepto por un notable alto en el de Cálculo. No sé si ha sido por el estrés o por un error en alguna ecuación. Mi padre no hace su broma habitual acerca de que un notable es como un suspenso en Asia. A nadie le parece nada divertido en casa últimamente. En Historia de Europa, Kissinger acaba de convencer a Brezhnev de que acepte los acuerdos SALT y la Guerra Fría se está descongelando.

Ojalá también pasara en casa. Mi madre lleva tres semanas sin trabajar, y la situación la está carcomiendo. Pasa mucho tiempo leyendo las noticias en Internet, viendo programas de televisión, llamando a todo tipo de personas para contarles nuestra situación. También a abogados, a pesar de que está claro que no podemos permitirnos pagar a ninguno.

Papá viene a casa a cenar por primera vez en toda la semana. Ha aceptado horas extra conduciendo autobuses en el turno de noche debido a que mamá ya no trabaja. Siempre me quejaba porque teníamos que comer a la mesa, pero ahora me doy cuenta de lo mucho que añoro que nos reunamos todos juntos para hablar, reír y comer.

Mamá y yo hemos preparado la comida preferida de mi padre: pollo frito y *pancit* con cebolleta y repollo picados, zanahorias, lomo de cerdo, langostinos y salsa de soja. Lo

preparamos en silencio, una al lado de la otra. A pesar de que estoy vigilando mi peso, me sirvo una segunda ración.

—Me alegra ver a mi familia, para variar —comenta mi padre. Mira a Danny y a Isko—. Cuánto silencio en esta mesa. Seguro que estáis tramando alguna trastada, chicos. Os conozco demasiado bien.

Isko se ríe y Danny le da una patada por debajo de la mesa.

—No estamos tramando nada —responde—. ¿Verdad, Isko?

—Nop, nosotros no —responde él—. No estamos tramando nada.

Lo corrijo al tiempo que corto un trozo de pollo frito.

—Dirás que no estáis tramando nada bueno.

—¡Eso! —exclama—. Eso mismo.

—Tonto, se está riendo de ti —le dice Danny. Se levanta, se lleva el plato al fregadero y regresa a la mesa—. ¿Podéis excusarme?

Sin levantar la mirada del plato, mi padre le pide que se siente.

—Quédate un rato con tu familia. Pareces más adolescente tú que tu hermana.

—Déjalo —le reprende mamá—. No hay necesidad de compararlos.

—Solo quiero pasar un rato con mis hijos, ¿tan horrible es? Cuando yo tenía la edad de Danny quería pasar cada hora del día con mi padre. Cuando volvía de la cosecha de caña de azúcar, le quitaba las botas de los pies. Era para mí un honor quitarle los zapatos. Y ahora ni siquiera consigo que mis niños cenén con su familia durante más de quince minutos.

—Vale, ¿eso quiere decir que tengo que quedarme? —pregunta Danny.

—Siéntate —le ordena mi padre.

Danny resuella y se deja caer en la silla. De debajo de su trasero emerge el sonido de una larga explosión gaseosa. ¡Pfffff!

Danny se pone en pie.

—¡Aggg!

Isko se dobla sobre sí mismo y se ríe con tantas ganas que le falta el aire. Danny coge el cojín tira pedos de la silla, se lo lanza a Isko, pero falla y aterriza encima del *pancit*. Mi padre se pone rojo.

Al principio me da la sesión de que va a gritar, pero entonces mamá y yo intentamos reprimir la risa y enseguida nos echamos a reír al no poder aguantar más. La situación agrieta la Guerra Fría y papá también se ríe. Ahí es cuando me doy cuenta de que en realidad no ha cambiado nada. Seguimos siendo una familia y seguimos en Estados Unidos. Al menos por ahora.

—Yo no tengo la culpa de que Danny sea un pestemegatrón.

Mi hermano contraataca.

—¡Y tú eres el maestro de los gases!

—¡Pestozilla!

—¡Pedozilla!

—Isko, ¿sabes cómo se llama el hermano pequeño de King Kong?

El pequeño niega con la cabeza y sonrío con malicia.

—¡King Caca!

—Bien, bien, ¡ya basta! ¡Fuera! —grita mi padre, que los ahuyenta de la mesa—. Id a regar el jardín de vuestra madre. Y después al dormitorio a terminar los deberes.

Danny empieza a lamentarse porque quiere terminar un proyecto de arte, pero papá no acepta quejas.

Llevo los platos al fregadero y me pongo a enjuagarlos mientras mamá y papá hablan sentados a la mesa. Al principio se trata de una conversación banal, pero unos minutos después los escucho discutir incluso con el ruido del agua.

—Este no es el fin —señala mi padre—. Hay muchos trabajadores indocumentados en esta ciudad. Ni siquiera necesitas papeles. Puedes trabajar en negro.

—Me gustaba mi trabajo en el hospital —se queja mi madre—. Limpiar casas o despachos no me va a dar suficiente dinero. Y no obtendremos beneficios.

Dejo los platos en el lavavajillas ruidosamente para que sepan que oigo todo lo que dicen, pero mi madre no baja la voz.

—Tengo que encontrar un empleo en el que gane al menos como en el hospital. Si no, perderemos la casa. Tenemos dos hijos que enseguida empezarán a comerse todo lo que se encuentren. ¿Cómo los voy a mantener?

Cuando les pregunté cómo habían comprado la casa, me dijeron que cualquier persona podía comprar inmuebles en Estados Unidos si no necesitaba un préstamo. El tito Sonny les había prestado dinero para hacer la compra y ellos se lo habían devuelto con el tiempo.

Termino con los platos y me siento de nuevo a la mesa. Odio que mis padres discutan por dinero, pero quiero formar parte de la conversación. No quiero que vuelvan a ocultar nada.

—Puedo empezar a trabajar —propongo—. Dejaré las animadoras y buscaré un empleo. —Si ellos pueden trabajar con documentación falsa, yo también.

—No, Jasmine —replica mi padre—. Tú te tienes que centrar en los estudios.

«¿Por qué?», pienso. ¿Por qué centrarme en los estudios si de todos modos no

podemos permitirnos que vaya a la universidad? Sin una beca no, y todos sabemos que no me pueden conceder ninguna si no soy ciudadana o una residente legal. Las subvenciones federales y estatales requieren un número de seguridad social y prueba de residencia legal o ciudadanía... y yo no tengo nada de eso.

Se me va a pasar la fecha para solicitar plaza en la Universidad de California, pero ahora no puedo preocuparme por eso. Con mi madre desempleada, tengo que hacer algo. No puedo dejar que pierdan la casa. No quiero que mis hermanos sufran. Todo este tiempo he sido muy egoísta y solo he pensado en mis sueños y miedos. En el grupo de animadores no puedes permitir que una persona lleve el peso de todo el equipo. Lo mismo sucede con la familia. Nos tenemos que apoyar los unos en los otros.

—¿Por qué no? —pregunto—. Puedo hacerlo.

—Rotundamente no —responde mi madre. Tiende la mano por encima de la mesa y me agarra las mías—. Tienes que seguir centrándote en las clases. Tiene que haber más becas o subvenciones aparte de las del gobierno. A lo mejor podemos pedir un préstamo privado.

«Está en la fase de negación», pienso.

—Ya encontraremos un modo, mereces ir a la universidad —me dice.

—Y tú mereces algo mejor que limpiar la porquería de otros, mamá. Podrías encontrar otro tipo de trabajo.

Papá resopla.

—Va a ser imposible sin la ciudadanía. O al menos sin otra documentación falsa.

—Estoy cansada de mentir —se queja mi madre—. Tenemos que hacer las cosas bien.

Nos cuenta que ha encontrado a muchos abogados que ayudan a la gente indocumentada, pero que trabajan en la sombra.

—Es un fraude. Piden demasiado dinero. ¿No existe una alianza de abogados que quieran ayudar a gente como nosotros, que lleva aquí años?

—Mejor dejar las cosas como están —comenta mi padre—. Que no se fijen en nosotros. Se debaten estos problemas todos los días en las noticias. Los políticos nunca los resuelven, tan solo hablan. Preocuparse por ello no va a arreglar nada.

—¿Y si tu jefe descubre que eres ilegal? —pregunta mamá—. ¿Cómo sabes que mi supervisora no va a llamar a tu jefe? ¿Cómo sabes que no van a enviar a alguien a la casa? ¿Así es como quieres vivir? ¿Esperando a que llegue el final?

—No hay ningún final. Solo hemos tenido mala suerte. En Los Ángeles viven miles de indocumentados. ¿Qué van a hacer? ¿Deportarnos a todos? Tómame un mes libre, necesitas un descanso.

—No —replica ella—. Necesitamos el dinero. Encontraré otro empleo, ya lo he conseguido antes. Puedo hacerlo de nuevo. Aunque puede que tarde en dar con el idóneo.

A pesar de las discusiones, me encanta que mi madre sea tan tozuda. Sufre una caída, pero vuelve a levantarse y a luchar de nuevo.

Yo también soy una luchadora.

Me voy a mi habitación y enciendo el ordenador. Me sobresalto al darme cuenta de que mañana es el último día para entregar el formulario de aceptación de la Beca Nacional, ¡porque la ceremonia de los premios es el fin de semana próximo en D. C.! Tengo que ir. Me lo he ganado, como me dijo Millie. ¿Pero cómo? No puedo falsear un número de la seguridad social. A lo mejor puedo decir que necesito más tiempo para entregar el formulario pero que quiero ir a la recepción. Si tan arriesgado es darles información errónea en el formulario, al menos podré conocer al presidente.

Saco la carta del joyero. Hay un correo electrónico de contacto en la parte superior. Suzanne Roberts. Contacto del Departamento de Educación de Estados Unidos.

Me dispongo de inmediato a escribir un correo en el que me disculpo por el retraso y pregunto si puedo asistir a la cena. ¿Pueden programar un vuelo de última hora para mí? ¿Es demasiado tarde? ¿He perdido la mayor oportunidad que se me ha presentado en la vida?

«Enviar».

—¡Jasmine! —me llama mi padre—. ¡Te has dejado la mochila en medio del salón! ¡Casi me tropiezo con ella!

Vuelvo para recogerla. Papá acaba de echar a Isko de la televisión y ha cambiado el canal para poner la MSNBC cuando de repente se anuncian que una nueva propuesta de reforma de inmigración podría conceder a millones de trabajadores sin documentación la legalidad. Esta es la reforma de la que estaban hablando antes mis padres.

Papá está emocionado y sube el volumen para que todos lo escuchemos.

—¡Pilar! ¡Ven! —grita.

—¿Por qué subes tanto el volumen? —pregunta Danny—. Las noticias son muy aburridas.

Mi padre no le hace caso y los chicos se marchan a entretenerse con los videojuegos cuando mi madre llega a la habitación.

El presentador de las noticias tiene una frente bastante prominente. Le han puesto demasiada base de maquillaje y parece que los ojos se le van a salir de la cabeza, probablemente por las pinzas que usan debajo del pelo para estirarse la piel (he visto tutoriales en Youtube). Parece un pez rosa.

—Una posible buena noticia para los trabajadores sin documentación de Estados Unidos —informa con fingida emoción—. Nuestra analista política, Jessica Hart,

compartirá con ustedes en nuestro especial «Inmigración en Estados Unidos» el informe completo de Carl's Jr. y Watson Worldwide Construction.

Jessica lleva un vestido amarillo brillante. Lo único que puedo mirar son los dientes cegadoramente blancos cuando saluda al presentador.

—¿No era esa la chica del tiempo la semana pasada? —pregunta mi padre—. ¿Cómo puede ser ahora la analista política?

—Calla —le regaña mamá.

Jessica mira a la cámara. De repente su rostro se ha tornado serio.

—La propuesta de reforma de inmigración número 555 fue aprobada en el senado la semana pasada, lo que significa que solo queda un obstáculo, uno bastante grande en el clima de la actual cámara de representantes.

En pantalla aparecen latinos trabajando en el campo y limpiadoras.

—¿Por qué en las noticias siempre salen latinos? —se queja mi padre—. Hay muchos inmigrantes en este país. Filipinos, birmanos, nigerianos, iraníes, chinos, etíopes...

—¡Papá! —exclamo—. No oigo nada.

Levanta las manos en el aire. Él nunca gana cuando estamos mamá y yo.

Jessica sigue hablando.

—La propuesta, según los analistas de Washington, incluye endurecer la seguridad en la frontera de las zonas rurales de alto riesgo en las que extranjeros drogadictos y sin documentación hacen contrabando...

—La misma historia de siempre —comenta mi padre—. ¡Yo no tengo la culpa de que este país sea adicto a las drogas! No me podéis culpar de ello. Hasta en la radio han dicho que la comunidad de inmigrantes es la que menos posibilidades tiene de cometer un crimen —empieza a gritarle a la televisión—. ¡Remitíos a los hechos!

Mi madre le da un codazo.

Jessica sigue leyendo las palabras que le indica el teleprónter.

—La sección 2011b establece el estatus de inmigrante registrado de forma provisional, concedido a extranjeros aptos que soliciten, en el periodo correspondiente, y paguen la tasa y la sanción de solicitud, que pueden exceder los quinientos dólares...

La mujer continúa hablando cuando oigo un bip en el móvil que me indica que he recibido un correo electrónico. Arqueo las cejas al comprobar quién es la remitente. Suzanne debe de trabajar hasta tarde, porque nunca he recibido una respuesta tan rápido. Abro el correo y me preparo para las malas noticias, pues la respuesta es muy breve.

Estimada señorita de los Santos:

¡Nos complace recibir noticias tuyas! Procedo a reservar tu vuelo de LAX a Dulles. Por favor, envíame tus datos personales para que pueda hacerlo. Aún queda mucho tiempo para entregar los formularios de la subvención. Puedo responder a todas tus preguntas ya sea por correo electrónico o en persona cuando llegues. Estoy deseando conocerte.

Suzanne Roberts.

Contacto del Departamento de Educación.

P.D.: ¡Recuerda echar ropa abrigada! Está empezando a refrescar en D. C.

Apenas presto atención cuando mi padre comienza a hacer comentarios sarcásticos sobre los extraterrestres.

—Conque extranjeros², ¿eh? —brama—. ¿Creéis que los que aterrizaron en Roswell podían permitirse esa multa?

Mamá y yo negamos con la cabeza. Ahora mi padre se pone bravucón.

—Para que los consideren aptos —continúa Jessica—, los extranjeros deben de haber estado presentes físicamente en Estados Unidos desde el día 1 de enero de 2012, exceptuando ausencias limitadas.

—Gracias a Dios. —Mi madre suspira—. Aún queda esperanza para nosotros.

—¿Esto es bueno? —pregunta mi padre. Normalmente él es el positivo, aunque ahora parece poco convencido—. Llevamos aquí el tiempo suficiente, pero probablemente nos quedemos arruinados solo por solicitar quedarnos.

—También pueden ser no aptos por motivos delictivos —añade Jessica—, como delitos graves, fechorías múltiples y otros crímenes. Los extranjeros deben pasar una revisión de antecedentes y estar por encima del nivel federal de pobreza.

—¿Veis? —se queja papá—. Van a dejarnos en la ruina y después nos echarán igualmente.

—Para —le pide mamá—. ¡Es una buena noticia!

Es una noticia fantástica. Estoy sonriendo. Por primera vez en semanas, siento que hay una salida de verdad. Esto es importante, más incluso que el viaje a D. C. La reforma es un rayo de esperanza. Si se aprueba y hacen la ley, podremos solicitar el permiso de residencia y, en cuanto lo tengamos, cinco años más tarde podremos solicitar también la ciudadanía.

—Tengo otra buena noticia —suelto.

—¿Sobre qué? —pregunta mamá.

—Voy a ir a Washington D. C. el fin de semana que viene para lo de la Beca Nacional.

Me doy cuenta de repente de que ni siquiera se me ha ocurrido pedirles permiso.

Mi padre baja el volumen de la televisión.

—¿Qué? ¿Y cómo crees que vas a hacerlo? No tienes un número de seguridad social.

—No he dicho que vaya a rellenar el formulario de aceptación. No necesitan la información para la cena de reconocimiento y las actividades del fin de semana. Al menos puedo ir a eso. Después buscaré una solución para lo demás.

—No lo sé —murmura mi padre con tono vacilante—. ¿Cómo vas a subirte al avión?

Para mi sorpresa, mi madre me defiende a mí en lugar de a mi padre.

—Deja de preocuparte —le pide, tocándole el brazo—. Tiene razón, seguro que puede ir a D. C. ¡Alégrate por tu hija! Además, todavía tengo nuestros pasaportes de Filipinas. Jasmine puede usarlo para la identificación, no tiene que decir nada sobre su situación legal.

Sonrío. Mi padre siempre acepta la aprobación de mi madre. Ahora solo tengo que pensar en qué me voy a poner para la cena.

—Piénsalo —digo, animada por la idea de poder hacer ese viaje—, en cuanto esa reforma se apruebe en la cámara, podré ir a donde quiera sin tener que preocuparme. Estaré en Estados Unidos de forma legal. Todos lo estaremos.

Por favor, Señor, que así sea.

2 N de la T: *alien* en el original, que puede referirse en español a extranjero o extraterrestre

9

Cuando descubra quién soy, seré libre.

—RALPH ELLISON, *EL HOMBRE INVISIBLE*

Al día siguiente me paso por el despacho de asesoramiento para los estudios universitarios para comunicar a la señora García que el jueves me voy a la recepción de la Beca Nacional.

—Es maravilloso, Jasmine, que te lo pases bien. Como ya te he dicho, estoy muy orgullosa de ti —me dice con una sonrisa enorme—. No obstante, tengo que decirte que un par de profesores me han comentado que en las últimas semanas no pareces tú misma. ¿Qué sucede?

—Supongo que he estado muy ocupada —respondo, sin saber si contar más.

Honestamente, me molesta escuchar eso. Los profesores nunca se han quejado de mí. Aparte del notable alto en Cálculo, sigo sacando los mismos sobresalientes de siempre. Aunque últimamente he estado un poco callada en clase, no he levantado la mano ni he dado mi opinión, y supongo que se habrán dado cuenta de ello. No es que me muestre desinteresada, es que la tarea de encontrar una solución para la situación de mi familia me tiene consumida.

Cada momento libre en el que no estoy en el instituto, me conecto a Internet e intento averiguar cómo arreglar la situación en la que nos encontramos, cómo pueden los extranjeros ilegales pasar a ser legales en este país. Si no se aprueba la nueva propuesta de reforma, la situación será desalentadora. Mi familia está incumpliendo la ley y, aparte de marcharnos y tratar de volver con visados de trabajo, no hay mucho que podamos hacer. En su mente, mis padres no hacían nada malo, solo intentaban hacer lo mejor para sus hijos, ofrecerles una nueva vida en Estados Unidos. ¿Los culpo por ello? No lo sé.

También comprendo la otra parte, que los norteamericanos que han nacido aquí, o que son hijos de padres de aquí, no crean que merezcamos estar en este país. Lo entiendo, pero eso no lo hace más sencillo. Yo creía que estábamos en situación de legalidad, y pensar en que nos encontramos al mismo nivel que los delincuentes a ojos de la ley... me revuelve el estómago. Me siento desamparada.

Pero no puedo compartir nada de esto con mi orientadora.

—Ya mismo son las Regionales —le explico—. Y queremos ganar las Nacionales este año.

—Claro, y el último curso también conlleva mucha presión. —Está frente a mí y me toma de la mano—. Ya sabes que me tienes aquí. —Me da un apretón—. ¿Seguro que no hay nada más? Pareces preocupada.

—Eh... —Estoy tan sobrepasada que ni siquiera sé por dónde comenzar. Creía que

este iba a ser un momento feliz, contarle que iba a ir a Washington D. C., pero todo el estrés de las últimas semanas vuelve a amenazarme.

Vivo con el miedo de que la cosa más insignificante, como ir a una fiesta y que me descubran bebiendo, pueda ocasionar problemas a mi familia. ¿Y si me detienen por cruzar de forma imprudente una calle? ¿Por tirar basura? De repente pienso en la señora García, ¿es ella una inmigrante? ¿Lo son sus padres o sus abuelos? ¿Tiene ella que lidiar con gente que piensa que este no es su lugar? Pero en Estados Unidos todo el mundo es de otro lugar, ¿no?

Puede que todos seamos extraterrestres, como bromeaba mi padre durante el noticiario. Dice que, si todos fuéramos del más allá, tendríamos menos problemas porque al menos los demás querrían nuestros medios tecnológicos. Por supuesto, mi madre piensa que incluso los extraterrestres tendrían problemas para encontrar trabajo en Estados Unidos.

—Lo siento, Jasmine. No te he contado lo de tus profesores para estresarte todavía más. No era mi intención. —Se echa hacia delante en la silla—. ¿Cómo va todo lo demás? ¿Has entregado la solicitud para la Universidad de California?

—Aún no —respondo.

—Bueno, no te retrases. Queda poco para que terminen los plazos y, cuanto antes la entregues, más posibilidades tendrás.

—Lo sé, lo sé.

—Ya sé que te encargarás de ello. Y recuerda que, si todo esto te sobrepasa, hay gente que se interesa por ti. No siempre tienes que hacerlo todo sola, aquí hay toda una comunidad a tu disposición.

—Gracias, señora García, pero estoy bien.

La mujer me vuelve a dar un apretón en la mano.

—Ya sabes adónde venir si necesitas hablar.

—Sí —respondo, y se lo agradezco.

Mi padre decía que las escuelas son lugares seguros para los inmigrantes ilegales, pero no estoy lista para contárselo a ella. Todavía no.

Después de clase, le explico a la entrenadora Davis que tengo que ir a D. C. a aceptar la beca mientras las demás chicas calientan. Se alegra por mí, aunque sabe que esto es un pequeño obstáculo para el equipo.

—Es un fin de semana complicado —señala—. Tenemos un partido de fútbol y las prerregionales. Este año tenemos una oportunidad de verdad en las Nacionales, pero depende de vosotras que lleguemos allí.

—Lo sé, y lo siento. Dedicaré tiempo extra a los ejercicios y entrenamientos cuando

regrese.

—Ya lo sé, pero necesito que alguien guíe los entrenamientos mientras tú no estás. Y voy a tener que elegir a una voladora de las suplentes para que ocupe tu lugar. Le pediré a Courtney que se haga cargo de la capitania mientras estás en D. C.

Entiendo que tenga que elegir a otra capitana mientras estoy fuera porque el equipo necesita a una, pero me sorprende que escoja a Courtney, una estudiante de tercero, para que ocupe mi lugar.

—¿Por qué no Kayla? —propongo—. Tiene antigüedad. Ha trabajado todo este tiempo...

—No me parece buena idea.

—Se va a sentir decepcionada.

—Una lástima. Kayla no ha estado perfecta últimamente y se ha saltado algunos entrenamientos. Las otras chicas no la admiran como te admiran a ti. ¿Qué le sucede? ¿Lo sabes?

—Sí —respondo—. Sus padres se han separado. —«Y tiene un novio nuevo», pero eso no lo digo.

La entrenadora asiente.

—Es duro. Espero que estés a su lado.

—Así es. —Aunque últimamente no la he visto fuera del instituto. Siempre está con Dylan, pero soy consciente de que es una excusa que pongo. La he estado evitando. Quiero contarle lo que me pasa, pero me da vergüenza. De las dos, yo siempre he sido a la que le ha ido mejor, tiene una familia más unida, saca mejores notas. No puedo contarle que todo es un desastre, que es una enorme mentira. Tengo demasiado orgullo.

No estoy de acuerdo con la elección de capitana de la entrenadora. Me parece que cederle más responsabilidad haría que Kayla se involucrara más con el equipo. Gusta a todo el mundo, la escucharían, pero la entrenadora no cambia de opinión. Espero que mi amiga no se tome muy mal la noticia.

Cuando la entrenadora le cuenta al equipo lo de mi beca y que voy a ir a D. C., las chicas se acercan a mí a felicitarme y abrazarme.

—No te olvides de nosotras cuando seas rica y famosa —me dice Deandra.

—De la gente ordinaria —coincide Emily.

Courtney, que mide alrededor de metro ochenta, se ríe del comentario. El resto sonrío, todo el mundo se alegra por mí.

—¡No me voy a olvidar de vosotras! —les aseguro—. Si no, seguro que me tiráis de la pirámide y no me sujetáis.

Están todas aquí menos Kayla. Mi amiga no se acerca a abrazarme ni a felicitarme y

así es como me doy cuenta de que está enfadada.

Después del entrenamiento, espero a que Kayla se cambie de ropa. Sale del cubículo del baño, me roza al pasar y abre la mochila en el banco del vestuario.

—¿Por qué no me has contado lo de la beca? —No levanta la mirada del suelo—. ¿Tengo que enterarme con el resto?

Es cierto, no se lo había contado. Quería hacerlo, pero con todo lo que ha pasado, se me había olvidado. Siento calor en las mejillas.

—No lo sé. Cuando me enteré, quería contárselo primero a mi familia, y después se me olvidó...

—Pero si vas a ir a D. C. este fin de semana, ¿no lo sabes desde hace un mes por lo menos? ¿Es que creías que me iba a poner celosa? Pues vaya.

Me acerco a ella y me siento en el banco, al lado de su mochila.

—No es eso. Perdona, las cosas han estado complicadas en casa. Ni siquiera supe que iba a ir a D. C. hasta hace un par de días.

Cuando termina de meter la ropa en la mochila, cierra la cremallera.

—¿Las cosas están complicadas en tu casa? Al menos tus padres no se odian.

La agarro del brazo con delicadeza y tiro de ella para que me mire.

—Han pasado muchas cosas que no te he contado. Lo primero es que mi madre ha perdido el empleo en el hospital.

Mi amiga abre mucho los ojos.

—Dios mío, Jas, lo siento mucho. ¿Está bien? ¿Por qué no me lo has contado?

—Me daba vergüenza. Ya sé que no debería, pero... uf. Siento mucho no haber estado a tu lado tanto como debería. No dejaba de decirme a mí misma que estabas ocupada con Dylan y que no me necesitabas. Pero estoy aquí ahora. Cuéntame cómo estás.

Kayla suspira y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Pensaba que no te importaba. Has estado totalmente perdida las últimas semanas. La situación en casa ha empeorado. Mi padre se ha ido y mi madre pasa todo el tiempo que puede fuera de casa. Y yo tengo que cuidar de Brian los fines de semana. Odio todo esto, solo quiero que mi vida vuelva a la normalidad.

Yo me siento igual, pero no lo digo. Abrazo a mi amiga hasta que deja de llorar, después me acerco a un urinario y cojo un montón de papel higiénico para que se limpie los ojos y se suene la nariz.

—¿Cómo es Dylan? —le pregunto. Hablar de chicos siempre hace que Kayla se sienta mejor. De inmediato se anima.

—Es muy bueno. —Sorbe por la nariz—. Me gusta mucho. No es como ningún otro

chico con el que haya salido antes. Es tranquilo y resulta fácil pasar tiempo con él. Siento que... puedo ser yo misma con él.

—Es fantástico —exclamo, y siento nostalgia. Royce y yo no hemos hablado mucho últimamente. Hemos perdido el entusiasmo. Ya, de acuerdo, yo lo he echado a perder. Probablemente no vuelva a verlo.

—¿Qué vas a hacer en el viaje? —me pregunta.

—Hay una visita al Capitolio y una recepción muy sofisticada para los becados. Se supone que voy a conocer al presidente.

—¿Al presidente? —Se suena la nariz y luego tira el papel—. Vaya, Jas, es impresionante. ¿Tan sofisticada es la cena? ¿Qué te vas a poner?

—No lo sé, todavía no he pensado en ello.

Mi amiga tira de mí para levantarme del banco.

—Vámonos —me dice—. ¡Nos vamos de compras!

El miércoles por la tarde ya tengo la maleta hecha. He metido una botella pequeña de cristal para poder guardar un poco de tierra de la capital y añadirla a mi colección.

Vamos de camino al aeropuerto. Mis hermanos se han quedado en casa con una amiga de mi madre. Papá y lola Cherry me acompañan. lola Cherry es septuagenaria, lleva unas gafas enormes Jackie Ohh y tiene el porte de alguien que fue la más guapa en su juventud. Se tiñe el pelo de negro y se pone pintalabios rojo, pero, como típica enfermera filipina, suele llevar vestidos sencillos y chanclas.

He estado temiendo el momento en que los deje. Es la primera vez que iré a otro lugar yo sola y me imagino cómo se sentirá mi madre. Está preocupada y habla a una velocidad apabullante.

—Ten cuidado allí. Washington D. C. está lleno de viejos raros. Mantente alejada de ellos. Abotónate la blusa hasta arriba. Y no te pongas maquillaje.

—Me va a recoger una persona en el aeropuerto —comento, mordiéndome las uñas—. Estás exagerando.

—No conozco a esa persona —responde.

—Yo tampoco —interviene mi padre—. Por lo que yo sé, podría ser un extraterrestre.

—Papá —me quejo—, para. Eres tonto. Además, es una chica.

lola Cherry va sentada atrás y se ríe disimuladamente.

—Si fueras inteligente, Jasmine, me llevarías contigo —me dice.

—¿Por qué? ¿Para que puedas flirtear con todos los congresistas mayores? —bromea mi padre.

lola chasquea la lengua.

—Yo no flirteo, no tengo que decir nada. Se acercan a mí por mi belleza. Y me llevarían a cenar a la ciudad. Quiero ver la vida nocturna de Washington D. C.

Me rio. Probablemente debería de llevarme a lola Cherry, seguro que se lo pasa mejor que yo.

—¡lola Cherry! —exclama mi madre—. No estás ayudando en nada. Esa gente no tiene escrúpulos.

—Lo sé —responde ella, y me guiña un ojo.

Le devuelvo la sonrisa.

—Ay —se queja mi madre—. Sabía que no deberíamos de haber permitido que vinieras con nosotras.

—¿Para que podáis seguir torturando a vuestra hija?

—No la estoy torturando. Tiene que saber estas cosas.

—Mamá, estaré bien. Voy a estar a salvo. Este es un premio importante, hay un montón de seguridad. ¡No me va a pasar nada! Deja de preocuparte. ¿Y sabes qué? La cámara va a aprobar esa reforma, tengo un presentimiento. Todo va a salir bien. —El corazón me late con más fuerza al pensar en todo lo que hay en juego.

—Más les vale aprobar la reforma —señala mi padre—. O vendrán los ovnis y nos sacarán de aquí.

—Para ya de hacer bromas con los extraterrestres. —Exhalo un suspiro.

—No me digas que ya te has cansado de ellas.

Mi madre se une a la conversación.

—Todos nos hemos cansado.

Por fin mi padre aparca en la zona de salidas del aeropuerto. Nos despedimos y mi madre se pone a llorar, lo que me hace llorar también a mí. lola me da un abrazo y me dice que defienda a cualquier congresista o senador que parezca una estrella de cine.

—Si alguno se parece a Elvis, pídele el número de teléfono por mí —me dice.

La abrazo con fuerza. Adoro a mi familia loca. Ojalá mis hermanos estuvieran aquí.

—Te quiero mucho —le digo a lola.

Mi madre se queja.

—¿Y a mí qué?

—Para ya. —Le doy un beso en la mejilla—. Ya sabes cuánto te quiero. Somos prácticamente la misma persona. Estaré bien, voy a conocer al presidente de Estados Unidos. —Le doy también un beso a mi padre.

A lola se le iluminan los ojos.

—¡No has dicho que fueras a conocer al presidente! ¡Él es el más guapo de todos!

—Pero si os lo he dicho a todos —gruño—. No me escucháis. Voy a llegar tarde al avión. ¡Os quiero! —añado, y salgo corriendo hacia la terminal y al punto de seguridad.

10

No había más que tierra; no era un país, sino el material del que están hechos los países.

—WILLA CATHER, *MI ANTONIA*

—¿Señorita de los Santos? —pregunta una mujer joven afroamericana con el pelo liso y corto en la terminal del aeropuerto internacional de Washington-Dulles. Lleva un cartel con mi nombre.

—Soy yo —respondo con una sonrisa enorme.

—Suzanne Roberts —se presenta, y me da un apretón de manos—. Anfitriona del Programa de Reconocimiento de Becas Nacionales y contacto del Departamento de Educación. Por aquí, en breve conocerás a otros estudiantes.

Para ser tan joven, Suzanne es toda una profesional. La falda y el abrigo que lleva son de color azul marino y tiene una blusa blanca. Va perfectamente conjuntada. No hay ni una arruga en la ropa y tampoco un pelo fuera de lugar. Tiene una insignia del programa en el uniforme que parece combinada con el sello presidencial. Me doy cuenta de cómo se contiene, de cómo camina. Habla como si se hubiera graduado en una escuela de protocolo de Suiza en la que te enseñaran cómo desenvolverte con elegancia. Tiene una sonrisa constante que parece real y no impostada. Es amable. Me gustaría ser algún día como ella y se lo hago saber.

—Eres muy amable, gracias. He oído que tu ensayo y autoevaluación han sido una lectura particularmente buena para el comité. Enhorabuena.

—Muchas gracias, me alegra saberlo. ¿Tú estás en el comité de selección? —le pregunto mientras caminamos por la terminal.

Suzanne sonrío.

—No, está formado por académicos altamente cualificados en las áreas de educación, derecho, medicina y artes avanzadas, entre otras. Tal vez algún día. Yo también recibí la beca y ahora soy asistente en el congreso. Por el momento, estoy encantada con ayudar a los candidatos del programa durante su estancia aquí en Washington D. C.

—Es estupendo —digo, y de verdad me lo parece. Estoy deseando conocer a todo el mundo, empezar a hacer contactos, a formar parte de este fantástico sistema que gobierna nuestro país. Por un momento vuelvo a sentirme yo misma, la persona que era antes de descubrir la verdad sobre nuestra situación.

Estoy sentada en el asiento trasero con otros dos estudiantes en un sedán negro que conduce Suzanne en dirección al Ritz-Carlton, en la calle Veintidós.

—Él es Richard Morales —indica Suzanne, señalando con la cabeza al chico alto que hay sentado delante y que tiene los hombros tan anchos que apenas cabe dentro del vehículo—. Es de Arizona. Y un músico de jazz increíble, por lo que he oído.

—¿Qué instrumento tocas? —le pregunto.

Richard gira el cuello para mirarme.

—Un poco de todo, supongo. Pero mi preferido es el saxofón. —Curva los dedos y empieza a tocar unas notas invisibles. Se pierde por completo en su propio mundo imaginario de música.

El otro chico que hay sentado a mi lado extiende la mano y yo le doy un apretón. Tiene los dedos pálidos, huesudos y largos.

—Soy Simon Sebastian —se presenta con una voz nasal—. ¿Sabes que el memorial de Martin Luther King se hizo en China? ¿Y que el de Franklin Delano Roosevelt tiene una estatua de su perro?

—No —respondo—. Sabes mucho de Washington D. C...

Mientras Simon continúa hablando de trivialidades, miro por la ventanilla para ver si encuentro algo que reconozca. La he abierto un poco para ver mejor y me sorprende lo frío que es el tiempo aquí. Me ajusto el abrigo y me imagino caminando por el campus de la Universidad George Washington o por Georgetown, observando las hojas marrones caer de las ramas de los árboles. Podría encajar en este lugar.

Los edificios son majestuosos y antiguos. Ya los había visto en la televisión, por supuesto, pero comprobar el tamaño y su enormidad en la vida real me tiene maravillada. Cuando al fin llegamos a la cúpula del Capitolio, siento una punzada, como si esto no fuera para mí. Anhele desesperadamente sentirme parte de este país, es el único hogar que conozco.

El Ritz-Carlton es una colección de edificios oscuros y muchas ventanas. Parece una preciosa fortaleza. Dentro del hotel, los techos son altos y bonitos. Me gustaría sentarme en una silla y empaparme de todo esto, mirarlo todo y a todos. En lugar de ello, sigo a Suzanne hasta el mostrador y nos dan una habitación a cada uno. Yo comparto la mía con unas chicas, pero ellas ya han pasado el día ahí. Suzanne nos insta a que nos demos prisa, somos el último grupo en llegar.

Nos da a cada uno una carpeta.

—Este es el itinerario. Dentro encontraréis los lugares a los que tenéis que ir. Yo seré vuestra guía durante la mayor parte de vuestra estancia. La primera recepción de premiados es en unas dos horas. Descansad un poco y reuníos conmigo en el vestíbulo a las cinco. Iremos juntos al salón.

Me alivia saber que Suzanne va a estar con nosotros todo el tiempo. Me hace sentir segura. Me dirijo a mi habitación, que resulta ser tan elegante como esperaba. Nos han dado una *suite* de dos habitaciones con unos sofás de flores y mesas que resplandecen como si acabaran de pulirlas. En los jarrones, junto a las camas, hay ramos de rosas blancas que inundan el dormitorio con un aroma floral que me recuerda al jardín de mi madre.

Dejo la maleta a un lado y me derrumbo en una cama de la habitación que no tiene ropa ni joyas encima. Esto es un sueño, y la habitación de hotel más bonita en la que he estado nunca. Si esto es una muestra de mi futuro, lo quiero.

Le mando un mensaje a mi madre.

Estoy en mi habitación. En un par de horas iré a la recepción. Tengo una guía que se llama Suzanne. Es inteligente y simpática. Te quiero. Hablamos luego.

No responde. Debe de estar ocupada.

Oigo a mis compañeras de habitación entrar, pero desaparecen en el otro dormitorio sin saludar siquiera. Parece que se conocen y probablemente ninguna quiera compartir habitación con la chica nueva. Mejor, más espacio para mí.

Después de ducharme, maquillaje y cepillarme la larga melena, abro la maleta encima de una de las camas, teniendo cuidado con la cremallera para no pillar ninguna prenda. Arriba está el vestido que compré cuando me fui de tiendas con Kayla. Me lo pongo y aliso las arrugas. Tiene un color igual de vibrante que el de un hibisco amarillo, la espalda abierta y unas franjas trenzadas encima de los hombros y en la tela fluida del bajo del vestido. Soy oscura de piel para ser una filipina, castaña como mi padre, y el color de la prenda contrasta con el de mi piel. Saco de la maleta el cristal ámbar que me dio mi lola y acaricio los lados suaves con los dedos. Me intento tranquilizar para la cena, meto el cristal en el bolso y salgo para marchar a la recepción. Estoy preparada para esto.

El salón está decorado con adornos blancos y banderines dorados, y hay jarrones con flores en todas partes. Parece una boda, todo es tan bonito que no puedo dejar de mirar a mi alrededor, asombrada y feliz. Es un evento de etiqueta, así que todos los chicos llevan traje y las chicas, vestidos largos. La habitación vibra, está llena de vida. Se nota que todos están entusiasmados por estar aquí. Antes de la cena, tenemos una hora en la que comemos queso y galletitas saladas, y Suzanne nos presenta a todos los dignatarios que reconoce. Permanezco pegada a ella, igual que Richard y Simon. Estamos todos un poco callados, y cuando alguien nos felicita, nos limitamos a sonreír y asentir. Conozco a tanta gente que me cuesta recordar quién es quién.

—Jasmine, te presento al senador Armstrong, representante de la cámara.

»A la doctora Holly Villa, del Servicio Nacional de Salud.

»Al honorable James Mcgregor, embajador de Suiza.

»A Eugenia Rosenberg, jefa editorial del *Washington Post*.

La cabeza me da vueltas y me duelen las mejillas de tanto sonreír. Cuando al fin llega la hora de cenar y de los discursos, vamos a buscar nuestra mesa, que está justo en la parte delantera. El dirigente de la Fundación Nacional de Académicos es el primero en hablar y presenta a los diez mejores estudiantes. Cada uno pronuncia un discurso corto sobre sus talentos y ambiciones, muchos de ellos en las áreas científicas y tecnológicas. Entremedio, Suzanne nos hace preguntas a todos, pero soy incapaz de concentrarme. Toda la noche es impresionante, prácticamente irreal para mí. Cuando voy a cortar el pollo, que está

gomoso y duro, vuelvo a la realidad por un instante. Papá siempre dice que comemos mejor en casa que la mayoría de la gente en los restaurantes, y tiene razón.

Simon y Richard charlan con entusiasmo en nuestra mesa. Las otras premiadas que están sentadas con nosotros son tres chicas, y me doy cuenta de que son las compañeras de habitación que me han estado evitando. Mallory Lynch, una pelirroja pija; y Nina Chandra, una chica india preciosa con un sentido del humor hilarante. Las dos son de Maryland. También está Carrie Mayberry, una belleza clásica norteamericana con una melena rubia y espesa y los ojos de color aciano. Es una gimnasta olímpica, navegante de primera categoría y ya ha hecho unas prácticas en el *New York Times*. Tiene ya un pie dentro de Columbia, su primera opción.

Parece que Carrie es la líder de las tres. Todos los temas de conversación terminan con lo que ella piensa o a quién conoce. Es de D. C., pero las tres se conocen porque Nina y Carrie van juntas a un internado y Mallory juega en el equipo de waterpolo de Nina. Al parecer, los padres de las tres guardan relación con la política.

Las chicas no hacen ningún caso a Richard y Simon, aunque poco importa, pues ellos ni siquiera se han percatado de ello por la conversación de empollones que mantienen sobre los números binarios.

—¿Estás emocionada por ir a Columbia? —pregunto a Carrie en un intento de entablar conversación—. ¿Te gusta Nueva York?

La chica se cruza de brazos.

—¿Que si me gusta Nueva York? Esa ciudad no es de las que te gustan o no. Nueva York es más grande que cualquier persona. En realidad, es el único lugar donde vivir.

—Oh, supongo que así me hacía sentir Manila a mí... que es más que una ciudad.

Carrie no responde y Mallory retoma educadamente la conversación.

—¿Eres de Filipinas? ¿Creciste allí?

—Mis padres nacieron allí. Yo me he criado en Los Ángeles.

Ambas afirmaciones son técnicamente ciertas.

Nina se inclina hacia delante.

—¿En qué parte de Los Ángeles?

—En Chatsworth —admito.

—¿Dónde está? —pregunta Mallory.

—En San Fernando Valley.

—Eso no es Los Ángeles —interviene Carrie con una carcajada.

—Sí, es el Valley —replico fríamente—. Y la última vez que lo comprobé, el Valley formaba parte de Los Ángeles. Todo el mundo piensa que la ciudad es solo Beverly Hills y

West Hollywood, pero es mucho más grande y diversa que eso. Además, en el Valley tenemos los mejores *xiaolongbaos*. Según la guía Michelin, mejores que los de Chinatown de Nueva York.

Mis palabras la hacen bostezar.

Las esnobs son lo peor, sobre todo las de élite como ella, que se creen sofisticadas cuando en realidad son cerradas de mente. Viven en su burbuja y se creen que eso es todo cuando hay en la vida. Me doy la vuelta, pero ella aún no ha terminado conmigo.

—Y bien, Jasmine, ya que tus padres son inmigrantes, ¿qué piensas de la nueva reforma de inmigración que se aprobó la semana pasada en el senado y que acaba de presentarse en la cámara? Normalmente no sigo estos temas, pero quería saber con quién iba a tener que hablar en la recepción de esta noche.

La expresión de mi rostro debe de ser de absoluta confusión porque Nina se apresura a explicarme la situación.

—El congresista líder de los que se oponen a la reforma va a dar una charla esta noche. Algunos piensan que puede convertirse en presidente dentro de unos años.

Estupendo, un presidente que odia a los inmigrantes.

—¿Y de qué trata la reforma? —pregunta Mallory. Parece interesada de verdad.

—Me parece que quiere conceder la ciudadanía a un grupo de personas que tienen que pagar una multa de quinientos dólares por entrar en el pasado en el país. Es, básicamente, una amonestación menor para los que llevan aquí mucho tiempo —explica Nina—. Pero supongo que tienen que hacer algo por esas personas.

—Yo opino que todo el asunto de que los inmigrantes son miembros productivos de la sociedad norteamericana es bastante débil —señala Carrie—. Cualquiera persona que entre en Estados Unidos sin documentación formal es técnicamente un delincuente. No son respetuosos con la ley, es obvio.

—¿Qué se supone que significa eso? —Alzo un poco la voz—. Cumplir las reglas no siempre tiene que ver con lo que es correcto. Ha habido muchas leyes que no eran buenas. ¿Por qué iba a ser alguien respetuoso con la ley cuando estas van en contra de ellos hasta el punto de que el sistema prácticamente te imposibilita seguir esas leyes? ¿Habéis oído hablar de Rosa Parks?

Nadie dice nada. Mallory y Nina se acomodan en las sillas, parecen incómodas, pero Carrie me estudia con semblante calculador. Miro mi plato, aliviada porque el murmullo en la sala se convierte en un siseo.

Me tiemblan tanto las manos después del arrebato que he tenido que estoy a punto de echarme el agua encima y ni siquiera escucho la presentación del orador más importante de la noche. Es un político que me resulta familiar, y se sube al podio para hablar brevemente. Nos felicita, señala que representamos a lo mejor de Estados Unidos y que somos la demostración de que todos los norteamericanos necesitan una educación antes de

que puedan contribuir en los altos niveles de la ciudadanía. Comenta que somos ciudadanos modelos de familias trabajadoras que valoran el título de estadounidense del que tantos han olvidado el valor. Nos llama héroes de nuestra generación, la generación más diversa.

Yo no me siento como una heroína en absoluto. Sí me siento esperanzada porque, de algún modo, voy a encontrar un modo de arreglar este desastre. También pienso en mamá y papá, y en que ellos deberían de estar aquí en mi lugar. Ambos merecen esto más que yo, pues son ellos los que han trabajado duro para que yo llegue hasta aquí. Millie también. Si no fuera por su aliento, no creo que me encontrara aquí.

Aplaudo cuando el político termina el discurso. Él asiente y se encamina a una mesa para sentarse con su familia.

Su esposa lleva un vestido negro largo y precioso con una falda con volumen. Este mes vi ese mismo vestido en la Vogue. Lleva el pelo castaño recogido en un moño bajo a la altura del cuello que le da un aspecto de primera dama. Acompaña a la pareja un joven que mira en mi dirección. Me suena de algo.

«Dios mío».

¿Cómo no he sido capaz de sumar dos y dos? El orador es el congresista Blakely. El padre de Royce. El señor Antiinmigración. ¿Cómo es posible que no lo haya reconocido? Si lo he visto continuamente en las noticias desde que lo vi por primera vez en el hospital.

Y también está Royce. Increíblemente guapo con un traje negro. Examina la sala y nuestras miradas se encuentran. Siento como si me alcanzara un rayo; tengo todo el cuerpo en llamas cuando él me mira.

Tengo que apartar la mirada. Es demasiado. Me siento prácticamente enferma de la emoción.

El teléfono me vibra en ese mismo instante. Es un mensaje de él.

¿Tengo que volar hasta D. C. para verte?

Oh, qué sorpresa verte aquí, le respondo en un intento de parecer despreocupada.

Tengo el corazón acelerado. La sorpresa al verlo me ha dejado sin aliento. No sé si es mejor quedarme mirando un agujero que hay en el mantel de la mesa o volver a mirarlo a él, pero no tengo que tomar una decisión, pues el anfitrión anuncia que la cena va a finalizar y Suzanne se acerca a la mesa para recoger al grupo y llevarlo al siguiente evento del itinerario. Tenemos programada otra reunión y la recepción de otros dignatarios para el postre. Sigo a Suzanne hasta una zona en la que hay muchos sofás negros, sillas y mesas pequeñas. Los camareros llegan con botellas de agua y bandejas con tartas y pastelillos, que declino. Busco disimuladamente a Royce, pero no lo veo en ninguna parte. Me tiemblan las manos y no paro de decirme que tengo que calmarme. ¿Por qué me afecta tanto?

Echo un vistazo al teléfono. ¿Por qué no? Hay más premiados haciendo lo mismo.

Tengo un mensaje de Kayla.

¿No voy a ser la capitana del equipo mientras tú no estás? Me dan ganas de dejarlo.

Oh, no. ¡No puede irse! Le respondo.

Lo siento mucho. Intenté convencer a la entrenadora de que no era una buena idea. No abandones, te necesitamos.

No me responde.

Le mando otro mensaje, y otro más, pero se mantiene en silencio. Le escribo que la llamaré cuando haya terminado la recepción.

Meto el teléfono en el bolso y, cuando levanto la mirada, Royce está justo delante de mí con dos vasos de champán.

Oh.

Dios.

Mío.

Está increíblemente guapo, más incluso con ese traje. Las líneas gruesas y negras de la chaqueta y el blanco impoluto de la camisa quedan muy bien con su pelo oscuro, que se ha engominado hacia atrás para apartárselo de la frente. Los ojos marrones transmiten calidez y brillan, y me había olvidado del hoyuelo en la mejilla, que suaviza los bordes afilados y prominentes de su rostro y le confieren un aspecto de niño travieso. Me acuerdo de la foto ridícula que se hizo y que aún tengo en el teléfono, y de los Snapchats que me ha enviado en los que sale tirándose de barriga en la piscina y cayéndose de una tabla de surf. Puede que parezca el protagonista de una serie de televisión, pero es un bobalicón, no parece tomarse nada demasiado en serio.

Las mariposas que me revolotean en el estómago se tranquilizan. Estar cerca de él es suficiente para calmarme, al parecer. Ha sido la espera, la anticipación, lo que me ha estado matando. Aun así, todavía me cuesta respirar.

—¿Para mí? —pregunto, y tomo la copa con una sonrisa, aliviada al comprobar que la voz suena irme—. ¿Se puede?

—Diría que sí —respondo, y chocamos las copas.

Tomo un pequeño sorbo. Está dulce y agrio. Tomo un sorbo más largo.

Royce me mira con tanta intensidad que me pongo nerviosa otra vez. No sé qué decirle. Este es el problema cuando hablas mucho con alguien por mensaje pero no lo ves en la vida real. Solo nos hemos visto una vez, así que es raro. Y luego está el tema de que su padre piense que los inmigrantes ilegales están arruinando este país... ¿y si Royce piensa lo mismo? Espero de verdad, de verdad que no sea así.

—¿Cómo es que no me habías mencionado que eres una becada? —bromea con brillo en los ojos—. Enhorabuena, por cierto.

—Gracias. Igualmente —respondo, dando por hecho que él está aquí por la misma

razón que yo.

Se ruboriza y me preocupa haber dicho algo inapropiado. Así es.

—No, yo no soy uno de vosotros. Solo he venido por mi padre.

—Ah, de acuerdo. Qué bien. —Intento arreglar la metedura de pata. Me miro los zapatos.

Pero Royce parece incómodo y se encoge de hombros.

—Sí, ha sido una decisión de última hora. Mi padre quería que viniera. —La sonrisa desaparece.

Vuelvo a mirarlo.

—Así que te ha obligado, ¿no? —bromeo—. Qué vida más dura.

Pone los ojos en blanco.

—Escuchas uno de los discursos de mi padre y ya los has escuchado todos. Además, la comida suele ser horrible.

Gruño.

—Es verdad, ese pollo estaba malísimo.

—Pero, por supuesto, me lo he comido entero —señala con una sonrisa.

—¡Y yo!

Nos reímos. Me hace sentir tan a gusto que casi suelto un bufido al reír.

—Me alegro de haber venido, estaba empezando a pensar que no volvería a verte —dice, con mirada seria.

—Oh. —Me ruborizo y no sé cómo responder a eso. Me siento mal porque piensa que lo he estado evitando, cosa que, efectivamente, he estado haciendo, pero no por la razón que él cree.

Mantengo la compostura y cambio de tema.

—Tu padre ha pronunciado un buen discurso.

—¿De verdad lo piensas?

—Sí. —No coincido con la política del congresista, pero sí con lo que ha dicho de la educación y el esfuerzo.

—Oye, ¿quieres conocerlo? —me pregunta de repente, como si deseara resarcirse por haber sido tan cortante antes.

—¿A tu padre? Claro —respondo, a pesar de que me da un poco de miedo.

¿Y si el congresista Blakely se da cuenta de que soy una indocumentada? ¿De que soy prácticamente el enemigo? Es un pensamiento irracional y paranoico, por supuesto,

pero no puedo evitarlo. A continuación me digo a mí misma que debería de conocerlo porque, en cuanto así sea, tal vez pueda salir con Royce sin que mi padre se enfade porque él no lo conoce. Como si conocer a los padres sirviera de algo.

¿Estoy adelantándome a los acontecimientos? ¿Por qué pienso que Royce y yo vamos a salir? Él aparta nuestras copas de champán y, antes de darme tiempo a seguir pensando en ello, estamos al lado del congresista Blakely, que mantiene una conversación con otra persona que parece importante.

—Papá —lo llama Royce y le toca el brazo.

El congresista no parece oír a su hijo.

Royce se balancea sobre los talones un par de veces. Se mete las manos en los bolsillos y se acerca a mí.

—A veces hace esto —explica—. Mira. —Se vuelve hacia su padre—. Congresista Blakely, líder de la mayoría, tengo el gusto de presentarle a Jasmine...

—De los Santos —completo.

El congresista se vuelve con una sonrisa, como si se le encendiera una luz automáticamente en cuanto hay un extraño presente. Se toma una décima de segundo para escanearme.

—Es un placer conocerte, Jasmine. Eres una de nuestras premiadas de California, ¿no es así?

Me sorprende que lo sepa. Hay trescientos becados aquí.

—Sí, de Los Ángeles —respondo—. Un placer conocerle, congresista.

—El honor es mío. ¿Puedo presentarte a la senadora Lauren Silverton, de Wisconsin?

Le estrecho a la senadora la mano, que tiene suave y con las uñas perfectamente pintadas. Es una de las pocas mujeres que forman parte del senado y me entusiasma conocerla.

—Es un honor —le digo.

—Estamos muy orgullosos de ti —indica con una sonrisa cálida—. Tú y todos los premiados sois las luces brillantes de nuestro país.

Los dos me sonrían de oreja a oreja.

—He oído que has escrito un ensayo fantástico —comenta el padre de Royce—. Necesitamos más estudiantes como tú para hacer de Estados Unidos un lugar increíble.

—Gracias a los dos. Es maravilloso poder estar aquí —respondo, y me doy cuenta de que Royce sonrío.

—Papá, senadora, ¿nos excusáis? —pregunta él.

Los adultos asienten y sonrían.

—Sí, ha sido estupendo conocerte —indica el congresista, y se da la vuelta.

Y eso es todo, no ha sido tan aterrador. Aunque sí extraño, pensaba que iba a conocer al padre de Royce, pero solo he conocido al congresista. No sé si mi padre va a considerar que eso cuenta como conocer a los padres de Royce, ha sido muy poco personal.

Royce me pasa una nueva copa de champán en cuanto estamos lo suficientemente alejados del señor Blakely.

—Aquí estás.

—Y aquí estás tú —repito, y doy un sorbo.

—En la vida real —señala.

Alzo la copa.

—Ya no somos burbujas azules en los teléfonos.

Sonríe y, cuando se ruboriza, está aún más guapo. Tanto que duele. Vuelvo a sentir mariposas en el estómago y, por un instante, nos quedamos ahí parados, sonriéndonos, como si fuéramos las dos únicas personas de la habitación. Todo lo demás se desvanece. Solo están él y mi corazón acelerado.

Se termina la bebida y deja la copa en una mesa cercana.

—¿Qué vas a hacer después de esto? —me pregunta.

11

El acto más valiente sigue siendo pensar por uno mismo. En voz alta.

—COCO CHANEL

Royce tiene que saludar a unas cuantas personas junto a sus padres, pero promete encontrarse conmigo en el vestíbulo del hotel después del evento, así que me dispongo a buscar a Suzanne. Me presenta a la persona con la que está hablando, que resulta ser el decano de estudiantes de la Universidad de Stanford.

El decano es uno de los peces gordos más jóvenes que hay aquí, y no lleva traje, solo una chaqueta negra sin corbata. Va un poco despeinado, el típico aspecto de California que me hace sentir en casa. Cuando me pregunta por mis intereses académicos, le cuento lo del proyecto en el que estaba trabajando en el hospital y que estoy interesada en Derecho y Medicina, pero que aún no he tomado una decisión. No le menciono que el proyecto ha terminado; aún tengo pensado hacer un libro y regalárselo a los pacientes.

—¿Has pensado en qué universidad quieres estudiar? —me pregunta.

—Lo cierto es que mi primera opción es Stanford —respondo con timidez.

Alza la copa.

—Buena chica. Seremos afortunados de tenerte allí. —Se mete la mano en el bolsillo y me tiende una tarjeta de visita—. Si tienes alguna pregunta sobre la escuela, házmelo saber. Estaré encantado de respondértela.

Estoy tan emocionada que prácticamente me despido tartamudeando y, cuando se marcha, Suzanne me cuenta que él fue profesor suyo y que es uno de los decanos más jóvenes de Stanford.

—Es brillante. Podría haber hecho una fortuna en Silicon Valley, pero prefirió enseñar y orientar a los estudiantes —explica—. No hay suficientes personas como él por aquí.

Pienso en lo que ha dicho. Durante mucho tiempo he pensado en el éxito como algo que conlleva riqueza económica y estatus social. Algo que necesitaba alcanzar por mí y por mi familia. Pero acabo de conocer a alguien que ha elegido otro camino. Uno prestigioso, sí, pero menos lucrativo. Suzanne me presenta a varias personas más. La fiesta comienza a apagarse y la gente sale del salón.

—Normalmente se celebra otra fiesta para los premiados —comenta Suzanne—. Es prácticamente una tradición. Siempre la organiza uno de los chicos de aquí. Pregunta por ahí a ver si te enteras de algo.

—Gracias. He quedado con una persona en el vestíbulo, tal vez acabemos allí.

—¡Estupendo! Diviértete. Nos vemos mañana —se despide alegremente.

Sigo a la multitud hasta el vestíbulo, buscando a Royce con la mirada.

Unos maravillosos cuadros enormes con flores brillantes cuelgan de las resplandecientes paredes rojas de madera. Hay un candelabro gigante encima de un piano de madera de caoba que toca un señor mayor con un traje azul marino. Toca con tanta pasión y ternura que da la sensación de que es la única persona que hay en la sala. Merecería estar en una sala de conciertos y no en el vestíbulo de un hotel en el que todo el mundo trata su música como un mero ruido de fondo.

Compruebo los mensajes mientras aguardo y entonces me doy cuenta de que yo soy como el resto que no valora la música.

Kayla no me ha respondido aún. La llamo, pero no me lo coge, así que le dejo un mensaje en el contestador. Espero que esté bien. No puede dejar el equipo, no voy a permitirlo.

Mi madre me ha escrito varias veces. Sé que quiere que la llame, pero le mando un mensaje diciéndole que las chicas con las que comparto habitación van a dormir ya y no quiero molestarlas. Le prometo que la llamaré mañana.

No quiero pensar en nadie que no sea Royce ahora mismo. Me cuesta respirar solo con pensar en él. Nunca me ha afectado tanto la presencia de alguien; aún no ha llegado y ya estoy así. ¿Por qué?

Sí que he besado a chicos. En la mejilla. Cuando estaba en sexto jugué un par de veces a «Yo nunca» y salí, más o menos, con Jarred Agovino durante un mes en secundaria. Nos tomamos de la mano. Pero desde entonces no he tenido tiempo para los chicos y nunca he tenido un novio de verdad. Mis padres siempre me decían que no podía salir con nadie hasta que tuviera dieciséis años, pero no había razón ninguna por la que prohibírmelo. De todos modos, no hay necesidad de que mi madre conozca de la existencia de Royce ahora. Nadie tiene que saberlo. Y tampoco hay nada que saber, solo somos amigos. «Veamos adónde nos lleva esto», me digo a mí misma, respirando profundamente para calmarme.

Al fin llega Royce y lo sigue un grupo de chicos. Son revoltosos, se dan palmadas en la espalda entre ellos y ríen demasiado fuerte. El pianista les dedica una mirada de reojo y continúa acariciando las teclas.

Cuando Royce me ve, camina directamente hacia mí y juro que se le iluminan los ojos. El corazón me late muy deprisa en el pecho. «Ahora lo entiendo —pienso—. Lo entiendo». Todo lo que las canciones de amor y las películas románticas intentan decir sobre el amor al tratar de capturar este momento, esta sensación. Antes no lo comprendía. Nunca nadie me ha hecho sentir así. Es como una luz, como si de pronto todo fuera asombroso, como si el mundo fuera ese lugar maravilloso del que habla Louis Armstrong en sus canciones y la vida no fuera una sucesión de tareas y rutina.

La vida puede ser mágica.

Cuando lo tengo delante, tengo que echar un poco hacia atrás el cuello para mirarlo a la cara. No me había dado cuenta de lo alto que es, apenas le llego a los hombros.

—Hola —me saluda tímidamente.

—Hola. —Sonrío—. ¿Son tus amigos? —pregunto, volviéndome para mirar al grupo.

—Nop —responde secamente, y le cambia la cara. Se mueve para que nos alejemos de ellos—. Venga, vámonos de aquí.

La magia del momento se ha esfumado y todo vuelve a ser en blanco y negro después de brillar en ténicolor. Y es que uno de los chicos del grupo, el que se ha quitado la pajarita y tiene el cuello de la camisa abierta, lo que le da un aspecto libertino, el que se parece un poco a Royce, excepto porque es guapo de un modo excesivo, como si tuviera los labios demasiado carnosos y el pelo demasiado ondulado, ¿se me entiende?... Pues a ese chico no le hace gracia que Royce intente marcharse. Se ríe y le da una palmada en la espalda.

—¿Esta es la chica? Me sorprendes, Roycey. No es tu tipo.

Las mejillas me arden. ¿A qué se refiere con que no soy su tipo? ¿Que no soy caucásica? ¿Rubia? ¿Rica?

—Cállate, Mason. Es una de las premiadas. Probablemente no eres ni la mitad de inteligente que ella, y ambos sabemos que no eres tan guapo —replica Royce con tono de broma, aunque la mirada parece atormentada.

El resto de chicos aplauden y le chiflan a Mason, revolviéndole el pelo y empujándolo.

—Uy, lo que te ha dicho —brama uno, silbando.

Me quedo allí parada, molesta y humillada. Tal vez debería de excusarme y subir a mi habitación. Va a ser un fin de semana muy ajetreado. No quiero perderme la visita al Capitolio de mañana por la mañana. Siento demasiado respeto por mí misma como para malgastar una de las noches más importantes de mi vida recibiendo insultos de unos niños ricos. Por esto era por lo que no me apetecía quedar con Royce en Los Ángeles, no quería comprobar lo diferente que es de mí, y no quería conocer a sus amigos por si eran así precisamente.

—¿No ibais a ir a una fiesta? —les pregunta Royce, que parece aburrido.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya lo pillo. Quieres que te dejemos en paz. Aunque no nos has presentado aún —comenta el chico maleducado.

La voz de Royce suena acerada.

—Jasmine, este es mi hermano Mason. Mason, ella es Jasmine.

«¡Su hermano!» Fantástico, simplemente fantástico. Aun así, le tiendo la mano; yo sí pienso mostrarme educada.

—Encantada de conocerte.

Mason acepta mi mano y noto que tiene la palma sudada. Puaj.

—Mi hermano pequeño no suele perseguir a chicas inteligentes. Si te aburres de él, llámame, ¿de acuerdo? —me dice, guiñándole un ojo a Royce y dándole otra palmada en el hombro—. Te veo por la mañana. Hay que desayunar con mamá y papá. Si es que no llegamos demasiado tarde, ¿eh? —señala con lascivia.

Los demás siguen a Mason, riendo y bromeando escandalosamente mientras abandonan el hotel. Royce se mira los zapatos.

—Lamento esto.

Me encojo de hombros.

—Como has dicho, no son tus amigos.

Me mira y sonrío. Parece que los dos nos entendemos.

—Había pensado en llevarte a cenar, pero después me he acordado de que te he visto en la cena y que los dos nos hemos comido todo el pollo. Así que...

Esbozo una sonrisa.

—¿Qué tienes en mente?

De repente parece nervioso. Sacude los brazos para que las mangas de la chaqueta le cubran las muñecas.

—Es posible que no suene muy divertido, sobre todo teniendo en cuenta que es tu primera noche en Washington, pero se me ha ocurrido que podríamos subir al tejado. Hay unas vistas increíbles desde allí.

Dudo un instante y vuelve la timidez. Después pienso en lo que habría hecho Kayla, en lo segura que se muestra ella con los chicos. Intento imitarla.

—Claro, suena bien. —Podría sugerirme que viéramos una reposición de algún programa aburrido y antiguo y yo aceptaría encantada.

—¿Sí?

Miro al pianista. Está tocando una canción lenta, sinuosa. Una canción digna de la luz de la luna.

—Claro. Podemos subir un rato.

—Qué bien —exclama él, chocando las manos y con una enorme sonrisa en el rostro, como si fuera un niño pequeño emocionado con un juguete nuevo.

Me pregunto qué tiene tan especial el tejado. Y también pienso en las quinientas formas distintas que tendría mi madre de matarme si se enterara de lo que estoy haciendo justo ahora, yéndome sola con un chico.

Royce me guía al tejado. Hay una terraza climatizada y acristalada desde la que podemos ver toda la ciudad. Nos sentamos en un banco y observamos las maravillosas vistas. Todo es resplandeciente y bonito, los monumentos están iluminados, y parece que tenemos el mundo a nuestros pies, que podemos hacer lo que queramos, ser quienes queramos. Es cursi, pero también único. Me alegra que me haya traído aquí. Se está tan tranquilo que incluso oigo nuestra respiración.

—Es bonito, ¿verdad? —pregunta—. No todo el mundo sabe que hay una terraza. Es mi lugar preferido de D. C. porque nunca hay nadie aquí. Vengo siempre que estoy en la ciudad para alejarme de mi familia. Mi padre prefiere quedarse en el hotel en lugar de alquilar una casa cuando hay sesiones del congreso. Así se siente mimado.

—Es un lugar precioso. —Nos quedamos mirando las luces y las vistas un largo rato, disfrutando del silencio—. No me acuerdo de la última vez que me sentí tan relajada.

—Vosotros, los premiados, sois gente de sobresaliente, ¿eh?

—Sí, supongo. El día solo tiene veinticuatro horas y yo me siento como si usara veintisiete.

Royce se afloja la corbata y se la deja colgando. Se desabrocha también el botón superior de la camisa. Le veo un poco la garganta y la nuez. Me parece un gesto tan íntimo que vuelvo a ruborizarme. Por suerte, no se da cuenta.

—Imagino que las chicas como tú siempre necesitáis tener el control. —Se retrepa un poco.

—¿Qué quieres decir? ¿No es eso algo bueno?

—No es lo que crees. Me gusta ese tipo de chicas, excepto porque siempre están tan ocupadas que es difícil encontrar tiempo para verlas. —Me mira de reojo.

Ajá.

—Así que te gustan las chicas como yo, ¿eh? —bromeo.

—Puede —reconoce. Ahora es él quien se ha sonrojado y siento que me arden las mejillas a mí también.

—¿Puedo ser sincera contigo? —le pregunto, cambiando de tema. Me siento cómoda, me resulta muy fácil hablar con él.

—Claro.

—Este es el mayor descanso que me he tomado, que yo recuerde. Siempre me he juzgado a mí misma por los logros que puedo alcanzar. Lo buena que soy en ciertas cosas. Es lo que hago, nunca he tenido tiempo para pararme a disfrutar de las cosas.

Royce se pone recto y se coloca los pantalones para que le cubran los tobillos.

—Está bien mantenerse ocupado. Al menos eso significa que eres buena en algo, no como yo.

—Seguro que no es verdad. ¿Por qué dices eso? —Por un momento parece tan afligido que sé que no se trata de falsa modestia, como es el caso de muchas personas.

Se encoge de hombros.

—De todos modos, no importa. Soy el hijo de un congresista y mi familia tiene dinero. Ya tengo la vida resuelta. —Se vuelve y me mira directamente a los ojos—. Mira, ya sé que suena mal, como si me estuviera quejando por los privilegios que tengo. Lo entiendo. La gente como tú y los demás premiados habéis trabajado duro para llegar hasta aquí. Pero yo estoy aquí únicamente por mi padre.

Estoy a punto de decir algo, pero decido callarme y escucharlo a él.

Hunde los hombros.

—A veces me gustaría saber que lo que hago importa. Que la gente no me juzga por quiénes son mis padres, sino por quién soy yo.

Asiento con pena.

—¿Y quién eres tú? ¿Quién quieres ser? —le pregunto. Me hago la misma pregunta a mí misma.

Royce frunce el ceño y se queda mirando las vistas. Lo he pillado con la guardia baja.

—Lo siento, no quería hacerte sentir incómodo —me disculpo.

—No, no es eso. —Vuelve a inclinarse hacia atrás y, cuando se mueve, me roza la rodilla con la suya y el calor vuelve a brotar en mi interior—. Es que nadie me había preguntado eso antes. No sé cómo responder.

Me vuelvo hacia él y lo miro a los ojos.

—¿Qué es lo que te interesa? A veces es más fácil descubrir lo que quieres hacer cuando piensas en lo que te gusta.

Me devuelve la mirada.

—Yo nunca he pensado de esa forma. Eres muy sabia, ¿seguro que solo tienes diecisiete años? —bromea.

—¿Y bien?

Se pasa las manos por el pelo, alborotándose.

—Me gusta leer. Me costó mucho aprender. Soy disléxico y durante mucho tiempo la gente pensó que era lento. Cuando al fin aprendí a leer, no podía dejar de hacerlo. Sentía como si tuviera que recuperar el tiempo perdido.

—¿Quién es tu escritor preferido?

—Me cuesta elegir —responde—. Tal vez Saul Bellow. O Norman Mailer. ¿Has leído *Los ejércitos de la noche*?

Niego con la cabeza.

—He oído hablar de él. Está ambientado en los años sesenta, ¿no? En las protestas contra la guerra de Vietnam.

—Sí. Hay una cita que no puedo olvidar. «No hay nada en todo el mundo que tenga más relevancia que saber que tú tienes razón y que las masas están equivocadas y, aun así, que las masas te arrollen».

Se queda mirando la ciudad, pensativo y muy quieto. El espacio que nos separa es tan pequeño que casi oigo cómo palpita su corazón bajo la camisa. ¿Puede él oír el mío?

—Siempre me ha gustado. Es muy duro mostrarse valiente y defender lo que está bien cuando tienes a todo el mundo en tu contra, ¿sabes? —continúa.

Lo sé. Saco el teléfono del bolso y comienzo a teclear.

—¿Qué haces?

Me ruborizo.

—Eh... es una tontería, pero colecciono citas. Las anoto y luego las pego en el corcho que tengo en mi habitación.

—¿En lugar de hacerlo en Pinterest o Instagram? —bromea.

—No, son solo para mí.

—¿Vas a incluir mi cita?

—¿Tu cita? —me burlo—. ¿Es solo tuya?

—Sí, bueno, es que yo tuve que leer todo el libro. —Sonríe—. Pero te la presto.

—Entonces te gusta leer. ¿Quiere eso decir que quieres ser escritor?

—Sí, creo que periodista —responde con las mejillas sonrosadas y una sonrisa—. Como Mailer. Y, ya sabes, como esas personas que exponen casos corruptos y esas cosas.

—No eres un simple escritor, eres un defensor. Un activista.

—No lo sé, pero haga lo que haga, tengo claro que no será Política. —Cuando pronuncia la palabra política, frunce los labios, como si le resultara desagradable—. ¿Y tú?

—Derecho o Medicina —respondo de forma automática—. Quiero mejorar el mundo, pero todavía no sé en qué área.

—Qué bien. Tienes tiempo, seguro que lo descubres.

—Sí, ¿no te parece curioso? Tú ya sabes qué es lo que quieres hacer y yo no, y eso que era yo quien te estaba aconsejando.

Se ríe.

—Supongo que es porque yo sé lo que quiero. Pero no sé si podré hacerlo.

—¿Por qué no? —pregunto, preocupada por la expresión de su rostro.

—No creo que a mi padre le agrade mucho.

—Oh. —Me siento mal por él. Mis padres se alegrarían eligiera lo que eligiese. Royce parece incómodo, así que intento cambiar de tema—. Tu padre parece un hombre ocupado.

—Sí, estos días son una locura para él, sobre todo con la votación de la reforma de inmigración, que va a ser pronto.

—Exacto. —Mal tema de conversación. Me gustaría hablar de cualquier otra cosa en este momento.

—El líder del partido quiere que suba en las encuestas. Me parece que quieren probar si podría convertirse en un buen candidato a la presidencia algún día —comenta con orgullo.

«Ya, llevemos a toda la facción antiinmigración a lo más alto», pienso, pero no lo digo.

Menuda suerte que el primer chico que me interesa de verdad sea familia de alguien que tiene una opinión tan mala de la gente como yo.

—Debe de ser emocionante para ti. Que preparen a tu padre para ser presidente, quiero decir. —Me aparto de él, me levanto del banco y salgo de la zona que está acristalada. Necesito un poco de aire fresco.

Royce me sigue hasta donde está la baranda.

—No mucho. Cuanto más ocupado está, más me siento como parte del atrezo en su perfecta vida política. Nos lleva a mi madre y a mí a las fiestas. A los discursos. Mason suele negarse a ir y mi hermana es demasiado joven.

—¿Estás de acuerdo con él en lo que opina de la reforma de inmigración? ¿En que los inmigrantes sin documentación no deberían de recibir la ciudadanía? —pregunto, mirando la ciudad y demasiado nerviosa como para mirarlo a él. Tengo que saberlo antes de encariñarme más, antes de que pase nada entre los dos. ¿Quiero acaso que pase algo?

Le echo una miradita a la cara. Sí. Quiero que pase algo. No solo es guapo, es dulce e inteligente. «Por favor, di que no estás de acuerdo con tu padre. ¿Cómo puedes pensar lo que él cuando te gusta tanto esa cita de *Los ejércitos de la noche*?».

Se da la vuelta y se apoya en la baranda. Las luces de la ciudad iluminan su pelo castaño y pómulos.

—No estoy seguro. Si te soy sincero, no me importa mucho la política.

No es la respuesta que quería, pero al menos no ha dicho que esté de acuerdo con él. Tal vez sea que no pueda mostrarse desleal con su padre.

—Oye. —Quiero cambiar de tema y de repente me acuerdo de algo—. ¿Estás

emparentado con esa familia de la televisión? —Tiene el mismo nombre que ellos, a lo mejor están relacionados.

—¿Te refieres a Royce Rolls? ¿A la familia del *reality show* más famoso de Hollywood? —pregunta con ironía.

Me controlo para no gritar, porque ese programa es mi placer oculto. Estoy obsesionada con los Royce.

—Bentley Royce es mi preferida. —Me refiero a la chica gamberra y traviesa, descarada, pero vulnerable.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, por desgracia somos primos lejanos. Royce es un apellido.

Suelto un chillido.

—Madre mía, ¡eres tan de Los Ángeles! ¡Estás emparentado con famosos!

Se ríe.

—Si tú lo dices.

Sonrío, pero una corriente fría me hace estremecer en la noche helada. Solo llevo un chal fino con el vestido. Como el evento era en el hotel, no necesitaba un abrigo más grueso.

Royce se da cuenta, se quita la chaqueta y me la pone sobre los hombros.

—Tienes frío.

—Gracias. —La prenda es suave y calentita, y está impregnada de un olor masculino maravilloso. Me tapo más con ella y me imagino que son sus brazos rodeándome.

—Tengo que hacerte otra confesión. Dos, en realidad —me dice.

—Ah, ¿sí? —No sé a qué se refiere.

—La primera es que sabía que ibas a estar aquí. Mi padre tiene una lista de los premiados y, cuando vi Jasmine en ella, tuve el presentimiento de que serías tú. Hace tiempo que sé que ibas a venir.

—¿De verdad? —pregunto, intrigada.

—Lo sé todo sobre ti —bromea.

—¿Sí? ¿Qué es lo que sabes? —Vuelvo a sentir un hormigueo en el estómago.

—Delegada en tercero. Animadora. Probablemente te graduarás con las mejores calificaciones, ¿me equivoco?

—Acosador —espeto, sorprendida.

Suelta una carcajada.

—Me lo merezco. Por eso le dije a mi padre que vendría con él a D. C. en esta ocasión. —Sonríe y me mira intensamente, como lo hizo en la cena cuando nuestras miradas se encontraron.

—¿Por qué me miras así?

—Solo me estaba acordando de algo. ¿Sabes que no has dejado de sonreír en todo el evento? Parecías muy feliz.

Pongo los ojos en blanco. Seguro que parecía una boba.

—¿Y? —pregunto—. ¿Qué tiene de malo?

—Nada. Me dio la sensación de que no te importaba quién te estuviera mirando o con quién tuvieras que hacer contactos luego. Estabas ahí, viviendo el momento, disfrutándolo. No me acuerdo de la última vez que yo me sentí así.

Asiento. A pesar de todos los problemas que estamos atravesando mi familia y yo y la incertidumbre que nos acecha ahora mismo, en la recepción me sentía feliz. Estaba contenta de estar en ese momento, de haber podido asistir. Mis padres me enseñaron eso, a ser agradecida, a sentir felicidad. De pronto siento un gran orgullo por ellos y también por mí.

—¿Y cuál es la segunda confesión? —Le doy un codazo.

—No sé si debería de contarte esta. —Tiene la voz ronca y ahora mismo está demasiado cerca de mí. Me roza el brazo con el hombro cuando se vuelve hacia mí y atisbo el brillo dorado en los ojos marrones.

—Ya me has dicho que me lo vas a contar —le recuerdo, preguntándome una vez más si oye lo fuerte y rápido que me late el corazón.

—Igual he cambiado de opinión.

Me aparto de él a propósito, de broma.

—De acuerdo, te lo cuento. ¿Seguro que estás preparada? —Me sigue y acorta el espacio que hay entre los dos una vez más.

Resoplo.

—Nací preparada.

—Creo que antes necesito beber algo —bromea.

—Deja de retrasarlo.

—De acuerdo, vale. —Alza las manos—. ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos en el hospital y te pedí el número de teléfono?

Asiento.

—No era la primera vez que te veía. Te vi un par de días antes, estabas entrevistando a un paciente. La puerta estaba abierta y te oí hablar con un anciano, preguntándole por su

vida, haciéndole reír. Me asomé un poco y te vi. Pensé que vendrías a la habitación de mi tío después, pero no fue así. Cuando te volví a ver dos días más tarde en el mostrador, decidí que era mi oportunidad, así que la aproveché. Fue el destino.

—Conque el destino, ¿eh? —digo, con voz suave y baja—. Como en un cuento de hadas. ¿te lo parece esto?

Royce se alza sobre mí con su metro ochenta comparado con mi metro sesenta, y cuando se agacha, veo las pestañas oscuras y espesas en sus ojos medio cerrados. Me acerca a él tirando de las mangas de la chaqueta y de repente son sus brazos los que me rodean. Levanto la barbilla y cierro los ojos.

Porque sé lo que pasa a continuación. Lo he visto en las películas, lo he cantado en todas las canciones de amor.

Este chico tan maravilloso va a besarme.

Un beso que llevo esperando mucho tiempo.

Un secreto: la espera ha merecido la pena.

12

Le sonreí. América, dije en voz baja, ya ves. ¿Qué es lo que es? El deshecho de todos los países, incluido el nuestro. ¿No es la verdad? Esta es la pura verdad.

—JAMES JOYCE, *ULISES*

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, no recuerdo dónde estoy. ¿Llego tarde al instituto? La luz entra por la ventana y me ciega. No veo nada y la alarma resuena. Siento que se me va a salir el corazón del pecho. ¿Dónde estoy?

Y entonces me acuerdo. En el Ritz-Carlton. Estoy en Washington D. C., por el programa de Becas Nacionales.

Me siento e intento salir de la cama. No he podido dormir nada. He pasado buena parte de la noche con Royce. Estuvimos bastante rato besándonos en la terraza, hasta después de medianoche. Me toco los labios como si tocando los míos pudiera sentir los suyos, y sonrío para mis adentros. Estoy fuera de casa por primera vez, he bebido champán hasta marearme y he besado a un chico. Y no a cualquier chico, a uno dulce y guapo. A uno de los chicos más agradables que he conocido nunca.

Royce no podía estar más equivocado sobre sí mismo. Que sea el hijo del congresista Blakely es lo menos interesante de él.

Compruebo el teléfono. Kayla me ha enviado un mensaje, menos mal. Dice que no va a dejar el equipo, simplemente estaba afectada, pero ya está bien. Quiero contarle lo de mi noche con Royce, pero en casa aún es muy temprano para llamarla.

También tengo un mensaje de Royce de las doce y media de la noche, después de que me acompañara a mi habitación del hotel tras bajar de la terraza. Sonrío y le respondo diciendo que nos vemos después. Oigo a las chicas hablando en el baño, en la otra parte de la *suite*.

Uf. Mallory, Nina y Carrie, mis compañeras de habitación...

Me pongo la almohada encima de la cabeza, temiendo el momento de tener que hablar con ellas. Cuando regresé anoche, estaban todas en la otra habitación, Carrie en una cama, Nina en la otra y Mallory en el sofá cama, todas con antifaces en los ojos.

Mientras ellas hablan, me quito la almohada de la cabeza y miro alrededor para adaptar la visión a la luz del día. La *suite* está hecha un desastre, con ropa en el sofá y por el suelo. Solo hay un cuarto de baño, a pesar de las dos habitaciones, así que alcanzo mis cosas y me siento en el sofá a esperar mi turno para la ducha.

Carrie sale del baño con Mallory y Nina tras ella. Las tres están perfectamente arregladas. Cejas depiladas y maquilladas, pelo con ondas, botas elegantes hasta las rodillas. Carrie se pone el bolso en el codo y me mira.

—He oído que anoche estuviste con Royce Blakely.

Asiento con cautela.

—¿Lo conoces?

—Hemos salido —comenta con tono posesivo—. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Nuestros padres son amigos.

Está ansiosa por dejar claro que él pertenece a su círculo. Me dan ganas de preguntarle qué significa «hemos salido», pero, al parecer, ella es quien tiene muchas preguntas.

—¿Te llevó a algún lugar bonito? Su padre conoce a todo el mundo en Washington y consigue mesa en los mejores restaurantes.

No quiero responder a su pregunta, pero no va a irse hasta que no tenga una contestación. Por su parte, Mallory y Nina me miran con los ojos muy abiertos. Debo de tener un aspecto horrible, apenas he dormido.

—No, nos quedamos aquí. Tenía que ir temprano a desayunar con su familia. —No sé por qué, pero de repente siento que me pongo a la defensiva.

—¿Os quedasteis en el hotel? ¿Por qué no vinisteis a la fiesta de después del evento? —pregunta Carrie, que parece muy confundida. Después les da un codazo a sus amigas con una sonrisa cómplice.

Me arden las mejillas, como si tuviera que sentirme avergonzada, a pesar de que no hice nada malo. Carrie y las otras actúan como si hubiera hecho algo sórdido y escandaloso, cuando la de ayer fue una de las noches más mágicas que he vivido en mi vida.

—Supongo que vosotros tuvisteis vuestra fiesta particular. —Se ríe.

Por suerte, Nina la interrumpe.

—Vamos, necesito cafééééé.

—Bien, vámonos —concluye Carrie.

Cuando las chicas están saliendo de la habitación, Carrie se detiene en la puerta y se vuelve en mi dirección. No ha terminado aún de clavar el cuchillo.

—Royce Blakely no es lo que parece. Lo sé de primera mano. Es un mujeriego, te lo aseguro.

Y cierra la puerta.

«¿Lo sé de primera mano?»

¿Qué significa eso?

¿Eran...? ¿Han...?

Uf, ¿por qué me ha dicho eso? Solo intenta confundirme. No creo que quiera decir que fueran novios. ¿Cómo iba a ser así? Él vive en Los Ángeles y ella en D. C.

Probablemente solo esté celosa.

Decidida a no permitir que Carrie arruine el bonito recuerdo de anoche, me acerco a mirar por la ventana. La luz de la mañana incide sobre la preciosa ciudad bulliciosa, señalando a personas envueltas en abrigos, corriendo al trabajo y el tráfico mañanero. El hotel está solo a unas manzanas al sudeste de la Casa Blanca, y a unas pocas al norte de los Jardines de la Constitución, el Memorial a los Veteranos de Vietnam, el Monumento a Washington y el parque Potomac.

Media hora más tarde, me he duchado, vestido y comido, y llego a la visita por poco. Por una parte, estoy deseando volver a ver a Royce, sin importarme lo que me ha dicho Carrie de él, pero, por otra, quiero ver este lugar por mi cuenta, sin preocuparme por otra cosa que no sea disfrutar del momento. También me acuerdo de llevarme la botellita de cristal para recoger mi recuerdo.

El grupo de la visita se acerca al Capitolio y me empiezo a emocionar. Se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Por qué soy así? ¿Es asombro por la historia que tenemos ante nosotros? ¿Estoy nerviosa por si se aprueba o no la reforma? ¿Y tiene algo que ver con lo de anoche?

Suzanne guía a nuestro pequeño grupo, entusiasmada como una animadora en su primer partido de fútbol. No parece cansada y no tiene ojeras. ¿Habrá dormido? Debe de estar muy ocupada encargándose del programa de becas, corriendo de reuniones a fiestas y a cócteles. Aunque hay alguien que sí necesita dormir: yo.

Me invade una sensación de culpa. ¿Qué pensarían mis padres si se enteraran de que he pasado la mayor parte de la noche con un chico?

Me obligo a dejar de pensar en Royce y a concentrarme en la visita. Me asombra la de obras de arte que hay dentro del Capitolio. La arquitectura. El sonido de los pasos en los amplios pasillos. La rotonda es mi lugar preferido. Alzo la mirada a la Apoteosis de Washington y siento que me he quedado congelada en el centro de todo.

—Se pintó al término de la guerra de Secesión —explica Suzanne.

El resto de estudiantes y yo echamos el cuello hacia atrás.

—¿Quién es el que sale? —pregunta Richard Morales—. ¿Dios?

—¿El hombre de la capa púrpura que está casi en el centro? —Suzanne se ríe—. No, George Washington. Como sabéis, fue el primer presidente de Estados Unidos y comandante jefe del ejército continental durante la guerra de la Independencia.

—¿Pero quién es el que está con él? —insiste Richard—. No son personas de la Convención de Filadelfia. La constitución la firmaron solo hombres. En esa época las mujeres eran aún ciudadanas de segunda.

—Has hecho los deberes —indica Suzanne—. Son figuras de la mitología clásica. A todo el mundo se le representa glorificado. Están Libertad y Victoria a cada lado de él.

Algunos de los estudiantes han perdido el interés. Sabía que sería así. La mitad de los de nuestro grupo van a escuelas privadas. Ya han estado aquí y se aburren, excepto cuando ven a figuras políticas caminando por el Capitolio.

Carrie, Nina y Mallory están de espaldas a la obra de arte y se fijan en quién pasa por nuestro lado. Cuando la secretaria del estado atraviesa el pasillo, Carrie le susurra a una de sus amigas:

—Mi madre inició una recaudación de fondos por ella el año pasado cuando pensaba que se había postulado a la presidencia.

—¿Os acordáis de aquella noche? Creí que me lanzaría a por ella.

Mallory se une a ellas.

—Casi lo hiciste.

Me aparto de ellas en un intento de concentrarme en la inmensidad del fresco. La forma en la que el pintor creó la perspectiva me da la sensación de que la rotonda del Capitolio se alza hasta el cielo. Es impresionante. Nunca he estado en la Capilla Sixtina de Italia, pero imagino que mirar esto se parece un poco a como dicen que es contemplar la pintura de Miguel Ángel de Dios y Adán. Pienso en una charla que dio mi profesor de Historia del Arte, el señor Lee, sobre algo extraño que pasa cuando la gente mira grandes piezas de arte: se empieza a marear y siente como si estuviera a punto de desmayarse.

No obstante, creo que mis síntomas se deben más bien a la noche anterior. Estoy un poco mareada y no me he despertado del todo. Con la mirada puesta en la pintura, oigo voces detrás de mí.

—¿Te acuerdas de la fiesta? —pregunta Carrie.

—Sí, fue épica —responde un chico.

Me doy la vuelta. Es Royce. Él no me ve y me escabullo. Me duele la cabeza y ahora también el corazón. Claro que conoce a Carrie.

He sido una boba al pensar que ella me había mentido. ¿Cómo no iba a conocerlo? Seguro que pasa mucho tiempo en D. C. con su padre. Probablemente se conozcan desde hace años. Tal vez incluso hayan salido juntos como ha insinuado ella. ¿Él estuvo en esa fiesta épica? Uf.

Suzanne se ha trasladado a uno de los pasillos. Royce sigue hablando con Carrie y su círculo de alumnas de escuela privada y los oigo reírse, contándose bromas. No reconozco ninguno de los nombres que mencionan, ni los lugares de los que hablan. No he estado en Vail ni en el Jackson Hole, no sé si Parrot Cay está sobrevalorado o si el servicio en el Breakers es mejor que nunca. Son como una versión en la vida real de los niños ricos de Instagram. Imagino que después se pondrán a hablar de aviones privados. Su ambiente privilegiado me da ganas de vomitar.

Carrie lo invita a ir más tarde a una fiesta con el grupo y él acepta.

—¿Te puedes creer que tengamos que hacer esto? —se queja Carrie—. He asistido a visitas privadas de este lugar en las que te llevan a lugares a los que no pueden ir los turistas. Ojalá pudiéramos irnos a un bar o algo.

Sus amigas le ríen la gracia, pero no sé si Royce está de acuerdo o no, pero no pienso quedarme a averiguarlo, así que me quedé atrás, mirando embobada una hilera de retratos de mujeres. Este lugar no es para mí, yo no soy como ellos, ni como él.

Justo entonces, claro, cuando siento que me he quedado sola y fuera de su vista, Royce me ve.

—Estás aquí. —Sonríe de oreja a oreja. No parece en absoluto cansado. Tiene un poco de ojeras, pero le dan un aspecto misterioso en lugar de agotado—. Hola.

Me dedica una sonrisa pícaro, como si compartiéramos un secreto. Empiezan a sobrevenirme imágenes de la noche anterior: él besándome la frente, depositando besos desde la nariz hasta los labios y el cuello, rodeándome con los brazos; y lo bien que olía, a limpio y a hombre. Me duele.

El corazón se me acelera de nuevo, pero hago un esfuerzo para que no se me note. Lo saludo, pero no le devuelvo la sonrisa.

—Esas son las primeras senadoras mujeres de Estados Unidos —señala, refiriéndose a los retratos—. Rebecca Latimer Felton y Hattie Caraway.

—Interesante —respondo, aunque lo digo con tono aburrido. Siento electricidad en la piel con solo verlo, y eso me enfada aún más. Creía que sabía lo que había significado lo de anoche, pero esta mañana ya no estoy tan segura. Él se mueve en un círculo de chicos ricos y con contactos, y habla su misma lengua. Yo no formo parte de ese mundo, soy solo una visitante por este fin de semana. Me aparto de él.

—Eh, ¿adónde vas?

No me doy la vuelta y él me alcanza.

—¿Te pasa algo? —me pregunta—. He venido a la visita para verte. Siento haber llegado tarde.

«Solo ha venido a la visita porque quería verme». Pero estoy muy molesta por lo que me ha dicho Carrie y por lo amistoso que se ha mostrado con ella. No puedo ni mirarlo a los ojos.

—No es nada. Tengo que alcanzar al grupo. Hablamos luego.

—De acuerdo. —Suena dolido.

No miro atrás, pero lo imagino ahí parado, con las manos en los bolsillos, como cuando esperaba la noche anterior para hablar con su padre. Yo también estoy enfadada conmigo. Yo soy una becada nacional, pero se me ocurre que Royce probablemente pertenezca a una de esas familias que funda becas en su nombre. ¿Por qué no había pensado antes en ello? ¿Qué hace conmigo? ¿No debería de estar con Carrie y ese tipo de

chicas? Es muy obvio que sí.

Pero me cuesta mucho alejarme de él.

El grupo de premiados se reúne en el Monumento a Washington antes del almuerzo. Intento dejar de pensar en Royce y me convengo de que ha sido cosa de una sola noche. La gente se besa todo el tiempo, para él no ha significado nada y está claro que para mí tampoco. Ya, seguro.

Dios mío, tengo que dejar de mentirme a mí misma. No puedo parar de pensar en él, me gusta mucho y si él no siente lo mismo no sé qué voy a hacer.

Me concentro en Suzanne, que nos cuenta los detalles interesantes. Esto es un obelisco que conmemora a George, que está en la rotonda con los dioses. Está al este del estanque que lo refleja. Está hecho de mármol, granito y un tipo de roca azul metamórfica llamada gneis, término relacionado con el alemán *gneist*, que significa «brillar». Me acerco al Monumento mientras Suzanne habla y poso la mano en el mármol. Está más suave de lo que imaginaba. Deslizo la mano por la textura irregular y a continuación cojo el móvil y le mando un mensaje a mi madre.

Estoy tocando el Monumento a Washington. Es más áspero de lo que pensaba.

Tarda un rato en contestar. La imagino soltando el teléfono y gritándole a todos en la casa «¿Os lo podéis creer? ¡Nuestra niña está tocando el Monumento a Washington!». La imagen me hace sonreír, y también pensar en que mi padre diga algo tonto como «Dile que no se lo traiga a casa. Es demasiado grande para el jardín».

Al fin recibo un mensaje.

Estoy muy orgullosa de ti. Tu padre quiere saber si ya has conocido al presidente y, si es así, si va a promulgar una reforma para mantener al gato del vecino fuera de nuestro jardín.

Sí, sí, mamá. Te quiero, respondo, sonriendo.

Continuamos por un sendero semicircular, cruzamos una calle y pasamos junto al Memorial de la Segunda Guerra Mundial, donde vuelvo a ver a Royce.

Me mira con sus ojos oscuros, pero me doy la vuelta en el momento en que comienza a acercarse a mí. Finjo prestar atención a lo que está diciendo Suzanne.

¿Cómo puede todo cambiar tan rápido?

«Porque él no es para ti —me digo—. No perteneces a su mundo, y él no entenderá el tuyo».

No es únicamente que sea rico. Es todo. Carrie solo es un ejemplo. ¿Qué fue lo que dijo su hermano? «No eres su tipo». ¿Qué hacía entonces conmigo? ¿Pasar tiempo con los pobres? ¿Encontrar un ligue? Ojalá tuviera más experiencia con chicos para así entenderlo.

Sigo de cerca a Suzanne por el estanque del Monumento a Washington de camino al Monumento a Lincoln. Miro el agua y veo el obelisco perfectamente reflejado de arriba abajo. Me da la sensación de que parece un espada increíble en la tierra y me pregunto por

qué lo pusieron aquí. Suzanne nos recuerda la Marcha de 1963 en Washington, en la que un cuarto de millón de personas se reunió alrededor del estanque para uno de los discursos más importantes de la historia moderna.

Suzanne se sabe de memoria una parte del discurso y lo recita mientras caminamos. «Todavía tengo un sueño. Es un sueño arraigado profundamente en el sueño americano. Un día esta nación se elevará y vivirá el verdadero significado de su credo: “Creemos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales”».

Siempre me ha gustado ese discurso y estaba muy orgullosa de pertenecer a un país que había creado a Martin Luther King, Jr. Pero ahora las cosas son distintas.

No todos somos creados iguales. Hay Carries y Royces en el mundo, personas superiores en sus mansiones valladas y sus escuelas elegantes, y luego estamos mi familia y yo, que tenemos que luchar para seguir adelante. Puede que nuestros caminos se crucen en algunos momentos, pero tal vez sea mejor que sigamos en nuestro círculo para que no salgamos lastimados cuando colisionemos.

Porque eso es lo que está pasando aquí, ¿no? He colisionado contra Royce y estoy destinada a pasarlo mal.

13

El verdadero patriotismo odia la injusticia en su tierra más que en cualquier otro sitio.

—CLARENCE DARROW

El grupo visita el Monumento a Jefferson después de un almuerzo rápido con bocadillos y patatas fritas. Ya no estoy enfadada con Royce, solo triste y confundida, y ahora echo de menos a mi familia. Quiero un plato de *adobo* de mi madre y tirar de la oreja a Danny y a Isko. Hace unas semanas sentía nostalgia de Manila y ahora ni siquiera puedo imaginarme volver. Los Ángeles es mi hogar.

Entro en el monumento. Es glorioso. Las luces brillantes iluminan un pasaje de la Declaración de la Independencia grabado en la piedra de la cúpula. Mientras los demás estudiantes se pasean alrededor de la estatua, yo leo la inscripción. Cuando empiezo a hacerlo, empiezo a llorar de nuevo.

«Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales.

Que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».

¿Pero quién alcanza de verdad la felicidad? ¿Pueden aplicarse a mi caso esas palabras? Mi familia se mudó a este país para tener una vida mejor, la oportunidad de vivir el sueño americano. «Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres, vuestras hacinadas multitudes anhelantes de respirar en libertad», aparece en la parte inferior de la Estatua de la Libertad. Esos éramos nosotros. Estados Unidos es un faro de esperanza en todo el mundo que permite llevar un modo de vida mejor tan solo si puedes llegar hasta aquí.

He estado pensando en la beca. Estoy aquí disfrutando de una visita al Capitolio y ansiando el momento de conocer más tarde al presidente, pero se me sigue revolviendo el estómago cuando miro estos magníficos edificios. Si no puedo aceptar la beca para ir a la universidad y, más tarde, a una escuela de posgrado, ¿qué importancia tiene entonces todo esto? Si mi familia no puede vivir sin el miedo a perder su casa y a que toda su vida se eche a perder, mi viaje a este lugar no ha servido para mejorar nuestra situación.

Presto atención a lo que está explicando Suzanne.

—Thomas Jefferson fue tan importante en este país como George Washington. Mirad la inmensidad de la estatua. Ahora pensad en la inmensidad de uno solo de los documentos que escribió y en la influencia que tuvo no solo en la creación de Estados Unidos, sino en la vuestra y en la mía a día de hoy. Este hombre escribió la Declaración de la Independencia. ¿Hay algo más importante que eso? Es el reto al que nos enfrentamos todos. ¿Qué podemos hacer para mejorar nosotros y este país? ¿Qué podemos hacer para ser recordados? ¿Quiénes queremos ser?

El grupo prosigue, pero yo me quedo atrás y oigo unos pasos detrás de mí. Miro de

rejo. Es Royce. Llevamos toda la visita siguiéndonos. Yo era muy consciente de dónde estaba todo el tiempo, y seguramente él también me tuviera controlada, porque aquí está, a pesar de lo fría que he sido con él. Me siento mal por haberlo dejado solo antes.

—Ya sé qué voy a hacer —dice.

—¿Qué? —pregunto, mirando la estatua. Intento no perder mi determinación y cuento ocho botones en el chaleco de Jefferson.

—Voy a echar abajo esta estatua y a erigir una mía.

Resoplo.

—¿Tuya? Un poco egocéntrico, ¿no crees?

—En absoluto. Creo que quedaría muy bien. Aunque yo no tendría ese corte de pelo tan hípster.

—Ja. —Me río brevemente y dejo de hacerlo a conciencia.

—¿No me crees? —pregunta él.

—No —respondo al tiempo que rodeo la estatua. No lo miro, pero él me sigue de todos modos. Casi me gustaría que me dejara en paz. Me hace sentir demasiadas sensaciones: emoción, enfado, tristeza, felicidad. Uf.

—¿Sabes por qué quiero una estatua mía?

Me encojo de hombros, como si no me importara.

Me lo cuenta de todos modos.

—Porque es algo que mi padre nunca tendrá.

Noto que me relajo un poco.

—¿Por qué estás tan seguro de que no le harán una? —pregunto—. A lo mejor le hacen una dos veces más grande. Nunca se sabe.

—Lo dudo. Parece que siempre hay alguien que esté enfadado con él. ¿No ves las noticias? Dicen que es infalible rompiendo acuerdos en muchos asuntos. Puede que sea el líder de la mayoría de la cámara, pero no ha inventado un país nuevo ni ha escrito una declaración de nada que vaya a cambiar los ideales que hemos construido. Tampoco pronunciará nunca un discurso del tipo Tengo un sueño.

—Estás siendo muy duro —señalo, aunque no estoy segura de si a mí me gusta su padre. El grupo sale y yo debería de seguirlo.

—Solo digo la verdad. Estoy cansado de estar siempre a su sombra. No tienes ni idea de cómo es.

—¿Y tú tienes alguna idea de cómo es mi vida?

Comienzo a alejarme, pero me agarra por el brazo.

—Yo no he dicho eso. —Lo miro y atisbo una mirada sincera, enternecedora.

—No lo has dicho, pero lo has pensado. No tienes ni idea de lo duro que he tenido que trabajar para estar aquí. Tú y tus amiguitos ricos pensáis que esto es una broma, una excursión aburrida para niños de sexto, pero no es así.

—Yo no pienso eso. Y mi viaje en sexto fue a Sacramento. —Intenta reprimir una sonrisa.

—Lo que tú digas.

Echa un vistazo a Carrie y a su grupo, que se han detenido en los escalones y fingen no estar pendientes de nosotros.

—¿Por eso estás enfadada de repente conmigo? —pregunta en voz baja—. ¿Porque las conozco?

Niego con la cabeza, a pesar de que ha dado en el clavo.

—No puedo borrar quién soy, o quién es mi familia. Quién es mi padre. Con quién he crecido.

«Ya lo sé». Lo sé, es igual que yo no puedo borrar quién soy y quién es mi familia, o quién no es, pero no se lo digo.

Anoche no hicimos otra cosa que besarnos y hablar... y hablar y besarnos. Vale, sí, nos besamos un montón. No me molesta eso; es, sobre todo, que sé que no soy nada para él y que no lo seré nunca. Solo soy una chica a la que ha conocido en otro aburrido evento en D. C. Probablemente haya estado con muchas chicas.

—Carrie Mayberry me ha dicho que eres un mujeriego —suelto. Y, siendo sincera, ¿no lo pensaba yo también? ¿Incluso antes de que lo dijera ella? ¿Cuando vi su página de Facebook?

—¿Que ha dicho qué?

Voy a retirarme, pero vuelve a agarrarme del brazo.

—¿De verdad? ¿En serio vas a juzgarme por algo que te ha contado Carrie Mayberry de mí? ¿Incluso después de lo que pasó anoche?

—¿Qué pasó anoche? —espeto.

Mira a nuestro alrededor, con la mano todavía en mi brazo. Estamos prácticamente solos, salvo por unos cuantos turistas. El grupo se ha ido del monumento y está paseando por la parte de abajo. Me mira.

—No pensarías... —No puede terminar la frase.

Tengo las mejillas tan acaloradas que siento que me sale humo de ellas. ¿En serio va a decírmelo en la cara? ¿Que no fue nada para él? ¿Que no significó nada? Tal vez tenga razón y esté exagerando. Simplemente nos besamos, eso es todo.

—Nada —concluye, claramente irritado—. Olvídalo.

—Ya, eso es lo que pensaba. —Aparto la mano.

Ahora es él quien parece enfadado.

—No, no sabes nada. Si no piensas que la noche de ayer fue increíble, entonces no puedo hacer nada para hacerte cambiar de opinión. Siento como si nos conociéramos de toda la vida a pesar de que acabamos de hacerlo. Nunca le he contado a ninguna chica que soy disléxico, o que tuve tantos profesores particulares que todo el mundo me ponía motes y me hacía sentir estúpido. Nunca he estado con nadie a quien no le importara quién es mi padre o que no me estuviera usando para llegar hasta él.

Le devuelvo la mirada. La cabeza me da vueltas.

—Royce...

Tiene las manos cerradas en puños.

—Pero por lo que yo sé, tú puedes tener un novio en casa y ser tú quien está jugando conmigo.

Estoy tan impactada que soy incapaz de responder de inmediato.

—¿Eso te preocupa?

—¿Por qué no? Eres preciosa, inteligente, divertida —dice, como si fuera algo obvio.

—¿Piensas que soy guapa? —murmuro, con desconfianza.

Royce se ruboriza.

—Pienso que eres increíblemente guapa —responde en voz baja y con tono ronco, como anoche.

Yo no tengo baja autoestima y sé que soy guapa, pero nunca me había dicho ningún chico que soy preciosa. Es tan romántico que estoy a punto de desmayarme.

—Seguro que hay una docena de chicos que quieren salir contigo, si no tienes ya a alguien. Así que sí, eso es lo que me preocupa —declara a la defensiva.

—Pues no debería. Solo te tengo a ti, a nadie más. —No quería sonar como una fracasada, pero tampoco quiero que piense que beso a todos los chicos que conozco en fiestas.

—¿De verdad? —pregunta, enarcando las cejas. Vuelven a iluminársele los ojos.

—Sí. —Estoy más tranquila. Dios mío, es un encanto de chico.

—Así que me tienes a mí, ¿eh? —Empieza a formársele una pequeña sonrisa en los labios. Me dan ganas de tocarlos una vez más como hice anoche cuando los rocé con la punta de los dedos. Y lo hago. Me tiemblan los dedos y él me coge la mano, la envuelve con la suya y la presiona contra sus labios.

—No puedo dejar de pensar en lo de anoche —dice cuando la suelta y me rodea con los brazos.

—Yo tampoco.

—Estaba deseando verte —murmura.

Noto su olor masculino y a tierra bajo el aroma a jabón y loción para después del afeitado. Me gustaría poder respirarlo siempre. Y esta vez soy yo quien lo acerca a mí. Tiro de las solapas de la chaqueta para que se agache.

—Me he despertado pensando en ti —admito.

Es extraño, antes de lo de anoche, apenas nos conocíamos, pero ahora se ha convertido en alguien muy importante para mí. Cuando me acerco para besarle, se encuentra conmigo a medio camino y nos besamos en el Monumento a Jefferson.

—Vale —digo cuando recuperamos el aliento.

—¿Vale qué? —pregunta, sosteniéndome la cara aún entre las manos.

—Después de que conocer al presidente esta tarde.

Parece confundido.

—¿Qué pasa?

—Tengo dos horas libres antes de la cena de despedida.

Se pueden dar muchos besos en dos horas.

14

Amigos estadounidenses,
somos y siempre seremos una nación de inmigrantes.
Nosotros también fuimos extranjeros una vez.

—BARACK OBAMA

El presidente es más alto de lo que esperaba y más guapo en la vida real que en la televisión. Nos recibe en el Despacho Oval. Cada grupo cuenta con cinco o seis minutos él. Sonríe todo el tiempo y se muestra interesado por todos.

—Tú debes de ser Jasmine de los Santos —me dice cuando me llega el turno. Me sorprende que sepa mi nombre. No lo llevo en una chapa.

—Sí, señor presidente. —Suelto una risita, no puedo evitarlo. Estoy muy emocionada.

—¿Te parece divertido tu nombre?

—No —respondo—. Es solo que no me puedo creer que esté conociendo al presidente.

Estoy completamente deslumbrada. Nunca me ha entusiasmado tanto conocer a alguien en toda mi vida. Una vez me ha estrechado la mano, le pregunto cómo sabe mi nombre.

—Yo también fui estudiante como tú —responde con una sonrisa—. He leído tu ensayo para la beca. ¿Cómo se titulaba?

—*Un lugar para mí* —No me puedo creer que el presidente recuerde algo que yo he escrito.

Sigue hablando de mi ensayo.

—Mi padre era de Kenya. Cuando era niño, pensaba que él sentía lo mismo que has escrito en tu ensayo. Y yo también. Hay ocasiones en las que ser birracial me hace sentir que vivo en dos países distintos al mismo tiempo. Nunca creí que pudiera siquiera ver el Despacho Oval por dentro, si te soy sincero.

Vaya, el presidente es como yo, y hasta lo ha admitido.

—¿Cree que yo podría ocupar su silla? —pregunto.

Parece atónico, pero sonrío con elegancia.

—¿Te refieres a ahora?

Me río.

—No. Me refiero a que si piensa que alguien como yo podría llegar a la presidencia. Ya sé que no nací en Estados Unidos, así que no pasará, pero...

De repente el presidente se pone muy serio.

—Escucha, Jasmine. Puede que la ley, tal y como está ahora, te impida hacer ciertas cosas que te gustaría conseguir. Pero no permitas que un dato como tu lugar de nacimiento te impida hacer lo que quieres con tu vida.

Casi me da la sensación de que estuviera al tanto de que no tengo documentación.

Los premiados que hay detrás de mí parecen irritados por lo que estoy tardando, pero sé que esta puede ser la única ocasión que tenga de hablar con el presidente.

—¿Puedo hacerle una pregunta más? —Asiente y tomo aliento—. ¿Qué cree que va a pasar con la propuesta de reforma de inmigración?

—Ah —contesta, sacudiendo la cabeza—, puede que esto no te haga sentir mejor, pero opino que la actitud pública de los políticos al respecto de estos temas no siempre coincide con la personal. Utilizan este tipo de reformas para hacer declaraciones sobre sí mismos. No siempre se trata de hacer lo mejor para el país.

—Por lo que cree que se aprobará la reforma —comento en voz baja.

—Lo que yo opine al respecto no es lo que importa. Es que la gente como tú, mentes educadas, jóvenes y brillantes, cambiaréis el curso del pensamiento atrasado de este país. Esta nación depende de vosotros. A Estados Unidos le queda un largo trayecto que recorrer, pero enviamos a muchachos de primerísima categoría como tú y el resto de premiados a las mejores escuelas del país. Y vais a conseguir cosas maravillosas. Hagas lo que hagas, marcará la diferencia.

—Gracias, señor presidente, muchas gracias —le digo, aún sin creérmelo, cuando se vuelve para saludar a otro estudiante.

Quiero escribir un mensaje a mi madre, pero todavía no puedo porque el Servicio Secreto tiene nuestros teléfonos. Me dan ganas de gritar, de hacer una voltereta de la victoria. Acabo de tener una conversación sustancial con el presidente de los Estados Unidos. Me da la sensación de que esta situación es surrealista, como si levitara sobre la sala y me viera desde arriba a mí misma, todo esto, al presidente junto a la mesa, a Carrie, que sonrío como yo al conocerlo.

En esto somos iguales. Al presidente no le interesan las escuelas públicas o privadas, o de dónde venimos. Le interesa lo que nos interesa a nosotros, que nos esforzamos al máximo, que hacemos algo con nuestras vidas y, sobre todo, que no vamos a tirar la toalla, ni aunque nos veamos amenazados por obstáculos que escapan totalmente a nuestro control.

Ojalá pudiera convencer a todo el congreso de esto.

Como un reloj, en cuanto me devuelven el teléfono, me llega un mensaje de Royce.

royceb: ¿cómo ha ido con el Gran Hombre?

royceb: ¿se sabía tu nombre? Me encanta que haga eso.

jasmindls: Sí, y lo siento, pero me he enamorado de otro. 😊

royceb: au, tendré que hacer algo drástico entonces.

royceb: y el Servicio Secreto no se anda con bromas. 😞

jasmindls: No te preocupes, iré a visitarte a la cárcel.

royceb: ¿me harás un pastel con una lima dentro? 🤪

jasmindls: Mejor aún, saldré yo del pastel. 🐾

royceb: eso me gusta más. 😊

jasmindls: Como Marilyn Monroe y JFK.

royceb: ¿le hizo ella un pastel?

jasmindls: No, le cantó el cumpleaños feliz. Con un vestido ajustado. 😊

royceb: uuh, no me importaría en absoluto. 👍

jasmindls: Perverso.

royceb: ¡has empezado tú!

jasmindls: ¡Venga, vamos! ❤️

jasmindls: Tus dos horas empiezan ya. ¿Dónde nos vamos a ver?

El restaurante tiene vistas de la calle desde la mesa, que está rodeada por árboles en maceteros llenos de lucecitas que brillan en todas partes. Royce llega cuando estoy bebiendo agua de un vaso. Él ha elegido el lugar y me ha dicho que nos viéramos aquí. Me pregunta si me gusta y le digo que sí.

—Es como el jardín de Titania, ¿no crees? Con todas esas luces —comenta.

—¿De *Sueño de una noche de verano*? Sí, exactamente. Eres un romántico — bromeo.

Sonríe de oreja a oreja, en absoluto avergonzado, y en ese momento me gusta todavía más que antes.

—¿Entonces es seguro que dejemos que el presidente siga viviendo? —pregunta, abriendo espacio para sentarse a mi lado en el banco.

—¿Por qué no? Parece simpático. Además, ya está casado.

Echa un brazo sobre el asiento, con la mano colgando por encima de mi hombro.

—Sí, supongo que tienes razón. ¿Qué te ha parecido el Despacho Oval?

Pienso en la respuesta al tiempo que yo también me acerco más a él. Así que esto es la atracción, querer estar lo más cerca posible.

—Es... —comienzo. Hago una pausa porque no encuentro la palabra idónea—. Presidencial.

Esboza una sonrisa y me da un apretón en el hombro para dejar a continuación la mano ahí.

—¿Cómo es tu familia? ¿Se parecen a ti?

—¿Por qué lo preguntas? —indago con falso disgusto, pero notando una sensación cálida por todo el cuerpo.

Cuando desliza los nudillos por mi brazo, se me pone la piel de gallina debajo de las mangas del jersey.

—Me intriga si hablan como tú, usando acertijos.

—¿Como tú? —contraataco, porque él lo hace tanto como yo.

—En absoluto. Yo soy un libro abierto.

—Se parecen y no se parecen a mí, supongo. Mis padres se criaron en Filipinas, con otra cultura. Son muy estrictos, pero tenemos el mismo sentido del humor. Nos entendemos.

—Tienes suerte.

—Lo sé. Me siento muy agradecida. —Me inclino sobre él y pienso en lo que me dijo la noche anterior y también en el Monumento a Jefferson—. ¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Por qué cuando hablamos de política siempre pones esa cara?

—¿Qué cara?

—Esta —respondo, e intento imitarlo—. Como si te repugnara.

—No lo sé. Tal vez sea porque mi padre espera que me interese tanto como a él. Su padre era político también. Fue congresista y mi padre ocupó su lugar.

—Una familia de dinero, ¿eh?

—Supongo. La familia de mi padre lo hace todo bien, pero fue la familia de parte de mi madre la que financió la primera campaña de mi padre. Mi abuelo era de México y abrió una fábrica de acero.

—Entonces era inmigrante —señalo con una sonrisa al darme cuenta de que su abuelo no era muy diferente a mí.

—Sí, comenzó vendiendo naranjas en la carretera. Es la leyenda familiar, pero a lo largo de su vida se convirtió en uno de los productores industriales del estado —explica con orgullo.

Se acerca un camarero y pedimos solamente bebidas, pues tenemos una cena de grupo con Suzanne más tarde.

Royce alcanza un bollito caliente de pan y arranca un trozo. Mastica con aire pensativo.

—Es cierto, no me interesa la política. Tantas habladurías, compromisos, la burbuja de los gastos.

—Sin embargo, existe una forma de ayudar a la gente fuera de esa burbuja. Hay otras personas olvidadas ahí fuera que necesitan también una voz.

—¿Has valorado alguna vez la idea de estudiar Política? —me pregunta—. Tienes determinación y magnetismo. Yo me creería cualquier cosa que dijeras.

Es tan dulce que no puedo evitar sonreír.

—No tienes que estudiar Política para cambiar el mundo. Tan solo tienes que trabajar duro. —No sé si es mi padre quien habla ahora, o tal vez mi madre. No lo tengo claro.

—¿Lo crees de verdad?

—¿Te parece ingenuo?

—No —responde, pensativo—. Es idealista. Optimista. Está bien. —Aparta la mano de mi hombro y, durante un segundo, me siento decepcionada, hasta que la coloca en mi rodilla.

Solía quedarme mirando a las parejas acarameladas en los restaurantes que no podían apartar las manos el uno del otro y me preguntaba cómo sería. Ahora lo entiendo. Yo tampoco puedo dejar de tocarle. Paso los dedos por su suave pelo y se lo aparto de los ojos como hice anoche.

Nos separamos un poco cuando llegan las bebidas, té helados, verde para él y negro para mí, pues necesito cafeína. Cuando el camarero se marcha, a Royce le ha cambiado la mirada; ahora parece más decidido, aunque sin la seguridad de siempre.

—He estado pensando en nuestra conversación de anoche, en lo mucho que me gustaría ser periodista. Pero mis padres no me van a apoyar. Probablemente porque no soy lo suficientemente inteligente. Pero yo creo que se me puede dar bien. Cuando quiero hacer algo, no abandono.

—Deja de menospreciarte. Serás increíble y eres muy inteligente —replico—. Lo que pasa con los periodistas es que siempre tienen que decir la verdad, ¿no?

—Tienen que relatar los hechos, creo. La verdad es relativa. —Se da cuenta de que lo estoy probando. Es listo y tiene la guardia alta. Enarca una ceja.

—De acuerdo, los hechos. —Me aparto un poco de él para darle un trago a la bebida y él aparta la mano de mi rodilla.

—¿En qué estás pensando? —pregunta, aunque me da la impresión de que ya lo sabe.

—No me has contado de qué conoces a Carrie. O por qué va diciendo eso de ti. —«Royce Blakely no es lo que parece. Lo sé de primera mano. Es un mujeriego».

Me mira a los ojos y luego suspira.

—Carrie y yo estuvimos juntos el verano antes de tercero —contesta de mala gana.

—¿A qué te refieres con juntos?

—Nos besamos en la fiesta esa de la que estaba hablando esta mañana. Yo estaba borracho cuando pasó. Después salimos unas cuantas veces, sabía que eso era lo que ella deseaba. Pero yo no sentía lo mismo y se lo admití. Tampoco me apetecía tener una relación a distancia. No le hizo mucha gracia.

—Hoy parecíais muy amigos. —No quiero ponerme celosa, pero no puedo evitarlo.

Así que sí salió con Carrie. Es muy probable que su tipo sea ella. Hasta su hermano lo mencionó, dijo que yo no soy del tipo que suele gustar a Royce.

—Hoy ha sido el primer día que hablo con ella en más de un año. Te estaba buscando y no quería ser desagradable no haciéndole caso o apartándome de ella. ¿Habrías querido que hiciera tal cosa?

Me quedo un instante pensativa.

—No, creo que no. —No quiero enfadarme con Carrie. Por supuesto, él ha tenido una vida antes de mí, otras chicas. «Supéralo». ¿Qué esperaba? ¿Qué él también hubiera esperado toda su vida para besarme?

Se vuelve a acercar a mí.

—¿Sabes? Me gustas cuando te pones celosa. —Está sonriendo.

—¿Quién te ha dicho que estoy celosa? —Resoplo.

—Yo lo digo. —Ahora sonrío de oreja a oreja—. Significa que te gusto. Y tú también me gustas a mí, Jas. Mucho.

En ese momento me derrito. Me vuelvo hacia él y me echa de nuevo el brazo por encima del hombro.

—Hueles muy bien —dice con la nariz pegada a mi pelo—. ¿Es coco?

—Mmm —murmuro cuando se aparta del pelo y entierra la cara en mi cuello, depositando suaves besos para después subir hacia arriba.

Cierro los ojos y ladeo la cabeza para que nuestros labios se encuentren. Me besa con suavidad al principio, pero enseguida abrimos la boca y el beso se vuelve más intenso. Sus manos, mis manos... están por todas partes. No puedo dejar de tocarle. Lo abrazo por debajo de la chaqueta, rodeándole la espalda con los brazos. Estamos los dos sin aliento.

Pero me aparto al darme cuenta de que no estamos solos, de que nos encontramos en público, en un restaurante.

—Lo siento —se disculpa—. Me he dejado llevar. —Tiene una sonrisa socarrona en el rostro y me dan ganas de volver a besarle. Probablemente debería de sentir vergüenza, pero no es así.

—Tengo que preguntarle a Suzanne si le parece bien, pero ¿quieres venir conmigo a la cena de despedida? —le pregunto. No pierdo el tiempo y le escribo a ella un mensaje.

—Por supuesto.

Paga la cuenta a pesar de que intento darle un billete de veinte. Suzanne me responde explicándome que alguien ha cancelado la asistencia, por lo que Royce puede venir. Asistimos a la cena, le doy las gracias a Suzanne, me despido de Richard y Simon y prometemos que mantendremos el contacto. Todo el tiempo que estoy ahí, Royce me sostiene la mano debajo de la mesa y yo se la aprieto.

Cuando volvemos al hotel, me detengo antes de atravesar la puerta. Salgo corriendo hasta un espacio con hierba y me agacho en la tierra. Se me ha olvidado hacerlo antes y esta es mi última oportunidad.

—¿Qué haces? —me pregunta Royce, que se arrodilla a mi lado.

Le enseño la botellita y cojo un puñado pequeño de tierra.

—Me gusta coleccionar tierra o arena de lugares en los que estado. Se me había olvidado hacerlo este fin de semana.

Asiente y no pregunta más. Me ayuda a llenar la botella y a taparla.

—Toma, una pequeña parte de D. C. para que te la lleves a casa.

Me pongo nerviosa cuando nos subimos al ascensor. No sé qué planes tenemos, no hemos hablado del tema, pero me da la sensación de que los dos hemos dado por hecho que pasaremos la última noche solos juntos. ¿Pero dónde?

¿Voy yo a su habitación?

¿Lo invito a la mía?

—Eh... yo tengo compañeras de habitación —le digo.

—Yo no —responde.

De repente nos volvemos tímidos y él parece tan nervioso como lo estoy yo, lo que me hace sentir mejor.

—A tu habitación entonces —resuelvo.

Me mira bajo sus oscuras pestañas, con el flequillo en los ojos, y sonrío con dulzura.

—De acuerdo. —Presiona el número de su planta.

A continuación me acerca a él y nos besamos de nuevo, con locura; a una parte de mí le preocupa que alguien entre en el ascensor y a la otra no le importa que nos vean.

Cuando el ascensor llega a la planta, salimos más rápido que un senador que llega a la Casa Blanca para obstruir una reforma importante. Royce me hace sentir muchas cosas y anhelo hacer cosas que nunca antes había sentido. Soy completamente adicta a él. Estar a su lado es como despertar, como descubrir algo nuevo y emocionante sobre el mundo, y se lo digo cuando dejamos de besarnos un instante.

Estamos tumbados en la cama, encima de las sábanas, yo mirándolo y él apoyado en un codo, devolviéndome la mirada.

—Me gusta —dice—. Nos estamos despertando el uno al otro. —Me acaricia la mejilla—. Tienes la piel muy suave.

—Tú la tienes rasposa —bromeo cuando poso una mano sobre la suya.

Me gusta lo cómodos que nos sentimos juntos. Creía que estaría cohibida con un

chico, nerviosa, preocupada por no saber besar bien, o por hacer algo indebido. Pero no siento nada de eso. Llevo solo dos días con él, pero me siento más unida a él que a ninguna otra persona.

Pasamos toda la noche besándonos, pedimos comida al servicio de habitaciones, hablamos y volvemos a besarnos. No quiero dejar de hacerlo. Ojalá pudiera quedarme con él hasta mañana, pero no es posible. Mi vuelo sale temprano.

—¿Cuándo te voy a volver a ver? —me pregunta cuando llegamos a la puerta de mi dormitorio, bostezando. Tiene el pelo alborotado y la camisa desabotonada, pero está tan guapo como siempre, o más.

—Los dos vivimos en Los Ángeles. —Le doy un último beso.

—Entonces este fin de semana. —Me da un beso en la frente.

—Escríbeme.

Se saca el teléfono del bolsillo de los vaqueros, escribe un mensaje y lo envía. Me vibra el teléfono en el bolso, lo saco y leo lo que ha enviado.

Hola, soy Royce, tu novio. Vamos a quedar este fin de semana.

No puedo evitar sonreír. Supongo que tengo novio.

15

Un océano es incapaz de explicar la distancia que hemos viajado.

—JONATHAN SAFRAN FOER, *TAN FUERTE, TAN CERCA*

Es mediodía cuando mi padre me recoge del aeropuerto de Los Ángeles en nuestro viejo Toyota Camry. Estoy un poco cansada por el vuelo, pero siento una oleada de cariño cuando lo veo con su chaqueta de siempre de Members Only (que mi madre sigue comprándole en Costco) y una sonrisa enorme en el rostro ajado.

—*Anak*. Te hemos echado de menos —Me da un fuerte abrazo antes de dejar mi maleta en la camioneta—. ¿Qué tal en D. C.?

—Yo también os he echado de menos, papá. Ha sido increíble. —Le hablo de las recepciones y de la gente tan interesante que he conocido, y de que el presidente me felicitó por el ensayo.

Él escucha en silencio y asiente, y me doy cuenta de que se siente mal porque este fin de semana es lo único que voy a poder disfrutar de la Beca Nacional. Cuando le suena el teléfono, lo coge y se enzarza en una conversación con el tito Charlie sobre una máquina nueva de karaoke que tiene pensado comprar.

Mientras habla de las notas y pitidos nuevos de su fantástica máquina, me quedo mirando por la ventanilla las palmeras borrosas. Me pregunto cuándo volverá Royce. Todavía vibro por la emoción de haber estado con él, aunque también pienso en la búsqueda que he hecho en el avión (gracias, WiFi gratis) sobre el inminente voto de la propuesta de reforma de inmigración, el coste de la universidad y encontrar un puente hacia la ciudadanía. Hasta ahora, lo que he descubierto me ha desanimado, pero la conversación con el presidente me ha motivado. No puedo abandonar. Si no sigo empeñada en cambiar nuestra situación, ¿quién lo va a hacer?

En el aeropuerto, cuando me acompañó Suzanne, admití que no iba a poder aceptar la beca. Cuando me preguntó el motivo, le contesté que las cosas estaban complicadas. Me dijo que lo sentía, pero que lo entendía, y que si la situación cambiaba que se lo hiciera saber. Tengo hasta primavera para entregar el formulario y aceptar la beca.

Le dije que no era probable que la situación cambiara tan rápido, que iba a necesitar un milagro. Me lo quito de la cabeza por el momento porque, en cuanto papá aparca en la entrada, veo el jardín de mi madre y caigo en la cuenta de lo mucho que he echado de menos mi casa. Y por casa me refiero también a Royce. Él es de aquí.

—¿Y esa sonrisa? —me pregunta papá.

—Nada.

—Mmm. De acuerdo, no le cuentas nada a tu padre.

—¡Eh! Has sido tú el que prácticamente no me ha hablado en todo el viaje. ¡Estabas

obsesionado con tu nueva máquina de karaoke!

—Es muy buena. Una Samsung. Tiene mil canciones.

Mi padre se parte de la risa.

—¿Dónde está mamá? —pregunto.

Frunce el ceño.

—No se encuentra bien. —Eso significa que sigue deprimida por haber perdido el empleo.

—¡Mamá! —grito—. ¿Dónde estás?

—Aquí —responde desde la cocina. Está preparando el almuerzo: sándwiches de ensalada de pollo y patatas fritas. Se aparta de la encimera y me da un fuerte abrazo antes de sentarse a la mesa—. ¿Qué tal el viaje? —Sonríe, pero tiene la mirada triste.

—Divertido. —Le cuento la visita al Capitolio, que un chico creía que en la rotonda estaba pintado Dios. Estoy a punto de hablarle de Royce, pero me pongo nerviosa, porque eso significaría admitir que estoy saliendo con un chico, algo que no se me permite.

—Me alegra que hayas ido. Da miedo correr riesgos, Jas. No puedes imaginarte lo aterrada que estaba yo por tener que reubicar a toda la familia en Estados Unidos. Tu padre y yo no sabíamos cómo ibais a llevar la mudanza, pero queríamos ofreceros oportunidades con las que ninguno de vosotros contaríais en Filipinas.

Hablando de oportunidades. Le cuento la decisión que he tomado.

—No voy a renunciar a ir a la universidad. He estado investigando mientras estaba en D. C. Conocer al presidente me ha recordado que quiero hacer grandes cosas en la vida. No puedo abandonar mis sueños.

Exhala un suspiro hondo, se retrepa en la silla y se restriega los ojos. Sé que le preocupa el dinero, que le preocupa todo.

—Hay unos programas especiales —explico—. Puedo beneficiarme de nuestros ingresos bajos para que me concedan una exención de pago de la matrícula. Hay algunas universidades que se pueden permitir ofrecer becas a gente como yo, que ha crecido en Estados Unidos pero no tiene la ciudadanía. Puede que tengamos que pagar algunas de las solicitudes, pero nunca sabré si tengo alguna oportunidad si no lo intento. La mayoría de las escuelas públicas están fuera porque las financia el gobierno, pero puedo probar en algunas privadas, como Stanford. —No quiero renunciar a Stanford, tengo que seguir intentándolo y, si no solicito plaza, perderé todo un año.

—¿Estás segura? No quiero que albergues falsas esperanzas. Me siento mal por no haberte contado antes la verdad. —Parece decepcionada consigo misma. Me rompe el corazón escuchar que mi madre, que siempre ha sido fuerte y ambiciosa, se sienta fracasada—. ¿Y la propuesta de reforma? ¿Servirá de algo?

—Aunque la aprueben, puede pasar mucho tiempo hasta que promulguen la ley. Algunos plazos están a punto de vencer, no puedo dejarlos pasar o perderé la oportunidad de entrar en algunas de las escuelas. No te sientas mal, mamá. Todo lo que has hecho, lo duro que me has hecho trabajar, no serviría de nada si no siguiera intentándolo.

He leído en alguna parte que muchos hijos de inmigrantes maduran rápido y reciben más responsabilidades que otros chicos. Sus padres tienden a depender de ellos, en la mayoría de los casos porque los niños hablan la lengua mejor y pueden actuar de puente con la sociedad estadounidense. El hijo se vuelve el padre y el padre se convierte en el hijo. Me siento un poco así ahora mismo, como si fuera mayor y más sabia que mi madre.

Si voy a la universidad, mi vida será todavía más distinta que la suya. Si no, nunca podré cumplir los sueños que tiene para mí. Parece que cualquier camino que tome nos vaya a separar más. Igual esto forma parte de lo que significa ser una hija, que todos los hijos de inmigrantes se sienten así.

Sin embargo, estoy decidida y feliz por contar con un objetivo. Me gustan los objetivos, suelo alcanzarlos.

Llega mi padre del salón y me mira a la cara con los ojos entrecerrados.

—Hay algo en ti que antes no estaba ahí —declara.

Mis hermanos pequeños aparecen.

—Su cara —dicen al unísono—. ¡Apesta!

—¡Vosotros sí que apestáis! —replico, extendiendo los brazos.

Los dos se abalanzan sobre mí y me abrazan. Quiero tanto a mis hermanos que creo que me voy a poner a llorar mientras los achucho todo lo fuerte que puedo.

Isko se tapa la nariz.

—No, ¡tú apesta!

Mi padre acude en mi defensa.

—¡Vuestra hermana no apesta!

—Gracias, papá —digo.

—Pues algo apesta —señala Danny, que se libera de mi abrazo.

—¿Puedes convertirte en un gato o en algo útil? —le digo.

Mi padre se ríe.

—Si fuera un gato, lo echaría de aquí. Aunque puede que lo eche de todos modos.

Danny ya ha desaparecido de la habitación, seguro que enseguida está enterrado entre sus mangas.

—Hablo en serio —insiste mi padre.

—Ya, papá.

Sigue mirándome de forma extraña.

—Hablo en serio con lo de que estás distinta. No paras de sonreír. ¿Qué ha pasado en Washington? ¿Has sido responsable? ¿Has conocido a algún chico?

¡No! ¿Cómo lo sabe? ¿Tienen mis padres alguna especie de radar de chicos? ¿De verdad estoy sonriendo tanto? He besado a Royce un total de una, dos... bueno, unas cuantas veces en realidad. Ya sé lo que está pensando mi padre, es muy sobreprotector.

—Papá, voy a Washington D. C. como invitada de honor ¿y a ti se te ocurre darme una charla de sexo?

—No confío en esa gente. —Está empezando a alzar la voz—. Sale en las películas, son peores que los ruines corredores de bolsa de Wall Street que contratan a señoritas de la noche todos los días y esnifan Dios sabe qué en sus diminutos cerebros.

Dios mío, ¡mis padres y su forma particular de hablar! Es demasiado. ¿Señoritas de la noche? ¿Quién dice eso? Mis padres filipinos, supongo

Siempre han tenido reglas extrañas acerca de salir con chicos. Para los filipinos la familia es lo más importante. Con que simplemente se te ocurra salir con un chico, ya quieren conocerlo. Siempre me han amenazado con enviarme a las citas con carabina, como tuvieron que hacer ellos cuando eran adolescentes, pero no creo que lo llevaran a la práctica. Aunque si supieran que he estado sola con Royce este fin de semana probablemente tuvieran que tomar medicinas para la tensión.

—Ha sido un fin de semana para los estudiantes premiados.

Se apoya en el hombro de mi madre.

—¿Entonces por qué estás tan feliz?

—¿Se supone que no debo de estar feliz?

Ahora ya sabe que estoy ocultando algo. No tengo ni idea de cómo se fija en estas cosas. Siempre me ha descubierto cuando digo pequeñas mentiras. Debería de limitarme a cerrar la boca, hacerme monja y pronunciar los votos de castidad y silencio. Si permito que mi padre consiga lo que quiere, siempre estaré sola y no me iré nunca de esta casa.

Intercambia una mirada con mi madre.

—De acuerdo, dilo —concluye.

Me aferro a una mínima esperanza.

—¿Que diga qué?

Pero no, está pidiendo refuerzos.

Papá se pone en pie y mira a mi madre.

—Tu hija. ¡Tiene un secreto!

—Todas las hijas tienen secretos —le responde ella—. Si has perdido tus habilidades de interrogatorio mejor déjala en paz. Ya es mayorcita para tener una vida aparte de nosotros.

Le dedico una sonrisa enorme a mi padre. Esta es una victoria sin precedentes en esta casa.

Me señala con el dedo.

—Más te vale que lo conozcamos pronto, ¡sea quien sea él! —Y sale de la habitación. Yo sigo sonriendo.

Más tarde esa noche, cuando ya estoy en cama con el pijama de corazones puesto, viene mi madre a la habitación. Llama a la puerta tan suavemente que la oigo a duras penas. Me sorprende que no se haya colado como siempre hablando a un tono supersónico. Tiene que pasarle algo. Se sienta en el borde de la cama y me pregunta si me he dormido ya.

—Aún no —respondo—. ¿Qué pasa?

—¿Puedes contarme algo más de tu viaje a D. C.?

Oh, no, va a preguntarme si he conocido a alguien. Me he pasado todo el día contenta porque no me ha hecho muchas preguntas. No creo que a ella pueda ocultarle lo de Royce como a mi padre. Las dos pensamos de la misma forma.

—Ya os lo he contado todo —respondo en voz baja. Les he enseñado algunas fotos, pero no en las que salgo con Royce.

Se tumba a mi lado en la cama y se pone a acariciarme el pelo. Me siento casi como una niña pequeña de nuevo. Está mostrándose tan agradable que preveo que me va a preguntar algo más. Algo privado. Me siento en la cama, y de esa forma deja de tocarme el pelo.

—¿Has hecho amigos allí, *neneng*? —me pregunta.

Lo sabía. Está representando al poli bueno. Han cambiado los papeles de mamá y papá.

—He hecho muchos amigos de todo el país —señalo—. También algunos de Los Ángeles.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de amigos?

—Mamá. Venga, ya lo sabes, los demás becados. Teníamos a una persona que nos acompañaba a todas partes. Hemos estado comiendo juntos, así que hemos creado lazos. Pero ya que quieres jugar a los detectives, sí, he conocido a un chico. —No puedo reprimir la sonrisa por más tiempo. Mi madre lo entenderá y quiero hablarle de Royce. Es demasiado importante para mí como para no contárselo, sobre todo si quiero volver a verlo en Los Ángeles.

Se sienta en la cama y enciende la lamparilla, que me ciega.

—¿Has conocido a un chico en la otra punta del país?

—Algo así —respondo de forma elusiva.

Se queda un instante callada, pensativa, y se cruza de brazos.

—¿Es filipino?

—¿Importa acaso?

—No, claro que no. —Se encoge de hombros.

A mis padres no les importa con quién me case, pero sí que esa persona comparta nuestros valores. Siempre dicen que los estadounidenses no están tan unidos a su familia como los filipinos.

—Bueno, está bien, supongo. —Exhala un suspiro—. Pero vive en la otra punta del país.

Me remuevo en la cama.

—Yo no he dicho eso.

—¿Dónde vive entonces? ¿Quién es?

—Vive en Bel-Air. Es el hijo del congresista Colin Blakely, el líder de la mayoría de la cámara.

Se queda impactada. Se echa para atrás y empiezo a temer que esto sea demasiado para ella. Primero la beca, luego el viaje a Washington y ahora un chico... y no cualquier chico, uno rico con un padre poderoso que es prácticamente el enemigo. Mamá se mueve y está a punto de caerse de la cama.

—¿No será el congresista que sale siempre en la televisión intentando echar abajo la reforma de inmigración que el senado ha aprobado?

—Sí, pero él no es como su padre —replico a la defensiva.

—¿Te parece seguro salir con él?

—No le he hablado de nosotros. Pero él no es así, mamá. Lo sé, él es bueno.

—Ah —responde con tiento—. ¿Cómo se llama?

—Royce.

Me sorprende que hasta el sonido de su nombre pronunciado por mí me dé esperanzas, como si lo tuviera todo a mi alcance.

—¿Qué nombre es ese? —pregunta—. ¿Como el automóvil?

Suelto una risita.

—Ya.

—¿Y te gusta ese chico?

—Sí. Me gusta mucho.

Nunca he tenido novio, nunca me han dejado salir con nadie, pero tengo diecisiete años ya y creo que está bien admitir que me gusta un chico, ¿no? No solo me siento atraída por él, me gusta de verdad. Es como yo, intenso y un cerebritito encubierto. Y, sobre todo, me gusta cómo me mira a los ojos, como si pasara por alto la imagen que todo el mundo ve de mí y viera más allá de las cosas que hago. Y piensa que soy preciosa.

Mi madre se queda callada.

—Me gustaría que lo conocierais —le digo—. Porque quiero... salir con él. ¿De acuerdo?

No dice nada.

—¿Mamá?

—Ya veremos, tengo que hablar del tema con tu padre.

Se me revuelve el estómago. Cuando tiene que hablar de algo con mi padre la respuesta suele ser no.

16

No puede dejar su labor. Las cosas que uno hace, las debería de hacer por amor.

—EDWIDGE DANTICAT, *BREATH, EYES, MEMORY*

El lunes, Kayla y yo vamos juntas al entrenamiento de las animadoras. Nuestro instituto es el típico californiano: los pasillos son exteriores y la gente camina por campos de hierba para acceder al campus. Nuestra ciudad está en un valle, así que tenemos las vistas de las montañas que nos rodean. Un grupo de chicos que juegan al fútbol nos saluda con la mano cuando pasamos en dirección al gimnasio. Y no solo ellos. Ser una animadora significa que prácticamente todo el mundo sabe quién eres. Esa es una de las cosas que más me gustan.

Le devolvemos el saludo a gente que no conocemos. Kayla y yo no estamos en las mismas clases, por lo que esta es la primera oportunidad que tenemos de hablar desde que regresé.

Me preocupaba que siguiera enfadada por haberse enterado de mi beca al mismo tiempo que el resto de las chicas, pero parece haberlo olvidado. Y también ha superado que hayan elegido capitana a Courtney en mi ausencia. El equipo ha llegado a las Regionales, como esperábamos todas. La competición es en diciembre, así que tenemos entrenamiento casi todos los días a partir de ahora.

Me toma del brazo.

—¿Qué tal en D. C.? ¿Es guay el presidente?

—Sí, pero, más importante todavía, no te imaginas quién estaba allí.

—¡Quién! —Kayla huele una buena historia de chicos enseguida. Se pone a dar palmas y saltitos.

—¿Te acuerdas del chico que conocí en el hospital? ¿El de Bel-Air?

—Sí, ¿cómo se llamaba? ¿Aston? ¿Martin? —bromea.

—¡Royce! —Me echo a reír.

—Ese. ¡Te encaaaaaaanta! —exclama—. ¿Estaba allí? ¡Cuéntamelo todo!

—Sí, estaba allí. Sabía que yo iba a ir, así que fue con su padre a la cena.

—¡Qué!

—Sí. Así que nosotros... ya sabes.

Mi amiga profiere otro chillido.

—Dios, mío, Jasmine de los Santos, la niña buena, ¡te has enrollado con un chico!

—No nos hemos enrollado, enrollado... Solo nos hemos besado.

Ahora se ríe con ganas y me da un empujón.

—¿Te gusta?

—Mucho. —«Muchísimo».

—¿Cuándo os vais a volver a ver?

—No lo sé. Mis padres están muy raros con el tema.

—¿No te van a dejar verlo?

—No sé. No han dicho ni que sí ni que no. —Me cambio nerviosa la mochila al otro hombro.

—Bueno, es un comienzo. Tus padres siempre dicen que no.

—Sí, ¿verdad? A lo mejor quiere decir que me dejarán. —Tienen que dejarme. No voy a aceptar un no por respuesta esta vez. Voy al último curso en el instituto, ya tengo derecho a tener novio, ¿no? No vivimos en Filipinas, vivimos en Estados Unidos. Al menos por ahora. Incluso en mi estado de dicha, la nube oscura de nuestros problemas acecha.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo van las cosas en casa?

—Un asco. Mejor no hablemos de ello. Y echo de menos a Dylan.

—Lo siento, K. ¿Es que está de gira con el grupo?

—Sí, en Seattle.

—¿Cuándo vuelve?

—A finales de mes.

—Sobrevivirás —afirmo—. ¿De verdad crees que mis padres dirán que sí? ¿Que puedo ver a Royce?

—¿Por qué no? ¿Qué van a hacer, encerrarte en una torre? —Sonríe.

«Si pudieran, lo harían», pienso.

Mis padres no me dicen que sí, pero tampoco me dicen que no. Lo que responden cuando les pido permiso más adelante es «lo que tú veas». Normalmente me dicen que haga lo que vea, lo que quiere decir que quieren que tome la decisión correcta yo sola, que demuestre que soy responsable y que pueden confiar en mí. Sé que piensan que decidiré que no voy a verlo, pero están equivocados.

—De acuerdo, pues si decido yo, voy a salir con él el sábado. Quiere que conozca a su familia. No sé conducir, así que va a venir a recogerme para que vaya a conocerlos. En realidad solo a su madre, a su padre ya lo he conocido, pero ahora está en D. C. ¿Os parece bien que Royce venga a recogerme?

Mi padre enarca las cejas y mira a mi madre.

—¿Es un conductor seguro? —pregunta.

—Estoy convencida de que sí.

—¿Pilar?

—Hemos dicho que decide ella —responde y se levanta del sofá.

—¿De verdad crees que es la decisión acercada? —me pregunta papá.

—Sí.

No pienso ceder en esto. Estoy cansada de que me traten como a una niña pequeña. Bastante malo es que no sepa conducir y tengan que llevarme siempre a todas partes, y Royce es muy amable y se ha ofrecido a venir hasta aquí para recogerme y después regresar a su casa. Hay un camino largo desde el Valley hasta el Westside, la gente de los Ángeles incluso bromearía diciendo que mantenemos una relación a distancia.

—Además, técnicamente ya he tenido dos citas con él en D. C. —añado.

Mi padre vuelve a arquear las cejas y se mueve incómodo en el sillón. Mamá se encoge de hombros, como si se hubiera cansado ya de la conversación.

—Tú decides —vuelve a decir.

No dicen nada más, así que está decidido. El sábado Royce y yo vamos a salir. Es un pequeño paso, pero una enorme victoria en lo que respecta a mi vida social.

Por supuesto, cuando llega el sábado y Royce viene a recogerme, ninguno de mis padres se encuentra en casa. Mamá ha salido a limpiar una casa para ganar algo de dinero, un contacto de una amiga. Papá tiene un turno de fin de semana. Me disculpo con Royce porque no están aquí para saludarlo.

—Está bien —responde él mientras conducimos por encima del cañón.

Estaba deseando volver a verlo y hemos tenido que hacer una paradita a un lado justo después de salir de mi casa para saludarnos en condiciones. Y otra vez estoy haciendo cosas que nunca pensé que haría, como besar a un chico en un coche. Pero es tan divertido besarle. No me pongo nerviosa con él, tal y como pensaba que pasaría cuando estuviera con mi primer novio. Simplemente estoy feliz y emocionada.

Tiene una mano en el volante y me coge la mía con la otra. Al mirarlo conducir el Range Rover Sport gris plateado me da la sensación de que es mucho mayor. Conduce rápido, cambiando de carril, maniobrando entre los demás vehículos como el buen nativo de Los Ángeles que es.

—Me gusta conducir rápido —dice, subiendo y bajando las cejas.

—Ya lo veo —comento con tono divertido.

Royce se echa a reír.

—Por cierto, mi padre sigue en Washington. Vas a conocer a mi madre y a mi

hermana pequeña, creo. Mason se ha ido a la universidad.

No me gustó mucho Mason cuando lo conocí en el vestíbulo del Ritz-Carlton, pero no digo nada. Me alegra que haya vuelto a la universidad. Mason es su hermano, y en las familias filipinas no hablamos de los parientes que no nos gustan hasta que formamos parte de la familia. Cuando te casas, puedes empujarlos debajo de un autobús si quieres, pero solo cuando te casas.

Hay filipinos que dicen, incluso, que, para cortejar a la hija, tienes que cortejar también a la madre. Me intriga saber qué opinaría Royce al respecto, así que le pregunto.

—Oh, ¡no pasa nada! Tu madre me va a adorar, ya verás.

—Cuánta seguridad, ¿eh?

Sonríe.

—Si se parece a su hija, ya está enamorada de mí.

Me río, pero no lo niego.

Aparcamos en la casa y salimos del coche de Royce. La entrada de gravilla nos conduce a un jardín recién podado con arbustos de muy buen gusto y flores blancas. Hay unos pilares blancos imponentes sosteniendo un balcón por encima de la puerta principal, y dos chimeneas grandes blancas sobre el tejado de pizarra gris. Es una casa majestuosa y tradicional, tal como imaginaba que sería la casa de un congresista.

Aunque pongo empeño en no mostrárselo a Royce, me intimida un poco conocer a la señora Blakely. No es porque tengan más dinero o una casa más grande que mi familia. De acuerdo, puede que en parte sí, pero es también porque la gente rica normalmente tiene mucha seguridad y es difícil sentirse igual de seguro en su presencia.

Es probable que la madre de Royce fuera a una escuela en la que le enseñaran cómo hacerlo todo bien. Es hermosa, y estoy segura de que es inteligente y culta, y seguramente sepa cómo doblar una servilleta a la perfección. Ni siquiera mi madre hace eso, ella las enrolla y las embute dentro del armario del pasillo.

Una niña pequeña que aparenta unos once años pasa por nuestro lado con una moto. Está a punto de pasar por encima del pie de Royce.

—¿Qué haces, Olivia? —le riñe él.

—Intentar pasar por encima de tu pie.

No sé si sentir horror o reírme por su honestidad. Danny diría algo así también. Tiene que ser la hermana pequeña de Royce.

—Ya lo veo —responde él cuando su hermana se aleja de nosotros—. ¿Y no sabes que podrías hacerme daño con la moto? Soy capaz de sentir dolor, ¿sabes? Aunque sea tu hermano mayor, siento el dolor.

Olivia da la vuelta con la moto. Se ríe, y es el tipo de risa que deja claro que sabe lo

que está haciendo. Nunca he comprendido por qué los hermanos pequeños sienten satisfacción con el dolor de sus hermanos y hermanas mayores. Parece que tenemos algo en común.

—Mis hermanos también son así —comento.

—Olivia —la llama Royce—. Ella es Jasmine, mi novia.

La pequeña se acerca a nosotros y se detiene justo delante de mí. Por fin le veo bien la cara. Tiene el pelo castaño, largo y rizado con reflejos rubios, piel dorada y unos ojos oscuros como los de Royce. Es preciosa y ella lo sabe.

—A Royce le gustas —dice con una risita malévola.

—Sí me gusta —repite él—. Así que mucho ojo, Liv.

—Hola, Olivia —la saludo—. Me gusta tu moto. Qué pena que no tengas otra, haría una carrera contigo hasta la esquina.

—No me ganarías.

—Pero lo intentaría.

La pequeña suelta una carcajada.

—Ya lo veremos.

Me está empezando a gustar esta niña.

—Eres muy guapa. Me gusta tu pelo —me dice.

—Gracias, a mí también me gusta el tuyo.

—¿Te gusta Royce? —pregunta con la misma sonrisa malévola.

—Sí —respondo, sonriendo a su hermano. Él me guiña un ojo.

—Muy bien, fuera de aquí, Liv —indica Royce—. ¿Dónde está mamá?

—En la casa. —Le saca la lengua y desaparece a gran velocidad.

—Por aquí —me indica Royce—. Ya te había avisado.

—Me parece adorable. Esperaba que te persiguiera un poco más con esa moto que tiene.

—No lo creo —responde mientras lo sigo por la puerta de la casa.

Me hace una visita completa del lugar. La casa de los Blakely es espaciosa. Tiene unos enormes techos abovedados tan altos que no me puedo imaginar cómo limpian las telarañas, pues las habitaciones están immaculadas. Los dormitorios se reparten entre las diferentes alas y la casa se asienta en una colina en parte cubierta con paneles solares. Mi casa es más pequeña, pero me resulta más cómoda. Y también es más ruidosa. La suya es mucho más grande, pero seguro que el señor Blakely necesita más espacio para las fiestas y las reuniones. Tienen un enorme salón, una cocina industrial gigante e increíble, cuadros

en todas partes.

Regresamos al pasillo que hay entre el recibidor y el salón y veo una pintura enorme de una bailarina con un vestido fluido rojo; parece que las llamas le lamen el cuerpo. Se alza sobre los zapatos de punta y se estira hacia algo que está más allá del cuadro. La pasión de la imagen me sorprende, sobre todo porque el resto está decorado con colores neutrales. Recuerdo vagamente que Royce me contó que su madre fue bailarina de joven.

Decido que no voy a temer a su madre. No puede ser tan distinta a mí. Las dos entendemos el sufrimiento de entrenar, cuidar y castigar nuestro cuerpo para alcanzar la elegancia y la belleza. Si ella fue bailarina, sabe lo que es la pasión, lo que es querer tanto algo que crees que puedes morir de lo mucho que lo deseas.

Royce me lleva a la puerta del salón, donde la señora Blakely sostiene un teléfono entre el hombro y la oreja, sentada en un sillón de cuero mientras mira la teletienda en la televisión.

—Está trabajado —susurra Royce, y se da la vuelta—. Mejor la dejamos sola. Vamos a sentarnos en el otro salón, vendrá cuando haya terminado.

—¿Tenéis otro salón? —pregunto.

Cuando me lleva, veo que es más bien una biblioteca. Hay estanterías de libros que llegan desde el suelo hasta el techo. También hay sofás y sillones, mesas, artefactos extraños en vitrinas, en su mayoría estatuas. Enmarcados en las paredes hay bustos de figuras políticas importantes y documentos antiguos.

—Mi madre empezó a coleccionar esto cuando mi padre comenzó en la política. — Señala una vitrina—. Esta es una estatua de Theodore Roosevelt que compró a un coleccionista el año pasado.

Se sienta en el sofá a la espera de que me acomode a su lado. Lo hago, pero no demasiado cerca. No estamos en el coche, como antes. No quiero que la señora Blakely se haga una idea equivocada sobre mí y tampoco quiero causar ningún problema, sobre todo con sus padres.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —oigo de repente. Levanto la mirada y veo a una sirvienta con un pantalón de vestir ajustado y un bonito jersey morado a la espera de una respuesta.

Me doy cuenta enseguida de que es filipina, y parece estar al principio de la cincuentena. Me sonrío con timidez. Me pregunto de dónde será su familia. Me dan ganas de preguntar, pero me preocupa que parezca raro. Muchas inmigrantes filipinas trabajan como sirvientas, algunas de las amigas de mi madre, por ejemplo. Mi propia madre está limpiando la casa de otra persona justo ahora, recuerdo, incómoda.

—Yo estoy bien, Maria —responde Royce—. Aunque a lo mejor nuestra invitada tiene sed. ¿Jas?

Se mueve en mi dirección. Me siento incómoda, pero trato de que no se me note. No

es justo, pero ver a Maria me molesta. Si no voy a la universidad, tal vez tenga que trabajar en algo así toda mi vida. Me doy cuenta entonces de que estoy actuando de forma grosera. ¿Quién soy yo para juzgar a esta mujer a la que no conozco?

Maria se acerca más. Tiene un brillo en los ojos, como si fuera ella quien me observara y no al revés. En esta ocasión sonrío con más ganas y eso me gusta. Le devuelvo la sonrisa. Los filipinos hacen a veces esto entre ellos, es como si nos comunicáramos telepáticamente. Sin embargo, estoy demasiado avergonzada como para pedir algo. No estoy acostumbrada a que me sirvan.

Maria podría ser mi tía o una prima mayor. Me remuevo en el sofá y me coloco bien la falda sobre las rodillas. ¿Cómo es posible que esté saliendo con alguien y que tenga más cosas en común con el servicio de su casa que con él?

—Gracias, pero no tengo sed —respondo.

—Volveré dentro de un rato —dice, y nos deja solos.

—Solo lleva unos años aquí —me explica Royce—. Su familia es también de Filipinas. La encontramos por medio de una agencia. —Casi es como si me estuviera diciendo «No es ilegal». Y entonces me acuerdo de que no le hablo de mi ausencia de documentación. ¿Debería? ¿La gente se cuenta estas cosas?

Antes de que me pueda sentir culpable, entra su madre.

—Hola, cariño, me había parecido ver a alguien contigo —dice—. ¿Quién es nuestra invitada?

Un momento, ¿Royce no le ha contado a su madre que iba a venir? ¿No le ha hablado a sus padres de mí?

Se pone en pie y también lo hago yo.

—Jasmine, ella es mi madre, Debra Blakely, coleccionista de arte.

»Mamá, ella es Jasmine, la chica que conocí en D. C.

No se refiere a mí como su novia, pero a lo mejor es porque también está nervioso.

La mujer me coge de la mano. Tiene los dedos suaves y delicados, pero me la estrecha de forma asertiva.

—Royce siempre me llama coleccionista de arte. Le da vergüenza decir que compro y vendo acciones y arte. Mis dos amores. Aparte de mis hijos, por supuesto, aunque tengo que admitir que no he visto mucho a mis dos niños últimamente.

—Encantada de conocerla, señora Blakely —la saludo—. Siento haberle robado a Royce.

Nos sentamos de nuevo y su madre se apoya en el lateral del sofá, al lado de nosotros.

—Está bien, he oído que está en buena compañía. Dice que eres una de las premiadas

del Programa de Becas Nacionales.

—Así es.

—Me ha contado que eres filipina. Qué bien, como nuestra Maria.

No sé cómo tomarme su comentario. No necesito que señale el hecho de que sea filipina. Quizá ella se siente lo mismo de incómoda que yo porque sea de la misma raza que la sirvienta. Puede que no sepa qué decir. Así que me comporto. Me han enseñado a sonreír, a ocultar mi furia interna cuando no es apropiado mostrarla. «Sé educada, Jasmine».

Sonrío a la señora Blakely.

Royce nos interrumpe.

—¿No te vas a reunir con papá en Washington esta noche?

—Santo cielo, ¡se me había olvidado! —exclama—. Gracias por recordármelo. Es mejor que vaya a hacer la maleta. Encantada de conocerte, Jasmine. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírsela a Royce o a María... Ah, Royce, Liv viene conmigo. ¿Y puedes decirle a Mason que me llame si lo ves? Debe de haber empezado ya los exámenes, pero esa no le parece razón suficiente para llamar a su madre.

—No te preocupes, mamá. Te avisaré cuando venga a casa.

Cuando se va, Royce se vuelve hacia mí con las cejas arqueadas como un niño pequeño. Parece esperanzado y emocionado, pero no puedo deshacerme de la molesta sensación de que este no es mi lugar. Procedemos de entornos muy diferentes. Mi madre ni siquiera tiene un empleo estable ahora mismo.

¿Cómo voy a conseguir que esto funcione?

Se acerca más a mí en el sofá hasta que nuestras rodillas se tocan.

—¿Estás bien? Te has quedado muy callada.

—Tu madre es simpática —comento, todavía pensando en el comentario de «Filipina, como nuestra sirvienta» y en cómo debería de tomármelo.

—Qué pena que se tenga que ir. Ni siquiera has visto la mitad de las obras de arte. Y en cuanto empieza a hablar del tema... En la universidad, ella y otros compañeros de clase protestaron en un museo de Chicago por exhibir a Renoir. No sé qué tenían en contra de ese tipo. Terrorismo estético lo llamaban. Probablemente se tratara solo de una broma. Querían llamar la atención, ¿no crees?

No sé qué pensar. ¿Es que no hay motivos más importantes por los que protestar que por colgar una bonita obra de arte famosa en una pared? Me limito a asentir y dejar que siga hablando mientras me esfuerzo por sentirme más cómoda en esta casa.

Unas horas más tarde, estamos de vuelta en mi casa. En esta ocasión mis padres sí que están y, sí, es el momento que estábamos esperando todos. Estoy histérica, pero

mamá y papá se comportan de forma normal y saludan a Royce como si trajera todos los días chicos a casa.

Mi madre le hace algunas preguntas del instituto y sobre su opinión de D. C., y Royce está bien. Me doy cuenta de que está encantada con él. Sonríe y se ríe con sus bromas. Mi madre no le menciona a su padre ni lo que él hace, por lo que me parece una victoria.

Después papá lo acorrala para que lo ayude a cambiar el aceite de la camioneta. Royce va bien vestido, con unos pantalones caqui y una bonita camisa de cuadros blancos y azules, pero jura que no le importa ensuciarse. Vamos al garaje y allí se remanga la camisa y se mete debajo de la camioneta. Parece que mi mundo no le resulta extraño del mismo modo que a mí me lo ha resultado el suyo. A lo mejor la esnob soy yo, la que cree que somos muy diferentes cuando en realidad no es así.

—¿Quién te enseñó a cambiar el aceite? —le pregunta mi padre.

—Mi padre contrató a un mecánico para que me enseñara —responde al tiempo que rellena el tanque de aceite—. Decía que todos los chicos tenían que saber hacerlo.

—Papá, Royce ha venido para estar conmigo —le digo—. Tienes dos hijos que te pueden ayudar con esto.

El brazo de mi padre asoma de debajo del coche y sacude una llave inglesa en mi dirección. Da la sensación de que el brazo no está pegado a ningún cuerpo y me entra la risa.

—Si fueras una buena hija, correrías a traernos un poco de limonada —me dice.

—¿Que corra a traeros limonada, papá? Los perros corren a por cosas, no las hijas.

Royce me mira con cara de corderito degollado y ojos de cachorrillo.

—De acuerdo —respondo; no puedo resistirme a él.

Cuando entro en la cocina, veo a mi madre contando el dinero que ha ganado hoy. Pienso en Maria haciendo lo mismo en la casa de Royce y siento una mezcla de irritación y vergüenza de mí misma por sentirme tan rara con toda esta situación, como si me avergonzara de ella, cosa que no es cierta.

Abro el frigorífico y alcanzo la jarra llena de zumo.

—¿Qué te parece Royce? —le pregunto al tiempo que vierto el líquido en dos vasos, para Royce y para papá.

—Es muy simpático, como has dicho. Y muy guapo —dice con aire distraído, incluso cuando comenta lo guapo que es. Termina de contar los billetes y después me dedica su atención—. Pero vigila que no salgas herida.

—¿Eso te dijo tu madre cuando llevaste a papá a casa la primera vez?

—En absoluto. Tu lolo se llevó a papá a la calle y estuvo a punto de cortarle la

cabeza a un pollo. Pero tu padre se adelantó y demostró a lolo que no le daba miedo un pollo sin cabeza, ni la sangre; que sabía cómo ocuparse de sus cosas.

—Qué asco, mamá. ¿Me estás diciendo que Royce tiene que impresionar a papá cortándole a un pollo la cabeza? Los Blakely viven en Bel-Air, seguramente nunca hayan visto un pollo vivo siquiera. Bueno, puede que en la televisión. —Me río al pensar en Royce decapitando a un pollo.

Vuelvo a garaje con los vasos de zumo. Mi padre sale de debajo del automóvil limpiándose el sudor de la frente con una bandana con la bandera de Estados Unidos. Le da un sorbo largo al vaso.

—Gracias —me dice después de acabarlo. Sin decir nada más, se dispone a marcharse.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—A la faena —responde, y nos deja solos en el garaje.

Royce sale de debajo del vehículo también y se limpia la grasa de las manos. Vuelve a meterse la camisa por dentro de los pantalones y toma la bebida al fin. Está sudado y tiene marcas de grasa en los pantalones y la camisa.

—Gracias —dice—. Vaya, está muy bueno, ¿qué es?

—Zumo de calamansí. Es una especie de lima de Filipinas, creo.

Se bebe el resto.

—Mmm.

—Sabes que ha sido una prueba —señalo.

—¿A qué te refieres? —Arruga la frente.

—Mi padre, que te pida que cambies el aceite. Estaba intentando ver de qué estás hecho.

Se le ilumina el rostro.

—Ah, ¿sí? ¿Y he aprobado?

Como respuesta, me pongo de puntillas y le doy un beso rápido. No sé cómo, pero sé que estaría dispuesto a decapitar un pollo por mí si fuera necesario.

17

Hace mucho, mucho tiempo, aprendí que el corazón no puede vivir en dos lugares. Tuve que elegir. Mi corazón está en Estados Unidos. ¿Dónde está el tuyo?

—MARIVI SOLIVEN, *HACE UNA ETERNIDAD, EN MANILA*

La semana final de noviembre llega y se va, y el plazo para la solicitud en las escuelas de la Universidad de California pasa. No he entregado la mía, pues me parecía una pérdida de dinero pagar las tasas de la solicitud. Sé que he hecho lo correcto, pero sigo desolada por ello.

Además, el martes por la tarde la cámara de representantes rechaza la aprobación de la propuesta de reforma de inmigración.

Veo las noticias con mi familia, estupefacta. Contábamos con que aprobaran la reforma y no ha sido más que otro fracaso. Peor aún, se ha rechazado por culpa del señor Blakely. Siento náuseas. ¿Cómo voy a poder mirar a Royce y a su familia sin pensar en la reforma y ponerme como loca delante de ellos? Tengo que contarle la verdad de mi situación, pero me da mucho miedo.

Fui una ingenua al pensar que iban a aprobar esa reforma con el modo en que actúan los políticos de ahora.

Estoy sentada al lado de mi madre, agarrada de su mano, mirando un estúpido anuncio de una tienda de muebles que aparece en la televisión.

Mi padre suspira.

—Todo irá bien —le digo a mi madre, que está a punto de echarse a llorar.

—¿Qué pasa? —pregunta Danny.

Isko y él están confundidos por lo destrozados que estamos tras escuchar el anuncio. Les preocupa mamá. Ninguno sabemos cómo actuar cuando está así de mal. Solo la he visto así unas pocas veces en toda mi vida.

—Se supone que no debemos estar aquí —responde mi madre.

—¿A qué te refieres? ¿En esta casa? —pregunta Isko.

Tiene los ojos llenos de lágrimas. Me parece que él tampoco ha visto a mamá tan afectada nunca.

—Ven aquí, Koko —le digo, extendiendo los brazos.

Se acerca a mí como cuando era pequeño y lo abrazo con todas mis fuerzas.

Danny es normalmente el sensato, pero alza la voz.

—¿Qué significa que no debemos estar aquí?

Mi madre sorbe por la nariz.

—No tenemos documentación. No debemos estar en Estado Unidos. Estamos aquí de forma ilegal. Llevamos mucho tiempo así.

—Creía que teníamos permiso de residencia. ¿De qué estás hablando? ¡Nos has mentido! —grita Danny.

—No hables de ese modo a tu madre —le riñe mi padre.

—No es culpa suya —defiendo a mi hermano—. Tendríamos que habérselo contado antes.

Danny se levanta del sofá.

—¿Tú lo sabías?

Asiento.

—Lo lamento, Danny. —Se me ocurre intentar explicarle que no quise decir nada porque no deseaba que se preocupara, pero me doy cuenta de que soy una hipócrita. Esa es la misma razón que me dieron mis padres cuando yo me enteré.

—¿Qué va a pasar con nosotros? ¡No podemos irnos de Los Ángeles! —chilla Danny—. ¡No quiero volver a la estúpida Filipinas!

Me doy cuenta de que papá está a punto de enviar a mi hermano a su habitación, pero entonces se marcha él corriendo. Cuando las noticias comienzan de nuevo, Isko empieza a hacer un millón de preguntas que no sé cómo responder.

Me mira.

—¿Significa eso que vamos a ir a la cárcel?

—No, Isko —responde mi padre. Está enfadado—. No van a meterte en la cárcel.

—¿Significa que somos delincuentes? ¿Somos malas personas?

Se me rompe el corazón por mis hermanos. No tengo ni idea de cómo me habría tomado yo esto a su edad. Probablemente me habría enfurecido.

Niego con la cabeza.

—No. ¿Crees que eres una mala persona?

Mi hermano sonrío un poco.

—Solo cuando le hago bromas pesadas a Danny...

—Yo no creo que seas mala persona —le digo—. Y tampoco somos delincuentes.

Mamá sacude la cabeza.

—Odio esto. Queríamos hacer las cosas bien. Vinimos aquí con visados de trabajo legales, pero cuando expiraron no encontramos un empleo que nos financiara. —Me lanza una mirada suplicante—. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Llevaros de vuelta a Manila? Ya habíais pasado por mucho, y papá y yo encontramos un modo de quedarnos. Sobrevivimos,

creamos una vida aquí. Una buena vida. ¿Eso no vale para nada?

Suelto a Isko y me vuelvo hacia mi madre para abrazarla.

—Está bien, mamá. No estamos enfadados contigo. Danny no está enfadado contigo, solo está herido.

—¿Tenemos que irnos? —pregunta Isko.

—No lo sé, Ko —respondo.

Mis hermanos no lo comprenden, pero ahora que han sido testigos de nuestros corazones rotos, están tristes porque nosotros estamos tristes. Esto es un comienzo para ellos.

Las noticias están de vuelta.

—¿La antigua chica del tiempo sigue siendo la analista política? —se queja papá—. No lo entiendo. ¿Ha ido a la universidad para hacer esto? Yo mismo podría hacer su trabajo.

Mamá tiene manchas de máscara de pestañas por las mejillas de limpiarse las lágrimas. La abrazo con más fuerza y me acuerdo de cuando ella me abrazaba cuando me caía de la bicicleta y me raspaba las rodillas cuando estaba aprendiendo a montar sin las ruedecitas de apoyo.

—¿Vas a parar ya? —indica mi padre—. La chica del tiempo hablando de política, por eso sí que merece la pena llorar.

—Como vuelvas a repetirlo, echo chili en tu filete —solloza mi madre.

Supongo que aún no ha perdido el sentido del humor.

—Solo quiero hablar de lo que vamos a hacer —replica él—. Llorar no va a arreglar nada.

—Estaremos bien —repito, pero ni siquiera yo me creo mis palabras de ánimo.

Que no aprueben la reforma no significa que vayan a deportar a nuestra familia automáticamente, pero tendremos que seguir mintiendo. Igual lo mejor sería que acabáramos volviendo a Filipinas. ¿Cómo voy a ocultar que no puedo votar porque no soy ciudadana de Estados Unidos? ¿Cómo voy a explicar que mi carné de conducir es uno especial para inmigrantes indocumentados? No puedes esconder algo así siempre.

Si hubieran aprobado la reforma, al menos mi familia podría haber solicitado el permiso de residencia y la ciudadanía. Podríamos habernos convertido en estadounidenses de verdad en algún momento. Ahora me parece que todo escapa a nuestro control. Como si todo lo que he intentado hacer con mi vida, incluido salir con Royce, se fuera al garete antes incluso de despegar.

Mamá tiene la mirada fija en el presentador de las noticias.

—Ni siquiera ha sido una votación reñida —comenta—. ¿Por qué este país nos odia?

—No nos odia, solo algunas personas. —Resulta muy deprimente estar aquí sentada, en el salón, con mi familia. Me marcho a mi habitación, miro las botellitas en la estantería y las citas que he colgado en la pared.

Hay una de *Los ejércitos de la noche*, la que me prestó Royce.

«No hay nada en todo el mundo que tenga más relevancia que saber que tú tienes razón y que las masas están equivocadas y, aun así, que las masas te arrollen».

Me saco el teléfono del bolsillo de los vaqueros y le mando un mensaje. Tengo que contarle la verdad y no puedo retrasarlo más tiempo. Sobre todo porque deseo confiarle mis temores. Llevamos saliendo un tiempo y pasamos juntos todos los fines de semana. Viene a casa, donde pasamos el rato, comemos en Denny's, vamos a ver películas, a los bolos. Cuando nos quedamos en su vecindario, vamos al Brentwood Country Mart y vemos a famosos. Un día incluso nos encontramos con su prima, la del *reality show*. Fue muy dulce y nos hicimos fotos con ella.

Hablamos todos los días; es la última voz que escucho antes de ir a dormir. A veces me quedo dormida con el teléfono en la oreja. Él lo sabe todo sobre mí, lo mucho que anhelo ganar las Nacionales este año, que ya he escrito mi discurso de alumna con mejores notas porque estoy convencida de que seré la número uno, que me preocupa que mi madre no tenga aún trabajo. Aunque no le he contado por qué lo perdió. Y yo lo sé todo sobre él: que tuvo un perro cuando era pequeño y que cuando este murió el año pasado lo enterró él mismo en el jardín de detrás de la casa, y que quiere tener otro, pero le preocupa no ser capaz de quererlo como al primero. Sé que ha solicitado la admisión anticipada en Stanford para tener más oportunidades, pues le preocupa no tener unas notas suficientemente buenas, que tuvo que hacer el examen de admisión en un lugar especial porque a las personas con dificultades de aprendizaje les ofrecen más tiempo, y lo avergonzado que estaba, que se sentía como si estuviera haciendo trampas. Sabe que Stanford también es mi primera opción.

Así pues, le escribo un mensaje. Me niego a creer que él no apoyara una reforma como esta, aunque su padre haya sido el principal arquitecto de su denegación. Estamos hablando de Royce. Del dulce, maravilloso e increíble Royce, mi Royce. No puede creer en la política de su padre, ¿verdad? Él odia la política, me lo ha dicho en más de una ocasión.

Su número es el primero en mi teléfono. Le mando un mensaje rápido.

jasmindls: Dios mío, no han aprobado la reforma de inmigración, ¿te lo puedes creer?

Me contesta de inmediato.

royceb: ¿te preocupa? ¿la reforma de inmigración? ¿por qué?

jasmindls: Estados Unidos la necesitaba.

Me vuelve a vibrar el teléfono. Otro mensaje. Se me revuelve el estómago al leerlo.

royceb: puede, pero ya sabes que mi padre estaba en contra.

royceb: se ha encontrado con muchos problemas en sus intentos de acabar con ella y ha trabajado duro para hacerlo.

jasmindls: ¿A eso llamas trabajar duro? Los inmigrantes también trabajan duro, ¿sabes?

royceb: sí, y mi padre.

No sé qué responder a eso. Me pongo el abrigo y salgo a la calle. No quiero que mamá o papá me vean tan deshecha y no solo por las noticias, sino por la reacción de Royce. Conocía cuál era la postura de su padre en cuanto a la reforma, lo que el congresista Blakely representaba, y sé que Royce es un chico leal. Es una de sus mejores cualidades.

«Claro que es leal con su padre, su familia».

Pero, aun así, me siento mal. Puede que no piense como su padre en este tema, pero eso no significa que no fuera a elegir estar con alguien que es exactamente el tipo de persona que su padre está empeñado en echar del país. En cuanto sepa la verdad probablemente se enfadará conmigo por no haber sido sincera con él.

Debería de habérselo contado cuando nos encontramos en D. C. No tendría que haber dejado que esto llegara tan lejos.

¿En qué estaba pensando?

El teléfono vuelve a vibrar.

royceb: ¿Jas? ¿Estás ahí?

royceb: he sido muy grosero.

royceb: sé que los inmigrantes también trabajan duro, pero para mi padre ha sido una victoria importante.

royceb: siento haberte hablado así.

Empiezo a escribir una respuesta, pero la borro. No sé qué decirle.

Siempre le contesto en segundos, pero como esta vez no lo hago, sabe que me pasa algo. Me suena el teléfono.

ROYCE BLAKELY aparece en la pantalla, con esa foto ridícula en la que sale bizco y sacando la lengua.

Le doy a Ignorar llamada.

No puedo hacer esto ahora. Me asusta lo que ha pasado con la reforma y también estoy enfadada con él, aunque se haya disculpado.

Le envió un mensaje a Kayla. Necesito a una amiga, a una vieja amiga, alguien que me acepte sin importar nada.

jasmindls: ¿Estás ocupada? ¿Quieres quedar? Te necesito.

kaykayla: ¿Un café?

jasmindls: Tengo una idea mejor. ¿Donuts?

Estamos en la cafetería bebiendo té verde y limonada sin azúcar de frambuesa. Delante de nosotras tenemos cuatro donuts grandes y esponjosos, dos cubiertos de cereales y glaseado y otros dos con chocolate.

—La entrenadora Davis nos mataría si supiera que estamos a punto de comernos esto

—comento.

Kayla tiene la misma sonrisa de horror que yo.

—Lo sé.

—Pero tú me has enseñado algo, K. Es una lección importante que he tenido que aprender este año. Algo que no había pensado hasta estos últimos meses.

—¿El qué? —pregunta ella, observando el donut cubierto de cereales crujientes de canela.

Tomo uno de chocolate y le doy un bocado enorme con voracidad.

—Solo se vive una vez.

Como si tuviera mi permiso, Kayla se abalanza sobre el donut que estaba mirando. Creo que nunca en toda mi vida me he divertido tanto comiendo algo que no debería. El chocolate está suave y me empapa la lengua, y siento la felicidad que provoca el azúcar. Esta gente seguro que se enriquece a costa de chicas tristes.

Devoramos hasta la última miga, cereal y glaseado en minutos. Señalo la comisura de los labios de Kayla, en la que tiene una mancha de chocolate, y ella se la limpia.

—Lo siento —digo.

—¿Por qué? ¿Por engordarme? —bromea.

Tomo la taza de té verde, que deja un aro de condensación en la mesa.

—Vale, supongo que ahora tengo que disculparme por dos cosas. —Dejo la taza de nuevo sin darle un sorbo.

Kayla mira por la ventana.

—Nop.

La honestidad es, en ocasiones, la mejor opción. Si nunca eres honesto, es porque finges ser perfecto siempre. Eso es lo que la gente espera de mí, y ya no quiero seguir siendo esa chica. Estoy cansada, estoy harta de tener tanto orgullo.

Pero no sé cómo empezar y, como ella me conoce tan bien, es la primera en hablar. Me cuenta que su padre le ha mandado los papeles del divorcio a su madre, por lo que ya es oficial. No van a volver.

—Lo siento mucho —le digo.

—No pasa nada. Al menos ya no se gritan el uno al otro. La casa está tranquila, para variar. Y ahora que papá tiene que vernos los fines de semana, pasamos más tiempo con él.

—¿Qué tal Dylan? ¿Ha vuelto?

—Sí, y me ha dicho que no tengo que preocuparme por las fans ni por nada. No es

que fuera a engañarme, pero cuando están en la carretera, lo único que hacen es comer en restaurantes veganos y practicar yoga. No salen mucho de fiesta. A ellos no les gusta eso, es la música. Imagino que algunas bandas de rock son diferentes.

—Supongo. Es un buen chico y te adora.

—Sí —responde feliz—. Me ha dicho que no deje las animadoras, que siga para que podamos ganar las Nacionales. Pero no hemos venido a hablar de mí. ¿Qué pasa, Jas? ¿Qué es lo que va mal?

Me vibra el teléfono.

—Te ha llegado un mensaje —me dice, dándole un sorbo al té—. ¿No vas a leerlo?

Suspiro y miro el teléfono. Es otra vez Royce.

royceb: eh, ¿has recibido mi mensaje?

royceb: ¿es que estás en los entrenamientos?

royceb: ¿por qué no coges el teléfono?

royceb: no lo entiendo. ¿estamos discutiendo por política?

royceb: ¿o es que he hecho algo mal?

Meto el teléfono en el bolso.

—Cuéntamelo —me anima Kayla.

Me cuesta encontrar las palabras. Es como si tuviera un nudo horrible en la garganta que paralizara los músculos del cuello.

—Jasmine —insiste—. ¿Qué pasa? ¿Es por Royce? ¿Ha sucedido algo?

—Sí, pero no es solo Royce. —Tengo que empezar por el principio—. Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, ¡claro!

—De acuerdo, sí, ya lo sé. Pero esto es muy duro para mí. ¿Te acuerdas del día que la señora García vino al gimnasio cuando estábamos entrenando?

Mi amiga asiente y espera pacientemente.

—Me dio la carta en la que me anunciaban lo de la Beca Nacional. Pero cuando llegué a casa y se lo conté a mis padres, me enteré de que nuestros visados expiraron hace años. Por eso no te conté lo de la beca, no sabía qué decir. Llevamos viviendo aquí sin documentación todo el tiempo que llevo en el instituto. Por eso mi padre no me dejaba sacarme el permiso de conducir. Por eso ya no voy a Filipinas a ver a mi familia. No soy estadounidense, Kayla. No estoy aquí legalmente.

Mi amiga palidece.

—Pero eso no es todo. El padre de Royce es el congresista Blakely, el líder de la mayoría de la cámara. Odia a los extranjeros ilegales y acaba de echar abajo la propuesta de reforma que habría permitido que mi familia se quedara en el país.

Kayla está ahora tan pálida que parece del mismo tono que la servilleta.

—He reservado lo mejor para el final. Royce no sabe que no tengo documentación.

—No me gusta el término «ilegal», parece una marca, despectivo, una burla, mientras que la palabra «indocumentado» solo explica nuestra situación sin más prejuicios.

Se levanta de la mesa. Por un segundo, temo que no quiera volver a hablarme.

—¿Adónde vas? —pregunto—. No te vayas.

—No me voy —responde—. Voy a comprar más donuts.

18

Podéis desperdiciar vuestras vidas dibujando líneas.
O podéis vivir la vida cruzándolas.

—SHONDA RHIMES

Kayla me dijo ayer que no tenía que sentir vergüenza por mi situación, que debería de contarle a más gente lo que me sucede. No hay que sentir vergüenza por lo que ha pasado, no es mi culpa, y tendría que contárselo a la gente para que, al menos, me puedan apoyar. También señala que le debo a Royce la verdad. Sé que tiene razón en todo, pero no estoy aún preparada para hablarlo con él.

No obstante, su compañía me recuerda que tengo amigos que se preocupan por mí, y que no he pedido ayuda a nadie, ni siquiera a quien me la ha ofrecido.

Alcanzo el teléfono y busco entre los contactos.

Porque hay alguien a quien puedo llamar. Alguien que tal vez pueda ayudarme con algo.

Marco el número de teléfono de Millie. Unos tonos después, responde. Se muestra entusiasmada por saber de mí.

—¡Jasmine! Empezaba a pensar que no me ibas a llamar. —Oigo que remueve hielo en un vaso y me la imagino sentada, bebiendo *whiskey*.

Siento una oleada de felicidad al volver a oír su voz ronca. La he echado de menos, y se lo hago saber.

—Lo siento. Las cosas por aquí...

Antes de poder acabar la frase, Isko abre la puerta y entra en la habitación. Una vez dentro, cierra la puerta. Se pone delante para bloquearla mientras Danny la empuja al otro lado.

Me aparto el teléfono de la boca.

—¡Ahh! ¡Sal de aquí! Estoy hablando por teléfono...

Danny consigue abrir la puerta de un empujón y tira de Isko hacia el pasillo. Mientras ellos se pelean, me levanto y cierro la puerta.

—Lo siento, Millie. Mis hermanos pequeños son un fastidio.

La mujer se echa a reír.

Le hablo del viaje a D. C. y le doy las gracias por haberme animado a ir. Hablamos sobre el fracaso de la propuesta de reforma de inmigración. Me dice que lamenta que no la hayan aprobado, sabe que tenía muchas esperanzas puestas en ella.

—Ni siquiera puedo entrar en Facebook —comento—. Odio ver todas las diatribas

políticas y cómo la gente odia a familias como la mía. Si supieran que personas con las que hablan todos los días probablemente sean inmigrantes ilegales... —Me detengo para reconsiderar mi frase—. Puede que fueran más amables. O igual no. Igual piensan de verdad que este no es nuestro lugar.

—Quizá deberías de contarles la verdad de tu situación. No tengas miedo. Cuando se enteren de que le está afectando a alguien que conocen, cambiarán de parecer.

Niego con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Y a tus amigos? ¿Se lo has contado? Creo que deberías de hacerlo. Si les das una oportunidad, me parece que te va a sorprender la amabilidad de la gente.

¿Cómo puede creer Millie en la bondad de las personas cuando han pasado tanto tiempo odiándose entre sí? Ella viene de una época distinta. Las noticias solían estar más equilibradas.

La gente no podía entrar en las redes sociales y decir lo que le pasara por la cabeza sin mirar a los demás a la cara. Aunque supongo que es un modo sencillo de saber en qué lado se posicionan los demás.

—No estoy lista para contárselo a todo el mundo —señalo—. Sé que mi familia tampoco. Mis hermanos pequeños ni siquiera saben qué es lo que sucede. La mayoría de ellos están en la fase de negación. Su identidad es estadounidense, pensar de otro modo es extraño para ellos.

—Puede que tus hermanos pasen años sin entenderlo. Mira, tu historia es increíblemente emotiva. Si la compartes, inspirará a otros. Anoche escuché un reportaje en las noticias sobre la diferencia entre los inmigrantes que han sido indocumentados y los que no. ¿Quiénes son, en general, más compasivos? Los indocumentados, decían. ¿Quiénes experimentan más felicidad en sus vidas? Los indocumentados. ¿Quiénes son mejores estableciendo una comunidad? Los indocumentados. Se unen, se apoyan los unos a los otros.

—Usted lo sabe, Millie, pero los demás no. Ellos piensan que los inmigrantes indocumentados son delincuentes y mentirosos. Que son las sanguijuelas de la economía norteamericana.

Oigo un clic cuando Millie suelta el vaso.

—Entonces demuéstreselo —afirma desafiante—. Demuéstrales quiénes sois tú y tu familia en realidad. Aporta luz a su ignorancia.

Reflexiono sus palabras. ¿Cómo voy a hablar de ello? Identificar nuestra situación puede ponernos en riesgo.

—Siento que estoy en una especie de limbo —admito—. Mi madre se está poniendo en contacto con abogados especializados en inmigración para ver cuál es su opinión, pero

cada vez más tengo la sensación de que o bien tendremos que ocultar nuestra situación, lo que cambiará nuestras vidas y limitará lo que podemos o no podemos hacer, o tendremos que correr el riesgo de que nos deporten al intentar conseguir la documentación.

—Ojalá no tuvieras que pasar por todo esto. Ojalá tuviera algún modo de ayudarte.

Antes de perder los nervios, recuerdo el motivo por el que la he llamado.

—En realidad la llamo por eso. —Le explico que mi madre no ha encontrado todavía otro trabajo y que recuerdo que, cuando nos echaron del hospital, ella se ofreció a ayudarla.

—Sí, ¡por supuesto! Me alegra mucho que me preguntes. Puede venir a trabajar para mí. O para mi hijo, más bien. Ya no tengo un despacho personal, pero creo que podremos encontrarle un lugar en la empresa.

—¿Está segura? Estará incumpliendo la ley. —Estoy tan feliz que me dan ganas de llorar.

—Oh, su situación no me importa. Hay formas de sortear el tema de los papeles. Quiero buenos trabajadores, gente que se preocupe por los demás. Tu madre es así. Y tú. Lo supe en cuanto te conocí en el hospital.

—¿De qué tipo de trabajo se trata? ¿Seguro que podrá hacerlo?

—Por supuesto que sí. Subestimas a tu madre. Es, sobre todo, trabajo de administración. Lo hará bien.

—Le diré que la llame, pero no estoy segura de si lo hará.

Millie exhala un suspiro.

—¿Puedes darle un mensaje de mi parte?

Prometo hacerlo.

—Dile que no le ofrezco un trabajo porque me siente mal por ella o porque quiera sentirme bien conmigo misma. Es una mujer inteligente y el empleo que tenía en el hospital no le permitía explotar sus habilidades. Lo creas o no, yo también he pasado por eso. Deseo ayudarla.

Se lo agradezco y espero poder convencer a mi madre de que acepte esta oportunidad.

Es el último día de entrenamiento de las animadoras antes de las vacaciones de invierno. Kayla y yo estamos estirando en el patio, una al lado de la otra. Entrenar para las Regionales nos ha puesto en armonía la una con la otra hasta el punto de que hacemos los estiramientos al unísono sin siquiera pensarlo.

—No me puedo creer que no se lo hayas contado todavía —me dice.

—No sé qué decirle. Además, ¿qué más da? Ha pasado ya casi toda una semana y no le he respondido a los mensajes ni las llamadas. Ni siquiera puedo escuchar los mensajes

que me deja en el buzón de voz, y eso que echo mucho de menos su voz.

—Madre mía, no le hagas el vacío, no es tu estilo.

—Ya. —No sé qué hacer; quiero verle, pero también estoy enfadada. «Para mi padre ha sido una victoria importante». Se me revuelve el estómago—. Su familia odia a familias como la mía. No puedo estar con alguien así.

Kayla flexiona el brazo por encima de la cabeza.

—Eres muy injusta. ¿Y si alguien te juzgara a ti por lo que piensa tu familia? Tú no estás de acuerdo con ellos en todo. Tienes que contárselo, dale una oportunidad.

—¿Y cómo? ¿Y si se lo cuenta a su padre sin querer? Podrían deportar a toda mi familia. —No creo que llegara la cosa tan lejos, pero tan solo pensarlo me da pavor. Me gustaría creer que Royce nos protegería, pero ¿lo conozco de verdad?

Hago zancadas con la pierna derecha y siento el dolor muscular. Aunque entreno todos los días, y también los fines de semana, el dolor nunca desaparece por completo. Me parece que me voy a echar una siesta de un año después de las Nacionales.

Kayla hace zancadas la pierna izquierda, frente a mí.

—¿Todavía te manda mensajes?

—Solo unos diez al día. —Quiero borrarlos, pero no soy capaz. No obstante, tampoco puedo leerlos. Duele demasiado.

—¿Cómo decías que era? ¿Pelo oscuro? ¿Moreno de piel? ¿Alto? —empieza a recitar. Se sienta con las piernas extendidas en la hierba y estira los brazos para tocarse los dedos de los pies—. Es guapo, ¿eh?

—A ti no te lo parecería. Siempre se viste con traje.

De repente oigo la voz de Royce por encima de mi hombro.

—No siempre.

Me doy la vuelta con un resuello. Me sorprende verlo, pero también me dan ganas de reír. Lleva una chaqueta azul marino y pantalones vaqueros. Sin corbata. Es su estilo informal. Me siento exultante al verlo, pero también muerta de miedo. No estoy preparada para hablar con él. El corazón me martillea en la garganta y se me revuelve el estómago.

Al parecer, no hay elección, tengo que enfrentarme a él. Kayla se pone en pie y yo me quedo quieta, resollando.

—Le diré a la entrenadora que llegas un par de minutos tarde —me dice.

—No hace falta. Llegaré a tiempo.

Se va hacia la parte delantera del gimnasio y yo me vuelvo hacia Royce.

—¿Qué haces aquí? —pregunto muy rápido. Ya siento el subidón de verlo.

Él se acerca a mí.

—Quería verte. No me has contestado a los mensajes ni me has devuelto las llamadas desde el domingo por la noche. Habría venido antes, pero con el horario de estudio para los exámenes finales no he podido hasta ahora. ¿Por qué me estás ignorando?

—Bueno, ya me has visto —digo, escupiendo las palabras y apartándome un paso de él—. ¿Te sientes mejor? —Sé que estoy siendo cruel con él, pero así es mejor. No puedo estar con alguien como él, y él no debería de estar con alguien como yo. Prácticamente le estoy haciendo un favor.

—Venga, Jasmine. ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho que te ha molestado tanto?

—No has hecho nada. Es solo que estoy pasando página. —Me encojo de hombros, como si me aburriera la conversación.

Se le pone roja la cara.

—¿Pasando página? ¿Qué se supone que significa eso? Todo iba bien y de repente desapareces. ¿Qué...? ¿Por qué? Al menos me debes una explicación.

—No te debo nada. No todo el mundo te debe algo, Royce —espeto, aunque me duele hacerle daño de esta manera. Siento que se me retuerce el estómago y me dan ganas de vomitar. Pero es que no sé cómo podemos arreglar las cosas. Si él cree o no en lo que hace su padre ya no importa. Es muy peligroso para mí estar con él.

Se pasa los dedos por el pelo.

—Mira, si tanto me odias, vale. Pero no es propio de ti no decir lo que opinas. Tú no eres así, lo sé.

—En eso te equivocas. Nunca has sabido cómo soy de verdad. —¿«Y de quién es la culpa?» Me pasan por la cabeza un millón de pensamientos. Debería de habérselo contado. O debería de haberme mantenido alejada de él en cuanto me enteré de quién era su padre y cuáles eran sus ideales. No debería de haber salido con él después de la cena, ni haberle dejado que me besara.

—¿Por qué dices eso? Te conozco, Jasmine. Tú me conoces. ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa? —Parece tan afectado como yo.

Pero tengo que hacer esto, es lo mejor. Lo más seguro para mí y lo más fácil para él. Se olvidará de mí y encontrará a otra persona a la que leer sus pasajes preferidos de los libros que le gustan, otra chica a la que prestar las citas.

—Voy a llegar tarde al entrenamiento. Tengo que irme —digo con tono frío.

—Tu amiga te ha dicho que le va a decir a la entrenadora que llegas tarde.

—Como si supieras quiénes son mis amigos. ¡Nunca has conocido a ninguno! —grito, y caigo en la cuenta de que nunca he visto su instituto y que yo tampoco he conocido a sus amigos. Nuestro mundo está formado solo por nosotros dos. No he caído

antes en la cuenta porque nunca hemos necesitado a nadie más. Yo solo quería estar con él, y él conmigo. Pero ahora me molesta, ¿estaba ocultándome?

—Me encantaría conocer a tus amigos, pero nunca me has presentado a ninguno — señala, y tiene razón. No lo he hecho, ni cuando pasa el fin de semana conmigo en el Valley.

—¡Yo tampoco he conocido a ningún amigo tuyo! —Frunzo el ceño.

—Eso es porque no tengo amigos.

—Oh, por favor. —Me cruzo de brazos. Estoy furiosa. Tiene un montón de amigos, muchísimos seguidores en Snapchat (seiscientos dos para ser exactos).

—Sí, conozco a mucha gente, pero no somos íntimos. No tengo buenos amigos, ¿de acuerdo? ¿Satisfecha? —Tiene la mandíbula tensa.

—Pero conoces a todo el mundo en D. C... a todos esos chicos, al grupo de Carrie... —Estoy convencida de que, en esto, llevo razón.

—Sí, puede que conozca a mucha gente, pero eso no es lo mismo que tener amigos. Dios mío, ¿tengo que darte detalles de lo fracasado que soy?

—No eres un fracasado —replico, porque odio que se menosprecie.

—Y tú no eres solo mi novia, Jasmine. Eres mi mejor amiga. La primera amiga de verdad que tengo. Cuando dejaste de hablarme, yo... no puedo... —Gruñe de frustración y se mete las manos en los bolsillos—. ¡Da igual! ¡Olvídalo! Olvida lo que he dicho. —Se aleja de mí, claramente avergonzado.

Ahora es él quien se marcha y yo quien lo sigue.

—¡Royce!

Cuando lo alcanzo, me doy cuenta de que tiene las mejillas rojas y los ojos vidriosos, como yo.

—Royce, lo siento. —Y lo digo en serio. Porque soy lo peor, porque debería de haber sido honesta con él desde el principio. Me enorgullezco de mí misma porque soy una persona franca y he sido incapaz de contar a este chico que me importa de verdad algo fundamental sobre mí.

Me preocupaba que me hicieran daño, pero ahora me doy cuenta de que duele mucho más ser el causante de ese dolor.

—¿El qué? —pregunta—. ¿Qué es lo que sientes? —Su semblante es terrible, gris y lleno de ira.

—Debería de haberte contado la verdad sobre mí cuando nos conocimos —afirmo despacio.

—¿Qué? ¿Tienes novio? Debería de haberlo sabido. —Tiene aspecto de querer golpear algo.

Me río por lo absurdo que me parece.

—¡No! —Tengo ganas de abrazarle—. Ya te lo he dicho, tú eres el único.

El único del que me he enamorado, el único que me hace sentir de este modo. Él es el único para mí y por eso me duele tanto que no podamos, que no debamos estar juntos.

Él no se ríe.

—¿Entonces qué es? —Se queda un instante en silencio hasta que parece sumar dos y dos—. Un momento, es porque estaba en desacuerdo con la reforma de inmigración, ¿no? No estás de acuerdo con mi padre, ¿y por eso estás enfadada conmigo?

—Ojalá fuera solo eso.

Me mira, pero me mira de verdad, y me doy cuenta de que las lágrimas resbalan por mis mejillas porque las noto.

—No entiendo por qué te molesta tanto que no aprueben esa reforma. ¿No has nacido en Estados Unidos? —me pregunta con tiento.

Niego con la cabeza. Tengo la garganta tan tensa que no puedo responder.

Me mira directamente a los ojos.

—Vale, no naciste aquí. ¿Y por qué piensas que me iba a importar eso? Ni siquiera que no fueras estadounidense podría cambiar lo que siento por ti.

—¿De verdad? —Al fin encuentro la voz y me limpio las lágrimas con la manga—. ¿Y si te dijera que soy una inmigrante indocumentada? ¿Ilegal?

—Eres... —Se queda callado.

Me doy la vuelta, pues no quiero ver la cara que pone.

—¿Ves? Ahora piensas que soy una delincuente, ¿no? Que no somos más que una panda de ladrones. Que iremos a mirar por tu ventana por la noche y amenazaremos con robar las preciadas obras de arte de tu madre.

—Yo no he dicho que me guste la colección de arte de mi madre —comenta con amabilidad—. Puedes robarlas.

Odio que intente hacerme reír cuando estoy tan afectada, pero también me encanta. Posa una mano en mi brazo con suavidad, como para dejarme claro que no quiere que me vaya, que tiene más cosas que decir. Me quedo aquí, negándome a mirarlo, pero sin huir.

—Mis padres no me lo contaron hasta que me concedieron la Beca Nacional —explico—. No supe que éramos extranjeros ilegales hasta hace un par de meses.

Se acerca a mí.

—Jas, lo siento mucho.

—No puedo aceptar la beca. No tengo número de seguridad social. No puedo obtener

un permiso de conducir. No sé qué va a pasar con nosotros. No quería contártelo porque me daba vergüenza y tenía miedo de que se lo dijeras a tu padre.

—Nunca haría nada que te hiciera daño a ti o a tu familia —me asegura—. Tienes que creerme. Me gustas, Jas. No me importa lo que seas, no me importa nada de esto.

Sobro por la nariz y vuelvo a limpiarme los ojos con la manga. Está diciendo lo correcto y deseo creerlo, pero estoy demasiado sobrepasada por mi confesión. Me siento como un huevo roto, en carne viva y vulnerable.

Me mira a los ojos y veo el dolor que siento reflejado en el suyo. Parece totalmente devastado.

—Jas, yo solo quiero estar contigo. Siento haber dicho todas esas estupideces sobre la reforma. Si hubiera sabido que tienes esos problemas habría intentado ayudarte. Mi padre es quien cree esas cosas; él, no yo. Ni siquiera sé por qué te dije eso, solo intentaba sonar inteligente. Soy un idiota.

—No eres idiota —respondo automáticamente.

—Lamento mucho que no se haya aprobado la reforma. No sabía que era tan importante para ti. ¿Está bien tu familia? ¿Qué vas a hacer? —Ahora tiene ambas manos en mis hombros.

Me pongo a llorar de nuevo.

—No lo sé. No sé qué va a pasar.

—¿Y nosotros? —pregunta bruscamente.

—¿Nosotros?

—Mi opinión sobre ti no ha cambiado. Pero al parecer la tuya sí. ¿Estamos bien? —pregunta, tan triste que me dan ganas de decirle que sí, que todo va bien, que nada importa.

Pero no puedo. Es demasiado. Me siento demasiado expuesta, me muero de la vergüenza por que sepa la verdad de mi situación legal. Lo quiero mucho, pero también estoy furiosa, con su padre, con su familia, con todo su círculo que tan distinto al mío es. Me aparto.

—No lo sé. Necesito tiempo para pensar. ¿Podemos tomarnos un descanso? Ahora mismo necesito espacio.

Me suelta y sus manos caen a sus costados, y su rostro queda vacío de toda expresión.

—Ya. ¿Cuánto necesitas?

—No lo sé. Están pasando muchas cosas. Asuntos familiares que tenemos que resolver. —Me embarga una fuerte emoción, y necesito tiempo para mí, para respirar.

—De acuerdo. —Se pone a dar patadas a unos guijarros del suelo.

Nos miramos, sin creernos lo que está sucediendo. ¿Estamos rompiendo? ¿Este es el final?

—Pasaré la Navidad en Aspen —comenta al fin—. Prometo no molestarte hasta que regrese. ¿Podemos hablar entonces?

Asiento.

—Y si decides que no quieres volver a verme te dejaré en paz, no te preocupes — señala en voz tan baja que me cuesta oírlo.

No quiero que me deje en paz, no quiero romper con él y quiero decirle que todo esto es un error, que no quiero que se vaya, que no quiero que esto se acabe. Pero las palabras no salen y, no sé cómo, asiento con la cabeza.

—Buena suerte en las Regionales.

Se da la vuelta y lo miro marchar con los hombros caídos y las manos en los bolsillos. Da la sensación de que le he roto el corazón, y no al revés. A lo mejor es así.

Ilegal

Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres,
A vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad,
Al desamparado desecho de vuestras rebosantes playas.
Enviadme a estos, a los desamparados, a los sacudidos por las tempestades:
Yo elevo mi faro detrás de la puerta dorada.

—POEMA DE EMMA LAZARUS
INSCRITO EN LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

19

Si encuentras a alguien en tu vida a quien ames,
entonces aférrate a ese amor.

—PRINCESA DIANA

Unos días más tarde, las chicas están cantando y gritando en el autobús de camino al centro de convenciones de Anaheim. Nos espera la competición regional, que se celebra justo antes de Navidad. Todavía pienso en Royce, compruebo el teléfono con la esperanza de que me escriba, a pesar de que sé que no lo hará. ¿Por qué necesito que lo haga él primero?

Tenemos mucho espacio, así que estamos todas repartidas por el autobús. Kayla se asoma por encima del respaldo de mi asiento.

—¿Estás nerviosa?

Me quito los auriculares de las orejas.

—Un poco.

—Sé que estás preocupada por lo de Royce. —Le conté lo que había pasado, que le había pedido espacio.

La miro como si estuviera a punto de poner los ojos en blanco.

—No —respondo—. ¿Quién es Royce?

—Eres una mentirosa horrible, Jas. Siempre lo has sido. —Mi amiga se echa a reír. Se levanta y se coloca en el asiento que hay al lado del mío, y apoya la cabeza en mi hombro—. Voy a darte un consejo que me has dado tú más de una vez este año. Así que escúchame.

—De acuerdo, te escucho.

—La animación es un juego tanto mental como físico. Tienes que aclarar la mente. Centrarte en el equipo. Concentrarte en tu cuerpo —señala.

Vuelvo a mirar el teléfono.

—Lo sé, es lo que digo siempre.

—Pues está claro que no estás aceptando tu propio consejo ahora. Estás hecha pedazos por él. Venga, habla conmigo, tienes que sacarlo antes de la competición.

Niego con la cabeza.

—Estoy bien. Esto no es por Royce. —Pero ella me conoce muy bien y tiene razón, soy una mentirosa horrible. Odio no hablar con Royce, a pesar de que es culpa mía.

—¿Por tu familia entonces? ¿Cómo va el tema de la inmigración?

—No quiero hablar de eso ahora... Es lo último en lo que me apetece pensar antes de la competición. —Tengo que quitármelo de la cabeza, pero estoy nerviosa y asustada, y ella se ha dado cuenta. Miro detrás de mi asiento y veo que las chicas que tenemos más cerca nos miran, probablemente preguntándose qué es lo que sucede—. Aún no estoy preparada para enfrentarme al equipo entero.

Mi amiga levanta las manos.

—Bien, de acuerdo. Luego no digas que no he intentado ayudar...

Se va a la parte de atrás del autobús para hablar con otras chicas.

Tengo que dejar de pensar en Royce y en mi situación personal y centrarme en la actuación. Vuelvo a ponerme los auriculares e intento mentalizarme y prepararme; me visualizo haciendo perfectamente las acrobacias, clavando todas las caídas. Pero no soy capaz de aclarar la mente y sigo nerviosa y distraída.

Cuando el autobús aparca en el centro de convenciones, la entrenadora Davis nos inscribe en la competición de la primera división mientras nosotras nos ponemos el uniforme y nos arreglamos el pelo.

La mañana pasa volando. Vemos a varios grupos competir, algunos lo suficientemente buenos como para preocuparnos un poco, pero estamos seguras de que vamos a ganar esto. Estiramos durante veinte minutos y hacemos ejercicios de calentamiento antes de que llegue nuestro turno para competir. La entrenadora Davis me pide que dé al grupo un discurso motivacional mientras los organizadores de la competición preparan nuestra música. Las chicas se reúnen en torno a mí y yo las miro. Me pregunto qué pensarían si supieran que soy una inmigrante indocumentada. ¿Les importaría? ¿Me mirarían de forma distinta? ¿Sentirían lástima por mí?

Nos apiñamos y pronuncio mi discurso.

—Habéis trabajado muy duro para este momento. Claváis las volteretas y hacéis perfectos los movimientos. Vamos a ganar esto ¡y vamos a ir a las Nacionales!

La entrenadora me hace una señal para que envíe a las chicas a las colchonetas.

—¡A vuestras posiciones! —grito y todas salimos corriendo, saltando y animando antes de colocarnos en nuestra posición.

Este es nuestro momento. Nuestra oportunidad para clasificarnos para las Nacionales.

La música comienza. Empezamos la rutina de piruetas, seguida de las acrobacias. Esbozo una sonrisa en la cara, aunque mi ritmo es bajo, como si fuera a cámara lenta.

Las luces brillantes nos iluminan y me imagino que todos me miran y saben mi secreto. Me acuerdo de la mirada herida de Royce cuando le pedí que me dejara en paz.

Mis bases aparecen para alzarme en un sencillo lanzamiento, pero me equivoco con el tiempo y empiezo a saltar antes de que ellas me suelten, haciendo que perdamos todas el equilibrio. Cuando bajo, intento corregir la postura, pero ya lo he fastidiado todo y caigo

sobre mi cuidadora de atrás. Es Anabel, y me coge de inmediato. Todas volvemos a la rutina como si no hubiera pasado nada, pero sé que acabo de costarle a mi equipo la clasificación para las Nacionales. Termino el resto de la rutina sin ponerme a llorar, pero en cuanto se acaba la música, salgo corriendo hacia el baño y cierro la puerta con pestillo.

No puedo creerme que las haya defraudado. Me mata de miedo que la gente me vea así, no puedo permitir que se den cuenta de que estoy a punto de echarme a llorar.

Me siento e intento controlar las emociones cuando alguien llama a la puerta.

—¿Jasmine? ¿Eres tú? —pregunta Kayla.

Me obligo a reprimir las lágrimas. No quiero que me oiga llorar.

—Sí, estoy aquí —resuello.

—¿Vas a dejarme entrar o voy a tener que echar la puerta abajo?

Abro la cerradura, todavía sentada encima del inodoro con el uniforme de animadora.

—No te culpes, todo el mundo comete errores.

—Pero no en un estúpido lanzamiento —replico—. Es un movimiento sencillo.

—No seas tan dura contigo misma. Hemos quedado segundas, no está mal. Venga, que nos van a dar los trofeos. Te necesitamos allí.

Tiene razón. No puedo quedarme aquí escondida mientras mi equipo acepta el trofeo del segundo lugar. Me trago las lágrimas y el orgullo y me pongo en pie.

—De acuerdo. Vamos allá.

El equipo me está esperando y ascendemos juntas al podio. Los jueces nos dan el trofeo. Sonrío y saludo al público junto al resto de las chicas. Sé que estamos todas decepcionadas, ninguna más que yo, pero al menos lo hemos intentado.

A veces es lo único que puedes hacer.

Nos cogemos de la mano y nos inclinamos. Observamos al equipo ganador, que recibe un trofeo más alto que su propia entrenadora.

Quedar las segundas significa que no vamos a ir a las Nacionales. Mi objetivo, ese del que tan segura estaba desde hace tres meses, se ha venido abajo.

Mi carrera de animadora se ha acabado. Esta era mi última oportunidad para alcanzar la gloria y la he echado a perder.

En el camino de vuelta a casa, pienso en la otra parte buena de mi vida que he pulverizado. Cuando conocí a Royce, pensé que era un mujeriego. Tenía tanta seguridad en sí mismo, y los chicos ricos y guapos como él son todos mujeriegos, ¿no?

Pero cuando me habló de Carrie también me habló de otras chicas. Claro que había tenido novias. (Seis. ¿Pero a quién le importa? A mí). Me dijo que cuatro de ellas fueron chicas que regresaban a casa con él después de clase. Me contó que solo se habían cogido

de la mano, que no había habido besos. Ni citas. Como lo habían acompañado más de una vez, las contaba como novias.

Eso me hizo reír.

La quinta sí fue una novia de verdad, pero solo estuvieron saliendo un mes.

Por lo tanto, supongo que no tenía tanta experiencia con las chicas como yo creía.

Estamos en las vacaciones de Navidad y no puedo apartarlo de mi mente mientras leo novelas basura, intento superar el fracaso en las Regionales y ayudo a mamá con su trabajo. Ya ha empezado a trabajar en la antigua empresa de Millie.

Le dije a Royce que necesitaba tiempo para arreglar mi vida, pero lo único que hago es pensar en él, que está en Aspen. Seguramente esté en algún hotel turístico con unas chicas europeas preciosas que saben practicar *snowboard* en esas enormes montañas. No creo que permanezca solo mucho tiempo.

No me ha mandado mensajes ni me ha llamado, pero tal vez sea porque está manteniendo su promesa. Estamos a principios de las vacaciones de invierno y tengo la esperanza de que ceda y me escriba. Soy muy testaruda, no quiero ser yo quien rompa el silencio. Así pues, me dedico a ayudar a mi madre, a cuidar de mis hermanos y a decorar la casa para Navidad. Kayla se esfuerza por animarme y pasamos las tardes haciendo galletas y comprando regalos.

Pero echo de menos a Royce. Añoro contarle cómo me van las cosas y oír lo que él me cuenta.

Relleno la solicitud para Stanford y les envío el mismo ensayo que escribí para la Beca Nacional, aunque un poco modificado para responder a su pregunta. Seré una ingenua, pero deseo aferrarme a la esperanza de que el futuro que tanto anhelo sigue ahí, a mi alcance. No puedo descentrarme como hice en las Regionales. Tengo que mantenerme firme.

Mi madre se puso nerviosa al principio cuando empezó a trabajar para Millie, pero ahora se muestra mucho más segura. Su labor es de entrada de datos y practica mecanografía cuando no está en la oficina. Al menos ya no nos preocupa el dinero.

Cumplo dieciocho años a mediados de las vacaciones de Navidad. Royce y yo cumplimos años con una diferencia de una semana y no vamos a celebrarlo juntos como yo planeaba. He decidido que quiero una celebración tranquila, con mi familia.

Debería de haber sabido que no iba a salir como yo esperaba. La noche antes de mi cumpleaños, Kayla y el equipo me sorprenden y me llevan a una pizzería, donde pedimos pizzas grandes barbacoa y ensaladas chinas de pollo. Ponen velas en la tarta de chocolate y me cantan el *Cumpleaños feliz* en voz muy alta. Paso una noche muy divertida y me alegro por tener a mis amigas. Soy capaz de olvidar por un rato mis problemas.

El mismo día del cumpleaños, mi madre decora la casa con adornos blancos y plateados, mis colores preferidos, y mi padre me deja poner la música que me gusta en el

equipo de sonido de la televisión. Me siento al lado de lola Cherry a la mesa de la cocina y observo a mi madre mientras termina la comida. He pedido *lumpia* y panceta. Es mi cumpleaños, así que puedo comer lo que quiera.

—¿Qué me vas a regalar por mi cumpleaños? —le pregunto a lola Cherry.

—Lo mismo que el año pasado —responde ella con tono aburrido.

—¿Vas a pegar a mis hermanos con el bastón?

—No, aunque lo merecen.

—¡Eh! —chilla Danny—. ¡Yo no he hecho nada!

lola le golpea en el trasero con el bastón con la velocidad de un rayo.

—No le grites a tu lola —le reprende.

—No lo he hecho. —Danny se frota el trasero y después se aleja a una distancia prudencial del bastón. Me río y me inunda una sensación de calidez.

—¿Dónde está tu hermano? —pregunta lola.

—¿Por qué? —replica Danny.

—Porque él también necesita uno. Tenéis que estar empatados.

—¡Isko! —lo llama Danny con una sonrisa malévola.

Me echo a reír y voy a abrir la puerta de casa. Es Millie. Me abraza y me da un regalo.

—Felicidades, es un pequeño detalle.

Abro el paquete y veo un álbum de fotos encuadernado en piel con una filigrana dorada.

—Es precioso. ¡Muchas gracias! Venga a conocer a parte de mi familia.

La agarro por el codo y la llevo a la cocina para que conozca a lola, pero no hace falta que las presente. Parece como si continuaran una conversación iniciada en otra vida. ¿Cómo lo hacen las señoras mayores? Mételas en la misma habitación y se comportan como hermanas.

—Menudos son estos cabezas de chorlito —le comenta lola—. Son como mis nietos de Manila. Siempre causando problemas. —A continuación me mira a mí, aunque mis hermanos son los que se ríen y bailan a una buena distancia del bastón—. Sobre todo esta.

—¿Y yo qué he hecho? —Me río.

—Te entiendo. —Millie toma asiento—. ¿Quién va a poner bajo control a esta generación si no somos nosotras? Yo siempre guardo algo cerca, solo para amenazarlos.

Mis hermanos se echan a reír. Siguen bailando a una buena distancia de lola.

—Toma. —lola va a pasarle el bastón a Millie, pero sabemos que solo está fingiendo.

Millie es claramente una experta en esto y estira el brazo como para alcanzar el bastón.

—¿Quieres que les dé un golpecito?

—Se me está cansando la mano —dice lola, y ambas mujeres sueltan una risa histérica.

—¿Sabes? Cuando tenía tu edad —me dice Millie—, tenía un familiar como lola Cherry.

—¿Era igual de guapa? —pregunta lola.

Las dos mujeres vuelven a reír.

—No —responde Millie—. Y era un hombre. El tío George se parecía a una patata, pero era capaz de golpear en el trasero con más rapidez que una estampada de búfalos.

—Me gusta ese hombre —constata lola—. ¿Tiene novia?

Millie prorrumpe en carcajadas y levanta la mano como si fuera a abordar ese tema en un instante.

—La cosa es —continúa entre risas— ¡que era ciego!

Las dos mujeres ríen de nuevo. Mientras, pongo la mesa y mamá coloca el *lumpia* y la panceta en el centro, junto con platos de cerdo cocido y verduras.

—Muy buena puntería para tratarse de un hombre ciego —comenta lola, divertida.

—Así es —afirma Millie— Y tenía un hermano que también era ciego. Hacían torneos para ver a cuántos de nosotros podían golpear en los cumpleaños y las vacaciones.

Cuando ya creía que las dos mujeres se habían hartado de reír, lola interviene:

—He cambiado de opinión. No quiero a ninguno de los dos como novio. Necesito a un hombre que admire mi belleza.

Mi madre me pasa un plato caliente mientras las dos mujeres se parten de la risa.

—Millie debería de venir a hacer compañía a lola Cherry más a menudo —señala con una sonrisa.

Me doy cuenta de que Royce no ha tenido ocasión de conocer a Millie ni a lola Cherry, y estoy segura de que les gustaría las dos. Lo he mantenido alejado de mis amigas y mi familia, no solo porque quería pasar tiempo a solas con él, sino también porque me preocupaba que se enterara de mi situación. Lo estaba manteniendo bien oculto. Pero ahora me gustaría haber sido más abierta desde el principio.

«Me gustas, Jas. No me importa lo que seas. Solo quiero estar contigo».

Si no le importa de dónde soy o qué soy, ¿por qué no actúo yo igual con él?

Llega la Nochebuena y al fin mis padres reciben noticias de un abogado de

inmigración. Mi padre cree que los costos van a ser muy elevados y, aunque he podido obtener algunas dispensas de pagar las tasas de las solicitudes a la universidad, este mes les he costado a mis padres más dinero que de costumbre. Nadie me había hablado de lo caro que es solicitar plaza en la universidad. Es una locura, todo el mundo espera que vayas a las mejores universidades, pero nadie te cuenta cómo llegar hasta ahí.

Mi padre se sienta en el suelo y se pone a jugar con las vías del tren del adorno que rodea la base del árbol de Navidad.

—Tenemos que seguir buscando a un abogado. El precio de la consulta de este es equiparable a una semana de alimentos. Si vamos a juicio, aún será más...

—Ya he pedido una cita —lo interrumpe mi madre.

Papá levanta la vista de las vías.

—Pues cancelala.

—Cuenta con buenas referencias. —Mamá se levanta y enciende la radio para poner un dial en el que reproducen música de Navidad. Suenan unas campanas en los altavoces —. Además, Millie se ha ofrecido a pagar la consulta.

—Millie no puede pagar la consulta. —Le gusta la mujer, pero no le gusta aceptar dinero. Es un hombre orgulloso, como yo.

—¿Por qué no? —pregunta mi madre—. Así podremos conseguir un abogado mejor. ¿Quieres que nos estafen?

—Ya me siento estafado con esta conversación. ¿Limosna de tu jefa? No quiero estar en deuda con una señora blanca y rica. Ni que tú lo estés. No le debas nada a nadie, se aprovecharán de ti.

Me pongo de lado de mi madre.

—Es una mujer muy amable y no merece que digas eso de ella.

—*Neneng*, no te metas. Esta conversación no te incumbe.

—Esta conversación nos incumbe a todos —replica mamá—. Jasmine también quiere vivir en Estados Unidos. Y, por si no te has dado cuenta, tu hija es una becada nacional, más de lo que puedo decir de ti.

—Yo trabajo con las manos. Eso significa que sé cómo funciona este mundo, con trabajo duro. —El tren se acerca por las vías y se cae a la alfombra.

—Necesitamos a un buen abogado —insiste mamá—. No puedes arreglar una situación legal como la nuestra con las manos. Has visto muchas películas del oeste.

—Eso, papá —señalo—. Tenemos que esmerarnos. Si Millie desea ayudarnos, deja que lo haga. ¿No lleva de nuestro lado todo este tiempo? ¿No le ha ofrecido a mamá un trabajo? Considéralo un regalo de Navidad.

—¿Un regalo de Navidad? —repite papá. Vuelve a colocar el tren en la vía.

—Escúchate. Te pareces a Scrooge.

—Es que soy Scrooge —murmura él.

Cuando terminamos de discutir —mamá y yo nos damos por vencedoras, como siempre—, decido que voy a dejar de esperar y escribiré un mensaje a Royce. No puedo culparlo a él por las decisiones de su padre. Si a él no le importa que sea una extranjera ilegal, ¿por qué me iba a importar a mí que él sea el hijo de un congresista conservador?

Lo echo muchísimo de menos. La verdad es que no solo yo soy su mejor amiga, también él es mi mejor amigo. Igual que Kayla, pero de un modo distinto. Él entiende una parte de mí que nadie más comprende. Kayla es inteligente, pero no le interesan los libros y el arte como a mí, y a mis padres no les gustan los museos; cuando fuimos al Getty, se quedaron en la tienda de regalos.

A veces Royce y yo nos enviábamos correos electrónicos solo con citas.

Un día que fuimos a la playa, me envió esta:

royceb: su cabello rubio le ondeaba por detrás, como oro al sol. TORRE DE MARFIL. CASA DE ORO. Había que pensar las cosas para entenderlas. James Joyce, Retrato del artista adolescente.

Y yo le respondí:

jasmindls: Estoy viva cuando tus dedos viven. Anne Sexton, Poemas de amor.

Casi es Navidad, ¿y no es precisamente una época de perdón y reconciliación con los demás? Solo puedo pensar en él y en las ganas que tengo de verlo de nuevo.

En la calidez de la cama, me tapo la cabeza con el edredón. Las luces blancas parpadeantes que decoran la habitación profieren un brillo suave que veo a través de las sábanas. Escribo algunas frases, pero ninguna me parece adecuada. Busco una cita, pero ninguna encaja.

Termino dándome cuenta de que solo puedo decir una cosa.

jasmindls: Te echo de menos.

Me contesta enseguida.

royceb: ¿qué ha pasado con lo de esperar hasta después de Navidad para hablar?

Sonrío. Lo imagino escribiendo debajo de la mesa mientras está en alguna fiesta elegante con sus padres.

jasmindls: Casi. Feliz Nochebuena.

Me hormiguea la piel cuando leo su siguiente mensaje.

royceb: yo también te echo de menos.

Estoy escribiendo una respuesta cuando me suena el teléfono. Es curioso lo poco que hablamos, los de nuestra generación prefieren pasar horas enviándose mensajes. Pero me alegra que me llame, es mucho mejor escuchar su voz.

—Hola —me saluda.

—Hola. ¿Dónde estás?

—En la terraza, alejado de los demás y viendo la nieve caer. Ojalá estuvieras aquí para verla.

Sonrío. Le encantan las vistas.

—A mí también me gustaría estar ahí. Nunca he visto nevar —digo—. ¿Qué pasa con tu familia? ¿Te está molestando?

—No es nada, lo mismo de siempre. Mis padres están discutiendo por Mason de nuevo.

—Qué rollo, lo siento.

—No es nada nuevo. Por cierto, quería contártelo la última vez que te vi. Eh... me han aceptado en Stanford. Ya han hecho pública la lista de los admitidos en admisión anticipada.

—¡Royce! ¡Es fabuloso! ¡Enhorabuena! ¿No estás emocionado? —Me alegro por él, aunque noto una sensación agrídulce al enterarme de que ha logrado algo que yo deseo tanto.

—Sí, lo estoy. Sobre todo estoy aliviado. Seguramente haya servido de ayuda que mi padre conozca al rector.

—¡Deja de ser tan modesto! Te lo mereces. —Y es verdad. Ha trabajado duro. Un día que fui a su casa, Maria me contó que en la escuela había ganado un premio de relatos. Él nunca alardea de sus logros como hago yo.

Así que por eso vino a verme aquel día, porque quería contarme la buena noticia en persona, y no lo hizo.

—Siento que no me lo hayas podido contar antes.

—No pasa nada —dice, y sé que lo dice en serio—. Oye, ¿crees que tus padres te dejarán venir a hacerme una visita? —me pregunta esperanzado—. Vamos a quedarnos aquí otra semana. Ya sé que no sabes esquiar, pero seguro que aprendes rápido, tienes mucha coordinación.

—Es estupendo, pero no creo. La Navidad es todo un acontecimiento para los filipinos. Vamos a la misa del gallo y después comemos jamón salado y bebemos chocolate caliente... del espeso típico de España.

—Suena bien.

—Síp.

—Bueno, ¿y después de Navidad? Estaremos aquí hasta Año Nuevo.

—Ojalá pudiera, pero no es así —susurro—. Mis padres no son como los tuyos. No van a dejar que me vaya con mi novio por ahí.

Ninguno de los dos dice nada por un momento.

—Jas, siento mucho lo que dije de la propuesta de reforma —dice de repente—. Me crees, ¿verdad? —Habla en voz baja y con tono triste.

Me quedo pensativa. Si no pensara que fuese sincero, no estaría hablando con él ahora mismo.

—Sí.

—He pensado en ello, en lo que significa que no la hayan aprobado. Nunca antes había caído en la cuenta de lo mucho que afecta a la gente temas como ese. En el caso de mi familia, solo se trata de la carrera de mi padre. Pero en tu caso, es tu vida.

—Sí. —Me presiono el teléfono contra la oreja y parpadeo para reprimir las lágrimas. Me doy cuenta de lo mucho que se preocupa por mí y desearía habérselo contado antes. Me sentía muy sola sin poder apoyarme en él.

—¿Y qué vais a hacer ahora? No tenéis que marcharos, ¿no? Sería una locura. No puedes irte, aunque seas ilegal.

—Indocumentada —espeto—. Odio la otra palabra. —A pesar de que yo misma la uso todo el tiempo, pero quiero corregirlo a él.

—Lo siento, lo siento. Culpa mía.

—No pasa nada. Siento estar tan sensible. Respondiendo a tu pregunta, vamos a quedar con un abogado, ver qué opciones tenemos.

—Me gustaría ayudar. Si puedo hacer cualquier cosa, dímelo, ¿de acuerdo? Puedo incluso hablar con mi padre. Tal vez él sepa cómo ayudar. Conoce a muchas personas.

Inspiro profundamente. ¿No era esto lo que me daba miedo?

—Él no va a denunciarte, si eso es lo que te preocupa. Eres mi amiga —me asegura, intentando no sonar muy a la defensiva.

—Lo sé. Te creo, pero me parece que es mejor dejarlo a él fuera de todo esto por ahora, ¿vale?

—Bien. —Se da cuenta de que no quiero seguir hablando del tema—. Por cierto, odio esquiar, ¿te lo había dicho? —No espera a que responda—. Hace mucho frío y Mason siempre me gana en la bajada de la montaña.

Me río y me imagino a Royce intentando alcanzar a su hermano mayor.

—¿Entonces estamos bien? —pregunta con tiento.

—Estamos bien. Vuelve a casa. —La voz me traiciona y muestra el deseo que siento.

—Estaré allí lo antes que pueda —promete.

20

Deseo una América que no tenga miedo de la elegancia y la belleza.

—JOHN F. KENNEDY

Mi padre me lleva en coche a la casa de Royce, en Bel-Air, la tarde de Navidad para que pueda dejarle un regalo. Está lejos y tengo que suplicarle que me lleve, pero es que quiero que se lo encuentre cuando llegue en lugar de dárselo yo cuando lo vea. Odio dar los regalos tarde, prefiero que espere una semana en su casa a que piense que soy de las que los compran en el último minuto, cosa que es verdad.

No tenía pensado comprarle nada porque nos habíamos peleado, pero no he podido evitarlo. Me corre por las venas filipinas. A nosotros nos encanta hacer regalos. No importa que estemos enfadados con la persona que lo recibe.

—¿Dónde está la casa de ese chico? —pregunta mi padre.

—Al doblar la siguiente curva. —Señalo la calle.

Todo el vecindario está decorado de Navidad. Las casas grandes y clásicas están absolutamente encantadoras, con luces enrolladas en los pilares y en los tejados. Hasta las palmeras parecen cubiertas de carámbanos.

Ojalá Royce estuviera aquí para celebrar la fiesta con mi familia. Le mostraríamos cómo es una Navidad filipina de verdad. Mi madre le ofrecería té de jengibre caliente y tarta de arroz para desayunar. Isko y Danny lo obligarían a jugar a videojuegos y papá lo torturaría intentando enseñarle canciones de Navidad tradicionales en tagalo. Me siento afortunada porque toda mi familia se lleva bien con él. Mis hermanos siempre me están insistiendo para que lo invite a venir a casa.

Mi padre emite un largo silbido.

—¿Su familia se puede permitir vivir aquí?

—Su abuelo abrió una fábrica de acero y su padre es congresista. Ya te lo he contado.

—Congresista, ¿eh? Deberían de vivir con lo mínimo.

—Papá, por favor, para. Ellos también trabajan mucho. A lo mejor yo soy congresista algún día. ¡No hay ninguna ley que lo prohíba si nos convertimos en ciudadanos! Nunca se sabe. —Pienso en algo que me dijo una vez Royce, en que debería de estudiar Política, pues me apasionan tanto las injusticias que cree que puedo convencer a la gente para que me siga.

—Si te haces congresista, ¡seré el primero en mudarme! —dice, señalando las casas por la ventanilla.

Me echo a reír.

—Mejor procura convertirte en estadounidense antes.

Cuando aparca en la calla, corro hasta la puerta de entrada y llamo al timbre. Royce me contó que Maria pasaba allí parte del día. Por supuesto, me abre, pero no sonrío al verme.

—¿Sí? —pregunta fríamente.

—Hola, Maria. Espero que no haya ningún inconveniente, quería dejar un regalo para Royce. —Intento sonar despreocupada, como si viniera todo el tiempo a su casa.

—Royce no está —responde secamente.

—Ya lo sé, por eso quería dejar el regalo.

—¿Tienes un regalo de Navidad para él? —pregunta, como si no me hubiera escuchado la primera vez.

—Sí.

—¿Volvéis a estar juntos? —pregunta sin venir a cuento.

Ahora me doy cuenta del motivo por el que está tan descortés. Se muestra tan recelosa por lo que ha pasado entre nosotros dos.

—Ah, ¿te lo ha contado? —comento, haciendo un esfuerzo por no ruborizarme.

No responde, pero está claro que sí, que se lo ha contado.

—Sí, eh... volvemos a estar juntos.

De repente esboza una enorme sonrisa.

—Qué bien. Entra, entra.

Tenía pensado dejar el regalo simplemente, pero ahora me da la sensación de que tengo que aceptar la invitación si quiero mostrarme educada.

—¿Es ese tu padre? ¿Le gustaría entrar también a él? Puedo preparar té.

Le hago una señal para que salga del vehículo, pero él mueve la mano en señal de negativa. Está demasiado ocupado observando las casas.

Entro y le doy el regalo a Maria, que lo deja en una mesa del recibidor. No vuelve a mencionar la relación que mantenemos Royce y yo y hablamos un poco. Ya no me siento tan incómoda con ella después de comprobar lo protectora que se ha mostrado antes con Royce. Se preocupa por él y también yo, así que ahora tenemos algo más en común, además de nuestra procedencia.

—¿Qué vas a hacer por Navidad? —pregunto.

—Esta noche voy a ver a unos primos —me cuenta—. Eres muy dulce por traer un regalo para Royce.

—Gracias. Él también es muy dulce conmigo.

Justo en ese momento se abre la puerta. Me sobresalto un poco, sobre todo al darme cuenta de que es la señora Blakely. No me ve de inmediato.

—Maria, ¿es familiar tuyo el hombre que está fuera? —pregunta al tiempo que entra un chófer en la casa y deja dos maletas junto a la pared—. Pensaba que hoy te quedabas hasta las cinco.

¿Por qué tiene que trabajar Maria en Navidad? ¿Y qué hace ella en casa? Es el día de Navidad. ¿Por qué no está en Aspen con Royce y su marido? ¿Y Mason y Olivia?

—Así es, señora Blakely, me quedo hasta las cinco. ¿Subo sus maletas?

Cuando la mujer levanta la mirada, me ve y enarca una ceja.

—¿Jasmine? No te esperaba, querida. Feliz Navidad. Maria y tú tendréis mucho de lo que hablar.

No estoy segura de qué quiere decir. Tal vez piense que, como las dos somos filipinas, hablamos de cualquier cosa. Siento vergüenza, pero no hago caso de sus cejas arqueadas y sonrío.

—Gracias y feliz Navidad. Solo he venido a dejar un regalo para Royce. —Señalo el paquete que hay en la mesa—. Espero que haya tenido una buena estancia en Aspen.

—Aspen me produce pavor todos los años. Gracias a Dios que ya se ha acabado — señala—. No soporto el frío ni permanecer encerrada. Y no me gusta esquiar. Supongo que nunca has ido a la nieve. ¿Es tu padre quien está fuera?

—Sí —respondo, un tanto herida por su comentario. Nunca he visto nevar, pero fui a Big Bear a tirarme en trineo con mis amigas cuando estábamos en octavo. Fue uno de los mejores días de mi vida. No obstante, es mejor representar el papel de novia joven e inocente (y pobre) de su hijo—. Sí, es mejor que no lo haga esperar. —Habría sonado muy raro que le dijera que tenemos que ir a elegir y desplumar los pollos para la cena de Navidad (no es verdad, se trata de una broma, pero seguro que me creería)—. Espero que lo pase bien el resto de las vacaciones.

—Por favor, vuelve pronto —me dice. Después se vuelve hacia Maria—. Se amable y ayúdame con las maletas, después te puedes tomar el resto del día libre. Necesito encargarme del desastre que ha provocado Mason en los exámenes finales. Nos acabamos de enterar de que la Universidad del Sur de California ha vuelto a dejarlo en periodo de prueba académico. Parece que lleva semanas sin asistir a clase.

La señora Blakely sube por la enorme escalera que asciende desde el recibidor. Maria coge las dos maletas.

—Dame un minuto, Jasmine, y después te llevo a la habitación de Royce. Puedes dejarle el regalo allí tú misma —me dice Maria—. Así no lo abrirá Mason.

¿Por qué iba a abrir su hermano mayor un regalo que está claro que no es para él?

—Puedo ayudarte con las maletas —me ofrezco.

—No, no pasa nada. Vuelvo enseguida.

Sube las escaleras con las maletas y desaparece unos minutos.

Me quedo donde estoy y me siento un poco rara por estar sola en la casa de Royce, sin él. El lugar está perfecta y generosamente decorado para las fiestas... cuento al menos tres árboles de Navidad, uno en el salón, otro en el segundo salón y otro al lado del comedor. Parece perfecta, como sacada de una revista, pero igual de impersonal.

—La casa esta preciosa —le digo a Maria cuando vuelve—. Blanca y dorada.

—La señora Blakely quiere que se decore todos los años, a pesar de que nunca pasan aquí las vacaciones.

—Mi casa parece como si hubiera explotado un *parol* —señalo, refiriéndome a los típicos farolillos de Navidad filipinos que normalmente colgamos en las ventanas. Mis padres suelen decorar con los típicos colores rojo y verde y nuestra casa está tan llena de espumillón que es imposible salir sin alguno encima.

Las dos nos echamos a reír.

—¿Te gusta trabajar aquí? —no puedo evitar preguntarle. Seguramente me esté excediendo, pero tengo curiosidad.

—Oh, sí, se portan muy bien conmigo. Pero el señor Blakely pasa mucho tiempo fuera. La señora Blakely tiene su trabajo. Mason es... —Hace una pausa para pensar en qué decir—. Mason es Mason. Me preocupan Royce y Olivia. Ellos parecen los que mantienen esta familia unida.

—¿Y por qué la señora Blakely abandona a sus hijos el día de Navidad? ¿Tan importante es lo de las notas de Mason? ¿Qué puede hacer ella en Navidad para solucionarlo?

—No creo que sea la única razón por la que ha vuelto.

—¿Qué quieres decir?

—El señor y la señora Blakely no atraviesan su mejor momento desde que él se convirtió en el líder de la mayoría. Casi nunca se ven. Seguramente hayan tenido una discusión —murmura.

Es cierto. Royce mencionó que sus padres estaban discutiendo por Mason, pero no pensé en preguntar más detalles. Ahora me hubiera gustado hacerlo.

Maria parece lamentar haber dicho algo. Me hace señas para que la siga.

—Ven, trae el regalo.

Me guía por un pasillo enorme de la segunda planta hasta la habitación de Royce. Solo he estado una vez aquí. A él le gusta venir a mi casa; es más sencillo porque él conduce y yo no tengo el carné.

Entro y miro a mi alrededor. El dormitorio está muy limpio para ser de un chico.

Bueno, comparado con el de Danny e Isko. Hay un traje arrugado colgado de la silla del escritorio y un montón de pares de zapatos de vestir y zapatillas de deporte por el suelo. Tiene las mesitas de noche llenas de libros sobre las fuerzas armadas y la historia de las guerras y novelas de misterio, todas empezadas. Echo un vistazo a las páginas de un libro, acariciándolas, y me lo imagino absorto en ellas.

Me acerco al escritorio para dejar el regalo mientras Maria me espera en la puerta. Veo en la mesa una fotografía de él y Mason de cuando eran pequeños, montando a caballo en la playa. Mason agarra por el cuello a Royce, como ahogándolo, pero los dos se están riendo. Mason solo es un par de años mayor, pero, por lo que me ha contado Royce de su hermano, parece que ahora están muy distantes.

Cojo el marco de fotos y me vuelvo hacia Maria.

—Estaban muy unidos, ¿no?

—Mucho.

—Pero ya no.

La mujer se queda pensativa.

—Me parece que los dos desean la aprobación de su padre, pero lo demuestran de formas distintas. Mason es rebelde. Royce intenta seguir los pasos de su padre todo lo que puede.

—No sé por qué. —Vuelvo a dejar la foto en la mesa—. No se parece en nada a su padre.

Maria se cruza de brazos.

—¿Conoces al señor Blakely?

—No, la verdad es que no. Lo lamento —me disculpo al darme cuenta de lo crítica que he sonado.

—Royce es un buen chico. Eres buena para él.

Se ha puesto muy seria. La miro a los ojos y asiento. Parece que yo no soy la única con una madre filipina.

—Lo haré lo mejor que pueda. —Dejo el regalo en la mesa—. ¿Te asegurarás de que lo abra en cuanto vuelva a casa?

Cuando subo al coche, mi padre sigue con el humor de Scrooge.

—Conque sirvienta filipina, ¿eh? —comenta.

—Maria es muy amable. —Cierro la puerta.

Mi padre le echa una última mirada a la casa cuando nos alejamos.

—Espero que no esté saliendo contigo solo para que seas su sirvienta.

—¿Por qué siempre haces esto, papá? No, yo no voy a ser la asistente, ¿por qué lo piensas siquiera? Eres un grosero. Maria es muy simpática, aunque creo que la señora Blakely se piensa que he venido a sonsacarle información. Se ha sorprendido de verme.

—Esto se pone interesante —bromea él—. Ahora la señora y tú os peleáis.

—¡Yo no he dicho eso! ¿Ves? Por eso nunca te cuento nada.

—¡Ajá! ¡Así que admites que tienes secretos! ¡Te has quedado sin cena de Navidad!

Apoyo la cabeza en su hombro mientras conduce y de inmediato finge que siente lástima por mí.

—De acuerdo, puedes comerte el pan y beberte el agua.

—Te quiero, papá —le digo.

—Yo también te quiero, *neneng*. Todo va a salir bien.

21

Los que niegan la libertad a otros, no la merecen para ellos.

—ABRAHAM LINCOLN

Vamos a la consulta del abogado la semana después de Navidad. Freddie Alvarado es latino, tendrá unos cincuenta años y lleva la barba bien recortada y bigote. Cuando nos saluda, lleva una taza de té verde, que es mi bebida preferida. Mi padre, por el contrario, no se muestra sorprendido y frunce el ceño con todo.

Tiene el despacho lleno de fotos de líderes laboristas presentes y pasados, incluida una en la que sale él entre Larry Itliong y Philip Vera Cruz. Sé quiénes son los dos hombres filipinos de la foto porque mi padre pasó una temporada en el campo. La mayoría de los filipinos de su edad han trabajado, o tienen que familia que ha trabajado, en el campo durante alguna época.

Entiendo, por la mueca que pone papá, que piensa que la fotografía está ahí para hacer feliz a cualquier cliente filipino potencial.

—Bienvenidos señor y señora de los Santos —nos saluda.

—Un despacho muy interesante —observa mi padre, que recorre con la mirada las estanterías.

—Es un orgullo para mí haber conocido a algunas de las figuras políticas a las que tanto admiro.

Mi madre y yo nos sentamos en las sillas, pero mi padre permanece en pie.

—¿Cuánto nos va a costar esta consulta? Espero que sea un precio justo.

—Papá —exclamo, avergonzada—. Ya lo sabemos.

Mi madre decide intervenir.

—Nos gustaría comenzar lo antes posible, señor Alvarado.

—Por supuesto. Les gustará saber que ya he comenzado a investigar su caso. Creo que, con su expediente laboral y los éxitos académicos de sus hijos, tienen bastantes probabilidades de demostrar que son candidatos merecedores del permiso de residencia que puede ser anticipo de la ciudadanía.

—¿Cuánto nos va a costar? —pregunta mi padre.

Mi madre le pisa un pie y papá cambia de tono.

—Es decir, ¿cuál es su valioso consejo como abogado?

Mi madre vuelve a darle un pisotón. Me apunto mentalmente que la próxima vez no podemos traerlo con nosotras. Por cómo se está comportando, es probable que sea el señor Alvarado quien nos pague para salir del país.

Al parecer, el abogado está acostumbrado a este tipo de comportamiento y hace caso omiso de los pisotones procedentes de nuestro lado de la mesa.

—Me gustaría pedir un juicio de deportación —señala—. Además, su familia no ha cometido ningún delito, especialmente delitos graves.

Me pongo un poco nerviosa. El recuerdo de cuando salí corriendo con Kayla del salón de la casa de lo para evitar a la policía aparece en mi mente. Aunque no se trataba de la policía, me siento expuesta.

—¿Qué es exactamente un juicio de deportación? —pregunta mamá.

—Significa que admiten la falta de haber vivido aquí sin documentación —explica el señor Alvarado—. Pero yo me encargaré de afirmar que deben de quedarse y recibir algún tupo de documentación.

Noto que mis padres ya se sienten sobrepasados, así que hablo yo.

—Da un poco de miedo, ¿no? Si perdemos, ¿no podrían deportarnos? ¿No será difícil regresar a Estados Unidos si eso sucede? ¿Y no perderán mis padres todos sus bienes?

El hombre entrelaza los dedos de las manos.

—Ha debido usted de buscar información sobre el proceso, señorita de los Santos.

Asiento en silencio. Estos días, buscar información e investigar ha sido mi entretenimiento a tiempo completo.

—Es una posibilidad —continúa—. Siempre existen riesgos, incluso para los abogados defensores más experimentados en deportación, a la hora de ganar este tipo de casos. Por eso soy cuidadoso a la hora de elegir un caso. He ganado un noventa por ciento de ellos.

—Sé hacer una cuenta matemática —señala mi padre—. Eso quiere decir que un diez por ciento se ha tenido que marchar.

—No siempre sucede así. En algunos casos, se pueden presentar recursos a la Junta de Apelaciones de Inmigración. También se pueden conseguir extensiones breves como permisos temporales para vivir y trabajar en Estados Unidos.

—No queremos visados temporales —señala mi madre—. ¿Y qué hay de esperar a una nueva reforma? Podemos conseguir una amnistía. ¿Se va a presentar otra propuesta?

—Las leyes están cambiando continuamente, señora de los Santos —explica el señor Alvarado. Se ajusta la corbata verde y se abotona la chaqueta del traje—. Depende de los políticos. Y, como bien sabe, los políticos no son de fiar. Pueden tardar mucho tiempo. Mientras tanto, cualquier familia indocumentada corre el riesgo de que la deporten. Y, por supuesto, cualquier infracción, incluso algo tan simple como una multa por exceso de velocidad, mientras se está sin documentación podría poner a toda la familia en riesgo de que la encierren en un centro de detención si están todos en el vehículo cuando eso sucede.

Mi madre se lleva la mano la boca, asombrada. Mi padre se pone recto en la silla.

—¿Un centro de detención? —pregunto.

—Por desgracia, existen. El gobierno los llama centros de detención familiar con el pretexto de que mantienen a las familias unidas, pero, según lo que yo sé, son horribles, sobre todo para los niños. No permitiré que les suceda a ustedes. En la mayoría de ellos se encierra a la gente que descubren cruzando las fronteras. En cierto modo, son ustedes afortunados. La administración actual ha aprobado recientemente leyes para acelerar el proceso de los juicios. Hace solo unos años, había una cola de más de trescientos mil casos y un tiempo de espera de un año y medio, más o menos.

—¡Un año y medio! —exclama mi padre—. ¿Y todo por la posibilidad de conseguir una futura ciudadanía?

—Ahora el proceso es más rápido —explica el abogado—. Y creo que su caso conseguirá un juicio rápido. Los logros de su hija y su reunión con el presidente les serán de ayuda. Es una ciudadana modelo, como lo son todos los miembros de su familia. Sería mejor incluso que atrajeran más atención pública a su caso.

—¿Opina que deberíamos de ir por ahí contándoselo a todo el mundo? —pregunta papá.

—A su hija le han concedido una Beca Nacional. Seguro que conoce a alguien que pueda darle publicidad a su caso.

La única persona que se me ocurre es el señor Blakely. Royce me propuso pedirle ayuda a su padre, pero no creo que el congresista nos vaya a ayudar.

—Den a conocer el caso —continúa el señor Alvarado—. Cuanta más presión política, mejor. Más apoyo por parte de la comunidad. Podemos usar ayuda de ambos lados.

—Pero aun así podríamos terminar en un centro de detención y deportados —insiste mi madre.

El señor Alvarado nos mira a cada uno a los ojos.

—Como les he dicho, hay riesgos. Pero, técnicamente, ya los están corriendo ahora mismo. Sin embargo, si ganan, se les considerará legales de una vez por todas. Podrán conseguir la ciudadanía en unos años. Serán ustedes ciudadanos de Estados Unidos.

22

Por encima de todo, sé la heroína de tu vida, no la víctima.

—NORA EPHRON

Mis padres no han parado de discutir acerca de si solicitar o no un juicio de deportación. Con lo importante que es esto para nosotros, el regreso de Royce me da algo de alivio de la tensión que reina en casa. En cuanto vuelve a Los Ángeles, viene a recogerme en el bonito cochecito deportivo alemán de su padre, que causa una impresión inmensa en mis hermanos. Va a llevarme a cenar a Beverly Hills para celebrar nuestros cumpleaños, como habíamos planeado desde el principio.

Estoy tan emocionada de verlo que tardo más de lo habitual en peinarme y maquillarme; elijo y descarto la ropa hasta que encuentro la perfecta.

Él está más guapo cada vez que lo veo, pero hoy tiene un aspecto incluso mejor que de costumbre, porque cuando me abre la puerta del vehículo para que entre me doy cuenta de que lleva puesta la corbata que le compré para Navidad. Tiene a un lado la bandera de Filipinas y, al otro, la de Estados Unidos. Se la ha puesto con el lado de Filipinas a la vista. Esta corbata era de las baratijas que solían vender mis padres en la tienda del tito Sonny. Me parecía que Royce la encontraría divertida, y estaba en lo cierto.

Me encanta eso de él. No que me lleve a un lugar elegante a cenar, sino que se haya puesto el regalo tonto que le he hecho. Es una persona increíble.

Exhala un suspiro largo y seductor cuando me quito el jersey antes de tomar asiento. No quería que mis padres vieran el vestido que llevo y me ruborizo un poco.

Es un vestido de cóctel rojo hasta la rodilla, ajustado y con escote, que me compré en las rebajas después de Navidad. Llevo pintalabios a juego. Me preocupaba que no pudiera quitármelo, nunca he llevado algo tan escandalosamente sexi antes, pero parece que a él le gusta. (Vale, parece que le gusta mucho).

—No creía que te fueras a poner la corbata —le digo cuando se sube al asiento del conductor.

Fue solo un capricho, un momento de orgullo propio. De acuerdo, lo admito, quería ser la que riera la última. Quería que se arriesgara por mí, que se mostrara dispuesto a sentirse incómodo por mí, a llevar una corbata divertida para demostrar que le importo. Ha hecho un trabajo estupendo.

Se pone a jugar con ella.

—Me gusta mucho que el otro lado tenga la bandera de Estados Unidos. Es como nosotros.

—¿Has valorado la idea de irte a vivir a Manila?

—Iré si tú te vas —responde en voz baja. Y con el rugido del motor, iniciamos la marcha.

Cuando llegamos a Spago, le hago saber que nunca he estado en un restaurante tan elegante aparte de la ocasión en la que estuve en D. C. para la beca. Me siento un poco intimidada, pero conforme la noche avanza cada vez estoy más cómoda, sobre todo porque Royce se muestra muy seguro de sí mismo aquí.

El camarero nos toma nota y se marcha, y, por un instante, nos quedamos mirándonos el uno al otro. Después bajamos la mirada y nos reímos. Sin embargo, entre nosotros hay un poco de distancia y ya no me coge la mano por debajo de la mesa como solía hacer. Él está muy involucrado, y yo también, y aunque entre nosotros las cosas transcurren de forma sencilla, no es del todo igual.

—Empiezo yo —señala—. Aspen ha sido un aburrimiento.

—Mentiroso.

—No, lo digo en serio. Me he aburrido a más no poder. ¿Alguna vez te has sentido así? ¿Has ido a un lugar muy divertido, un lugar al que siempre estás deseando ir, y cuando llegas ahí sientes una enorme decepción?

—Sí, más o menos. —Tengo que admitir que en parte me alegra escuchar esto. Si se lo hubiera pasado muy bien, probablemente me habrían entrado ganas de levantarme ahora mismo—. Llevamos un tiempo sin vernos y estaba deseando que llegara este momento. ¿Pero ahora estás decepcionado? —le pregunto, porque me gusta burlarme de él.

—Ahora mismo estoy lo más alejado de sentirme decepcionado que puede estar una persona —responde con una mirada seria—. ¿Y tú?

—Lo mismo.

Sonríe.

—Es bueno saber que no soy una decepción para otros como lo soy para mi padre.

—¡Él no está decepcionado contigo!

Se encoge de hombros.

—Lo estuvo cuando le conté que quiero ser periodista.

—Oh, lo siento. Si te sirve de ayuda, yo siempre estoy intentando agradar a mis padres también. Es algo que hacen todos los filipinos.

—Entonces yo también soy filipino. —Sonríe y la sombra de la tristeza abandona su rostro—. Llevo puesta la corbata, ¿no?

—¿Están tus padres bien? Me comentaste que discutían mucho por Mason.

Exhala un suspiro.

—Sí, están en desacuerdo en lo que concierne a qué hacer con él. Mi madre piensa

que mi padre debería de ser más duro con él, pero él cree que Mason acabará entrando en vereda. Quiere que deja la Universidad del Sur de California el año que viene y vaya a otra; mi madre piensa que es mejor tenerlo cerca de casa.

—Lo siento.

—No pasa nada. Como te dije, nada nuevo. Llevan años discutiendo por Mason.

El camarero se acerca con la comida y nos rellena la bebida. Le doy las gracias. Royce vuelve a ponerse a jugar, esta vez con la servilleta.

—Entonces a tu padre no le agrada la idea del periodismo, ¿no? —pregunto.

—Nop. No para de enviarme enlaces a artículos que afirman que es una profesión en decadencia y que ahora los experiodistas conducen para Uber.

Pongo una mueca.

—Uf.

—Ya, sí. Él quiere que estudie Política, lo que significa que probablemente tenga que hacer prácticas para él en algún momento. —Vuelve a poner la misma cara de antes.

—Qué mal.

—Es lo peor.

—Bueno, cambiando de tema, he entregado mi solicitud para Stanford —le cuento.

Enarca las cejas y se pone a hablar muy rápido.

—¡Es estupendo! Me dijiste que es tu primera opción, ¿verdad? —pregunta esperanzado.

—Sí.

—Sería increíble que los dos acabáramos allí. Podríamos compartir habitación o apartamento si quisiéramos. Me parece que está permitido. En el primer curso no, pero después sí.

—¿Ya me estás pidiendo que nos vayamos a vivir juntos? —bromeo.

Se ruboriza.

—Ups.

—No, me gusta que siempre estés haciendo planes para los dos. —Me encanta, me gusta que se sienta tan seguro de mí, de lo que desea y de que me desea. Me permito el lujo de fantasear con nosotros dos en Stanford, recorriendo los pasillos, yendo a la biblioteca. Puede que compartiendo apartamento. Sería muy divertido, levantarme en sus brazos, pasar con él todo el tiempo. Llevamos saliendo poco tiempo y ya está haciendo planes de vivir juntos, ¿qué dirían mis padres al respecto?

Somos filipinos y vamos a misa todos los domingos. Ellos no aprueban el sexo

prematrimonial. Mi padre probablemente insistiría en que nos casáramos antes de mudarnos a vivir juntos. «Como nos arrejuntemos seguro que aparece con la escopeta», pienso y me echo a reír.

—¿Qué te hace gracia? —me pregunta.

Le cuento que me he imaginado a mi padre con una escopeta y pone una cara rara, nerviosa, por lo que ya me imagino lo que está pensando.

—No te preocupes, no permitiré que te dispare.

—Vaya, gracias.

—Mucho —termino y nos echamos los dos a reír.

Lo pongo al día del tema del señor Alvarado, de los riesgos que conlleva el juicio, y de que mis padres discuten todo el tiempo sobre qué hacer.

—Supongo que en cuanto lo hagáis público, puede pasar cualquier cosa. Estaréis en el radar del gobierno y eso es un arma de doble filo —comenta mientras come.

—Ya. Aunque me muera de ganas por ir de visita, no quiero vivir en Filipinas. Allí no hay nada para mí. Mi vida está aquí. —Le doy vueltas al pescado en el plato, pues he perdido el apetito un poco.

—¿Qué probabilidades tenéis? Si no tenéis prácticamente la certeza de que saldrá bien, no deberíais de hacerlo. Es demasiado arriesgado.

—Es horrible, nadie que lleve en este país tanto tiempo como nosotros tendría que pasar por esto. Llevo aquí la mayor parte de mi vida. Apenas me acuerdo de Filipinas. Antes pensaba que pertenecía por igual a ambas culturas, pero no soy una filipina de verdad y ahora tampoco soy estadounidense.

—Eres la que has sido siempre, Jas. Eso no ha cambiado. Como te dije la otra noche, creo que deberíamos de pedirle ayuda a mi padre. Él puede hacer mucho, conoce a mucha gente.

—Sigo sin creer que sea buena idea. No quiero meterte en esto. ¿Confías en que es acertado que sepa cuál es mi situación? —pregunto, nerviosa. Las mariposas han regresado a mi estómago.

—Existen posibilidades de que pueda ayudarte. Mira, sé que crees que mi padre es un mal tipo, pero no lo es. Haría esto por mí.

—No necesito nada de ti aparte de que permanezcas a mi lado. —Me gustaría estirar el brazo y tocarle, pero no lo hago. Sigo sintiéndome un poco tímida después de nuestra especie de ruptura.

—Aquí estoy. Sabes que sí. Pero necesitas contarle lo que está sucediendo a más gente.

De repente me acuerdo de que otra persona me dijo lo mismo.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Mi amiga Millie me dijo lo mismo hace poco. Que tenía que crear un grupo de apoyo. No puedo hacer esto sola.

—Las grandes mentes piensan igual —señala. Royce no ha conocido a Millie, pero le he hablado de ella.

—¿Pero sabes qué? Si solo voy a estar aquí un poco más, quiero que valga la pena. Vivir la vida un poco. —Se me está ocurriendo una idea. Royce está de nuevo aquí y volvemos a estar juntos. Tenemos dieciocho años... ¿qué hacemos en este restaurante aburrido?

—¿Vivir la vida? ¿Tú? No me puedo creer lo que estoy escuchando. —Ahora es él quien está de broma.

—Vámonos de aquí. Llévame a alguna parte. —Me inclino y lo miro a los ojos. Le cojo la mano y deslizo lentamente la uña por su palma en un gesto seductor que nunca me creí capaz de hacer. A lo mejor es porque he esperado demasiado para besar a un chico, o tal vez sea porque es él. Creo que es porque se trata de él. Con Royce, sé lo que quiero.

Se le pone la cara al rojo vivo y deja la servilleta en la mesa con el suficiente dinero para pagar la comida. No queremos postre.

Se pone en pie.

—¿Dónde quieres ir?

—No lo sé. ¿Cómo de rápido puedes conducir?

Royce sonrío y yo me aferro a la agarradera de la puerta del coche con desesperación. Vamos con la capota quitada por la Carrera. Nunca me he sentido tan atraída por él. Es esto, me digo a mí misma. Velocidad. El límite. Las curvas arrolladoras. Mulholland Drive. Es una metáfora de la vida y estoy confiándole la mía a Royce por completo.

Me aferro a cada sacudida del estómago, a cada salto. Royce me dice que no me preocupe, que ha dado clases de conducción rápida. Ni siquiera sabía que existieran, pero parece que puedes darlas cuando eres rico.

—No me puedo creer que nunca hayas ido rápido por Mulholland —me dice—. ¡Yo me relajó así!

—No te relajes —indico. Me encanta la sensación peligrosa y retorcida—. Ve todo lo rápido que puedas.

—Eso haré.

Me encanta cómo se concentra. Tiene los ojos fijos en la carretera. Cambia de marchas con cuidado en las curvas y después pisa el acelerador de nuevo y salimos disparados. Ahora vamos más rápido. Y todavía más rápido. El coche ruge, está hecho para esto.

Cuando se vuelve hacia mí, tiene el bonito rostro rebosante de felicidad. Está totalmente perdido en este momento y no le importa nada aparte de la velocidad, la carretera, el viento en su pelo y los altavoces que reproducen *All of the Lights*, de Kanye. El corazón me late por él. Esto es exactamente lo que deseaba esta noche.

Las curvas llegan más rápido, con más dureza. Si mis padres estuvieran aquí, no volvería a ver a Royce. El coche chirría en una curva y le grito que decelere. En mi defensa alego que quiero vivir.

Se echa a reír y niega con la cabeza.

—¡Ni hablar! ¡Esto es lo que querías!

Maldita sea, tiene razón. Grito para hacerme oír por encima del aullido del viento.

—¡La ciudad es preciosa desde aquí!

Royce vuelve a reír.

—¿Quieres que mire las luces o la carretera?

Me río nerviosa y me dan ganas de vomitar.

—No pareces muy asustada —me grita—. ¡A lo mejor tengo que ir más rápido!

Más le vale estar de broma o lo mataré antes de que él me mate a mí, pero me quedo callada, agarrada al borde del asiento, empapándome de la belleza peligrosa e iridiscente de Los Ángeles. Debajo de nosotros tenemos cascadas de luces callejeras que parecen medusas en un mar de luminiscencia. Estoy por encima de la oscuridad y de las luces de las olas de la carretera. Estoy un poco mareada, pero no se lo digo a Royce.

Sé que necesito sentir miedo. Sé que esta noche necesito sentirlo todo.

Aparca el automóvil en un hueco apartado, en lo alto de la colina para que podamos ver la ciudad. No decimos nada, no tenemos que hacerlo. Sabemos qué es lo que vamos a hacer. Él respira con dificultad y yo también y, en cuanto apaga el motor, me lanzo, literalmente, a sus brazos, levantándome de mi lado del asiento para acercarme más a él. Con la capota quitada, tendría que sentir frío, pero él está cálido y con lo pegada que estoy a él yo también.

Nos besamos, nos rodeamos con los brazos como si no pudiéramos estar lo suficientemente cerca el uno del otro y queremos... necesitamos estar más cerca. Meto las manos por debajo de su camiseta, le acaricio la piel y noto que está temblando.

—¿Qué? —susurro.

—Te deseo muchísimo.

—Vamos a hacerlo —digo, y en este momento me siento poderosamente femenina. Acercó la mano a su cinturón y él me baja los tirantes del vestido. «Esto —pienso—, quiero esto». Lo quiero a él. Quiero hacer esto con él.

Se tumba encima de mí, su cuerpo pesado sobre el mío, y me gusta sentir el peso, me

gusta tenerlo encima. Empiezo a desabrocharle el cinturón, pero de repente y con un bufido me detiene, coloca la mano encima de la mía.

—No deberíamos —me dice con voz ronca—. Así no, aquí no.

Me contoneo debajo de él y se queda sin aliento de nuevo. Puedo hacerle cambiar de opinión, sé que puedo.

—Pero yo quiero hacerlo. —Quiero demostrarle lo mucho que lo quiero, lo cerca que deseo estar de él. Estoy un poco nerviosa y es posible que lo note, porque niega con la cabeza.

—Jas, no podemos.

—¿Por qué no? —pregunto, con el corazón acelerado, la respiración entrecortada, pero también un poco aliviada.

—No es que no quiera —precisa—. Pero...

Sé a qué se refiere. No estamos preparados. Acabamos de retomar la relación. Estamos bien, pero esto es ir demasiado rápido.

Se aparta un poco y nos recomponemos los dos. En este momento me doy cuenta de que los asientos del vehículo se han bajado por completo. «Así hemos acabado en esta posición», pienso, y me río para mis adentros.

Royce se apoya en un codo y me mira. Tiene el pelo oscuro pegado a la frente y le aparto el flequillo para verle los ojos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta con preocupación.

Sonrío para que sepa que no hay de qué preocuparse.

—Los asientos. Acabo de darme cuenta de que se reclinan hasta abajo.

—Claro —responde con mirada seria—. Si no ¿cómo íbamos a tener sexo en este coche algún día?

—Dio mío. —Me tapo la cara con las manos. He estado a punto de tener sexo con él. Quería hacerlo, con desesperación, pero me alegro de que me haya parado.

Cuando me aparta con suavidad las manos de la cara, sé que me está diciendo que no tengo que sentir vergüenza de nada, y tiene razón.

Quiero saberlo todo de él y quiero que él lo sepa todo de mí. Algún día será así.

Todo es bonito bajo la luz de la luna.

23

Hija, nunca dejes crecer una espoleta
donde debe estar tu espina dorsal.

—CLEMENTINE PADDLEFORD

Mis padres no tardan mucho en darse cuenta de que no quiero estar en casa. Absolutamente nada. Desde que Royce y yo hemos vuelto, solo quiero pasar todo el tiempo que pueda con él para recuperar el tiempo que no hemos estado juntos. Nos lo tomamos con calma y volvemos a lo de besarnos sin parar. Él me envía cartas de amor (bueno, correos electrónicos de amor) y me escribe poesías. Yo le hago fotos con el móvil sin parar. Siempre me ha gustado la fotografía y me obsesiona capturar todos los ángulos de su bonita cara. Quiero enseñarle cómo lo veo yo, lo guapo que es para mí.

Pero cada momento que estamos juntos también me produce ansiedad. Nadie sabe cuánto nos queda. Si mi familia tiene que dejar Estados Unidos, no quiero perder el tiempo que me queda y que puedo pasar con él.

Esta noche, voy de camino a la puerta en un intento de escaquearme, cuando me detiene mi padre.

—¿Dónde te crees que vas?

—A la calle.

Papá extiende un brazo por delante de la puerta.

—¿Con quién? ¿Con Kayla?

—Ya sabes con quién, papá.

Me acerco un poco más a la puerta. No se trata de que ya no quiera pasar tiempo con mi familia, pero, venga ya, he pasado dieciocho años con ellos, quedándome casi cada noche en casa.

—lola Cherry viene a cenar y ya sabes que querrá verte.

¿Por qué ha tenido que decir eso? Bien sabe que adoro a lola Cherry. Aunque seguramente sea un engaño.

—Ya he hecho planes.

—Trae a tu chico blanco aquí —me dice con resolución—. lola quiere conocerlo.

Pienso en mi decisión acerca de que Royce me conozca más, a mí y a mi familia. Pero sé cómo puede comportarse lola Cherry. Royce no tiene ni idea de lo deslenguadas que son las generaciones filipinas más ancianas.

Pruebo una táctica nueva.

—Tenemos hecha una reserva. Y su madre es latina, por cierto. No es un chico

blanco.

—A mí sí me lo parece. Y no me importa que tengáis reserva. Desresérvala.

Me niego a ceder todavía.

—La hicimos hace una semana, papá. Royce dice que ha sido difícil conseguirla. — Me estoy pasando un poco, tan solo vamos a ir a ver una película y a comer hamburguesas, pero mi padre no tiene por qué saberlo.

—¿Y? —replica—. Si comes aquí te ahorrarás el dinero.

—Yo no iba a pagar. —Intento rodearlo, pero me bloquea el paso.

—*Neneng*, no te gastes el dinero de ese chico.

—No lo hago. ¡Yo no le he pedido que lo gaste!

Le dedico la eterna mirada de desaprobación propia de las hijas, pero no se mueve. Es muy injusto, he sido una buena chica toda mi vida y sigue sin dejar que me comporte como una adolescente normal durante unos meses. Por supuesto, tampoco pienso contarle lo de la carrera de locos por Mulholland Drive. Ni lo que estuvo a punto de pasar después. Los filipinos piensan que todas las novias son vírgenes, o deberían serlo.

Aunque mi madre me sorprendió hace unos días. De repente me salió con que esperaba que Royce y yo estuviéramos «siendo cuidadosos» y que «existen muchas enfermedades», lo que pienso que es un código para referirse a «asegúrate de no quedarte embarazada ni de contraer ninguna ETS». Me dieron ganas de decirle que no estábamos acostándonos. Al menos, todavía no. ¿Cómo sabe que pienso en ello? Pero las madres lo saben todo siempre, ¿no? Me sentí demasiado avergonzada como para decir nada, pero le prometí que estaba cuidando de mí misma, y pareció satisfecha con la respuesta.

Mi padre es otro cantar.

—De acuerdo —concluyo—. Le diré que entre. ¿Cuándo llega lola?

—Tu madre ha ido a recogerla. Muestra respeto con ella, es una vieja solitaria.

—No es solitaria —replico—. Está con esas señoras filipinas todos los días en la residencia.

—A mí me parece una vida dura —responde—. Si conocieras a mi madre, que en paz descansa...

Me río. Mi padre siempre me hace reír. Ahora me alegra quedarme aquí. Echo de menos pasar tiempo con mi familia. Salgo a la calle, donde me espera Royce en su Range Rover.

Baja la ventanilla.

—¿Por qué no subes?

—No puedo ir. —Suspiro.

—Oh —responde, desconcertado. Esto no había pasado nunca—. ¿Estás castigada o algo así? ¿Tengo que marcharme?

—¡No! Quieren que entres y que cenes con nosotros. ¿Te parece bien?

—Claro, por supuesto. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Ya sabes que me gusta la comida filipina.

Justo en ese momento, aparece mi madre con lola Cherry. Mamá sale y le abre la puerta a lola, que empieza a discutir con ella algo en tagalo.

—¿Te crees que no puedo abrir una simple puerta? —refunfuña lola.

—Ya estaba aquí.

—Me tratas como a una lisiada.

Mientras caminan en dirección a la casa, lola se sujeta del brazo de mi madre y, de repente, nos ve a Royce y a mí.

—¡*Neneng!* ¿Qué haces ahí fuera? ¡Ven adentro con ese novio tan guapo que tienes!

La saludo con la mano. Se me ha formado un enorme nudo en el estómago. Bueno, Royce tenía que conocerla tarde o temprano.

Una vez dentro, lola se sienta a la mesa de la cocina con papá, que está bebiendo café. Mi madre empieza a cocinar *lumpia* en la hornilla. Me fijo en que lola tiene el bastón curvado de madera a su lado.

—Hola, señor y señora de los Santos —saluda Royce.

Mi madre entrechoca las manos.

—¡Royce! —Normalmente no actúa así, está fingiendo delante de lola. Quiere presumir de nosotros. Se vuelve hacia lola—. Él es el novio de Jasmine, Royce. Va al instituto en Eastlake.

Me siento, pero Royce continúa en pie.

—¿Dónde está eso? —pregunta lola.

—En Brentwood —señalo—. Un instituto privado.

—Ah, uno de esos.

—¡lola! Tú fuiste a una escuela católica en Cebú —replica mi madre antes de que Royce pueda decir nada. Estamos hablando todos al mismo tiempo.

—A St. Theresa, hace mucho tiempo —indica ella—. Y las monjas eran estúpidas.

Royce y yo nos echamos a reír. Le paso una Coca-Cola y él me sonrío, agradecido.

—¡No digas eso! —se queja mamá—. El Señor nos va a castigar.

—Es verdad —recapacita lola—. Eran tontas como una piedra. Pensaban que éramos todas unas niñas buenas, pero nosotras fumábamos, bebíamos y quedábamos con chicos

por la noche. Nos quedábamos en la calle hasta las seis de la mañana porque esas monjas eran viejas, tontas y ciegas. —lola saca sus trifocales y de repente sus ojos parecen diminutos—. No veo con esto —se queja y echa mano del bolso.

—Deje que se lo acerque. —Royce se agacha.

lola es más veloz que un rayo y le golpea en la mano con el bastón.

—No toques eso. ¿Qué eres? ¿Un vándalo?

Royce gañe y aparta la mano de lola como si fuera una serpiente venenosa que fuera a atacarle con la lengua viperina. Aguanto la respiración y espero a ver cuál es su reacción.

—¿Eso es lo único que se le ocurre? —espetea a lola con una ceja arqueada.

Mi padre se echa a reír.

—Muy bueno, Royce.

—¡lola! —grita mamá—. ¿Y si quiere ser cirujano? ¡No puedes romperle las manos!

lola abre el bolso y saca un pañuelo para limpiarse las gafas.

—No es mi culpa que sea tan lento.

Royce me guiña un ojo y se frota la mano.

Sonrío con suficiencia a lola. Finge ser muy inocente, pero siempre ha sido una bromista.

—¿Cómo tienes la rodilla? —le pregunto.

—Bien, pero mis días de baile han terminado definitivamente.

—¿Es bailarina? —se interesa Royce.

—Le gusta pensar que lo era —interviene mi padre.

Mi madre enrolla el último *lumpia* y lo deja en una bandeja con el resto para freírlos.

—Era una bailarina excepcional —replica lola—. Puede que no sea familia de sangre de Jasmine, pero ella no sería animadora si yo no le hubiera enseñado a menear las caderas.

Royce enarca una ceja y parece intrigado. Intento no ruborizarme.

—Oh, venga ya —objeta mi madre.

—¡Es verdad! Díselo, *neneng*. Tú sabes cuál es la verdad.

—lola era la líder de la danza tradicional de la comunidad de filipinos que hay aquí —explico—. Y antes que eso, según dice la leyenda, y por leyenda me refiero a la boca de la propia lola, también enseñó *ballet* en una escuela de danza durante cincuenta años.

—Estás exagerando —tercia lola—. Ni siquiera tengo cincuenta años...

—Dirás más de mil años —comenta mi padre cuando Danny e Isko entran en la habitación.

—¿Cuánto le queda a la cena? —pregunta Danny.

Isko le da un golpe a Royce en la parte de atrás de la rodilla y este casi se cae al suelo. Pobre Royce, siempre abusan de él cuando viene a casa.

—¡Isko! —lo reprende mamá—. ¡*Tarantado!* Discúlpate con Royce.

—Oh, este Francisco... —se ríe lola—. Debería de ponerse un vestido negro el resto del día y rezar el Ave María. Tú tienes faldas negras, Jasmine, puedes dejarle una.

—¡No voy a ponerme un vestido! —se queja Isko—. ¡Es culpa de Danny! ¡Me ha retado a que intente tirarlo!

—¿Y si te tiro yo a ti? —dice mi padre—. Fuera de aquí tú y tu hermano.

Los chicos salen de la habitación.

Me vuelvo hacia Royce y le doy un abrazo.

—No te preocupes. Te vengaré luego.

—O lo haré yo mismo. —Sonríe—. No te olvides de que tengo un hermano mayor. Sé defenderme.

lola se ha vuelto a poner las gafas.

—*Neneng*, no me habías contado que amigo era blanco.

«Oh, no», pienso. Allá va. lola puede ser un poco loca, pero es todavía más tradicional que mis padres en muchos sentidos.

Esta vez es Royce quien habla.

—En realidad soy italiano mexicano noruego alemán inglés —explica—. Ah, y un poco irlandés.

lola le dedica una mirada extraña.

—¿Te vas a presentar a candidato político como tu sofisticado padre?

Le echo una mirada a mi madre y ella se encoge de hombros en señal de disculpa. Debe de haberle contado a lola Cherry todo acerca de Royce. Y del congresista Blakely.

—Si mi padre se saliese con la suya, yo acabaría siendo como él —responde él.

—Entonces no seas tonto. Sé como JFK. Ese sí que era un presidente estadounidense. Y el traje le sentaba muy bien. Encantador. Guapo. Aunque era un conquistador. ¿Eres tú un conquistador?

Royce se echa a reír.

—Creo que no.

—¿Crees que no? Ya sueñas como JFK. Tendrías que presentarte a presidente.

—No, ese es mi padre, no yo.

—lola —la interrumpo—. ¿Cómo están tus amigas de la residencia?

—Oh, ellas —dice—. Están bien. Aburridas. Las mismas historias de viejas de siempre. La familia de mi hijo hace esto. La familia de mi hija hace esto otro. La familia de mi hijo tiene más dinero que la familia de tu hijo. Se me está saliendo la cadera. Ya no puedo comer cerdo. Todo eso me cansa. Yo solo quiero ver películas y bailar, pero la rodilla me duele mucho. Las veo a algunas de ellas bailar y me digo, «Eh, pero si te quedan dos pies. ¿Qué te pasa?», pero si no se lo enseño no me parece tan divertido.

A veces me siento mal por lola. La gente mayor de Filipinas nunca va a una residencia. Sus familias se hacen cargo de ellos. Pero entonces me recuerdo que no debo sentir pena por ella, porque a lola le gusta socializar con las demás personas. Se queja, pero gracias a ellos es el centro de atención constante, que es lo que más le gusta.

lola le devuelve la atención a Royce.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no llevas a Jasmine por ahí?

Le lanzo una mirada de «te lo dije» a mi padre. Royce me mira y sonrío.

—Quería conocerte —miente mi padre—. Ha escuchado hablar mucho de ti.

—¿Quieres que te golpee con el bastón? —amenaza ella a mi padre.

Él se echa a reír.

—Te pareces a Charlie Chaplin cuando andas con eso.

—Dilo otra vez. —lola lo dice como si lo estuviera retando.

—Háblenos de los chicos con los que quedaba cuando se escapaba en Cebú —le pide Royce—. ¿Cómo eran?

—No tienes ni idea. Había un militar de descanso que iba a clases a un lugar cercano. Luchaba en la Segunda Guerra Mundial. Tenía un agujero cicatrizado en el hombro de una bayoneta japonesa y podías meter hasta el dedo. Oh, y estaba aquel estudiante francés al que le gustaban mis bailes. Qué días aquellos. Vino una vez a verme a la clase de *ballet*. Estudiaba a los pájaros y política, ¿te lo puedes creer? Me llamaba su falconete. ¿Has visto alguna vez uno? Lustroso. Negro azulado. *Graznan kek kek kek kek* cuando vuelan entre los árboles.

—Para ya, lola —le dice mi madre—, estás dándole ideas a Jasmine.

A la mujer le brillan los ojos.

—Oh, yo no tengo que hacer nada. Es joven, tiene sus propias ideas, ¿no es así, *neneng*? No tengo que ayudarte a encontrar nuevas.

—No si yo puedo evitarlo —interviene papá.

Me fijo en si Royce está tan avergonzado como yo, pero no lo parece. Está sonriendo, se deja llevar.

—¿Por qué se mudó a Estados Unidos, lola Cherry? —le pregunta.

—Oh, ¿quieres escuchar esta historia? —pregunta ella. Antes de que Royce pueda responder, la mujer se inclina sobre la mesa y junta las manos como si se dispusiera a rezar—. En Filipinas, solía... Cuando tenía más o menos la edad de Jasmine, era bastante guapa, como ella. No es porque lo diga yo. Una noche me puse mi mejor vestido y salí de la casa de mi familia para ir a un baile en un bar. Vi a un hombre guapo bebiendo *whiskey*, apoyado en la barra, pero que no hablaba con nadie. Bueno, ya me conoces, no podía permitir que se pasara toda la noche sin hablar con nadie, así que me acerqué a él y le pedí bailar. Aceptó, pero enseguida lamenté mi decisión ¡porque tenía dos pies izquierdos!

Royce parece cautivado por la historia. Supongo que es divertida.

—¿Qué hizo? ¿Lo dejó tirado? ¿Le golpeó con el bastón?

lola se echa a reír.

—Ojalá hubiera tenido el bastón por aquel entonces, podría haberle enseñado un par de cosas sobre el ritmo. Respondiendo a tu pregunta, no, no lo abandoné. De hecho, me enteré de que era filipino, pero que había nacido en Estados Unidos. Había venido a Filipinas a buscar esposa. Y, bueno, ¿cómo decirlo? Me encontró a mí. Así que aquí estoy.

—¿Supo, así como así, que era para usted? —pregunta Royce, pero me está mirando a mí, no a ella, y siento que me ruborizo y sonrío.

—Sí, supe que era él. Así como así. —lola asiente—. Pero ya basta de hablar de mí —replica, poco típico de ella. Me doy cuenta de que hablar de su antiguo marido la pone triste. Se da la vuelta en el asiento y señala a mi padre con el bastón—. ¿Qué vas a hacer con vuestro problema con la ciudadanía?

Me alegra que haya cambiado de tema, aunque no estoy segura de querer formar parte de esta conversación.

—Hemos tomado una decisión —responde mi madre.

Me muestro sorprendida.

—¿Sí? ¿Y por qué yo no me he enterado?

—Porque nunca estás en casa —replica mi padre—. ¿Verdad, Royce?

Al aludido se le ponen las orejas rojas y se atraganta con el refresco.

—¿Qué habéis decidido? —pregunta lola, dándole golpecitos a la mesa con el bastón—. Si pensáis regresar a Filipinas, podéis llevarme con vosotros. Prefiero que me entierren allí, no me gustan los cementerios americanos.

—¿Qué les pasa a los cementerios? —se interesa papá.

Mi madre los interrumpe.

—Vamos a pedir el juicio de deportación.

—¿De verdad? —pregunto. Se me revuelve el estómago.

—Vamos a correr ese riesgo —responde mamá.

Royce y yo nos miramos. No sé quién de los dos parece más nervioso.

24

El fracaso me inspira. El proceso de la derrota... volver a levantarte es lo más duro del mundo.

—LOLO JONES

—Tienes que pasar más tiempo haciendo deberes —me dice mi madre el siguiente sábado por la noche cuando me estoy arreglando para ir a otra fiesta de Lo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

Aunque en nuestra familia hemos pasado por muchas adversidades juntos, estoy empezando a agobiarme por mis posibilidades de futuro. Cuanto más investigo sobre el posible éxito del juicio de deportación, más me enfado. El señor Alvarado se ha pasado de optimista con nuestras posibilidades.

—Deja de enfadarte tanto —me reprende—. No naciste en Estados Unidos, no tienes derecho a sus privilegios.

No me puedo creer que me haya dicho eso. Si así es como se siente de verdad, entonces no quiero estar en mi casa ahora mismo.

—Tú no lo entiendes. He trabajado duro. He hecho lo se me ha pedido. Y no va a servir de nada, no va a ayudarnos a quedarnos aquí. Ahora que al fin tengo algo en la vida que no habéis elegido vosotros. No me podéis controlar siempre, mamá. Ya tengo dieciocho años.

—Pasas todo el tiempo con ese chico. No es bueno para ti que vayas tan en serio con una persona a esta edad.

—¿De verdad vas a empezar a llamar a Royce «ese chico», mamá?

¿Qué ha pasado con lo de «ten cuidado» y confiar en que puedo cuidar de mí misma? Menuda estupidez, porque sé a ciencia cierta que le gusta Royce. Y, vaya pena, sí que vamos en serio.

Cuando mamá sale de la habitación, le mando un mensaje a Kayla para ver si ella y Dylan vienen ya de camino para recogerme. Llevamos mucho sin vernos, pues ella pasa la mayor parte del tiempo con Dylan y yo he vuelto con Royce. Tras quedar segundas en las Regionales, ya no tenemos tantos entrenamientos de animación, sobre todo actuamos en los partidos de baloncesto. Así pues, va a ser estupendo salir con ella.

Kayla me responde diciéndome que llegarán pronto. Con Royce me encuentro en la fiesta, ya que viene de algo que tenía que hacer para su padre. Me emociona que vaya a conocer a mis amigos, que vea cómo soy yo con gente que no es parte de mi familia.

—Hola, chicos —saludo cuando llegan. Dylan levanta el pulgar y Kayla tiene una enorme sonrisa en la cara.

—¿Qué tal? Ya verás cuando escuches su nueva canción. Es increíble.

—Estoy deseándolo. —Voy a último curso en el instituto, es sábado noche y pienso pasármelo bien con mi chico y mis amigos.

Esta fiesta es mucho más modesta que la primera a la que fuimos. En el patio solo están los chicos de la banda y sus novias, sentados en círculo alrededor de una hoguera y bebiendo cerveza.

Tomo asiento en una silla y bebo un poco de cerveza, que me hace sentir un poco mareada. Ojalá Royce ya estuviera aquí, pero sé que llegará en un rato. Es un trayecto de una hora para él. Puede que menos si no hay mucho tráfico y conduce rápido, como de costumbre. Escucho la conversación, que es, sobre todo, acerca de dónde debería de ir el grupo de gira.

No digo mucho. No paro de pensar en el juicio de deportación que se avecina. Si ganamos, podemos quedarnos, pero si perdemos, lo perdemos todo. También he estado pensando en lo frustrante que es que una ley pueda definir quién eres o cómo te ves a ti misma. Parece como si fuera menos que una persona porque no estoy de forma legal en este país.

Debe notárseme la frustración porque Kayla me da un golpecito con el pie y me pregunta, moviendo solo los labios, si estoy bien.

Dylan se da cuenta.

—Sí, pareces disgustada, ¿qué te pasa? —pregunta él.

Me encojo de hombros, pero de pronto me doy cuenta de que estoy al borde de las lágrimas.

—No es nada.

—No lo parece —señala Dylan con una sonrisa amable. Es muy simpático, me alegra que esté con Kayla—. Igual te sientes mejor si hablas de ello.

—Jasmine se ha enterado hace poco de que es una inmigrante ilegal —afirma mi amiga después de darle un largo sorbo a la cerveza.

Quiero sentirme traicionada porque cuente mi gran secreto como si no fuera gran cosa, pero sé que no es así. Solo intenta hacer lo que cree que es mejor para mí, y soy consciente de que opina que debería de ser más abierta con mi situación. De hecho, me sorprende que no se lo haya contado ya a Dylan, sobre todo porque no le pedí que no lo hiciera.

—Indocumentada —la corrijo.

—Madre mía —exclama Julian, que nos está escuchando—. ¿Y cómo te has enterado ahora de algo así?

—Sus padres no se lo habían contado. Les daba mucho miedo —explica Kayla.

—Menuda mierda —comenta Dylan—. No puedo ni siquiera imaginarme despertar un día y descubrir que no soy estadounidense. Qué locura. ¿Estás bien? Bueno, es una pregunta estúpida.

Lo se estira y posa una mano en mi rodilla.

—Jas, estamos a tu lado. Si hay algo que podamos hacer para ayudarte.

Niego con la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Julian, preocupado.

—No lo sé —Esbozo una sonrisa débil, pero es cierto que me siento mejor después de habérselo contado.

La puerta trasera de la casa de Lo se abre y salen al jardín su hermano pequeño, Eric, y el de Kayla, Brian. Los dos tienen más o menos la edad de Danny. Son un poco mayores, pero van al mismo colegio que él. Danny los menciona de vez en cuando, pero creo que no salen juntos.

—Tienes más invitados, Lo —le dice Eric.

Me vuelvo y veo a Royce y a Mason detrás de él.

¿Mason? ¿Qué hace él aquí? ¿Por qué lo ha traído Royce?

Brian se acerca a Kayla y le echa un brazo por encima.

—Eh, hermanita, ¿podemos quedarnos aquí con vosotros un rato? Al fin y al cabo, se supone que Lo y tú nos estáis vigilando.

—Sí —responde Lo antes de que pueda hacerlo Kayla—. Lo que queráis. Aunque no vais a tardar en aburrirlos. Y para vosotros no hay cerveza.

Me levanto, le doy un abrazo a Royce y le presento a la gente.

—Chicos, él es Royce. Ya os he hablado de él. Y este es su hermano, Mason. Royce, Mason, ellos son mis amigos —digo, y menciono los nombres de todos.

Lo sonrío y Julian levanta la cerveza. Dylan, Kayla y los demás saludan con la mano. Alguien ofrece una cerveza a los dos chicos.

Tiro de Royce hacia mi silla, donde se sienta y yo me siento en su regazo como hacen las otras chicas. Se inclina sobre mí y me susurra al oído.

—Lo siento. No quería traer a Mason, pero no me dejaba en paz y no quería perder la ocasión de verte.

Me vuelvo y le regalo una sonrisa ladeada.

—No pasa nada.

Parece aliviado. Esta semana no nos hemos visto en comparación con las semanas anteriores. Los dos tenemos que centrarnos en las clases. Últimamente está muy callado

cuando nos vemos; sé que está preocupado por el juicio de deportación, igual que yo. Cuando saca el tema, no me apetece hablar de ello, y eso lo frustra. Sigue ofreciéndome ayuda, pero esto es problema de mi familia, mío, no de él.

Mason se enzarza enseguida en una conversación con Kayla y Dylan, y todos ríen. Tal vez al fin se comporta como un chico amable.

Me equivoco.

Una hora o así más tarde, Mason se ha bebido tantos botellines de cerveza —y se ha terminado su petaca de *whiskey*— que se tambalea por el patio. Habla sobre fiestas locas a las que va en la universidad y el dinero que va a ganar cuando establezca su propio fondo de cobertura.

Me inclino sobre Royce y le susurro al oído.

—Me alegro de que hayas venido, pero deberías de llevarte a Mason a casa. Ha bebido demasiado...

No obstante, los más jóvenes, Eric y Brian, encuentran a Mason muy divertido y prácticamente lo veneran. No paran de hacerle preguntas de la universidad, pero entre respuesta y respuesta que los hace partirse de la risa, Mason parece muy interesado en Kayla, lo que, obviamente, está poniendo de los nervios a Dylan. Este tolera el flirteo hasta que Mason pone una mano en el muslo de mi amiga. Ella se queda paralizada y mira a Dylan, sin saber qué hacer o decir.

—Eh, tío —le dice Dylan a Mason—. Esto se está descontrolando un poco, creo que es hora de volver a casa.

Parece que no soy la única que quiere que se vaya.

—Sí —digo, bajándome, de mala gana, del regazo de Royce—. Se está haciendo tarde. Os acompaño afuera, chicos.

Pero, por supuesto, no resulta tan sencillo.

Mason aparta la mano de Kayla y se burla de mí.

—Oh, ¿aún sigues aquí, señorita Beca Nacional? ¿Aún no te han enviado de vuelta a tu isla?

—¿Qué isla? —pregunta Brian al tiempo que yo intento recuperar el aliento.

—La isla del tesoro —se ríe Mason—. Sea de donde sea, no es de Estados Unidos.

—Cállate Mason. No le hagáis caso, está borracho y me lo llevo a casa —indica Royce. Me dedica una mirada de disculpa, se levanta y se acerca a Mason para agarrarlo del brazo. «Lo siento», murmura en mi dirección.

Asiento. No pasa nada. Puedo aguantar al idiota de su hermano. Pero me siento afligida porque esperaba que Royce y yo pudiéramos pasar algo de tiempo a solas esta noche, y eso no va a suceder. Hago un esfuerzo por no enfadarme porque le haya contado

a Mason cuál es mi situación legal. Son familia.

—Ah, venga ya —se quejan Eric y Brian—. Mason es divertido, dejad que se quede.

Lo les lanza una mirada asesina. Julian parece dispuesto a ayudarla a echar a todo el mundo de la casa. Kayla tiene una mirada de terror en la cara.

Mason se aparta de Royce con un gesto violento.

—Bien, vámonos. De todas formas, no sé qué hago con un grupo de estudiantes de instituto estúpidos en medio de ninguna parte.

Royce me lanza una mirada cargada de un montón de sentimientos que no puede expresar.

Por extraño que parezca, aunque Mason haya estado horrible, me alegra que todos sepan cuál es mi situación. Royce, Millie y Kayla tienen razón, necesito que la gente sepa qué es lo que me está reconcomiendo, qué le sucede a mi familia. No puedo sobrellevar esto yo sola. Ahí fuera hay mucha gente odiosa. Tengo que empezar a reunir apoyo de la gente que se preocupa por mí.

25

Pies, ¿para qué los quiero si tengo alas para volar?

—FRIDA KAHLO

El despacho de la señora García está helado. Lleva puesto un jersey y ya me he enfriado después del ejercicio que he hecho en clase de Educación Física. Cuento en silencio los vellos de punta de los brazos. Mi piel parece un alfiletero.

—¿Por qué has venido a verme, Jasmine? —me pregunta—. ¿Ya has recibido noticias de las universidades? Es aún pronto si solicitaste la admisión anticipada.

—No he solicitado admisión anticipada. Tengo algunos problemas. La última vez me dijo que podía hablar con usted si lo necesitaba. —Me dan ganas de darme una bofetada por ser tan imprecisa.

—Por supuesto, ¿qué sucede?

Intento contárselo, pero me cuesta. Siento calor en las mejillas y de repente se me queda la garganta seca. Me obligo a pronunciar las palabras.

—He descubierto que soy una indocumentada —susurro—. Nací en Filipinas, pero siempre he pensado que mi familia tenía permiso de residencia. Resulta que no es así. Mis padres me han contado que estamos aquí ilegalmente. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Oh, querida, no esperaba esto —se lamenta la señora García. Se levanta de la mesa, se acerca a mí y me echa un brazo por encima—. Lo siento mucho, ¿cuándo te enteraste?

Tomo aliento e intento controlarme.

—Cuando me concedieron la Beca Nacional —admito—. No puedo aceptarla. Lo lamento mucho —murmuro.

—Oh, Jasmine, yo también lo lamento. —Se quita las gafas y se limpia los ojos ella también.

Me siento fatal. Sé que estaba muy orgullosa de mí, soy su mejor estudiante.

—Me alegra mucho que me lo hayas contado. Es una carga muy pesada para que la soportes tú sola —señala.

Asiento y cojo varios pañuelos más.

—Me siento muy sola. Y me da miedo que la gente me juzgue si se entera. Que no me quiera aquí.

—¿Así ha reaccionado la gente cuando se lo has contado?

—No —admito. Me limpio la nariz con la manga de la camiseta cuando la caja se

queda sin pañuelos de papel—. ¿No cree que me voy a meter en problemas con el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas?

La señora García busca en el escritorio más pañuelos y me pasa una caja nueva.

—Hay muchos chicos en este instituto, y miles únicamente en Los Ángeles, que no tienen documentación. El creciente número hace imposible que el Servicio de Inmigración los deporte a todos. Eres una buena chica, no van a molestarte.

Tiene razón. He leído las estadísticas de inmigrantes que hay en California, aunque a mí no me parecen reales. Solo son números, no gente. Al hablar con la señora García es la primera vez que entiendo de verdad que hay mucha gente que está pasando lo mismo que yo. No soy la única. Ni la primera. Y está claro que no seré la última.

Las lágrimas empiezan a caer de nuevo. ¿Cómo he podido ser tan egocéntrica?

La señora García apoya una mano en mi hombro.

—Échalo fuera.

Y eso hago.

—Ni siquiera sé ya quién soy. —Me siento un fantasma en mi propio país. Da igual lo que haga, siento que me desvanezco, que me convierto en una sombra. Me esfuerzo mucho por resistir, pero no sé si puedo más—. Quería contárselo por si conoce universidades que ofrezcan préstamos a gente como yo.

La señora García regresa al escritorio y parece aliviada al contar con una tarea.

—Me pondré a investigar. Tiene que haber algo para una chica con tanto talento como tú.

—Gracias, señora García. Eso espero.

En el siguiente entrenamiento, la entrenadora Davis llama al grupo a una reunión de emergencia. Tiene un anuncio importante que me concierne a mí. La señora García me obligó a prometerle que se lo contaría a ella. «Tu entrenadora y tu equipo pueden ser un gran apoyo para ti».

Todas están reunidas con la ropa de calle, hablando y riendo. Verlas me recuerda lo mucho que las decepcioné en las Regionales. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que esas chicas son mis hermanas. Todo el grupo es mi familia. Esta es mi familia estadounidense. Lexie, Deandra, Emily, Anabel, Natalia, Taylor, Rosa, Kayla. Haríamos cualquier cosa las unas por las otras. No obstante, a pesar de ser mis hermanas y de que las adoro, no sé qué pasará cuando se enteren de la verdad sobre mí.

Cuando se lo conté a la entrenadora Davis, apenas me dijo nada. Se limitó a murmurar un «De acuerdo» y, después, «Vamos», y recorrimos el pasillo hacia el gimnasio.

La entrenadora me pone delante del grupo.

—Siento haber llegado tarde, chicas, pero vuestra capitana ha acudido a mí por un asunto importante.

—¿Tiene el periodo? —pregunta Deandra—. Como una más de nosotras se sincronice...

Muchas de las chicas se echan a reír.

Estoy aterrada. Ojalá el problema fuera el periodo.

—No es nada de eso —responde la entrenadora—. Es algo serio, Deandra.

La aludida siempre se toma las cosas a broma, pero se da cuenta de que esto es importante y se disculpa rápidamente.

—Lo siento, entrenadora.

La mujer espera a que las chicas se queden en silencio y se aclara la garganta.

Quiero morir por dentro, pero me mantengo fuerte porque eso es lo que espera de mí el grupo.

—Quiero decir algo que ya he dicho con anterioridad —continúa la entrenadora—. Tenéis que apoyaros las unas en las otras. Tenéis que compartir vuestros problemas, confiar en vuestras compañeras para que os ayuden. ¿Verdad?

—Sí —responden Kayla y otras cuantas.

—Cuando una de nosotras sufre, el resto sentimos dolor. Cuando Chelsea perdió a su hermano por culpa del cáncer, ¿no nos reunimos todas para mostrarle nuestro apoyo?

—Recaudamos veinte mil dólares —interviene Deandra.

La entrenadora no se detiene.

—Cuando Denise enfermó de meningitis, ¿no fuimos todas al hospital? Os vi a todas vosotras junto a su cama.

—Lo hacemos porque nos queremos —señala Kayla, mirándome. Chelsea y Denise se graduaron el año pasado, pero mantenemos el contacto con ellas.

—Así es. Nos queremos —afirma la entrenadora—. Chicas, ha pasado algo. Ahora mismo vuestra capitana os necesita. Me gustaría decir que nunca he conocido a nadie que sea tan buena ciudadana como Jasmine de los Santos. Ni tampoco vosotras. Pero ahora mismo lleva una carga muy pesada. Es un tema muy delicado y necesita confiar en vosotras para que no digáis nada fuera de aquí. ¿Puede fiarse de vosotras?

Las chicas asienten. Lexie se acerca a mí y me echa un brazo por el hombro. Las trenzas que lleva me acarician el cuello.

—Tendrías que haber dicho algo, Jas.

—Lo sé. —Trato de reprimir las lágrimas.

—Jasmine acaba de enterarse de que su familia es indocumentada y, por ahora, no tienen forma de quedarse en este país de forma legal. Con las leyes actuales no es posible. Desconozco cómo ha podido ocultarnos esta información. Esta noticia ha destrozado a su familia y necesita nuestro apoyo. Así que antes de que empecemos hoy a hacer nada, sabemos qué es lo que tenemos que hacer.

Las lágrimas me corren por las mejillas cuando todas se mantienen unidas. Se acercan una a una, y dos, y tres y me abrazan. Me dicen que todas cargarán con mi dolor.

—Te queremos —me dice Kayla—. No tienes que pasar esto tú sola.

Me trago cada lágrima.

—Gracias. No puedo expresar lo importante que es para mí vuestro apoyo.

Cuando todas las chicas me rodean, la entrenadora vuelve a hablar.

—Tengo otro anuncio más. Es por eso por lo que convoqué esta reunión. El equipo que nos ganó en las Regionales, el instituto Foothill, ha sido descalificado.

—¡Sí! —chilla Deandra.

Kayla se lleva las manos a las caderas.

—¿Por qué?

—Parece que llevaban meses trabajando con un coreógrafo antes de que empezara la temporada. Alguien las denunció la semana pasada.

—¿Qué supone eso para nosotras? —pregunto con la esperanza de que sea una buena noticia.

—Como nuestro equipo quedó en segundo lugar —explica la entrenadora—, nos han ascendido a primeras. Vamos a las Nacionales.

Siento que estoy a punto de echarme a llorar de nuevo. ¡Vamos a las Nacionales!

Al día siguiente le hago una visita a Millie para darle las gracias por animarme a sincerarme con la gente acerca de lo que me está sucediendo. Se alegra de verme, lo que, por supuesto, me hace sonreír, aunque también me siento preocupada por ella. No parecía tan bien al teléfono cuando me pidió que fuera a visitarla la próxima vez que tuviera ocasión. Me dijo que tenía algo que enseñarme.

—¡Jasmine! ¿Qué haces aquí?

—Me dijo que me dejara caer si venía por la zona. Lo siento, ¿es un mal momento?

—No, no. Entra. Por supuesto, me alegro de verte. —Mira detrás de mí—. ¿Has venido con alguien? No me siento muy bien, y seguro que no tengo un aspecto ideal.

Va vestida con un camisón a pesar de ser ya media mañana. ¿Tiene bien el corazón? ¿Ha vuelto a sufrir un brote de pancreatitis? ¿Está cuidando su hijo de ella?

—No, me ha traído mi novio. Vive cerca de aquí. Le dije que volvería a casa en

autobús. —Royce tenía una obligación familiar y lamentaba no poder llevarme a casa después de la visita. Le aseguré que era mi novio, no mi chófer, y que no tenía que preocuparse por ello.

—No tenías por qué. —Millie abre más la puerta para que entre—. Podía haberse quedado también, siempre y cuando no le importe ver a una mujer en camisón.

—No pasa nada. Tenía una reunión con su padre. Solo lo ve durante estas reuniones. —Cuando Millie cierra la puerta, le doy un abrazo e inspiro su olor a vainilla—. Lo siento, ¿tendría que haber llamado?

—No, cariño. Es estupendo tener a alguien por aquí, para variar. Ya sabes, hubo un tiempo en el que venía siempre mucha gente, pero ahora, con todas estas tecnologías, la gente te manda mensajes, o te llama, o te escribe correos electrónicos, o te avisa por mensaje de que va de camino. Es agradable, ¿cuántas veces te sorprende una visita ya? Ven conmigo a la cocina.

Saca un plato de galletas.

—¿Té? —me ofrece.

—Agua está bien, y puedo cogerla yo. —Alcanzo una jarra de agua del frigorífico y me echo en un vaso.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y comemos galletas. Son de esas que vienen en una caja de lata azul. ¿Todas las abuelas las tienen? La mía sí, y lola Cherry también.

Le cuento la última noticia, que el equipo va a las Nacionales y que al fin he empezado a contarle a la gente mi situación.

—¿Te sientes mejor ahora que lo sabe todo el mundo? ¿Te alivia un poco de presión, al menos? —Se pone en pie para ir a por más galletas.

—Supongo, no lo sé. —Pensaba que Millie se iba a poner más contenta, pero parece melancólica.

—Así es la vida, Jasmine. Está repleta de momentos duros. Habrá otros peores en el futuro.

No me apetece pensar en eso ahora mismo, pero sé que tiene razón. Tengo que prepararme, porque cabe la posibilidad de que no ganemos las Nacionales. O, peor aún, mi familia puede perder el juicio de deportación.

—¿Me dijo que tenía algo que enseñarme? —pregunto.

—Oh, Jasmine. —Se agarra el costado y se dobla sobre sí misma por el dolor. Debe de ser pancreatitis.

—Venga, sentémonos en el sofá. —Le echo un brazo por el hombro.

Ella niega con la cabeza.

—No, no. El dolor viene por momentos. Ahora se irá. Habré comido algo demasiado

pesado en el desayuno.

La sostengo hasta que es capaz de ponerse de nuevo recta. Se pone a mirar en los armarios de la cocina, buscando algo.

Hojea una pila de documentos y papeles y me pregunta por el juicio.

—Tu padre no me ha dicho la fecha del juicio, ¿la tenéis ya? —me pregunta.

—Aún no. He buscado información y, en algunos casos, el proceso puede durar hasta cerca de dos años. El abogado cree que nos darán una fecha temprana, lo que es bueno, aunque también malo porque, si perdemos, tendremos que marcharnos antes. Pero mi madre dice que no podemos vivir con miedo y que tenemos que intentar conseguir la legalidad. Debemos de arriesgarnos.

—Tiene razón tu madre. Sin riesgos no hay recompensa. —Vuelve a la mesa y me enseña un recorte de papel amarillento.

—¿Qué es esto? —pregunto y trato de leer las letras desteñidas.

—Fue mi aceptación en la escuela de Arquitectura —indica—. Deseaba ser arquitecta, en lugar de aparejadora.

—¿Y por qué no lo fue?

—Pasé un verano trabajando en el despacho de Jean Prouvé en París. Fue una de las épocas más felices de mi vida. Pero cuando regresé a Estados Unidos, me daba miedo hacer lo que quería, así que terminé dedicándome a algo más seguro y comercial. Mi padre era constructor y yo tenía el grado de Ingeniería, por lo que ya conocía el oficio. Quería crear estructuras bonitas, trabajar para Richard Neutra y Frank Lloyd Wright. En lugar de eso, erigimos aburridos centros comerciales. Es de lo que más me arrepiento en la vida.

Coge el papel y lo dobla.

—Pase lo que pase en el juicio, persigue tus sueños, Jasmine. No esperes a que la vida tome la decisión por ti.

26

Recuerda, el esfuerzo que hacemos para conseguir algo bonito nunca se considera perdido.

—HELEN KELLER

Es mediados de enero, faltan dos noches para que me marche a las Nacionales, y se supone que voy a salir con Royce, pero ha cancelado la cita en el último momento.

—Lo siento, Jas. Tengo una cena de mi padre.

Últimamente pasa mucho tiempo con él. Me dan ganas de preguntarle por qué no puede llevar acompañante. ¿O es que no quiere llevarme a mí porque no soy lo bastante buena para la cena benéfica tan elegante a la que va? Pero no digo nada.

—Está bien. Nos vemos cuando vuelva.

—Vais a ganar —me anima—. Ojalá pudiera ir.

Estoy decepcionada por no verle, pero no permito que eso me distraiga como pasó la última vez. No va a ser sencillo ganar las Nacionales, como tampoco lo va a ser ganar el caso de deportación. Puede que lo segundo escape a nuestro control, pero sí puedo controlar lo bien que lidero al equipo. Tengo que centrarme por ellas, por nuestra hermandad. Millie tiene razón, no puedo consentir que la vida me distraiga de lo que quiero hacer.

En el vuelo a Florida del día siguiente hay muchas turbulencias. Le cojo la mano a Kayla, que odia los aviones, hasta que aterrizamos en Orlando.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —responde, pero tiene la mirada perdida. Caigo en la cuenta de que no hemos hablado de lo que sucedió en la fiesta de Lo. Me parece que está avergonzada porque Mason le tiró los tejos delante de Dylan.

Hace calor aquí. Un calor pegajoso. Llegamos al hotel, que está a menos de un kilómetro y medio de Disney World, donde se celebra la competición. Tenemos una reunión del equipo y después nos vamos a la playa a relajarnos. Cojo un poco de arena para meterla en una botellita para mi colección. Al día siguiente, en el entrenamiento, las chicas están nerviosas, pero las animo para que tengan confianza.

El año pasado fuimos a las Nacionales, pero quedamos solo en tercer lugar. En esta ocasión tenemos que ganar.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —digo en nuestra última reunión antes de competir en el Campeonato Nacional de Animadoras de Secundaria de la Asociación Universal de Animadoras—. Hemos practicado mucho. Hemos entrenado el cuerpo y perfeccionado los movimientos todo lo que hemos podido. Ahora se trata de un juego mental. Lo habéis conseguido, chicas. Creo en vosotras.

La entrenadora Davis ni siquiera tiene que hablar. Se mantiene detrás y observa cómo nos preparamos. Comenzamos la rutina de estiramiento mientras los demás equipos compiten en el centro del auditorio. Las chicas están tan concentradas que nadie habla ya. Mantengo la mente alejada de todo excepto de las acrobacias y de mis compañeras.

Después de estirar unos minutos, la entrenadora nos avisa de que somos las siguientes en actuar. Nos levantamos y comprobamos las coletas y los cordones de las zapatillas de las demás mientras el presentador anuncia al instituto Chatsworth por el micrófono.

Les grito a las chicas en un intento de infundirles coraje. Por un momento me preocupa Kayla, que ha estado muy callada todo el viaje, pero cuando nuestras miradas se encuentran, ella asiente, decidida, y sé que no nos va a decepcionar.

—Sois todas unas campeonas, ¡actúa como tales!

Las chicas me siguen hasta las colchonetas. Cientos de personas nos miran bajo las luces. Nos inclinamos, bajamos la barbilla al pecho y esperamos a que suene la música. Cuando esta brama en los altavoces, señalo el inicio.

Comenzamos con fuerza con las piruetas, clavando los aterrizajes y los giros completos. Empieza la secuencia de la acrobacia y las bases alzan a las voladoras, que hacen a la perfección la forma del escorpión. Cada grupo está en su puesto justo a tiempo. Volamos durante el resto de la rutina, haciendo volteretas, animando, llevando a cabo las acrobacias, y apenas cometemos errores. Cuando termina la música, no me puedo creer lo bien que lo hemos hecho. El público entero nos ovaciona en pie.

Sé, incluso antes de que lo anuncien por los altavoces al término del evento, que hemos ganado.

La forma más común de que la gente renuncie a su poder es pensando que no lo tienen.

—ALICE WALKER

Estoy tan feliz que ni siquiera puedo describir la emoción. Ganar te deja mentalmente exhausta al tiempo que eufórica en algún punto en medio de un banco de nubes que se ciernen sobre el brillo rosa de una puesta de sol.

Cuando al fin llego a casa, me lanzo a los brazos de mis padres, que me reciben en la puerta de casa.

—¡Estamos muy orgullosos de ti, Jas! —Me doy cuenta de lo afortunada que soy por tenerlos. Saben lo duro que he trabajado.

En la entrada está el ramo de flores más grande que he visto nunca. Es de Royce, por supuesto. Sonrío de oreja a oreja mientras leo la nota.

Este campeonato nacional no podría haber llegado en un momento mejor para todos. Hasta Lola Cherry se muestra dulce y alegre cuando viene a visitarnos. Y Danny e Isko también están orgullosos de su hermana mayor animadora.

Siento que la confianza que tenía en mí misma regresa. Aunque en esta ocasión es distinto. Antes de que se nos presentaran los problemas, pensaba que yo era perfecta. Creía que merecía más que ninguna otra persona porque había trabajado mucho. Ahora la confianza viene con la certeza de que puedo conseguir cualquier cosa con persistencia y mucho amor por parte de mi familia y amigos.

Cuando llego al instituto el lunes, empiezo a entender lo importante que es para mí mi grupo de apoyo. Estamos celebrando la victoria con una reunión en el gimnasio, donde vamos a presentar la rutina de la victoria. Todo el instituto asiste. El instituto Chatsworth no ha ganado nunca un campeonato nacional de animadoras, por lo que todos están muy orgullosos. Incluso la gente que menosprecia a las animadoras y opina que somos meras muñequitas en minifalda. La banda de música toca nuestro himno. Todo el mundo nos anima.

Nuestro equipo tendría que tener a su propio grupo de animadoras. Conduzco a las chicas al centro para prepararnos para la actuación. Hay tanto ruido que apenas oigo lo que nos dice la entrenadora Davis. Cuando tomo posición, alzo la mirada y veo a todos los docentes del instituto, los grupos de deporte y los directores mirándonos. Cuando la entrenadora prepara la música de la rutina, grito al equipo.

—¡Kayla es quien guía! —exclamo—. ¡Ella es la capitana de esta actuación!

Mi amiga asiente en mi dirección. Está en modo animadora profesional, concentrada y preparada. Nos da la señal para que empecemos y todas bajamos la cabeza a la espera de que empiece la música.

Es entonces cuando veo a Royce en un rincón del gimnasio. Me escribió un mensaje la noche anterior diciéndome que intentaría venir y me da un vuelco al corazón, como siempre que estoy con él. A pesar de que solo hace un par de días que no nos vemos, me parece una eternidad. Lleva puesta la corbata que le regalé en Navidad. Se da cuenta de que lo estoy mirando y me saluda con la mano. No puedo devolverle el saludo, así que le guiño un ojo. De pronto suena la canción por los altavoces y el gimnasio se vuelve loco.

Empezamos la rutina. Todas clavamos las marcas, igual que en las Nacionales, pero queda claro que hoy nos lo pasamos mucho mejor con los movimientos. Sonreímos con ganas y hacemos algunos contoneos extra y otros ajustes para contentar al público. Estamos por fin en casa.

Cuando termina la actuación, el equipo de dirección nos hace reunirnos en torno a nuestro trofeo para que nos hagan fotos mientras el DJ reproduce música para los estudiantes mientras esperan. Me quedo muy quieta lo suficiente para que el fotógrafo haga una foto y después echo a correr entre los jóvenes que bailan y cantan en busca de Royce. Intento localizarlo buscando la bandera de la corbata, pero no lo veo en ninguna parte. Ya se ha ido. Me comentó que tenía una tutoría, pero me habría gustado que nos hubiéramos podido saludar. Me alegra que haya venido, pero ojalá se hubiera quedado.

Mi familia decide celebrarlo en casa después de clase el siguiente viernes.

En la puerta, muestro a nuestros invitados dónde dejar los zapatos. Aunque nunca diría nada a un invitado, mi madre me mataría si dejo que la gente camine por la alfombra con los zapatos puestos. Ayer pasé toda la noche con ella, asegurándome de que la casa estuviera completamente limpia para la fiesta. Podemos las plantas de bambú de interior y limpiamos los tiestos, le quitamos el polvo a la colección de estatuillas de elefantes de mi padre que ocupa ya toda la casa y pasamos el aspirador a las alfombras.

Deandra, Anabel, Lexis y Kayla dejan los zapatos en la entrada al tiempo que hablan y ríen. Sé toda la comida que puede cocinar mi madre cuando invita a algunas de sus amigas, por lo que no me muestro tan asombrada como las demás cuando mis compañeras de equipo se encuentran, literalmente, con montañas de panceta, cerdo, *lumpia*, arroz y verduras asadas. Aunque somos muchos, mi madre ha hecho tanta comida que seguro que tenemos que pedirles a los invitados que se lleven un poco a casa.

—¿Dónde están tus hermanos? —me pregunta mamá cuando saca una sartén del horno. Las chicas están alrededor de la mesa de la cocina, hablando—. Se supone que tendrían que estar aquí ayudándome.

En cuanto saca una sartén, yo meto otra.

—Seguramente de camino a casa.

—Ya, tienen que estar caminando muy lento. Es curioso lo que tardas en llegar cuando sabes que tienes que trabajar en cuanto llegues a casa. Tú eras igual.

—Yo siempre he cumplido con las tareas —protesto.

Mi madre niega con la cabeza mientras echa comida de la sartén al plato.

—Cuando aparezcan tus hermanos, diles que no pueden jugar a los videojuegos.

—No les va a hacer gracia —respondo, preguntándome dónde estará Royce.

Llega tarde a mi fiesta, y él nunca llega tarde. Es algo que aprendió de su madre. Nos hemos escrito mensajes y he hablado un par de veces con él por teléfono, pero llevamos unos días sin vernos de verdad. Estoy empezando a preocuparme, a pesar de que no hemos discutido ni ha pasado nada. Se ha disculpado un montón de veces por el comportamiento de Mason en la fiesta de Lo, pero le he dicho que no pasa nada y creo que me ha creído. Supongo que debería de contarle cómo me siento con respecto a su hermano, pero no quiero ocasionar ningún problema. Además, no quiero pensar en ese idiota ahora mismo. Esta es mi fiesta.

Mi padre ha convencido a algunas chicas para jugar al dominó. Me mira y empieza a atacarme.

—*Neneng*, ¿por qué no vas a limpiar tu habitación? Seguro que tienes tareas que hacer.

—¿Así es como me felicitas? ¿Haciéndome trabajar?

—Exacto. El trabajo endurece a una animadora —dice, y vuelve al juego—. Chicas, así es como domino vuestro futuro.

Algunas de las demás ya están comiendo. Deandra parece tener el metabolismo del grupo entero y ya va por los terceros. No sabemos cómo mantiene su pequeño cuerpo tan esbelto, seguro que trabaja más duro que el resto de nosotras. A lo mejor todas las payasadas que hace queman más calorías de lo que pienso.

Lexie debe de estar pensando lo mismo.

—¿No has comido nada todo el mes antes de las Nacionales? —le pregunta.

Deandra sonrío y contesta con la boca llena.

—No se puede desperdiciar la buena comida como esta. —Se vuelve hacia mí—. Mi madre cocina fatal. Si yo tuviera todos los días esta comida, tendría cinco veces mi tamaño.

Al fin llega Royce. Prácticamente me lanzo a sus brazos, pero él solo me da un beso rápido en la mejilla cuando entra en la cocina.

—Hola, cielo —me saluda con aire distraído—. ¿Llego tarde?

—Un poco, ¿dónde estabas?

No me responde y parece tenso, como si no quisiera estar aquí. Él nunca ha sido así. ¿Es que no quiere estar con las animadoras? Ya conoce a Kayla, por supuesto, pero no al resto de chicas. Alcanza un poco de *lumpia* de la bandeja, su favorito.

—Estaba con Mason —responde al fin.

—¿Todo bien? —Como ya he dicho, no soy una gran admiradora de Mason, pero intento mostrarme agradable. Si uno de mis hermanos tuviera problemas, yo esperaría lo mismo de Royce.

—Sí, sí, ya sabes cómo es —señala, restando importancia al asunto—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Comida y chicas? ¿Qué más podría desear un chico?

—Idiota. —Le saco la lengua. Suelo ponerme celosa muy fácilmente, pero estoy encantada de verlo—. Voy a por algo de beber, ¿quieres algo?

—Estoy bien. —Al fin me sonrío—. No llevas el uniforme de animadora.

—Oh, te ha gustado, ¿eh? —Me llevo las manos a las caderas y finjo enfado.

Se encoge de hombros y el corazón me da un vuelco. Se sienta en un taburete y yo me inclino sobre su espalda, rodeándole el cuello con los brazos y apoyando la barbilla en su cabeza. Este es el gesto más afectivo que hemos demostrado en público con mi familia, pero creo que podrán con ello.

En cuanto me aparto para ir a por algo de beber, Kayla se acerca a él. Los escucho hablar mientras me sirvo té en la mesa de las bebidas.

—Hola, Kayla —la saluda y tiende la mano para estrechar la suya—. Qué bien verte de nuevo.

Qué idiota. ¿Qué adolescente le estrecha la mano a una chica que ya conoce? El hijo de un político, ese. Probablemente le salga de forma automática.

—Igualmente —responde ella—. Qué bien que hayas podido venir. ¿Cómo está tu...?

—Bien —la interrumpe—. Estamos todos bien.

—Ya, mejor voy a echar un ojo al dominó. Normalmente hay que vigilar al padre de Jasmine para que no haga trampas. Nos vemos.

—Sí —dice él—. Seguro que nos veremos.

¿Qué significa eso? ¿Por qué la va a ver? ¿Cuándo? Vuelvo con él pensando en lo raro que me parece que Kayla se haya acercado a él. A lo mejor solo intentaba hacer que se sintiera cómodo, pero me da la sensación de que hay algo más.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunto.

—Nada, solo estábamos saludándonos.

No sé por qué, pero noto una punzada de celos en el estómago cuando veo a Kayla alejarse al otro extremo de la habitación.

No sé cómo irán las cosas con Dylan. Esperaba que viniera hoy, a pesar de que no es del tipo de personas que le gusten las multitudes. Aunque... ella se ha mostrado muy extraña con Royce. ¿O es que estaba flirteando? No lo sé. La mente me va a mil. Miro a Royce, los celos transformados ahora en un monstruo iracundo de ojos verdes.

«Vamos, Jas. Para. En serio, tu mejor amiga no intenta robarte a tu novio».

—Voy a presentarte a algunas de las chicas. —Nos acercamos a donde están mis compañeras—. Royce, estas son Anabel, Natalia y Deandra. Están conmigo en el equipo.

—Hola, enhorabuena a todas... Encantado de conoceros. —Habla un poco con ellas, pero después me lleva a otra parte.

—¿Qué pasa?

Pone una mueca y se mira el reloj.

—Lo siento, Jas, pero tengo que irme.

—¿Te vas?

—Sí. —Arrastra un poco los pies.

—Pero si acabas de llegar.

—Ya lo sé, pero mi padre...

Me doy cuenta de que todo el mundo mira a otra parte para ofrecernos privacidad, pero estoy avergonzada. Estaba muy orgullosa de presentárselo a todo el mundo, pero me doy cuenta de que este no es él. Está nervioso y no me mira a los ojos.

—Apenas nos hemos visto desde la semana de antes a que me fuera a las Nacionales. Si te vas ahora, lola Cherry se va a enfadar por no verte. Ni siquiera ha llegado aún. ¿Has saludado acaso a mis padres? ¿Puedes quedarte un poco más?

Me aparta con amabilidad la mano de su brazo.

—Tengo que irme de verdad —concluye—. Lo siento. Quería asegurarme de pasar al menos unos minutos aquí. Te lo compensaré, prometido.

Me da un beso rápido y se vuelve a disculpar.

—Lo siento mucho.

—De acuerdo, vete. ¿Hablamos luego?

—Sí, hasta luego —dice y vuelve a disculparse.

Desearía preguntarle qué hace con su padre últimamente, pero no quiero parecer posesiva. No me gustaría ser uno de esos estereotipos de chicas inseguras. Tendrá sus razones para marcharse tan rápido y yo tengo que confiar en él.

Deandra se acerca a mí en cuanto él se va.

—¿Adónde va? Iba a darle un poco de mi *lumpia*. Creo que estoy empezando a empacharme.

—Tenía que hacer algo con su padre.

—¿En serio? Probablemente esté muy ocupado. He oído que su padre es un congresista o algo así.

—Sí —respondo, un poco molesta por el hecho de que lo único que la gente sepa de Royce sea el nombre de su padre. Le quito el plato a Deandra—. Dame esto, tengo hambre.

—Claro, están estupendos. Tu madre es una cocinera excelente.

Justo en ese momento oigo a mamá gritar.

—¡Danny! —No es su voz habitual. Parece histérica. Preocupada.

Me doy la vuelta y resuello. A mi hermano le sale sangre de la nariz y de la boca. Tiene los ojos hinchados, prácticamente cerrados. Isko lo ayuda a caminar, y está a punto de caer por el peso extra. Algunas chicas del equipo de animación salen corriendo de inmediato para sujetarlo.

—¿Qué ha pasado? —grita mi madre—. ¡Angelo! ¡Ven aquí ahora mismo! —llama a mi padre.

—Eric y sus amigos nos han llamado RSB y después le han atacado —explica Isko—. Nos han dicho que volvamos a nuestra estúpida isla. He intentado defenderme, pero Danny me ha dicho que me vaya corriendo.

—¿Qué es un RSB? —pregunta Deandra.

—Recién salido del barco³ —respondo. «¿Volved a vuestra estúpida isla?». Eric se lo escuchó a Mason en la fiesta de Lo. Veo borroso de lo enfadada que estoy.

Mi padre se lleva a Danny al sofá y mamá va a coger hielo. Mi hermano hace un gesto de dolor y se toca el costado, donde seguramente le hayan golpeado. Una de las chicas ya ha cogido trapos húmedos para limpiarle la sangre. Tiene un aspecto horrible. Esto no ha sido simplemente una pelea de patio de colegio. Le han dado una paliza de verdad. Querían hacerle daño.

Estoy tan enfadada que me dan ganas de salir y darles una lección a esos chicos, a pesar de que tengo al menos cinco años más que ellos y peso como quince kilos más.

—¿Quién es Eric? —pregunta mi padre, que sostiene a Danny.

Yo lo sé.

Isko vuelve a hablar por su hermano.

—¿Conoces a Lorraine? Era amiga de Jasmine. Ha sido su hermano pequeño, Eric, el que ha dado el primer puñetazo. —Echa un vistazo a la habitación. Ve a Kayla apoyada contra una pared y la señala—. Pero ha sido su hermano, Brian, quien lo ha empezado todo.

3 N de la T: traducción literal de *Fresh off the boat* (*FOB*), que hace alusión a los inmigrantes recién llegados.

Hay que tener un gran valor para enfrentarse a nuestros enemigos, pero se necesita aún más valor para enfrentarse a nuestros amigos.

—J. K. ROWLING,
HARRY POTTER Y LA PIEDRA FILOSOFAL

Kayla se va de la celebración en ese mismo instante, sin explicaciones ni disculpas. No sé qué pensar. Estoy muy confundida, y también enfadada. La fiesta termina poco después y Deandra se lleva a casa un recipiente enorme con comida. Papá está furioso, pero se tranquiliza en cuanto Isko cuenta cómo han pegado a Danny. Nunca se me olvidará la forma de mirarme de mi padre al escuchar que han sido los hermanos pequeños de mis amigas los que han hecho esto. Quiere respuestas. Su hijo está herido.

—Me enteraré de lo que pasa —le prometo y me levanto de la silla.

—Más te vale —responde—. O lo haré yo.

—Papá, yo me encargo.

Decido empezar con Lo antes de hablar con Kayla. Ella no vive tan lejos. Deandra se ofrece a llevarme y, cuando llegamos, Eric está fuera de la casa. Al verme se da la vuelta y entra. Tengo que decir que me dan ganas de estamparle la cabeza contra una pared, pero eso no va a arreglar nada.

Me duele que haya sido el hermano de Lo quien haya atacado a Danny. Siempre he pensado que es igual de amable que ella. Pero los niños siguen a otros niños, ni siquiera piensan en lo que hacen o en por qué están enfadados. Probablemente ese sea el problema. Voy a resolver esto. Lo se lo contará a sus padres y todo se arreglará.

Deandra me asegura que me va a esperar y yo me dirijo a la puerta y llamo. Me alegra que sea Lo quien me abra.

—¡Jas! Qué alegría verte. ¡Ha sido estupendo! Tienes que estar muy orgullosa. ¿Está contenta tu familia?

—Sí —respondo—. Acabamos de celebrarlo. Mi madre ha hecho comida para el equipo.

—Invítame a la siguiente. Me encanta la comida de tu madre. Oye, ¿cómo va el tema de la inmigración? Quería llamarte. ¿Está todo bien? —Abre más la puerta—. Qué descortés soy, ¿quieres entrar?

—Sí, claro.

No me apetece tener esta conversación con Lo. No hace mucho que volvemos a ser buenas amigas. Me lleva al salón y me siento en el sofá, al lado de ella. Eric va a entrar por la puerta, pero, cuando me ve, sale corriendo por el pasillo.

—Madre mía, está tarado —dice Lo—. Tiene que estar tramando algo.

—Hablando de tu hermano... —comienzo.

—¿Qué pasa con él? —Se retrepa en el sofá y me mira confundida.

—Isko dice que Eric y algunos de sus amigos han atacado hoy a Danny. Ha llegado a casa totalmente magullado y renqueando.

—¿Atacarlo? ¿Qué? ¿Estás segura?

—Sí. —Le cuento lo que ha pasado.

—Dios mío, lo siento mucho, Jasmine. Voy a matarlo yo misma. ¡Eric! —grita—. ¡Ven aquí!

Se vuelve hacia mí.

—Voy a buscarlo.

—No, no importa. ¿Pero se lo contarás a tus padres? ¿Les vas a decir lo que ha pasado?

—Sí, claro. En cuanto lleguen a casa se lo diré. Esta noche se suponía que venía Brian, pero le diré a mi padre que no deje que Eric lo vea.

—Gracias —le digo—. Eso servirá de ayuda.

—Espera un momento, tiene que disculparse.

Niego con la cabeza.

—No pasa nada. Es con Danny con quien debería disculparse, pero le daré un día o dos para que se recupere.

—¡No me lo puedo creer! Dios mío, ¡menudo capullo! Te prometo que aprenderá la lección, sobre todo cuando tenga que pedirle perdón a Danny.

—Gracias, Lo.

—Siento lo que ha pasado, Jasmine. Tú sabes que no somos así.

Asiento. Lo sé.

De camino a casa, le mando un mensaje a Kayla. No me responde.

Oye, necesito hablar contigo. ¿Por qué te has ido?, le escribo.

No quiero aparecer directamente en su casa. Por alguna razón, creo que no es lo correcto ahora mismo. Puede que se haya ido porque quisiera encargarse de su hermano ella misma. A lo mejor sentía vergüenza o culpa. Yo me sentiría igual. Puede que pensara que ya no es bienvenida en mi casa, lo que es una tontería porque siempre ha sido mi mejor amiga.

Le mando también un mensaje a Royce. Me siento como una pesada.

Hola, te necesito ahora, le escribo.

Al contrario que Kayla, me contesta enseguida.

royceb: estoy con mi padre, ¿puedo llamarte después? Creo que podemos vernos mañana.

jasmindls: claro.

Ni siquiera me ha preguntado qué pasa. Royce no es así, ¿por qué no le importa siquiera?

Vuelvo a escribir a Kayla.

No estoy enfadada contigo. Solo quiero saber qué ha sucedido.

Para cuando Deandra me deja en casa, Kayla no me ha respondido aún. Danny están dormido en el sofá con la cabeza en el regazo de mi madre. Todas las invitadas se han marchado. Menuda celebración.

Mi padre me mira.

—¿Y bien?

—Ya me he encargado de Eric —le informo—. También arreglaré lo de Brian, no te preocupes.

—Gracias, Jasmine —susurra mi madre.

—De nada. ¿Cómo está?

—Se pondrá bien.

Mamá sigue acariciándole la cabeza a mi hermano.

—He tenido noticias del abogado. Llamó cuando saliste. El señor Alvarado tiene una fecha para el juicio. Será antes de lo que esperábamos.

Kayla no me contesta a los mensajes en todo el fin de semana. Me está costando mucho no presentarme en su casa y aporrear la puerta. Con Royce tampoco está mucho mejor la cosa, aunque nos vemos el sábado por la noche y vamos al centro comercial. Está furioso por lo que le pasó a Danny, enfadado por no quedarse suficiente en la fiesta y no haber podido ayudar, y expresa su deseo de querer ir a darle una paliza a los gamberros inmediatamente.

Le digo que yo me estoy encargando, que no necesito que luche él las batallas de mis hermanos. Pero sí le digo una cosa.

—Lo escucharon de Mason. Lo que le han dicho a mi hermano de que vuelvan a la isla, quiero decir. Les pareció divertido.

Royce se lleva las manos a la cabeza.

—Dios mío. Lo siento mucho. Voy a matarlo.

—No, no quiero que nuestras familias tengan problemas. Déjalo estar.

Me lleva de vuelta a mi casa y me da un beso rápido en los labios. Ya no nos besamos

como antes. Me parece que se siente mal por lo de Mason y no sabe qué hacer al respecto. Me doy cuenta de que no es lo único que le inquieta, pero, cuando le pregunto por ello, elude la pregunta alegando que se trata de presión familiar.

Cuando se ha ido, empiezo a preocuparme de que, tal vez, «presión familiar» significa que sus padres quieren que rompa conmigo, con una extranjera ilegal. ¿Será eso o me estoy volviendo paranoica? Ojalá hablara conmigo, pero cada vez que intento acercarme, él se aleja.

No le he contado que tenemos fecha para el juicio de deportación. Si él no se molesta por contarme qué le pasa, ¿por qué iba a decirle yo nada?

El domingo por la tarde los padres de Lo se reúnen con los míos. Un encuentro bastante civilizado. Eric se echa a llorar cuando tiene que disculparse. Danny se muestra chistoso, lo que casi me hace llorar.

Cuando Eric se disculpa, mi hermano se cruza de brazos con aire engréido y sonrío.

—Está bien —dice, retrepándose en la silla—. Ya sé que tu amigo te obligó a hacerlo. En realidad tengo que darte las gracias.

Eric arruga la frente.

—¿Las gracias?

Todos en la mesa lo miramos, mis padres, los de Lo, yo, expectantes por lo que va a decir a continuación.

—Sí —responde—. El equipo entero de animadoras campeonas nacionales me besó. ¡A ti nunca te va a pasar algo así! Así que sí, olvídalo.

Creo que Eric se queda asombrado. Se marcha con los ojos muy abiertos. En cuanto a Danny, aunque su cara parece una manzana amoratada, ha vuelto a la normalidad.

El lunes por la noche estoy sentada a la mesa de la cocina, resolviendo unos problemas difíciles para Cálculo, cuando al fin me llega un mensaje de texto al teléfono. Es el sonido que le tengo asignado a Kayla.

Aparto los deberes, sujeto el teléfono con ambas manos y abro el mensaje.

kaykayla: el otro día oí a brian planear la pelea con sus amigos, pero no me creí nada. no te preocupes, me he ocupado de él. por eso me fui de la fiesta tan rápido, quería hablar con él antes de que se marchara a la casa de mi padre. Siento mucho lo de danny. ¿está bien?

Estoy furiosa. ¿Cómo no me contó nada si lo sabía? ¿Cómo no me ha dicho nada hasta ahora?

jasmindls: Gracias por encargarte del problema, aunque me hubiera gustado que me lo contaras. Danny está bien, es un chico duro. ¿Y tú? ¿Qué pasa?

kaykayla: no mucho. mi padre tiene novia nueva. es una puta. nos vemos en el instituto.

¿Que nos vemos en el instituto? ¿Qué se supone que significa eso? De repente me da la sensación de que no la conozco. Me ha dejado fuera y no sé qué pensar. A pesar de la ruptura de sus padres, parecía estar bien últimamente. Ha solicitado plaza en el Instituto de

las Arte de Hollywood y el de California para estudiar danza el año que viene y tiene planeado conseguir plaza después de la graduación.

Mi padre tampoco se muestra muy contento con su respuesta. Parece que tiene un sexto sentido sobre todo.

—¿Que se ha ocupado de él? —pregunta?—. ¿Qué significa eso? ¿Que ha pegado a su hermano con una vara?

—Eso es lo que habría hecho yo —señala mi madre, que está metiendo los platos en el lavavajillas.

Los vasos y platos repiquetean entre sí fuertemente. Mi padre suspira y se acaricia las sienes.

—Tendremos que contar en el colegio lo que ha pasado. Asegurarnos de que no hay más problemas. Así evitaremos que otros copien el comportamiento. No pueden pegar a nuestros hijos todas las semanas por lo que unos niños estúpidos ven hacer a otros. ¿Qué pasa con esta gente?

—La culpa es de los padres —dice mamá—. Los padres tienen que saber dónde están sus hijos y qué hacen. Tienen que mantenerlos ocupados.

No les cuento que me he enterado de que el ataque a Danny fue planeado. Eso pondría a mi padre de los nervios. Si quiere ir al colegio y quejarse, está bien, pero prefiero no estar yo en medio de todo esto.

¿Por qué no me dijo nada Kayla? ¿En qué estaba pensando? Últimamente está muy rara. Ya he superado mi ataque irracional de celos, sé que no hay nada entre ella y Royce. Nunca me haría algo así y él tampoco. Confío en los dos. No obstante, no puedo evitar pensar en que ambos han estado evitándome.

¿Qué pasa?

29

El vino entra por la boca y el amor entra por el ojo. Eso es todo lo que sabremos de verdad antes de envejecer y morir.

—WILLIAM BUTLER YEATS

Antes de salir para el instituto el lunes siguiente, examino la cara de Danny. Incluso una semana más tarde, todavía la tiene amoratada de la pelea. Se le está formando una costra al lado de la nariz y la boca y tiene sombras azules amarillentas alrededor de los ojos. Le digo que puedo tapárselo con maquillaje, pero gruñe y se aparta de mí.

No lo culpo, es su insignia al valor.

Por mi parte, yo también me siento herida. En el instituto camino con la cabeza gacha. Me concentro en los deberes, hablo menos, paso menos tiempo con la gente. Kayla no tiene el mismo horario de almuerzo que yo este semestre y tampoco va a ninguna clase conmigo. Ya no tenemos entrenamiento de las animadoras, así que no la veo en absoluto. Supongo que puedo mandarle un mensaje, pero, como ella no me escribe a mí, yo tampoco lo hago. Sigo enfadada con su hermano por pegar al mío. Puedo soportar darle la espalda a ella por un tiempo.

Royce me manda algunos mensajes, pero me suenan a palabrería.

royceb: hola, estaba pensando en ti. ¿Todo bien?

Me dan ganas de contestarle «¡Todo está mejor que bien! ¡Estoy bien! ¿Por qué no iba a estarlo? Danny sigue con moratones y nos insultan con apelativos xenófobos. Es estupendo. ¡Hurra! Nuestro juicio de deportación se va a celebrar pronto. A veces preferiría no haber presionado a mis padres para que el juicio fuera tan rápido, puede que nos echen del país que tanto adoramos. ¡Todo va estupendamente, Royce! ¡No te preocupes por mí! ¡No te echo de menos! ¡En absoluto! Tú no me quieres contar lo que te pasa, así que ¿por qué te iba a contar yo qué me pasa a mí?».».

Pero no digo nada.

Simplemente me encierro más en mí misma.

Me miro los zapatos cuando recorro los pasillos. No saludo a nadie. Casi todos saben ya cuál es mi situación y sé qué es lo que piensan cuando me ven.

«¡Ajá! Te creías muy inteligente y mírate ahora. Das asco. No eres nadie. Nadie. ¡Eres polvo! ¡No eres de aquí! ¡Vete a casa! ¡Vuelve a Asia o al lugar de donde procedas!».

Pero cuando levanto la mirada, de vez en cuando, las caras que veo me sonrían. Los amigos me saludan y se paran a hablar.

No obstante, cuando vuelvo a quedarme sola, sigo oyendo voces, reflexiones negativas que me aseguran que no valgo la pena. Todavía veo la cara herida de mi

hermano y la mueca burlona de Mason.

Echo de menos a mis amigas, pero parece que ellas no me añoran a mí.

Casi ha terminado enero y Kayla sigue evitándome en el instituto. Cuando la veo y hablo de lo que ha pasado entre nuestros hermanos, cambia de tema o busca una excusa para irse a otra parte. Así pues, continúo con mi rutina. La animación se ha terminado, ya que ha finalizado la temporada de baloncesto. A veces tenemos algún espectáculo, pero la tensión que hay entre Kayla y yo enrarece el ambiente con todo el equipo.

Solo hallo paz centrándome en los estudios. Vuelvo a quedar con la señora García y me cuenta lo que ha descubierto sobre la ayuda económica para estudiantes como yo. La mayoría de las universidades de elite toman la decisión de admisión sin tener en consideración la necesidad del solicitante de ayuda económica. Admisiones ciegas a las necesidades, las llaman. Las únicas escuelas que garantizan ayuda económica completa a solicitantes «internacionales» (no ciudadanos) son MIT, Harvard, Princeton, Yale y Amherst. Algunas como Columbia y Stanford son «conscientes de las necesidades» de los no ciudadanos, lo que significa que hacen excepciones y conceden ayuda a estudiantes internacionales que quieren de verdad que estudien en su escuela.

—Básicamente, si te aceptan, harán un esfuerzo por asegurarse de que puedas matricularte en otoño —termina.

Es un rayo de esperanza, aunque tampoco puedo contar con ello. Primero tengo que entrar, y quién sabe si escuelas como esas querrán a una estudiante como yo, sea o no una becada nacional. Me siento una carga, aunque me alegra haber solicitado plaza en algunas de esas universidades, entre ellas Stanford. Supongo que en abril me enteraré de todo.

Voy por el pasillo de clase de Cálculo a Inglés esa semana cuando Lo me para.

—Jas, ya sé que tú y tu familia lo estáis pasando mal, pero no puedes encerrarte en ti misma. Puedes responder cuando otros te hablan.

Me siento fatal.

—¿Tan mal me estoy portando?

Lo asiente.

—Sí. Mi hermano no ha causado más problemas, ¿no?

—No —contesto—. Ahora que se ha enterado de que un montón de animadoras acudieron al rescate de Danny, se dedica a seguirlo por todas partes. Es hasta divertido.

—Sí, no deja de hablar de eso. ¿Sabes algo de Kayla?

—No. No nos hablamos por ahora. Creo que le avergüenza lo que hizo su hermano.

—Me parece que estáis muy tensas.

—A mí también. Me gustaría saber qué le pasa. —Me cambio el pelo del libro de Inglés a la otra cadera.

—Ya... Ella y Dylan han roto. Ha sido un desastre. Pasó unos días después de mi fiesta, justo antes de que la banda saliera de nuevo de gira.

—¿De verdad? —Se me desinfla un poco el corazón ante la noticia. Me apena que hayan roto y no puedo creerme que Kayla no me lo haya contado. Cuando tiene problemas con los chicos, siempre soy la primera persona a la que llama.

—Sí, Dylan lo ha pasado muy mal. Incluso amenazó con dejar el grupo y saltarse la gira. Pobre chico. Julian está intentando animarlo.

—¿Por qué? ¿Por qué rompieron? Era muy feliz con él.

—He escuchado que está viendo a otra persona —señala. Suena el timbre que indica el cambio de clase y todos los estudiantes empiezan a dispersarse—. Bueno, tengo que irme. Por favor, deja de actuar como una extraña, no lo eres. Eres Jas, y eres maravillosa. —Echa a andar hacia una puerta que hay al fondo del pasillo.

Si tan maravillosa soy, ¿cómo es que mi mejor amiga no confía en mí y soy incapaz de conseguir que mi novio pase tiempo conmigo?

No creo que ambas cosas estén relacionadas, pero, juntas, me sacan de mis casillas.

Se acerca el día de San Valentín y, cuando voy camino a casa después del instituto el viernes, Royce para a mi lado. Siempre sentía orgullo cuando llegaba en su Range Rover y bajaba la ventanilla para pedirme que entrara. Sentía como si estuviera en una película cursi de adolescentes y me encantaba. Pero ahora sé que las películas románticas son una estupidez. Te hacen creer que las cosas como esas son reales, que el chico rico y popular se va a enamorar de la pobre marginada. Pero todos conocemos la realidad.

Y la realidad es que ya sé qué es lo que pasa con nosotros. Royce se ha ido esfumando lentamente. Decepcionándome de la forma más sencilla. Sin desaparecer por completo, pero desvaneciéndose poco a poco para que me haga a la idea.

Pues ya me he hecho a la idea.

Aunque estoy muy enfadada con esa parte de mí que se alegra de verlo, molesta porque siga siendo capaz de acelerarme el corazón.

Baja la ventanilla.

—Hola, guapa —me saluda—. ¿Necesitas que te lleve?

Su tono me pone furiosa. Me doy la vuelta y le lanzo una mirada asesina. Estoy demasiado enfadada para decir nada, así que me vuelvo y camino más rápido, acortando por el parque del vecindario. Es un atajo.

Royce apaga el motor y sale del automóvil. No sé si quiero que me siga o no. Echa a correr para darme alcance y yo ando más rápido e intento evitar mirarlo. Si lo hago, sé que me vendré abajo. No podré aguantar mucho tiempo enfadada con él. Nunca puedo cuando aparece de este modo.

—Jas, habla conmigo. Lo siento, ¿de acuerdo? Ya sé que no he estado mucho a tu lado. Pero estoy aquí ahora, ¿no? —me dice, bloqueándome el paso.

Me subo un poco la mochila, que me pesa por los libros. Lo miro.

—¿Y? ¿Quieres una medalla o algo así? ¿Por aportar algo a esta relación? Te olvidas de que yo no doy trofeos por participación.

Vuelvo a alejarme de él, pero me alcanza y me obliga a detenerme al borde del parque. Hay varios niños correteando y gritando mientras sus madres cansadas hablan sentadas en los bancos.

—Por favor, escúchame. Jas, por favor. Venga. No te enfades.

Pero estoy enfadada y odio que la gente me diga que no me enfade cuando ya estoy enfadada. Uf, lo odio. Odio que me vuelva loca.

—¿Dónde has estado toda la semana? —pregunto—. ¿Todo el mes? ¿Desde enero?

Pone una mueca.

—Te lo he dicho, tenía que hacer cosas para mi padre y he tenido problemas familiares.

—¿De verdad? ¿Eso es todo? No sé si lo has notado, pero todos tenemos problemas familiares. Especialmente yo.

—Yo he estado intentando encargarme del mío. —Se acerca un poco y pone una mano en mi hombro.

—¿Lo que significa evitarme?

Una de las madres nos mira.

Royce no lo niega. Tiene la boca apretada.

—No sabía qué otra cosa hacer. Es complicado.

—¿Complicado? Todo es complicado, Royce. —Me aparto para que no me toque—. ¿Y qué quieres decir con eso?

Pone cara de tristeza. Me doy cuenta de que le he hecho daño al no dejar que me toque.

—He venido a buscarte. A decirte que lamento no haber estado a tu lado, eso es todo.

—Es un poco tarde para eso. ¿Sabes qué es lo que más me fastidia? Que crees que llegando con tu coche, fingiendo que no pasa nada, vas a hacer que el problema desaparezca. Pero no tengo ni idea de lo que te pasa. Llevas semanas sin ser honesto conmigo.

—¿Y ahora qué? ¿Estás rompiendo conmigo?

¿Eso hago? Considero qué decir a continuación. Una parte de mí quiere terminar con

todo esto de inmediato. Olvidarlo. Decirle que no quiero volver a verlo. Otra parte quiere seguir con él para descubrir qué horrible secreto oculta. Otra parte de mí quiere echarse a llorar. La mayor parte sigue mostrándose testaruda. Al fin y al cabo, soy hija de mi padre.

—Yo no he dicho eso. Estás poniendo palabras en mi boca —indico.

Royce se cruza de brazos.

—Como tú misma has hecho conmigo antes. Mira, no soy perfecto, ¿de acuerdo? Siento no ser el novio perfecto que tú quieres.

—¿Quién ha dicho nada de perfección?

Se encoge de hombros.

—Siempre tienes unas expectativas muy altas. A veces es difícil estar a la altura.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que te he puesto el listón muy alto?

—A veces —admite.

—Lo siento, supongo que esperar que esté a mi lado una persona que dice que yo le importo es un listón muy alto para ti —espeto.

Miro hacia el banco del parque, donde las madres bajan de golpe la cabeza al darse cuenta de que las he descubierto mirándonos. Estupendo. Ahora las mamás del vecindario se van a pasar toda la tarde cotilleando sobre nuestra discusión.

Decido hacerme la dura.

—¿Por qué has venido? ¿Has vuelto de D. C.? ¿O estabas en Malibú? No me lo digas, has pasado la semana en Nueva York. —Frunzo los labios—. Siempre estás en alguna parte, pero nunca sé dónde. Pero no pasa nada, porque tú no tienes ese problema, ¿verdad? Tú sabes dónde estoy, dónde voy a estar. Estoy aquí, donde puedes encontrarme. Eso hasta que me echen.

Royce se mira las zapatillas. Unas Adidas Sambas que elegí yo. Al verlas noto un cuchillo retorciéndose en mi vientre.

—Jas, no he salido de la ciudad. Ya te lo he dicho, he estado bajo mucha presión familiar. Y he pasado tiempo con Mason.

—Ajá.

—Sí, yo también tengo familia, ¿sabes? No eres la única que la tiene —replica descontento.

—¡No me hables de familia!

Levanta las manos, frustrado, como si no pudiera hacer nada en este momento, y tiene razón. No puede.

—¿Ya? ¿Esta es tu gran excusa? —pregunto.

—¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé. Solo quiero que me cuentes qué es lo que pasa de verdad. —Y entonces me doy cuenta de que ya me lo ha contado, pero no he leído entre líneas. Ha estado con Mason. A Mason no le gusto y, cuando sale con Mason, no puede salir conmigo.

Royce se pasa los dedos por el pelo oscuro y se tira de las raíces.

—Lo estoy intentando. Odio esto, odio lo que está pasando entre nosotros.

—Pues entonces para —le pido—. Por favor, cuéntame la verdad. A Mason no le gusto. Es eso, ¿no? Quiere que rompas conmigo. Piensa que no soy lo bastante buena para ti.

—Ya te lo he dicho, ¡no me importa lo que piense Mason! —responde acalorado. Pero tampoco lo niega.

—No es solo él, ¿no? Son también tus padres. No creen que debas de salir conmigo. No paras de decir que estás bajo presión familiar. Presión familiar para que me abandones, ¿no?

—No, no es eso. ¡No! —responde a la desesperada.

—Venga, Royce, ¡admite que tus padres no me encuentran lo bastante buena para ti! Te da vergüenza llevarme a los eventos de tu padre, ¡y tu madre se cree que soy la sirvienta!

—¿Qué? —Ahora es él quien está furioso—. Estás loca. Precisamente hace unos días escuché a mi madre decirle a Maria lo mucho que le gustas. Y sabes que odio los sitios a los que me arrastra mi padre... ¿por qué iba a infligirte a ti esa tortura?

—¿Tu madre le dijo a Maria que le gusto? —Parpadeo.

—Sí. Dijo que piensa que eres muy inteligente y que trabajas duro.

Vuelvo a pensar en lo que me contó acerca de que odia formar parte de la vida social política de su padre y admito, a regañadientes, que a ese respecto puede que también me esté diciendo la verdad.

—Sí. —Vuelve a enfadarse—. Un momento, ¿en serio piensas que mi familia es así? ¿Qué piensan todas esas cosas de ti? Dios, debes de tener una idea muy mala de nosotros. De mí.

Ahora que estaba empezando a calmarme, la rabia está de vuelta. Él no puede ganar esto. Es él quien está equivocado.

—Oh, venga ya, tampoco es que tú tengas muy buena opinión de mi familia. Es solo un puñado de gente de otra etnia a la que no te tomas en serio —replico, prácticamente escupiendo las palabras—. Te sentirás muy orgulloso de ti mismo por ser tan liberal y abierto de mente. —Soy un ciclón de furia y no me detendré ante nada hasta que esté completamente destrozado.

Se queda mirándome, pero aún no he acabado.

—¿Y yo qué?, ¿eh? ¡Solo soy un ligue al que puedes llamar cuando te viene bien! Soy tu última prioridad, pero ¿qué más da?, ¿no? ¡Solo soy una ilegal! ¿No es así como me llamaste?

Está ceniciento y muy callado, y todo es horrible. Lo siento. Está arruinado. Algo bonito que había entre los dos está arruinado.

Está cansado, ahora me doy cuenta, muy cansado, y yo también estoy exhausta.

—Si de verdad piensas que soy ese tipo de persona, deberíamos romper —concluye sin emoción alguna.

Mis ojos están despejados y también los suyos. Ninguno de los dos llora. No hay nada por lo que llorar. Es el fin, y llevo esperándolo desde que esto empezó.

—Sí, puede que tengas razón. Tal vez deberíamos.

30

El amor no consiste en mirar al otro, sino en mirar juntos en la misma dirección.

—ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY, *TIERRA DE HOMBRES*

Es el día de San Valentín y no tengo un Valentín. Me acomodo con un cubo enorme de palomitas en el regazo y espero a que empiece la película. Llevo sin ver a Royce desde la discusión que tuvimos en el parque la otra semana. Sigo sin estar segura de quién rompió con quién. ¿Es culpa mía? ¿O de él? Solo tengo preguntas y ninguna respuesta. No se ha terminado oficialmente, ¿no? ¿Cómo iba a terminarse? No puedo evitar comprobar si ha cambiado su estado en Facebook. Sigo sintiendo algo por él y, cada vez que miro el teléfono, espero encontrarme un mensaje suyo.

No sé si tengo el corazón roto porque estoy anestesiada. Soy consciente de que yo no soy completamente inocente en este asunto. Tengo que vivir con ello. Lo he insultado, he insultado a su familia. He dicho cosas horribles. Pensaba que eran ellos los que me despreciaban, pero resulta que era yo quien los despreciaba a ellos. ¿Cómo hemos permitido que esto se haya descontrolado tanto? No paro de repetir la discusión en mi cabeza.

¿Por qué estaba tan enfadada? Ha estado desaparecido, eso está claro, pero había venido a verme. ¿Por qué no había podido dejarlo estar? ¿Por qué tenía que saber qué le preocupaba y dónde estaba? ¿Por qué soy tan controladora? ¿Por qué he hecho esas horribles acusaciones?

No pienso nada de eso de él, claro que no. Solo quería hacerle daño. Me odio a mí misma y lo echo de menos. Lo echo tanto de menos que soy incapaz de sentir nada.

Mamá y papá están preocupados por mí, pero no les he contado que hemos roto. De todos modos, Royce ya no venía tanto a casa, así que las cosas siguen igual.

Estoy sentada junto a lo en el cine, a oscuras. Julian está de gira con la banda, así que ella tampoco tiene con quién salir hoy. Con Kayla me he rendido. Todo duele demasiado.

—Me parece que te va a gustar esta película —me dice Lo, acercándose para que la oiga. Intento esbozar una sonrisa.

Mientras esperábamos en la fila para comprar las palomitas, Lo y yo hemos estado hablando de los planes para el año que viene. Ella se va a tomar un año sabático para viajar, aunque aún no ha decidido adónde. Puede que a Bali o a Tailandia. O a Filipinas. Qué curioso, Lo quiere irse de aventura al lugar al que yo no deseo marcharme. Que no se me malentienda, Filipinas es un país increíblemente bello, pero prefiero quedarme aquí con mi familia.

Dejo que sea mi amiga quien elija la película. Es una comedia absurda que no me gusta. Tiene partes divertidas en las que me río con poco entusiasmo, pero solo puedo

pensar en Royce y en todo el daño que le he hecho. Cuando me enfado digo cosas horribles, pero no las siento de verdad. Ojalá pudiera retirarlas.

Lo se da cuenta de que no me gusta la película y se acerca para susurrarme al oído.

—¿Quieres que cambiemos de peli? Esta es un asco.

Niego con la cabeza.

—No me encuentro muy bien. Creo que debería de irme a casa. Lo siento, Lo.

—Está bien. Te acompaño.

Dejo las palomitas en el suelo. Me alegra que mi amiga sea tan intuitiva.

—Siento haberte arruinado la película —me disculpo—. Y nuestro día de amigas.

—No te sientas mal. Para eso están las amigas. —Sabe que Royce y yo nos hemos peleado, pero no que hemos roto. No lo he admitido porque contárselo a alguien hace que sea verdad.

Salimos juntas del cine. La luz prácticamente me ciega y tengo que entornar los ojos para ver por dónde ando.

—No tienes que esperar conmigo —le digo a mi amiga.

—¿Seguro?

—Sí, ya me contarás qué tal es la otra película...

—Vale. Tenemos que repetir esto, Jas. Paso demasiado tiempo con Julian, es estupendo tener a una amiga para hacer otras cosas. —Dicho esto, desaparece en el vestíbulo para elegir otra película.

Le mando un mensaje a mi padre para que venga a recogerme y él me responde avisándome de que ya viene de camino.

Es entonces cuando levanto la mirada y veo a Kayla salir del baño. Lleva una camiseta fluida y suave, una minifalda blanca y unos tacones robustos. Está claro que tiene una cita de San Valentín.

No me muevo. Parecería una boba si saliera corriendo a esconderme.

Ella tarda dos segundos en verme. Parece aterrada. Espero que eche a correr, pero toma aliento y sigue caminando en mi dirección.

No sonrío. No huyo. No me voy.

Se para delante de mí.

—Hola, Jas.

—Hola.

—Mira, ya sé que estás enfadada conmigo.

—¿Sí? No es tanto enfada, sino más bien cansada.

—Puede. Últimamente no he sido una buena amiga —admite. Y entonces lo veo a él bajar los escalones del baño. Kayla me ve la cara y se queda callada de inmediato. Es Royce. Reconocería su pelo oscuro en cualquier lugar. Dios mío, no puedo respirar. ¿Cómo puede estar pasando esto? Es una pesadilla.

¡Un momento!

No es Royce.

Es su hermano, Mason. ¿Mason? ¿Qué hace él aquí?

Y entonces sumo dos y dos. Kayla está con Mason. No tengo ni idea de cuándo ni de cómo, pero Mason y Kayla han empezado a salir. Se ha enamorado del hermano de mi novio y ha dejado a Dylan en todo este tiempo. No sé si estoy enfadada o confundida.

¿Este era el problema familiar del que hablaba Royce? ¿Pero qué me importa a mí si su hermano está saliendo con mi mejor amiga? ¿Por qué no podía contármelo? ¿Por qué es un secreto tan grande?

Mason se acerca con aire adulator. ¿Cómo un chico tan simpático como Royce tiene un hermano tan falso? ¿Cómo pueden venir de los mismos padres?

—Menuda sorpresa —señala Mason, rodeando a Kayla con un brazo. Tengo que poner mucho de mi parte para no gruñir—. ¿Qué tal, becada nacional? ¿Has visto alguna peli buena?

¿Qué ve en él Kayla? No lo entiendo. Dylan es un príncipe comparado con Mason.

—No te he visto últimamente —continúa, mirándome de arriba abajo—. ¿Seguís juntos tú y Royce? ¿O por fin le has dado la patada a mi estúpido hermano pequeño?

—¡No es estúpido! —Qué calificativo más horrible para referirse a la dislexia de Royce, con lo sensible que está él con el tema.

—Solo porque tiene más tutores que Dios —se ríe—. Pobre Royce, esforzándose para estar a la altura de su pequeña estudiante honorífica. Espero que no uses palabras muy difíciles. —Esboza una sonrisa malévola. Tiene los dientes perfectamente rectos y demasiado blancos. Parece que se hubiera dejado puesto el blanqueador dental demasiado tiempo—. Ya le dije que una chica como tú se aburriría pronto de un chico como él.

Lo que dice activa un recuerdo en mi mente.

Aquella noche en el vestíbulo del Ritz-Carlton, en D. C., cuando conocí a Mason. Había sido desagradable, sí, pero también encantador. Ahora me doy cuenta de que estaba flirteando conmigo. Intentando dejar en evidencia a su hermano delante de mí. Pensaba que estaba insultándome, pero no era a mí a quien menospreciaba. ¿Qué fue lo que dijo?

«Mi hermano pequeño no suele perseguir a chicas inteligentes. Si te aburres de él, llámame, ¿De acuerdo?».

No bromeaba al decir eso. Estaba intentando entrometerse, ligar conmigo delante de su hermano, solo para demostrarle que podía hacerlo.

Creía que no le gustaba a Mason porque no era lo bastante buena para Royce, pero había algo más. Algo horrible.

Siento una punzada en el estómago y me dan ganas de ir a buscar a Royce para arreglar lo nuestro.

—Llámame —articula Mason con los labios—. Ya sabes donde vivo.

Ahora está flirteando conmigo delante de Kayla. ¿Cómo podía ser familia de alguien tan bueno como Royce? No lo entenderé nunca.

—Venga, Mason. Vámonos —interviene Kayla. Mira atrás cuando se están alejando, pero yo la miro con odio. No puedo creerme que esté con ese idiota.

En cuanto han desaparecido, mi padre me escribe para avisarme de que me está esperando en el aparcamiento.

Me acerco al vehículo y entro.

Papá enciende el motor.

—¿Cómo ha estado le película?

—Bien. —Estoy temblando. Tengo que ver a Royce. No puedo soportar estar un instante más lejos de él.

Le mando un mensaje.

jasmindls: He visto a Mason y a Kayla. ¿Podemos vernos? Tenemos que hablar. Por favor.

Siento que tarda una eternidad en responder, a pesar de que solo pasan unos pocos minutos.

royceb: hola. ¿dónde?

Le contesto de inmediato.

jasmindls: En la puerta de mi casa. Nos vemos en tu coche.

Cuando llegamos a casa, le digo a mi padre que Royce viene de camino y que he quedado con él aquí porque tenemos que hablar. Se da cuenta de que es importante, así que no protesta. De todos modos está cansado de levantarse tan temprano para conducir autobuses. Lo veo en su cara. También está agobiado por el inminente juicio. No quiero ni imaginarme lo que mis padres estarán pasando ahora mismo. Salgo del coche y le doy un abrazo, después me apoyo en el vehículo y espero a Royce.

Cuando llega Royce, quita el seguro de la puerta del lado del copiloto para que pueda abrirla y entro. Me doy cuenta de que lleva el pelo hecho un desastre y que parece un niño pequeño con una sudadera azul marino y unos pantalones piratas de color caqui. Parece un uniforme de colegio. Cuando entro, está sentado detrás del volante, mirando por el parabrisas la puerta de nuestro garaje. Quiero tomarle de la mano, pero no sé si me dejará

hacerlo.

—¿Así que ya sabes el gran secreto? —dice con tono aburrido—. Están juntos.

—¿Por qué no me lo has contado? ¿Por eso has estado desaparecido?

Niega con la cabeza.

—No, aunque supongo que en parte sí. —Sigue con la vista al frente y no me mira—. Le dije a Mason que parara, que Kayla tenía novio, pero no me escuchó. Y le encantan los retos. Consiguió su número en la fiesta y ella empezó a venir a casa. Me pidió que no te lo contara, que la ibas a odiar si no era ella quien te lo decía.

—Oh.

No sé si odiaría a Kayla, pero ella sabe que no me gusta Mason. Seguro que no quería escuchar mi desaprobación.

—Así que no te lo conté. Y me sentía muy avergonzado por lo de Mason. Odio haberlo llevado a aquella fiesta y haberlo metido en tu vida, que te haya dicho esas cosas, que les diera a esos críos la idea de atacar a tu hermano.

No digo nada. Me miro las uñas andrajosas que llevo mordiéndome sin parar desde que habíamos roto.

—Pero ese no es el motivo por el que he estado desaparecido. —Exhala un hondo suspiro—. Te he estado evitando porque llevo haciendo prácticas para mi padre desde después de las vacaciones de Navidad.

—¿En serio? ¿Por qué? Tú no querías. Me dijiste que sería lo peor —replico, confundida.

—Sí, y por eso no podía enfrentarme a ti. Sabía que ibas a pensar que era débil y no iba a ser capaz de soportar que opinaras así. —Se le entrecorta la voz.

Me acuerdo de lo que dijo en la discusión.

«No soy perfecto. Siempre tienes unas expectativas muy altas. A veces es difícil estar a la altura».

No digo nada, me limito a escuchar.

—Pensé que si cedía y hacía lo que él quería, se sentiría mejor a la hora de ayudarte cuando se lo pidiera. Así podría obtener más fácilmente su apoyo.

—¿A qué te refieres?

—Es un congresista, Jas. No creo que entiendas lo poderoso que es. Él podría ayudarte de verdad, podría ayudar a tu familia —responde muy serio.

—A ver si lo he entendido. Me has estado evitando porque estás haciendo prácticas para él, ¿y estás haciendo prácticas porque crees que así puedes ayudarme?

—Sí, básicamente es eso. Lo sé, es un lío. —Se muerde la uña del pulgar. Tenemos

los mismos malos hábitos—. Pero también porque era más fácil decir que sí. Estaba cansado de discutir con él. No quería que pensaras que yo era un cobarde. Yo no soy como tú, que siempre persigues lo que quieres. Creí que te avergonzarías de mí, de que hubiera cedido tan rápido.

—Yo nunca me avergonzaría de ti. Lamento que sintieras que no podías contármelo y que hayas abandonado tus sueños para intentar a ayudarme a mí con los míos. Pero no tienes que hacer eso. Yo no te lo he pedido.

—Ya, bueno. —Se encoge de hombros.

—Yo también tengo una cosa que contarte. El juicio de deportación es pronto.

Se vuelve y me mira por primera vez. Me gusta su perfil, pero esto es mucho mejor.

—¡No me lo habías contado! —Le salen chispas de los ojos.

—Ya, estaba enfadada, así que te lo oculté.

—¿Cuándo es?

Se lo digo. Es muy pronto. Demasiado.

—¿Es demasiado tarde para decírselo a mi padre?

—Creo que sí.

Apoya la cabeza en el volante.

Poso una mano vacilante en su espalda. Mason y Kayla y las prácticas para su padre no son el problema real. Tengo que contarle qué es lo que nos ha separado, lo que dije sobre su familia. Lo que dije de él.

No me aparta la mano, lo que me parece una buena señal. La dejó ahí y ejerzo un poco más de presión. Le acaricio la espalda en un intento de consolarlo.

—Ya has roto conmigo... ¿Por qué me importa que te vayas del país? —indica con voz ahogada.

—Sé que te importa. —Y así era, porque yo sentía lo mismo. No quería dejarlo a él—. Y si hemos roto, ¿qué haces aquí?

—Me pediste que viniera —dice como si fuera una respuesta obvia.

—¿Y tú haces todo lo que yo te pida?

—Casi.

Me echo a reír. No me había dado cuenta de que tuviera tanto poder sobre él, y que este es igual, sino mayor, que el poder que tiene él en mí.

Está tan destrozado como yo. Me echa de menos. Yo al menos tengo a mi familia, a mis amigos para animarme. ¿A quién tiene Royce? Sus padres siempre están de viaje. Su hermano es una serpiente. Su hermana es dulce, pero joven. Supongo que puede contar

con Maria.

Antes me tenía a mí.

Sigue derrumbado sobre el volante, por lo que yo continúo acariciándole la espalda. Siempre me ha gustado su espalda. Es ancha, varonil. Es uno de sus rasgos físicos más bonitos, y tiene muchos más.

—Más arriba —dice—. Me pica, justo entre los omóplatos.

Le rasco y suspira aliviado.

Me pregunto si las cosas serían así cuando fuéramos mayores y estuviéramos casados. Tener a alguien que te rasque la espalda. *¿Quién le cubre la espalda?*

—Lo que te dije el otro día no lo dije de verdad —le digo—. Sobre tu familia. Sobre ti. Solo estaba enfadada y agobiada. Hablé más de mi propia inseguridad sobre mi situación que sobre nada que tú o tus padres me hayáis hecho a mí. Son estupendos. Tú eres estupendo.

Como disculpa es un asco, lo sé, pero él es el escritor, no yo.

Royce no dice nada. Lo siento respirar bajo mi mano, como un animal herido. Uno al que yo he disparado.

—Ya sé que siempre te estoy pidiendo que dejes de menospreciarte —continúo—. Pero yo soy culpable de lo mismo. Me menosprecio. Me he autoconvencido de que eran los demás los que hacían todo, tu familia la que me juzgaba, que tú me juzgabas, pero era yo la que nos veía a mí y a mi familia insuficientes. Era yo la que se avergonzaba de ser quien soy, de dónde procedo.

Levanta la cabeza del volante y me mira.

—Jas...

—Déjame acabar —le pido—. Porque tengo que decirlo. Me avergonzaba por avergonzarme, no sé si me entiendes. Odiaba sentirme así conmigo misma. Me esfuerzo mucho por mantener la cabeza alta, por sentirme orgullosa de mi cultura, de mis raíces, de mi historia. Nunca cambiaría el tono de mi piel, la forma de mis ojos o el color de mi pelo, pero, por dentro, era peor que todos los que me llaman apelativos xenófobos.

Se sienta recto.

—Jas, para, de verdad. Ya sé que no sentías lo que dijiste cuando discutimos.

—¿Me perdonas? —Me llevo las rodillas al pecho, sentada al lado de él.

Royce se estira por encima del salpicadero para poder rodearme con los fuertes brazos y yo me aferro a él, sintiéndome segura por primera vez en semanas. Entierra la cabeza en mi hombro.

—Siempre —murmura—. Ni siquiera tienes que preguntar.

Levanto la cabeza para que me vea sonreír. No merezco a alguien como él, pienso, y después retiro el pensamiento. No existe el verbo merecer cuando se trata de amor, cuando se trata de relaciones. Simplemente aceptas el amor que recibes y te consideras afortunada.

Y yo soy muy, muy, muy afortunada.

—Te quiero —digo.

Quería que fuera él el primero en decirlo, como si se tratara de una competición, porque yo soy así de egoísta. Pero no deseo seguir siendo esa persona. Quiero ser abierta y generosa y vulnerable, y quiero contarle cómo me siento con él. Debería de habérselo dicho antes. Debería de haberlo hecho cuando volvió de Aspen y se puso esa corbata tonta. Tendría que habérselo dicho todas las veces que nos hemos besado. Habérselo escrito cien veces al día.

—Te quiero —repito, porque me está mirando con una sonrisa.

—¿Sí? —Se pone rojo y alza las comisuras de los labios—. ¿Pues sabes qué? Que yo también te quiero, pero ya lo sabías, ¿no?

Sí. He vivido meses con este amor, he disfrutado de él, me he emocionado con él, me he sentido arropada y apoyada por él.

—Yo te quiero más —replico.

—Imposible. Yo te quiero lo máximo.

Cuando se inclina, yo me estiro para encontrarme a medio camino con él y nos besamos. Esta vez es suave, dulce y un poco triste, para sanar las heridas e intentar encontrar el camino al otro de nuevo. Esto tan bonito que compartimos se ha manchado un poco, y vamos a tener que trabajar y esforzarnos para que vuelva a ser lo que era. Puede que siempre haya tenido una cicatriz, pero las cicatrices sanan... eso es lo que consigue el amor. Rompe cosas y las vuelve a recomponer.

—¿Sabes? Supe que quería estar contigo cuando te oí entrevistar a aquel hombre en el hospital —señala—. Lo escuchabas y le hacías preguntas, y estabas muy interesada. Eras una buena amiga para él. Me di cuenta de que yo no tenía a nadie así en mi vida, alguien que me escuchara. Eres preciosa, Jas, pero yo me enamoré de tu precioso corazón.

—¿Así que me estás diciendo que te consideras un paciente viejo? —bromeo.

Me da un beso en la cabeza.

—Eh, casi se me olvida —añade cuando dejamos de besarnos y permanecemos en el coche simplemente cogidos de la mano y oyendo a los grillos y las cigarras—. Hay otra razón por la que he venido a verte.

—¿Cuál?

Abre la guantera y me tiende un regalo. Cuando lo abro, compruebo que es un ejemplar de *Los ejércitos de la noche*. Dentro del libro ha escrito una dedicatoria: «Para

Jas, mi heroína. Feliz día de San Valentín. Con cariño, Royce».

—Se me ha olvidado que es San Valentín —digo, admirando el libro—. Yo también tengo un regalo para ti.

—¿Sí? —pregunta alegremente.

—Todavía no lo he terminado, tengo que imprimirlo. —Cojo el teléfono de todos modos y se lo enseño. Es una foto que hice de nosotros dos, y encima he escrito una cita de uno de nuestros poemas preferidos.

«He tendido mis sueños a tus pies.

Pisa suavemente, pues caminas sobre mis sueños.

William Butler Yeats».

Se me queda mirando un buen rato.

—Es maravilloso.

—Tú eres maravilloso —replico.

—Esa es mi línea. —Esboza una sonrisa.

Volvemos a besarnos y mi padre da un golpecito en el cristal. Cuando Royce baja la ventanilla, papá me avisa de que es hora de ir a la cama.

—Que no es un pececito. Vete a casa, Royce —comenta.

Avergonzada, le deseo a Royce buenas noches.

No obstante, no dejo de sonreír de camino a la cama.

31

Demuestras a la gente por quién estás dispuesta a luchar cuando luchas por tus amigos.

—HILLARY CLINTON

Voy vestida completamente de negro. No porque esté de luto, aunque sí estoy aterrada. Es solo que me parece más profesional. Me hace parecer mayor. Mamá lleva un jersey de color lavanda y una falda de *tweed* gris. Papá se ha puesto su traje. Aunque es el mismo que ha llevado durante años, no se lo pone muy a menudo, así que la tela de color azul marino sigue pareciendo nueva. Está guapo con él. Bien podría ser un médico o un abogado. Mis hermanos están detrás de nosotros, en completo silencio. Mi madre les ha instruido para que tengan un comportamiento ejemplar. Ellos tampoco quieren volverse a vivir a Filipinas.

Me da la sensación de que todos tenemos un aspecto elegante. El de una familia estadounidense de verdad.

Royce me manda un mensaje.

No te preocupes. América fue construida para y por personas como tú. Te quiero.

Sus palabras me hacen sentir más valiente sobre lo que está a punto de suceder. El juicio de deportación no se celebra en una sala de juzgado como esperaba. Nos encontramos en una pequeña cámara con una mesa larga de madera y muchas sillas. El señor Alvarado lleva puesto un traje negro. Con él habla un representante del gobierno especializado en este tipo de vistas. Al lado de él, hay un alguacil. No sé por qué necesitamos a uno, no somos amenaza para nadie. No creo que mi padre se vuelva loco.

La puerta se abre de repente y el alguacil exclama.

—Todos en pie para recibir al honorable juez Reynolds.

Entra el juez con una toga negra. Lleva un montón de papeles. A pesar de que está prácticamente calvo, tiene unas cejas pobladas y un aspecto fiero que me da ganas de desaparecer. En lugar de hundirme en la silla, mantengo la compostura. Tengo que mostrar el aspecto de la becada nacional y la campeona nacional de animadoras que soy.

Mis padres se mantienen en silencio mientras el juez toma asiento.

—Letrado Alvarado —interviene el juez—, llevo un tiempo sin verle.

El abogado tose.

—He tenido que aceptar pocos casos. No tengo muy bien la espalda últimamente. Demasiados años de litigios.

—Una noticia desafortunada. Al menos ustedes los abogados no tienen los problemas que tenemos los jueces. Cuando yo empecé, pensé que las togas estaban hechas para demostrar autoridad y formalidad. Resulta que solo sirven para ocultar lo gordos que nos

ponemos de estar todo el día sentados.

El señor Alvarado se ríe discretamente. Es extraño que el juez no nos diga nada ni tampoco nos mire. Es como si quisiera fingir que no existimos siquiera.

—¿Empezamos? —propone el señor Reynolds—. Me gustaría acabar con esto lo antes posible.

—Estoy preparado —responde nuestro abogado.

El representante del gobierno asiente. Su rostro enjuto parece inexpresivo. Me digo que no debo de sentir rechazo por él, seguro que solo está haciendo su trabajo. Pero él representa todo lo que no nos quiere aquí y eso nunca lo olvidaré.

—Bien. —El juez Reynolds alza un papel del montón y lo coloca delante de él—. El gobierno afirma que la familia de los Santos está violando la ley de Estados Unidos. —Se vuelve hacia mis padres—. El fin de este juicio es determinar si son ustedes extranjeros y, si así es, si violan la ley de Estados Unidos. El tribunal tiene que establecer asimismo si existe alguna provisión de ley que le permita permanecer en Estados Unidos de forma permanente y, si no es así, si dejarán Estados Unidos bajo una orden de deportación o una de salida voluntaria. A esas cuestiones se dará respuesta después de escuchar los hechos del caso. —Se queda callado un instante—. Está claro, y recalco esto para terminar con el juicio lo antes posible, que ha habido violación. Eso no está en tela de juicio, pues no he visto documentación que verifique su ciudadanía o cualquier estado temporal o permanente como extranjeros.

Estoy aterrada. Es verdad que nuestra familia no tiene documentación, pero ¿por qué el juez no nos ha dado la oportunidad de presentar antes nuestro caso? Es como una bofetada en la cara.

El señor Alvarado se vuelve hacia el juez Reynolds.

—Su señoría, le he presentado a usted y al consejo federal el historial laboral de los dos clientes. Tienen valoraciones excepcionales en sus áreas de trabajo. Asimismo he presentado cartas de empleadores antiguos y presentes que confirman su comportamiento impecable como trabajadores modélicos. He reunido otras pruebas, como cartas de amigos...

—¿Amigos? —lo interrumpe el juez—. Señor Alvarado, ya sabe que tiene que esforzarse más. He leído las cartas de esos amigos. ¿No puede ofrecer declaraciones escritas de legisladores de California? ¿O de senadores o representantes de los Estados Unidos?

¿Representantes? Se refiere a congresistas, ¿no? Dios mío. Royce no ha parado de ofrecerse para pedir ayuda a su padre. ¿Por qué no la he aceptado? ¿Por qué no le he pedido a su padre que escriba una carta en nuestra defensa? ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué he sido tan testaruda? ¿Por qué siempre creo que llevo la razón en todo y que no necesito la ayuda de nadie?

—Nuestros amigos son gente importante. Ciudadanos estadounidenses —señala mi padre.

Al juez no le hace ninguna gracia su intervención.

—Señor de los Santos, hablará solo cuando se le pida. Estos juicios siguen un orden, y este empieza con un diálogo entre el abogado al que ha elegido como representante y yo. Por favor, cíñase a él.

—Sí, señor. —Mi madre le dedica a mi padre una de sus miradas.

El representante del gobierno pide la palabra.

—Disculpe, señor juez. Yo también querría entregar documentación concerniente al historial laboral de los demandantes. —Se levanta y le tiende una pila de papeles—. Al parecer, el señor y la señora de los Santos han falsificado su documentación laboral durante varios años una vez que su visado de trabajo temporal inicial expirara hace cuatro años, lo que les ha permitido robar trabajos que eran para residentes legales y ciudadanos de Estados Unidos.

Uf, eso no es bueno.

El señor Alvarado habla.

—Su señoría, aunque la falsificación no es nunca recomendable, por favor, fíjese en el caso singular que tenemos ante nosotros. La hija ha sido reconocida como becada nacional por la Casa Blanca. Sería algo sin precedentes...

—Además —lo interrumpe el representante del gobierno—, en los expedientes también aparece que el hijo mediano, Danilo de los Santos, tiene un historial de comportamiento antisocial. Se ha visto recientemente involucrado en una pelea en el colegio. Si permite que esta familia se quede, señor juez, deberá preguntarse a sí mismo si este niño continuará con esta tendencia violenta en la edad adulta.

Danny aúlla en protesta y apenas puedo controlarme para no saltar y ahogar al representante. Danny es el niño más dulce y sensible de los tres. ¿Cómo ha podido dar la vuelta a lo que pasó de tal forma que haga parecer que Danny es un delincuente? ¿Y cómo se ha enterado de la pelea?

Y entonces me acuerdo. Mi padre se aseguró de pedir al colegio que protegiera a los chicos de futuros daños.

—Recibir una Beca Nacional es algo impresionante —indica el juez—. No obstante, no creo que los logros de la señorita de los Santos perdonen la violación de la ley de sus padres.

Mamá y papá se miran. Me da la sensación de que mi padre está a punto de salir de la sala, pero sostiene con paciencia la mano de mi madre. Ella ni siquiera puede alzar la mirada del suelo.

—Su señoría, he incluido varias cartas de los profesores de la chica, la directora, su

entrenadora...

—Y, aun así, ningún político ha hecho declaración del comportamiento de esta familia —repite el juez.

Vuelvo a machacarme por no haber aceptado la ayuda de Royce.

El representante del gobierno sigue con semblante serio, aunque el atisbo de sonrisa en sus ojos me aterroriza. Coge el bolígrafo y anota algo, después vuelve a mirar al juez. Este le está poniendo las cosas tan fáciles que probablemente no tenga que decir nada más. No sé si enfadarme con él, con el juez o con nuestro abogado. Parece que esto no está a nuestro favor, pero no sé qué hacer, a excepción de continuar en silencio y rezar. Estoy sentada entre Danny e Isko; les doy un apretón de manos para que sepan que su hermana mayor estará siempre a su lado, sin importar lo que le suceda a nuestra familia.

—Su señoría —prosigue el señor Alvarado—, pero una estudiante que ha recibido la Beca Nacional debería ser un premio a ojos de esta gran nación. Abandonar a una en este momento, cuando está a punto de asistir a una de nuestras grandiosas instituciones colegiales, alteraría nuestra comunidad. Por favor, tenga también en consideración el Campeonato Nacional de Animadoras de Secundaria que ha ganado el equipo de Jasmine de los Santos. No solo eso, ella es la capitana. Ha guiado a su equipo a la victoria. ¿Qué dice eso de sus futuras habilidades de liderazgo?

El juez tiene una sonrisa en los labios finos. Se ve que nuestro caso le parece divertido.

—Oh, ya veo, señor Alvarado —se burla de él—. Sí, sí, tiene razón. Nuestro país necesita urgentemente más animadoras.

Me muero de la vergüenza. ¿Cómo se llama ese sentimiento? ¿Apocamiento? ¿Empequeñecimiento? Con razón ha venido el alguacil.

—Su señoría —insiste el abogado—, Jasmine de los Santos ha demostrado ser una promesa académica sin igual. No puede ignorar sus importantes logros como estudiante.

—Si así es, ¿por qué no la representa de forma separada? Tiene dieciocho años, ¿no? —El juez sonrío.

Solicitar un juicio para mí sola era una posibilidad que nos presentó el abogado, pero me negué. No puedo quedarme sola en Estados Unidos. O nos vamos todos o nos quedamos todos.

Pero ahora mismo siento que le estoy fallando a mi familia. Como si nada de lo que hubiera conseguido fuera lo suficientemente bueno. Si yo era el trofeo que mis padres lustraban, de repente había perdido el lustre. ¿Nunca había sido lo bastante buena? ¿Qué tipo de gente quiere este país, gente que sea famosa o que tenga amigos influyentes? ¿O gente que trabaja duro y ama su país? Me dan ganas de salir corriendo de la sala y no regresar nunca. Tendrán que encontrarme para deportarme, porque voy a desvanecerme.

—La familia de los Santos desea permanecer en el país unida, no separada —explica

el señor Alvarado.

El juez se muestra impasible.

El representante del gobierno parece estar riéndose por dentro.

Siento nauseas.

El juez Reynolds nos mira a todos nosotros antes de fijar la vista en el abogado.

—Debería de saber que por trabajar en Estados Unidos no se concede a nadie el derecho de quedarse aquí, por muy excelentes que sean sus valoraciones. —El hombre suelta los papeles—. Me temo, señor Alvarado, que no tenemos suficientes testimonios creíbles. Tras revisar meticulosamente las pruebas, dictamino que la familia de los Santos es extranjera en Estados Unidos de América. Asimismo sentencio a favor de la deportación.

32

La Guía dice que volar es un arte... o más bien un truco.
El truco consiste en aprender a tirarse al suelo y fallar.

—DOUGLAS ADAMS

—¿Qué os había dicho del abogado? —se queja mi padre cuando nos metemos todos en el coche.

Él es el único que habla. Mi madre seguramente no sea capaz de decir nada sin echarse a llorar.

—¿Lo habéis escuchado hablar con el juez? —continúa—. Como compañeros de golf. Me di cuenta en cuanto entré en su despacho. Alvarado ni siquiera ha intentado...

—No ha sido culpa de él —lo interrumpo.

Pero mi padre aún no ha terminado.

—¿Y quién era el otro hombre que había en la sala? ¿Un abogado? ¿O un sicario? ¿Tendremos que vigilar nuestras espaldas hasta que nos subamos al avión?

Mi madre se limpia los ojos. Yo también estoy llorando. Todo lo que conocía se ha esfumado. Todo. Esta vida ha sido una ilusión. Pensaba que la conocía. Pensaba que entendía cómo funciona la vida. Las clases. La animación. Los chicos. La familia. La vida. ¿Y bien? Pues no. La vida se te escapa de las manos como si fuera una especie de muerte lenta. Ni siquiera soy capaz de pensar en que Royce y yo nos separemos. Ahora no. Después de todo lo que hemos pasado.

La verdad es esta. Tortura. Sé que pertenezco a este lugar, pero el gobierno no opina igual. Tal vez parezca que soy de Filipinas, pero allí saben que también soy un fraude. No sé hablar tagalo ni ilocano. Ningún país me querrá.

—No lo entiendo —se queja Danny. Apenas se le ven ya los moratones—. ¿Tenemos que irnos ya? ¿Adónde vamos a ir? No hemos metido los juegos en la maleta.

—No lo sé —respondo—. No hemos hablado de ello.

Mi padre avanza entre el tráfico.

—Ya lo veremos. Tenemos familia en toda Filipinas. Seguro que alguien conoce un sitio en el que podamos comprar o alquilar. Y hay empleos de chófer de autobuses en todas partes. Tengo mucha experiencia. Allí tendréis una buena educación, las universidades son buenas. A vosotros os gustará el colegio, chicos.

—Nos pegarán por hablar inglés —lloriquea Isko—. No quiero que me peguen como a Danny.

—Cállate —le reprende Danny—. Allí les gustan los americanos. Y cuando se enteren de que me han besado las animadoras, seré el chico más guay del colegio.

—Pero a mí no me han besado —continúa Isko—. ¡Se van a burlar de mí y a echarme arañas!

—¿Os calláis ya? —les riñe mi padre.

Mamá sigue sin decir nada. Me preocupa. Sé que se siente culpable por todo. Por no haberme contado que los visados habían expirado. Por insistir en celebrar un juicio de deportación. Por darme falsas esperanzas en cuanto a la universidad. Resulta que América ha sido un sueño inútil y desperdiciado. No soy una becada nacional porque no soy nacional.

No es mi futuro lo único que he perdido. Mi pasado y mi presente están a punto de resquebrajarse. Voy a tener que empezar de nuevo.

—Solo les da miedo que tengamos que irnos ya —dice mi madre.

—No será hasta dentro de unos meses —los consuela mi padre—. Nuestro abogado inútil ha negociado que no tengamos que marcharnos hasta que Jasmine se gradúe en el instituto. —Se vuelve hacia mamá—. Te lo aseguro, entrará en una buena universidad de Manila, puede que incluso en Ateneo. Y a vosotros os va a encantar aquello, chicos.

Al fin decido enviarle un mensaje a Royce. No quería compartir la mala noticia hasta que tuviera tiempo para procesarla. Desde que hemos hecho las paces, tenemos una relación muy sólida.

Pero tengo que contárselo ya.

jasmincls: Hemos perdido. Tenemos que dejar el país.

Me responde enseguida.

royceb: ¡y una mierda! MUERDA MUERDA MUERDA MUERDA MUERDA

royceb: MUERDA de autocorrector, ¡¡¡no quería decir MUERDA!!!

royceb: ¡creía que era un caso seguro!

royceb: voy ahora mismo. tiene que haber algo que podamos hacer.

Royce está apoyado en su automóvil cuando llegamos a casa. Salgo de un brinco y me lanzo a sus brazos.

—No me quiero ir. —Me da miedo ponerme a llorar de nuevo. Llorar significa derrota y no voy a abandonar.

—No te vas a ir a ninguna parte —me dice. Nunca lo he oído blasfemar tanto como hoy—. No me lo puedo creer. ¿Os echan por unos visados expirados? ¿Por qué? Después de todo lo que habéis hecho. ¡No habéis hecho nada malo!

—La ley dice q sí —respondo temblorosa—. Tenías que haber visto al juez.

Mi familia atraviesa el patio para entrar en casa. Mis padres saludan a Royce. Él les dice que lo siente. Mis hermanos avanzan entre bromas.

—¿Crees que puedo conseguir que las animadoras me besen antes de que nos vayamos? —pregunta Isko.

—No lo sé —responde Danny—. Tienes cara de mono.

—Tus hermanos no parecen habérselo tomado muy mal —me dice Royce.

—No lo entienden. —Me apoyo en su pecho—. Para ellos todo es una gran aventura.

Royce me pasa las manos por los brazos, arriba y abajo.

—Lo será.

—No, será horrible.

Me da un apretón en los brazos.

—No te puedes ir. Tiene que haber algo que podamos hacer. —No para de decir eso. Ha pasado meses asegurándome que puede ayudarme, pero no se lo he permitido.

—El juez nos preguntó si conocíamos a alguien importante en el gobierno —termino confesando.

—¿Sí?

—Ajá.

Es como si hubiera encendido un fuego dentro de él.

—Bien, tenemos que ser rápidos entonces. Vamos a hablar con mi madre.

—¿Con tu madre? ¿Por qué?

Por supuesto, le sorprende mi comentario. Se aparta.

—Porque eres mi novia. Pensaba que habíamos superado lo que pensabas de mi familia.

—No lo digo por eso —rectifico, aunque supongo que sí es así.

Me acuerdo del día que fui a dejarle el regalo de Navidad. Me marché de su casa con la sensación de que nunca podría impresionarla.

—¿No es con tu padre con quien tendríamos que hablar? Él es el congresista.

Royce sonrío con remordimiento.

—Así es. Pero antes tenemos que ganarnos a mi madre. Así funcionan las cosas en mi familia.

—De acuerdo. —Estoy desesperada, y él se ha ofrecido a ayudar.

—Estupendo, está en la ciudad. Vamos.

Cuando entramos en la casa de los Blakely, Maria viene a saludarme.

—Qué alegría verte, Jasmine —me dice—. Me preguntaba dónde has estado últimamente.

—¿Dónde está mamá? —le pregunta Royce.

—En la cocina. ¿Pasa algo?

Royce asiente. Nunca lo había visto tan decidido.

—Es una larga historia. Luego te pongo al día.

Corremos hasta la cocina. Aunque mi familia no tiene que abandonar el país de inmediato, parece que todo se ha vuelto urgente. Es como si el cronómetro hubiera empezado la marcha atrás y cada segundo significa que estamos más cerca de la deportación.

—Mamá, tengo que hablar contigo —señala Royce cuando entramos en la cocina.

La señora Blakely está enjuagando una taza de café.

—Tengo cita en la peluquería en treinta minutos, Royce —responde y me dedica una sonrisa—. Hola, Jasmine. Felicidades por el campeonato de animadoras. Royce me lo contó hace unas semanas.

—Gracias —contesto en voz baja.

—¿Te había contado que yo fui animadora en UCLA? ¡Vamos, Bruins! Desafortunadamente yo nunca fui capitana. Pero mírate a ti. Inteligente. Resuelta. Estoy muy orgullosa de ti.

¿Es esta la misma mujer que vi en Navidad? No me mira como aquel día, como si fuera algo que Royce hubiera encontrado en la calle y manchara su inmaculada alfombra blanca. Es más amable. Más simpática. Parece que le gusto de verdad. ¿Estaba todo en mi cabeza? Debe ser que sí. Le dije a Royce cuando me disculpé que estaba proyectando mis inseguridades en ella, y esto es prueba de ello.

—Gracias, señora Blakely. Es muy amable.

—Puedes llamarme Debra. —Suelta la taza—. Cenaremos pronto. Además, estoy agotada.

—Es importante, mamá —insiste Royce—. Te necesito.

Debra se detiene de inmediato.

—De acuerdo, ¿qué pasa? —Suelta el bolso y espera a que su hijo continúe.

Royce va directo al grano.

—Van a deportar a Jasmine y a su familia. Tenemos que ayudarles.

33

No hay mejor ejercicio para el corazón que agacharse para ayudar a levantar a los demás.

—JOHN HOLMES

—Cuando expiró el visado de Maria —señala la señora Blakely—, tuvimos que ayudarla a conseguir una extensión, pero es mucho más difícil de lograr cuando la fecha ha pasado. El gobierno tiende a desaprobarlo, pero nosotros lo conseguimos.

Estoy en una cafetería con Royce y su madre. Ha quedado con nosotros después de la cita en la peluquería. Tiene el pelo perfecto. Ha escuchado mi historia en silencio y sin juzgarme. Por primera vez siento un rayo de esperanza, aunque está mezclado con un ápice de desesperación.

Echa edulcorante al café.

—Estas cosas pueden ser un verdadero fastidio, pero en el caso de Maria pudimos extender su estancia otros cinco años.

—¿Solo cinco años? —pregunta Royce, alarmado—. No es suficiente para que Jasmine se gradúe y vaya a la escuela de posgrado. Tiene que haber una solución que no sea que necesite conseguir la aprobación a través del sistema judicial de inmigración durante el resto de su vida.

—Y no puedo quedarme aquí sin mi familia —añado—. Tenemos que quedarnos todos. —A este respecto soy inflexible.

—Un momento, ¿Maria se tiene que ir después de cinco años? —pregunta Royce.

Su madre asiente.

—Quiere volver a Filipinas para estar con su familia. —Toma un sorbo de café—. Tu padre tuvo que tirar de algunos hilos para conseguir un nuevo visado de trabajo para ella. —Me mira—. En vuestro caso, sin embargo, necesitáis algo que impida la deportación. Presentar algún tipo de apelación. Y necesitáis a un juez de vuestro lado. Creo que se llama suspensión de la deportación. Después tendréis que cumplir los requisitos para solicitar el permiso de residencia para poder convertirnos en residentes permanentes. Pero no me puedo creer que el juez no haya visto tus logros académicos como una razón para que os quedéis tú y tu familia en Estados Unidos.

—Ha sido una pesadilla. —Me siento valiente para hablar de corazón después de escuchar sus palabras de apoyo—. No estaba de nuestro lado, eso seguro. Piensa que ganar las Nacionales de animación es una tontería. Hizo un comentario sobre que el país ya tiene suficientes animadoras.

—No me sorprende —responde ella—. Algunas de esas personas creen que el lugar de la mujer está en las alcantarillas. Han pasado años en la cima y creen que su poder les da derecho a decidir el destino de las personas. Que merecen la autoridad de decir quién se

queda y quién se va.

—¿Como papá? —pregunta Royce.

Su madre se echa a reír.

—Tu padre no habría hecho nada sin mí.

Royce me da un codazo.

—¿Qué te he dicho? Maria no estaría aquí si mi madre no hubiera presionado a mi padre para que la ayudara.

—Estaba encantado de ayudar —comenta la señora Blakely—. Es solo que tiene muchas cosas en la cabeza. Nunca se hubiera enterado si yo no le hubiera presentado el problema. Probablemente se hubiera limitado a contratar a otra sirvienta. Pero a mí me gusta Maria y ella me preguntó si tenía alguna forma de resolverlo. Así que aquí estamos.

—¿Tienes alguna forma de resolver el problema de Jasmine? —le pregunta Royce.

—Aún no. Primero tenemos que informar a tu padre. Él sabrá qué hacer. Existen muchos vacíos legales y formas de hacer las cosas. Tendremos que buscar información. Preguntar en Washington.

—Papá lo conseguirá, ¿verdad? —pregunta Royce—. Aunque su política sea tan conservadora.

—Que alguien sea conservador no significa que no pueda ayudar a la gente, Royce —lo amonesta su madre—. Ya lo sabes. Además, estamos hablando de Jasmine. Solamente su expediente demuestra que es un caso especial, ¿no crees? Deja que hable primero con él y, cuando vuelva a la ciudad esta semana, tú y Jasmine deberíais de buscar un hueco para hablar con él.

Unos días más tarde, he salido temprano del instituto y Royce y yo estamos sentados en la sala de espera del despacho del congresista Blakely. Me sorprende que Royce tenga que pedir cita como cualquier otra persona, pero supongo que su padre tiene una agenda muy apretada. Cada minuto cuenta, incluso con su hijo.

El despacho del señor Blakely es un testimonio de todo lo que ha hecho en su carrera política. Hay fotos de él con dos presidentes de Estados Unidos, senadores, dignatarios extranjeros, celebridades y, por supuesto, en la cámara de representantes, hablando al público. También hay pinturas, probablemente encargadas por su esposa. Un retrato de él cuelga al lado de una vitrina llena de todo tipo de premios de reconocimiento que ha recibido a lo largo de los años en todo el mundo. Detrás de él aparecen las banderas de Estados Unidos y de California.

—Os está esperando —nos comunica su asistente, un joven serio de unos veinte años que lleva un traje impoluto—. Entrad.

Cuando Royce y yo entramos en su despacho, el señor Blakely se levanta, sale de detrás de la mesa y le da una palmada a su hijo en los hombros. Tiene los mismos

hombros anchos que Royce, sus rasgos clásicos, pero Royce tiene los ojos de su madre.

Nos indica que nos sentemos y, en lugar de regresar detrás de la mesa, toma asiento en una silla que hay frente al sofá donde estamos nosotros.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunta a su hijo—. Me han dicho que eres muy valioso para el equipo. Que el comunicado de prensa que escribiste sobre la iniciativa del agua fue ensalzado casi palabra por palabra por la prensa.

—Gracias, papá —responde él, ruborizándose.

Lo miro con admiración. Me siento muy orgullosa de él.

—Tu madre me ha contado lo que sucede. Estamos hablando de algo serio. ¿Está Jasmine en proceso de deportación?

—Sí, señor —responde Royce.

—Toda mi familia, en realidad —concreto—. Hemos intentado seguir el proceso apropiado, pero hemos perdido el juicio.

—Y no sabíamos con quién más hablar —añade Royce—. Mamá nos dijo que acudiéramos a ti.

—Habéis venido al lugar adecuado —indica el congresista Blakely y me escanea—. ¿Cómo estás, Jasmine?

—Bien, señor.

—Siento todo esto. Royce me ha explicado que, debido a tu situación, ya no cumples los requisitos para aceptar la Beca Nacional.

—Así es, señor. —Me ruborizo. Espero que no piense que soy una farsante por haber asistido a la recepción en D. C.

—Es una pena —contesta. Parece que no piensa que sea una farsante y ahora puedo respirar mejor.

—Gracias, señor.

—Llámame Colin, por favor. Ya te lo he dicho antes, no hace falta ser tan formal. He pensado en lo que podemos hacer con tu documentación desde que me lo contó Debra. Esta es mi solución. Quiero ofrecerte una oportunidad especial. ¿Has oído hablar de las propuestas de ley privadas?

—No —admito, y me embarga la esperanza.

Royce, que me sostiene la mano, me da un apretón.

—Hace muchos años, hubo un joven de Uganda que tenía problemas de corazón de nacimiento que nunca fueron reparados —explica el congresista—. Era una bomba de relojería andante. Los médicos concluyeron que podría morir en cualquier momento. Nadie sabía cómo había llegado a los dieciséis años. Pero no había nada que pudieran

hacer. No tenían los conocimientos para tratarlo. El chico era huérfano y no contaba con dinero para viajar en busca de cuidados médicos. Médicos Sin Fronteras reparó en él y lo transfirieron a uno de los programas en Estados Unidos que instruía a estudiantes de Medicina en una universidad de aquí. Lo trataron y se recuperó.

El señor Blakely regresa a la silla del escritorio y nos hace un gesto para que nos sentemos en las sillas que hay frente a él. Continúa con la historia.

—¿Sabéis qué pasó a continuación? En los siguientes años, fue a algunas clases a la universidad. Quería estudiar Medicina, pero necesitaba tener la residencia en Estados Unidos para acceder al programa. Así pues, el representante Bill Turner, de Wisconsin, redactó una propuesta de ley. Incluyó cartas de oficiales de alto rango de la universidad y del gobierno estadounidense. La propuesta se aprobó en la cámara y en el senado. No hubo ningún problema. A continuación la firmó el presidente. Y de ese modo el joven recibió el permiso de residencia y después la ciudadanía estadounidense. En su caso, la propuesta de ley tan solo era para un hombre.

Me siento mareada por la esperanza.

—¿Así que me está diciendo que una de esas propuestas podría ayudar a toda mi familia? ¿Haría eso por nosotros? —Es abrumador pensar que pueda ser tan sencillo, que tan solo por conocer a Royce, toda mi familia se adelante a la primera línea de la inmigración y reciba un pase a la ciudadanía.

El señor Blakely asiente.

—Exacto, Jasmine. Centraremos la propuesta en ti, en una joven estudiante brillante y su sistema de apoyo. ¿Qué opinas?

—Que es increíble. —Vaya, esto es más de lo que esperaba. Una propuesta de ley. Especial para nosotros. Para mi familia. Intercambio una mirada esperanzada con Royce. A esto se refería cuando me dijo que podía ayudarme. Podía lograr esto por quién es su padre.

—Merece la pena intentarlo —indica Royce con una sonrisa enorme.

—Tengo que decir que, en teoría, parece fácil, pero será complicado —asegura el señor Blakely—. Primero he de hablar con juez que ha oficiado el caso, ver si puedo hacerle cambiar de opinión y conseguimos visados temporales a todos. No queremos que os deporten mientras nos encargamos del asunto. Esto podría llevaros a otro juicio, lo que significa tener que esperar más. Podría ser un proceso largo.

—¿Entonces tiene que esperar a dos cosas? —pregunta Royce—. ¿A un juicio para ver si tiene que quedarse de forma temporal y después esperar a que se apruebe la propuesta de ley?

—Sí. Mientras tanto, hay que reunir mucha información. Tengo que llamar al juez. Se tienen que escribir cartas. Después hay que redactar la propuesta. Podemos intentar acelerar esto, pero podría no funcionar. Puede tardar de seis meses a un año, y no hay

garantías de que se apruebe. Es un caso excepcional. Tú y tu familia, Jasmine, sois excepcionales. Tenemos que hallar un modo de apelar a los sentimientos de mis compañeros congresistas, senadores y el presidente. Te diría que tienes probabilidades, pero seguramente ya lo hayas escuchado antes.

—Se lo agradezco, señor Blakely. —Soy incapaz de llamarlo Colin, lo mismo que no puedo llamar Debra a su esposa. Aún no, quizá algún día. Estoy sobrepasada por su ayuda. Sé que no lo hace por mí, sino por su hijo y porque su mujer se lo ha pedido. Hace esto por su familia, y puede que eso signifique que la familia de Royce no es muy diferente de la mía.

—Esperad un momento. Antes de que os vayáis... —El congresista levanta la mano para detenernos antes de salir de la habitación—. Te agradecería que mantuvieras en secreto lo que estoy haciendo, Jasmine. Va en contra de los ideales de mi partido. Si ciertas personas se enteran, podrían aprovecharse de tu situación para hacerme daño. Y eso no nos haría ningún favor a ninguno.

—Vaya, tu padre es un superhéroe. Y tu madre también —le digo a Royce mientras paseamos cogidos de la mano por el muelle de Santa Mónica después de la reunión con su padre. El muelle es uno de los lugares preferidos de Royce de Los Ángeles. Dice que le recuerda a su infancia, así que venimos a menudo. Estamos cerca de la caseta de explotar globos de la feria.

Es lo más cerca de él que me he sentido nunca. No solo porque me esté ayudando, sino también porque su familia me conoce, a la verdadera Jasmine. Me conocen y quieren ayudarme.

—Ya te dije que te podían ayudar.

—Gracias. Nunca podré agradeceréte lo suficiente.

—No tienes que agradeceréme. Lo hago por mí, ¿sabes? Soy muy egoísta —bromea—. Ya sabes que no tengo más amigos.

Sigo sin poder creéme. Una reunión con su padre y todos nuestros problemas se han solucionado. Es magia.

—Eh, tortolitos —nos llama uno de los feriantes. Levanta un osito de peluche negro que lleva un corazón—. ¿Por qué no le haces un favor a tu chica y ganas algo para ella que nunca olvide?

Royce me mire.

—¿Crees que tengo buena puntería?

—No lo sé. Pero quiero ir a contarles a mis padres las buenas noticias.

—Vive un poco —insiste el feriante—. Nadie tiene todo el tiempo del mundo. Tu momento de ganar es ahora.

—Es un buen vendedor, ¿eh? —señala Royce.

—No lo suficiente. —No me apetece jugar a nada ahora.

—Lo siento, amigo —le dice Royce al hombre.

Seguimos caminando por la pasarela. Siento la brisa fresca y suave en la piel. Hay niños corriendo por todas partes, riendo en los columpios. Varias gaviotas nos sobrevuelan. Una se posa en la barandilla. La noria da vueltas. Varios niños gritan en sus asientos mientras la atracción gira.

Royce me ha ofrecido ayuda con mi situación desde el principio y yo no he dejado de rechazarla. Pensaba que estaba siendo práctica, no quería cargarlo con mis problemas cuando en realidad lo que me pasaba era que tenía demasiado orgullo para aceptar su ayuda. Era demasiado egocéntrica para aceptar su amor, porque el amor significa dejar que otras personas también te quieran.

Aunque me siento feliz por mí, pienso en los muchos millones de personas que están en mi situación y no cuentan con los mismos recursos, los mismos contactos, y no tienen voz en el sistema. «Por la gracia de Dios». Nunca había entendido de verdad lo que significaban esas palabras, pero ahora sí. ¿Y si nos hubieran encerrado en un centro de detención durante años? ¿En qué condiciones habrían crecido mis hermanos? ¿Cómo sería yo cuando saliera? ¿Tendrían mis padres el pelo canoso?

Había pensado en lo que quería hacer con mi vida si todo salía bien y ahora creo que lo sé. Quiero ayudar de algún modo a esa gente, ser una abogada para los que no tienen a una.

—¿Estás bien? —me pregunta Royce, rodeándome con un brazo.

—¿Qué habría pasado si te hubiera seguido diciendo que no? ¿Si no hubiera aceptado tu ayuda?

—Probablemente habría hecho lo mismo. Lo tendría que haber hecho antes.

—Desconocíamos que podía ser así de fácil —expongo—. Y no es culpa tuya. Soy muy afortunada.

—Yo también soy afortunado.

Vuelvo a pensar en los millones de inmigrantes ilegales que hay en este país, esperando y escondidos. Intentar permanecer en Estados Unidos es el juego del ratón y el gato; una vida trabajando en negro por menos del salario mínimo, sin forma de denunciar abusos y transgresiones en el lugar de trabajo. ¿Qué pasa cuando se ponen enfermos? ¿Si se hacen daño? El sacrificio que están haciendo es enorme.

Mi historia es solo una de muchas.

Siento una conexión con todos los que han intentado mudarse a Estados Unidos en busca de una vida mejor. Los que se han sacrificado tanto por el sueño de un futuro que ellos no disfrutarán, solo sus hijos.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me prometo a mí misma que haré que el

sacrificio merezca la pena.

34

Lo primordial es ser uno mismo, bajo cualquier circunstancia. Ese ha sido y es nuestro propósito en común.

—MADELEINE ALBRIGHT

En el instituto todo el mundo se sorprende al enterarse del resultado del juicio. La señora García sacude la cabeza. La entrenadora Davis está enfadada. Mis compañeras de equipo se quedan lívidas. La señora López, la directora del centro, me lleva a un lado y me mira con ojos tristes.

—¿Deportados? —pregunta con incredulidad.

Todo el mundo dice lo mismo. «Pero si eres una becada nacional. Eres parte de la estructura de este instituto, de esta ciudad, de este país». Me gustaría decirles que esa estructura se ha roto. Se ha abierto un agujero en este país. La gente como yo se sale por él, derramándose por las fronteras por el modo en el que se nos criminaliza a todos en lugar de solo a los que son criminales. Pero mantengo la boca cerrada y no digo nada de la propuesta de ley privada por ahora.

Espero un día para contarle a mi familia la conversación con el congresista Blakely. Mi padre ya se está poniendo en contacto con nuestra familia en Filipinas, planeando nuestro regreso. Actúa como si lo estuvieran apuntando con una pistola. Todos lo hacemos. Nos sentimos extranjeros en nuestra propia comunidad, en nuestra casa.

—¿Cómo serán las cosas allí? —pregunta Isko—. ¿Olerá diferente?

Estamos cenando juntos. Mamá ha preparado arroz frito con gambas y pollo. Yo le echo a mi plato salsa de chili. Isko y Danny tienen la boca llena de comida.

—Todo será distinto —explica mamá—. Dejaréis de formar parte de la minoría.

—¿Qué significa eso? —pregunta Isko.

—Significa que allí todo el mundo es filipino, como tú —responde mi padre.

—Pero yo soy estadounidense —replica mi hermano—. Seré yo el que hable raro.

—Tendrás exactamente el mismo aspecto que ellos y, para tu información, los filipinos también saben inglés. Es solo que tú no te acuerdas.

Isko pone una mueca.

Danny le echa una miradita, una de esas que significan que todas las animadoras van a adorarlo a él y no a su hermano pequeño. Me alegra que Danny haya superado el bajón.

—Cállate —le grita Isko.

Danny finge sorpresa.

—No he dicho nada.

—Otra vez lo estás haciendo —insiste Isko.

—¿Puedes parar ya? —reprende mi madre a Danny—. Nadie quiere besarte.

Él se ríe y yo miro a Isko.

—Oh, sí que quieren.

—He quedado con el padre de Royce —informo.

—¿Por fin está en la ciudad? —pregunta mi padre al tiempo que da el último bocado.

Mamá retira los platos de la mesa. Danny la ayuda, pero sigue burlándose de Isko, guiñándole un ojo cuando retira su plato. El pequeño le ruge y mamá les lanza su clásica mirada.

—Le he preguntado si puede ayudarnos. —Le doy vueltas a la última gamba del plato, pero no tengo ganas de comérmela. Estoy demasiado nerviosa por compartir la noticia.

—¿Y? —pregunta papá—. ¿Te ha dado una charla y se ha despedido amablemente? *Bon voyage*, ¡gracias por salir con mi hijo!

—No, papá —respondo con paciencia—. Hemos tenido una conversación agradable. Quiere intentar ayudarnos. Piensa redactar una propuesta de ley privada.

Les explico a mis padres que el congresista Blakely va a pedirle al juez que detenga la deportación y nos conceda un visado temporal, o algo similar, mientras el congreso nos redacta una propuesta de ley privada. Les aseguro que va a funcionar.

—¿El congreso de Estados Unidos va a aprobar una propuesta de ley solo para nosotros? —Mi padre tiene los ojos muy abiertos—. ¿Y el presidente la va a firmar?

—Sí.

Ninguno parece emocionado por la noticia, no lo entiendo.

—Jasmine, suena demasiado bien para ser verdad, y ahí está el problema: cuando suena demasiado bien para ser verdad, suele serlo. Piénsalo. La propuesta tiene que pasar la cámara y el senado, ¿y el despacho del presidente? Es mucho. ¿No te acuerdas de que él y su partido se opusieron a la reforma de inmigración?

—Funcionará si tenemos a muchos legisladores de nuestro lado. —Les explico las historias de otras propuestas de ley. He buscado información—. Se hace en tan pocas ocasiones que no sé por qué nos la iban a denegar. Eso es lo que nos faltaba en el juicio de deportación, ¿os acordáis? Tener de nuestro lado a oficiales de alto rango. ¿Recordáis que el juez preguntó si había cartas de políticos? Qué pena que no le contáramos al abogado que conocemos al padre de Royce. Parece que así funcionan estas cosas. Si consigues que varios políticos se pongan de tu lado, puedes lograr lo que necesitas...

—Ese es el problema —insiste mi padre—. Los políticos son las últimas personas en las que se puede confiar. Si dependes de ellos, serás un peón en algún juego más

importante para ellos.

—No es el caso. Está intentando ayudarnos de verdad. Ayudaron a su sirvienta filipina, Maria...

—Oh, qué bien. Ahora somos igual que la sirvienta. ¿Querrán que les limpiemos la casa después?

Cuando se muestra tan testarudo al hablar de la gente, es imposible conseguir que te escuche. Es muy frustrante. Me levanto de la mesa.

—¿Por qué sois tan difíciles?

Mi madre está sorprendentemente callada mientras seca un plato y lo guarda.

Mis hermanos hace un rato que desaparecieron en otra habitación, desinteresados o demasiado asustados para escuchar esta conversación.

—No soy difícil —replica papá—. Soy realista. Si anulan la deportación y aprueban esa reforma, seré el primero en celebrarlo. Pero tenemos que estar preparados para lo peor. Mamá y yo vamos a poner la casa en venta y estamos haciendo planes para cuando tengamos que volver a Filipinas. No podemos depender de los juegos imaginarios de los políticos. Tenemos que tener un plan concreto. No podemos vivir como avestruces con la cabeza bajo el ala.

—Tampoco tenemos que rendirnos tan fácilmente —me quejo—. ¿No quieres quedarte?

—Por supuesto que prefiero quedarme, pero a veces desearía no haber sugerido que nos mudáramos a este condenado país. —Se levanta de la mesa—. Me ha obligado a romper todas las promesas que les he hecho a mis hijos.

No hay entrenamiento de animación después de clase, tan solo una pequeña reunión para despedir a las mayores e informar a las que regresan de cuándo empiezan los entrenamientos de nuevo durante el verano. La reunión se ha terminado y la entrenadora Davis se ha marchado con prisas. Pensaba que nuestra despedida sería un acontecimiento más emotivo, pero nadie quiere quedarse. Deben de sentir las vacaciones de la primavera en el aire.

La mayoría de las chicas se van rápido. Kayla no, ella se acerca a mí.

—Hola, Jas, ¿quieres que te lleve a casa?

No hemos hablado mucho desde el incidente en el cine. No tengo ni idea de si sigue saliendo con Mason. No estoy enfadada porque me lo haya ocultado, pero sí porque le pidió a Royce que lo hiciera, y sigo enfadada por lo que le hizo su hermano al mío. No le he contado cómo nos va a Royce y a mí, ni tampoco lo que está haciendo por mi familia.

—No, gracias. Me voy andando.

—Por favor. Podemos ir a tomar un café —sugiere.

No puedo guardarle rencor para siempre.

—De acuerdo —concluyo.

En la cafetería, nos sentamos a una mesa que hay en un rincón y pedimos cafés americanos. La cafeína me despierta y siento que podría irme a correr una maratón de ocho kilómetros o irme de compras por Beverly Hills.

—¿Has hablado últimamente con Lo? —me pregunta.

Ya sé por dónde van los tiros.

—Si quieres saber cómo le va a Dylan, ¿por qué no le preguntas?

—No lo sé.

—¿Qué tal Mason?

—Se ha acabado —responde—. Ni siquiera sé cómo he podido salir con ese idiota.

—Ya, bueno.

—Siento no habértelo contado. Salí con él porque no dejaba de llamarme, y estaba cansada de quedarme esperando mientras Dylan estaba de gira con el grupo. Ya sabes que me aburro fácilmente. —Rodea la taza con las manos.

—Imagínate una relación a distancia cuando te tienes que marchar a Filipinas.

—Ya. Supongo que esa relación se ha acabado.

Se refiere a Royce y a mí.

—No, no hemos acabado —replico, ofendida.

—Oh, he dado por hecho que como Filipinas está tan lejos...

—No deberías dar nada por hecho. Mira, Kayla, ¿por qué estamos aquí? ¿Qué quieres?

Toma aliento.

—Quiero recuperar a mi amiga. Quería disculparme contigo por lo que ha pasado con nuestros hermanos. Mi hermano lleva portándose mal desde que nuestros padres se separaron y no sabía cómo enfrentarme al problema. Pensé que solo estaba bromeando y cuando me enteré de lo sucedido, estaba horrorizada y muy avergonzada. No podía verte.

Entiendo esa sensación.

—Te echo de menos, Jas. Eres mi mejor amiga —dice con los ojos llorosos.

—Yo también te echo de menos, K. —También yo estoy al borde de las lágrimas. Ha sido un año muy emotivo.

No importa lo mucho que nos enfademos la una con la otra, siempre nos reconciliamos. Supongo que puedo perdonar a Brian por lo que le hizo a Danny, y no vamos a permitir que un idiota como Mason se meta por medio. Pero la próxima que

quiera enrollarse con un chico, voy a obligarla a que pase por mí antes. Se lo digo.

—No quiero conocer a ningún otro chico —señala—. Echo de menos a Dylan. He cometido un error tremendo. ¿Crees que alguna vez querrá hablar conmigo?

—¿Por qué no? —Pienso en todo lo que nos ha pasado a Royce y a mí. Ninguna relación es perfecta siempre—. Todo el mundo merece una segunda oportunidad.

Lo más difícil es tomar la decisión de actuar. El resto no es más que tenacidad.

—AMELIA EARHART

Estamos a mediados de marzo y no hemos sabido nada de un nuevo visado ni de la propuesta de ley privada, solo lo que nos ha contado Royce: que el equipo de su padre está trabajando en ello. Excepto nuestra relación, que cada día va más en serio, todo lo demás parece flotar en el aire. Empiezo a pensar que tal vez mi padre tenía razón al no mostrarse optimista con el proceso. Si tenemos que mudarnos a Manila, dice que sus primos tienen una casa que podemos alquilar con derecho a compra.

Mi madre empieza a organizar las habitaciones y todos ayudamos. Vamos a vender muchas de nuestras pertenencias en un rastrillo en el patio para ahorrar para los gastos del viaje. No podemos permitirnos llevárnoslo todo. Mamá dice que compraremos muebles nuevos en Filipinas. Vamos a empezar de cero. Ya ha estado mirando cosas por Internet, guardando muebles que va a comprar. Cuando hace eso no está tan triste. Me parece que hay algo de paz, una calma después de la tormenta cuando discute con papá sobre el presupuesto para los muebles. A él le preocupa más nuestra casa, si se venderá y cuándo.

Aunque mantenerse ocupados con la mudanza ayuda a que mis padres se olviden de la deportación, yo me pongo triste cuando hablamos de la venta de la casa. Cuando pienso en un hogar, no pienso en Filipinas ni en América. Pienso en nuestra casa.

Aunque toda mi familia se está preparando para lo peor, yo aún tengo esperanza en la propuesta de ley. Me controlo para no molestar constantemente al congresista Blakely con el proceso. Una noche, durante una cena con los padres de Royce en un restaurante de Beverly Hills que está cerca de Tiffany's, pregunto:

—¿Es difícil redactar esas propuestas?

—No más que cualquier otra propuesta —responde él, mirando a su alrededor—. Pero es mejor que no hablemos de esto aquí.

Su esposa le lanza una mirada.

No sé lo que significa, pero cambiamos de tema y hablamos de que Royce ha aceptado entrar en Stanford y yo estoy interesada en estudiar en el mismo lugar. No sabré nada hasta abril. Intento no pensar mucho en ello; aunque pueda quedarme y Stanford me admita —dos cuestiones importantes—, todavía tengo que encontrar el modo de pagar la matrícula. Stanford dice que no tiene en cuenta las necesidades del estudiante incluso cuando se trata de alumnos internacionales, pero a saber si es así de verdad.

Como dice mi padre, nunca se sabe. Puede depender de muchas cosas.

—Así que tú también has solicitado plaza allí —expone la señora Blakely—. ¿Qué quieres estudiar?

—Creo que Política —respondo—. He pensado que podría ir a la escuela de Derecho. El señor Blakely sonrío ampliamente.

—¡Una gran elección!

Royce me sonrío con orgullo y siento un hormiguelo de emoción por haber impresionado a su padre.

—¿Vas a seguir con las animadoras? —se interesa Debra.

Mastico unas judías verdes al vapor.

—Estoy pensándomelo. Sí me gustaría competir a nivel universitario. Puede que me ayude a centrarme, a mantenerme en forma. Pero supongo que depende de si entro o no en el equipo.

La señora Blakely le da un sorbo a su copa de vino.

—No creo que haya problema.

—Por cierto —interviene el congresista, bajando la voz—. Al fin he podido hablar con el juez acerca de una posible extensión de ya sabes qué... Tengo un buen presentimiento.

Me siento eufórica, pero no entiendo por qué tiene que ser tan reservado con respecto a la extensión. Como si hubiera algún líder de su partido escondido en las macetas que hay junto a las mesas.

Royce le pide a su padre más información.

—¿Qué ha dicho?

Este toma un buen trozo de su filete.

—No voy a contaros los detalles. Digamos que he presionado un poco y, si él no se encarga del tema de inmediato, no tendrá mi apoyo continuado cuando se presente a una reelección. —Le da un sorbo a su vaso de agua con limón—. Todo se rige por favores, hijo. A veces tienes que ponerte firme con estas personas para que no se opongan cuando necesitas que hagan algo.

—¿Eso es lo que hiciste con la propuesta de reforma de inmigración? —pregunta Royce.

El señor Blakely parece nervioso.

—Tampoco vamos a hablar de eso ahora.

Pero Royce no se rinde.

—Había pensado que, como estás ayudando a Jasmine, podrías explicarnos por qué, básicamente, acabaste con la propuesta de reforma que habría ayudado a su familia.

Le doy una patada por debajo de la mesa. Estoy impresionada, pero también me

pregunto por qué está haciendo esto justo ahora. No quiero que el congresista piense que soy una desagradecida y deje de ayudarnos.

El hombre suelta el tenedor con demasiada fuerza y habla con las manos, gesticulando excesivamente.

—Hijo, no tengo que explicarte nada. No voy a hablar de eso aquí, ni en ningún otro sitio público, así que deja el tema, ¿de acuerdo? Este no es el lugar. Estás cumpliendo a la perfección lo de irritarme para convertirte en un periodista de investigación.

—¡Oh! —exclama de repente la señora Blakely, haciendo gestos hacia la ventana—. ¡Es Mason! Le dije que hiciera lo posible para venir.

Royce me coge la mano debajo de la mesa y yo le doy un apretón.

—Ya veo que sigue habiendo extranjeros entre nosotros —comenta Mason cuando llega y se me revuelve el estómago.

—Venga ya, Mason —replica Royce, alzando la voz—. ¿Por qué tienes que ser así? No tiene gracia.

El aludido me dedica una sonrisa.

—Tranquilo, hermanito. Es una chica inteligente. Ella sabe que estoy de broma.

—Ya basta, Mason —interviene el congresista.

La cena continúa, incómoda y tensa. Royce me aprieta la mano debajo de la mesa, lo que me ofrece un pequeño consuelo.

Una semana más tarde, me doy cuenta de que Royce me ha dejado un mensaje de voz. Apenas suele llamarme porque estamos todo el tiempo escribiéndonos mensajes, así que imagino que tiene que ser por algo importante. Sostengo el teléfono en la oreja mientras camino a casa, intentando bloquear el ruido con la mano.

—¡El juez va a permitir un visado temporal para tu familia! —exclama—. Creo que dura un año. Puede que más. ¿No es increíble? Es un primer paso. Mi padre dice que su equipo ha estado reuniendo algunas cartas de oficiales, incluida una de la comisión que leyó tu ensayo para la Beca Nacional. Las cosas se están arreglando. Quería haber esperado para contártelo en persona, pero he pensado que querrías saberlo lo antes posible. Llámame hoy, quiero verte en cuanto pueda. ¡Tenemos que celebrarlo!

Siento un peso menos sobre los hombros. Cuando llego a casa, empiezo a bailar por todas partes. Necesitábamos desesperadamente esta victoria. Corro al salón y me lanzo a los brazos de mi padre. Les cuento a él y a mi madre la buena noticia.

—¿Eso es seguro? —pregunta mamá.

—Eso dice Royce. No creo que esté equivocado.

—Me lo creeré cuando lo vea —señala mi padre con pesimismo—. Hasta entonces, no se aborta la misión. Tenemos que estar preparados para la marcha.

—¡Papá! ¿Por qué tienes que ser tan negativo?

Mi madre se lleva una mano a la boca, impactada por la noticia. No creo que piense que el plan político vaya a funcionar.

—¿Me has escuchado, mamá? ¡Hemos conseguido la extensión! Para un año, ¡puede que dos! Es un comienzo, ¿verdad?

—Sí, *neneng*. Es una buena noticia. ¡Una noticia increíble! ¿Pero y la propuesta de ley? Eso es lo que necesitamos de verdad. No hemos sabido nada en semanas.

Pienso en la cena del otro día. El congresista Blakely actuó de un modo muy extraño. ¿Qué había de malo en hablar en público sobre la propuesta de ley privada? Todo el mundo se iba a enterar de todos modos. ¿Qué más daba que la gente supiera que su partido apoya a veces a los inmigrantes? ¿No era algo bueno?

Mis hermanos y yo no tomamos la decisión de venir aquí, simplemente vivimos con ella. No es nuestra culpa que adoremos Estados Unidos, que queramos quedarnos en el único país que conocemos.

No es culpa nuestra que no tengamos permisos de residencia.

Sueño americano

Yo, también, soy América

—LANGSTON HUGHES

América, te lo he dado todo y ahora no soy nada.

—ALLEN GINSBERG, *AMÉRICA*

La bomba cae a las 8:37 de la mañana, durante la primera clase, la de Cálculo.

Royce me envía un mensaje con tono acusador.

¿SABES QUIÉN HA HECHO ESTO?

¿El qué?, respondo.

Ups, esto... —añade, y me envía enlaces a dos artículos, de *Politico* y *Fox News*.

No sé qué es lo que pasa. ¿Está enfadado conmigo? Accedo al artículo del *Politico*: Fracaso del Partido Republicano: el líder de la mayoría Blakely cambia de opinión tras la crítica de la reforma que favorece a los inmigrantes ilegales.

Se me revuelve el estómago mientras leo el artículo.

WASHINGTON D. C. Un antiguo representante popular de los Estados Unidos ha abandonado la redacción de una inusual propuesta de ley privada que pide la ciudadanía para una familia de inmigrantes indocumentados que reside en el sur de California.

El representante de Estados Unidos Colin Blakely se ha convertido en el blanco de sus compañeros legisladores, que han descubierto el intento del representante de redactar, en secreto, una propuesta que garantizaría la ciudadanía a toda una familia de Filipinas que se encuentra de forma ilegal en Estados Unidos.

Blakely ha negado que exista tal propuesta y ha expresado que no habrá ninguna propuesta de ley privada por su parte. «Tienen que acabar los rumores sobre una propuesta privada de reforma redactada por mi equipo —dijo el congresista en Washington D. C. esta mañana—. Aunque Estados Unidos necesita una reforma de inmigración de algún tipo, este equipo no va a apoyar los intereses individuales con propuestas de ley privada».

Politico ha descubierto que el congresista Blakely tiene un interés personal en la familia de cinco miembros que reside actualmente en Chatsworth, California. Las fuentes afirman que uno de los hijos de Blakely mantiene una relación con un miembro de la familia de los Santos, que está residiendo de forma ilegal en Estados Unidos. Blakely se ha negado a responder preguntas sobre el tema: «Mi familia es un tema privado cuando se trata de nuestra vida personal», ha concluido.

Se rumorea que Blakely, uno de los miembros más poderosos del congreso, ha perdido su puesto en el partido. Otros miembros extremos lo han acusado de ser demasiado moderado. El representante de los Estados Unidos Mitt Schilling, de Texas, señaló: «El señor Blakely ha ido muy lejos al intentar redactar una propuesta de ley privada. Cuando me enteré, llamé de inmediato a su despacho. Tuvimos unas palabras». Schilling no ha dado más detalles acerca de cómo descubrió la propuesta de ley. Ha comentado que otros congresistas mostraron su apoyo con la llamada telefónica para detener la propuesta.

«No entiendo por qué lo niega todo —ha comentado Schilling—. Llagaremos al fondo del asunto».

Blakely ha confirmado que tales rumores no afectarán a su ejercicio como líder de la mayoría de la cámara: «No voy dejar el cargo. Tengo mucho trabajo que hacer. Todos lo tenemos».

Las propuestas de ley privada son propuestas poco usuales en Estados Unidos escritas para apoyar la concesión de la ciudadanía a individuos debido a dificultades únicas e insuperables...

Dejo de leer. Estoy impactada. De pronto la reforma que se estaba redactando para conseguir la libertad de mi familia se ha esfumado. El congresista Blakely ha negado su existencia. Está mintiendo al mundo entero. Y encima se ha desprestigiado el apellido de mi familia en una treta política.

Recibo otro mensaje de Royce.

royceb: mi padre corre el riesgo de perder su puesto. No lo entiendes. Estos tipos son despiadados y van a utilizar esto para destruirlo. Quieren echar a mi padre.

Sé que Royce está asustado por meter a su padre en problemas, pero yo no puedo

sentir nada aparte de preocupación por mi familia y por lo que va a sucedernos ahora. Le pido que me recoja a la hora del almuerzo, tenemos que hablar.

Cuando llega Royce, me doy cuenta de que los dos estamos buscando argumentos en silencio mientras él conduce. Sé adónde va. Quiere desahogarse en Stoney Point, un afloramiento rocoso natural al este de Topanga Canyon Boulevard. Tenemos que mantener esta conversación o estamos acabados, incluso aunque tenga que regresar a Filipinas, lo que cada vez parece más probable.

Salimos del automóvil y caminamos por el parque. Por fin Royce habla.

—¿Lo has hecho tú? No tiene sentido que haya sido otra persona.

De repente no puedo caminar.

—¿Que si he hecho qué?

—Filtrar la historia.

—¿Qué dices? ¿Por qué iba a hacerlo? Está claro que esto es malo para mi familia. —¿De verdad piensa que yo haría tal cosa? ¿Cómo puede? Ahora mismo me da la sensación de que no lo conozco.

¿Está mal que me den ganas de pegarle?

—No lo sé —responde frustrado—. Para ganar atención. Porque pienses que podría ayudar a generar compasión por tu familia. A lo mejor la vía de la propuesta de ley privada no era lo bastante rápida para ti. —Se pasa los dedos por el pelo.

—Eso es ridículo. El artículo del *Politico* desprestigia a mi familia al menos de cinco formas distintas. Ni siquiera me he atrevido con el de *Fox News*. Según ellos, somos peor que criminales.

—No lo entiendo —señala, haciendo un intento pobre de ocultar la rabia—. Si me hubieras dejado ayudarte desde el principio, esto no habría pasado. Ahora el representante Schilling y su grupo de imbéciles odian todavía más a mi padre.

Me ruborizo. Odio gritar, así que intento mantenerme calmada, a pesar de que el corazón me late acelerado.

—¿Estás hablando en serio? ¿Tu padre es el único que te importa? ¿Y mi familia? ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿Te crees que la carrera de tu padre va a terminar por esto? Esto es una pequeña incidencia para él, pero ¿para mí y mi familia qué? Va a cambiar toda nuestra vida.

Me dan ganas de lanzarle algo, pero no hay nada más que rocas y no quiero hacerle tanto daño.

—Yo no he hecho nada, Royce. Es a mí a quien van a echar del país.

—Tienes razón, lo siento. Estoy enfadado, no podía pensar con claridad.

—Entonces se ha acabado, ¿verdad? La propuesta de ley. —Tengo ganas de llorar,

pero también estoy furiosa.

—Está muerta —responde en voz baja—. Jas, así es la política. Cuando las cosas van mal, abandonas el barco. Mi padre ha hecho lo que tenía que hacer. —Se alborota el pelo con frustración—. No entiendo cómo lo han descubierto. Las únicas personas que saben esto son mi familia y la tuya.

—Mi familia no ha sido.

—Ni la mía.

—¿Te da vergüenza que el artículo haya expuesto nuestra relación? —pregunto, enfadada. El texto ha conseguido que lo nuestro parezca sórdido, como si solo saliera con él para conseguir un permiso de residencia. Me ha hecho sentir sucia.

—¡Por supuesto que no! ¡Te quiero! —grita.

—¡Yo también te quiero! —le grito yo.

Los dos tenemos la cara roja y Royce se baja la cabeza.

—Jas, lo siento mucho. Claro que no has sido tú. No sé en qué estaba pensando. Ahora mismo estoy muy asustado.

—Y yo. —Me acerco a él—. Yo también lo siento.

Maldice, solidarizándose conmigo.

—¿Qué hacemos ahora? —lloriqueo. Estoy tan enfadada con América y su política tóxica, sus funcionarios públicos que se supone que tienen que ayudar a sus electores pero solo se preocupan de su reelección.

—Ya encontraremos algo. No te vas a marchar a ninguna parte.

—No dejas de decir eso, pero eso no significa que sea verdad.

—Yo haré que sea verdad.

Nos aferramos el uno al otro como si nunca nos fuéramos a separar. La deportación es cada día más real. De algún modo, veo más allá de las rocas de Stoney Point, ante nosotros, el espejismo de un litoral en el mar del sur de China, en Manila.

A nueve mil seiscientos kilómetros de la gente que quiero y que me quiere.

37

Atrévete a vivir la vida que has soñado para ti mismo.
Avanza y convierte tus sueños en realidad.

—RALPH WALDO EMERSON

Los periodistas acuden a nuestra casa durante los dos días siguientes, pero nadie de la familia habla con ellos, por lo que acaban dejándonos en paz. Han aparecido en Internet algunos artículos malintencionados, pero poco después se descubre a un senador casado enviando fotos en las que aparece desnudo a varias electoras jóvenes y los medios hambrientos cambian de tema.

Al día siguiente en el instituto, Kayla me cuenta que ha llamado a Dylan veinte veces en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Tienes que parar un poco —le sugiero—. ¿No crees que te estás volviendo un poco obsesiva?

Vamos por el pasillo entre clase y clase. Yo vengo de Inglés, que ha sido un aburrimiento total. Chaucer me parece tan extranjero como Estados Unidos últimamente.

—Ayer solo le dejé cinco mensajes —responde mientras se aplica un poco de *gloss* transparente de vainilla—. Estoy empezando a pensar que Mason era mejor que nada.

—No sigas por ahí —le advierto—. Él no es bueno y lo sabes.

—Sí, lo sé. —Junta los labios para extenderse el *gloss*—. ¿Pero por qué no me perdona Dylan?

—La gente necesita tiempo. Y le has dejado tú. ¿Qué esperas?

—Pensaba que le hacía un favor rompiendo con él porque pasaba fuera mucho tiempo, ya sabes, y así no me echaba de menos —dice mientras nos dirigimos a Cálculo—. Supongo que no quería sufrir y le hice daño yo.

De entre todas las personas, yo entiendo ese sentimiento, y se lo hago saber.

Kayla se queda al lado de la puerta abierta de mi clase. Tiene una hora libre y puede entretenerse un poco.

—Lo echo de menos.

Le doy un apretón en el brazo.

—A lo mejor puedes dejar que él te eche de menos un poco más.

—¿Por qué? ¿Parezco desesperada?

—Un poco. —Busco los deberes en la mochila. No sé dónde los he puesto—. Vale, sí, mucho.

—¿Y quieres que pare? —pregunta—. ¿Que deje de perseguir a la liebre?

—Sí, conejita. —Encuentro los deberes doblados dentro del libro de matemáticas, como si fuera una niña de preescolar. Últimamente soy muy desorganizada. No obstante, me parece que es bueno que me haya relajado un poco, así conecto mejor con la gente y no me preocupo tanto por asuntos menores.

—¿Me haces un favor? —me pide.

—No lo sé. —Dejo los deberes en la caja que hay en la parte delantera del aula—. Depende.

Mi amiga me observa.

—¿Qué? ¿No confías en mí?

—Dime qué es.

—¿Vendrás conmigo a la casa de Lo a la siguiente fiesta? Sé que hay una este fin de semana. Va a tocar Bob Marley Lives.

—Claro, pero tú y Dylan tenéis que hablar antes de la fiesta. Si no va a ser todo muy raro. Y allí no vais a poder hablar mucho.

—¿Cómo voy a hablar con él si él no quiere hablar conmigo?

—Déjame a mí —le digo—. Veré qué puedo hacer. Hay una posibilidad de que esté abierto a hablar contigo, ¿vale? Pero no te hagas muchas esperanzas. ¿Y si está saliendo con alguien?

—Eso se puede arreglar —contesta, sin aceptar la derrota. Retuerce un mechón de pelo rizado y me guiña un ojo—. Nos vemos luego.

Me despido de ella. La admiro por no rendirse nunca cuando quiere algo. Siempre me ha encantado ese rasgo suyo. A continuación, me doy cuenta de que yo también podría tener sus agallas. En mi caso, no solo se trata del afecto de un rockero lo que está en juego.

Es toda nuestra vida.

Cuando llego a casa, le digo a mi padre que tenemos que llamar a nuestro abogado. Tengo un plan.

El despacho del señor Alvarado no ha cambiado. No ha desaparecido ni una sola fotografía de la pared. La mitad siguen colgadas torcidas. La reacción de mi padre es la misma que la mía. Se queda mirando las paredes y entorna los ojos con repugnancia.

—El señor Alvarado es latino —expongo—. ¿Por qué esperas que haya filipinos por las paredes?

—Podía colgar unas cuantas más —responde él—. Al menos mientras nosotros estamos aquí. Así no me sentiría tan pequeño. —Cuando entra el abogado, mi padre refunfuña en voz alta y mi madre lo hace callar.

—Qué bien volverlos a ver —nos saluda. No lo culparía por no ser amable con mi

padre—. ¿Cómo se encuentran?

—Estamos haciendo planes para la marcha —responde papá—. Tampoco es tan emocionante.

—Qué terrible noticia la de la propuesta de ley privada. Me acabo de enterar. Siento no haber podido hacer más.

—De hecho —intervengo, sorprendida por ser yo quien hable—, ha pasado algo.

—Oh, ¿es usted la portavoz hoy?

—Eso parece —responde papá.

Sé que mi padre no quiere estar aquí, y por eso él y mi madre se alegran de cederme la palabra.

Tomo aliento y me armo de valor.

—Mientras negociábamos con el congresista Blakely la propuesta de ley privada, nos comentó que ya había conseguido que el juez encargado de nuestro caso nos concediera una extensión, un visado o similar, para que pudiéramos quedarnos más tiempo. Lo que pasa es que como ha dado marcha atrás con la propuesta de ley, no sabemos qué ha pasado con el visado.

El señor Alvarado se toma un momento para responder.

—¿Han intentado ponerse en contacto con el congresista Blakely?

—Sí, pero en su despacho me han dicho que está en nuestras manos. Nos han aconsejado que esperemos y no presionemos. —No menciono que el congresista es el padre de mi novio. El señor Blakely se ha disculpado profundamente, pero estaba molesto por la filtración y no podía ni iba a hacer más por mi familia.

—¿Eso les ha dicho? Estos políticos. —El abogado niega con la cabeza—. Agachan la cabeza y se esconden.

—Pero el juez ya ha aceptado nuestra extensión del visado. Se supone que no nos van a deportar, al menos por ahora.

—Cuénteme lo que sabe —me pide.

Le explico todo lo que recuerdo sobre la presión que, supuestamente, estaba ejerciendo el congresista Blakely sobre el juez para que anulara la deportación.

El señor Alvarado se pone recto en la silla y me escucha. Tose y se aclara la garganta.

—No sé si puedo encargarme de esto —confirma, para nuestra desgracia—. Puede que el juez ya se haya retractado cuando Blakely retrocedió y negó la existencia de la propuesta de ley. No creo que tengan derecho ya a tal privilegio. Lo siento, no creo que pueda hacer nada por ustedes.

—¿Ni siquiera llamar al juez para ver si se nos han concedido los visados? —

pregunto, molesta.

—¡Gallina! ¡Es usted un gallina! —exclama de repente mi padre.

El señor Alvarado se queda estupefacto ante las palabras de mi padre.

—No sé de qué habla, ¡no soy ningún gallina!

—¡Mentiroso! Le veo las plumas —señala mi padre—. ¡Ahí! ¡Debajo del cuello!

El señor Alvarado, todavía sorprendido, se estira la camisa.

—¡Papá! —grito, y me vuelvo al señor Alvarado—. Señor, ya ve el estrés que nos ha ocasionado esto. Ha visto a mi familia en las noticias. ¿No cree que los medios estarían interesados en conocer nuestra versión de la historia? Sobre todo cuando les contemos que nuestro abogado nos prometió una victoria y nos animó a pedir un juicio de deportación. Creo que la explotación de inmigrantes indefensos para beneficio propio es una historia que algunos medios de comunicación estarán encantados de investigar.

El abogado abre mucho los ojos.

—¿Me está chantajeando, niñita?

—Llámelo como quiera. Tiene una reputación como defensor de los inmigrantes que conservar y nosotros necesitamos que se ponga en contacto con el juez y le recuerde que cumpla su promesa. Tiene que mencionarle todos esos favores que le debe al congresista Blakely, y que más le vale conseguirnos el visado o acudiremos a la prensa a contar nuestra versión de la historia, cómo están todos conchabados entre sí. Están deseando que hablemos, ya hemos callado suficiente.

—¿Serían capaces de hacer algo así? —pregunta.

—Sí. Aunque todo depende.

—¿De qué?

—De que haga lo correcto. Estamos cansados de ser meros peones.

—¿Y van a convertirme a mí en uno?

Esbozo una sonrisa dulce.

Cuando entramos papá y yo en el coche, mi madre se muestra sorprendida por cómo me he desenvuelto con el abogado.

—*Neneng*. Casi parecías una abogada tú —comenta mi padre.

—¿Creéis que hará algo? —pregunta mamá—. Parece que empieza a escucharnos.

—Tiene que hacerlo —confirmo—. O hablaremos con los periodistas que siguen persiguiéndonos. Están esperando a que hablemos.

—¿Es buena idea? —insiste mi madre.

—Complicaría las cosas —admito—. Pero el señor Alvarado no lo sabe.

Mi padre se echa a reír.

—Tal vez deberías de trabajar en un casino, Jasmine. Eres buena apostando.

Si obedeces todas las reglas, te pierdes toda la diversión.

—KATHERINE HEPBURN

Royce me toma de la mano y siento su calidez. Cada vez que me toca, siento una chispa entre los dos. Sonrío para mis adentros; estoy enamoradísima de este chico.

Estamos en su casa. No están sus padres, solo nosotros, que estamos tumbados perezosamente en hamacas junto a la piscina. Todo el patio es perfecto. La piscina. Las fuentes. Los muebles. Los árboles y arbustos meticulosamente podados. Una fila de estatuas y columnas.

—¿Cómo ha sido crecer aquí? —le pregunto.

—Como crecer en cualquier otro lugar. Es una casa. Lo único que he conocido. Aunque imagino que es un poco como vivir en una burbuja, y cuanto mayor te haces menos notas que sea una burbuja. Mason aún no se ha dado cuenta de que la burbuja va a explotar un día.

Quiero contarle lo que he descubierto de Mason, pero dejo que acabe su historia.

—Un verano, creo que tenía diez u once años, Mason y yo estábamos sentados cada uno en una punta de la piscina y él le echó un cubo de agua a una de las sirvientas. No lo hacía de broma, lo hacía con maldad y él lo sabía. ¿Quieres saber qué es lo más triste? Que en ese momento yo también pensé que era divertido. Nos partimos de la risa.

—Erais unos niños —lo defiendo.

—Tener privilegios es como llevar una venda en los ojos. Cuesta sentirse no querido o no deseado porque todo el mundo quiere tu dinero, así que cuentas con la atención de la gente. Ya sé que eso no es lo que me estás preguntando, pero, cuando te lo dan todo, no hay espacio para que escribas tu propia historia porque no hay esfuerzo. Tu vida se convierte en una historia centrada en acumular cosas, cosas que te pertenecen, en lugar de un esfuerzo por vivir o por sobrevivir, o una lucha para quedarte en Estados Unidos, lo que es una historia mucho más interesante que la mía.

—¿Interesante? ¿Te crees que yo elegiría pasar por esto? ¿Ser ilegal? ¿Que me deporten? Por Dios, Royce.

—No, claro que no, pero me has preguntado cómo ha sido crecer aquí. —Me sonrío con descaro.

—En cuanto a Mason...

—¿Qué pasa con él?

—Sigue intentando ligar conmigo. Es asqueroso.

—Ya lo sé —responde inesperadamente. Tiene el semblante tranquilo tras las gafas de aviador—. Lo siento. Cuando éramos pequeños, le gustaba quitarme los juguetes y hacerme llorar. Era su entretenimiento preferido. ¿Te acuerdas de aquella novia de la que te hablé? ¿Mi primera novia sería?

Asiento. La novia número cinco. No esas con las que se cogía de la mano, sino la que le rompió el corazón.

—Me engañó con Mason. Me enteré cuando él me envió un Snapchat en el que salían los dos enrollándose.

—Qué horror —exclamo—. Tu hermano es un psicópata.

—Le gusta dejarme claro que puede tener lo que quiera, que puede robarme todo lo que me importa. Poco después la dejó. Había conseguido lo que quería de ella. Creo que por eso fue a por Kayla, porque tú no dejabas de rechazarlo. Kayla era lo suficientemente importante para ti para hacerte daño, para molestarnos.

—¡Santo Dios! —Ni siquiera puedo contemplar la profundidad de la inestabilidad de Mason.

—Por eso no quería presentártelo aquella primera noche en D. C. Él también fue un becado nacional, ¿te lo había contado? Es listo como un lince, pero vago como un perro. Lo expulsaron de Harvard, después de Stanford, y ahora va a la Universidad del Sur de California.

—Vaya, está hecho un verdadero desastre.

—Sí. El precio de los privilegios. Creo que alguien ha escrito un libro sobre ello —bromea, como si fuera un título famoso e intentara quitarle hierro al asunto.

Sacudo la cabeza.

—Royce Blakely, me sorprendes.

—Vaya.

—¿Sabes que eres el chico más inteligente que he conocido nunca?

—Nop, al contrario que Mason, yo solo he entrado en Stanford gracias a mi padre. Pero no pasa nada, soy lo bastante listo para saber que algo es bueno cuando lo veo. Como tú.

Me río.

—Vamos —me anima y se lanza a la piscina. Entra sin apenas salpicar—. ¡Vamos! —me grita una vez más.

Nadamos un rato. Cuando estamos parados en el borde, le cuento algo que me preocupa desde que se celebró el juicio.

—Siento como si fuera menos que una persona si me vuelvo a Filipinas —confieso.

—Primero, no vas a irte a ninguna parte. Segundo, no deberías sentirte así. Escucha lo que estás diciendo. ¿Los filipinos son peores? Ser americana te hace sentirte superior. ¿Y hablamos de privilegios?

—Supongo. Cuando la gente me pregunta qué voy a echar de menos, siempre respondo que a ti, y luego a mis amigas, claro. Pero también voy a echar de menos este estilo de vida.

—A mí no vas a echarme de menos, Jas, porque voy a estar donde tú.

Ojalá fuera verdad.

—Por cierto, te quería preguntar algo. —Parece nervioso—. Hubiera preferido hacerlo de un modo más creativo, pero hemos estado ocupados.

—No irás a pedirme que vaya al baile, ¿no?

Se encoge de hombros y me mira con aire culpable.

—¿Cómo lo sabes?

Suelto una carcajada.

—¡No lo sabía! Estaba bromeando. Has arruinado tu propia sorpresa.

Maldice en voz baja, pero también se ríe.

—Bien, ¿y qué dices? ¿Vas a venir conmigo? ¿Al baile de fin de curso?

—Por supuesto, si tú vienes conmigo al mío. —Le doy un beso y noto la sal de la piscina en sus labios.

Salimos y volvemos a las hamacas.

—Royce —atraigo su atención. Me mira mientras se seca—. No tienes que seguir conmigo, ya lo sabes. —Alcanzo una toalla y me envuelvo el cuerpo con ella—. Me refiero a si tengo que abandonar el país. Tienes que continuar con tu vida. No puedes seguir preocupándote por mí.

Frunce el ceño y después me alza en brazos y rodea con las manos la toalla para sujetarme bien.

—Deja de decir eso. Te vas a quedar aquí. Ya pensaré en algo, te lo prometo.

No quiero que se enfade, pero no puedo depender de su familia para que solucione nuestro problema. Ya lo hemos intentado.

Si no lo puedes hacer mejor, riéte de ello.

—ERMA BOMBECK

Mi padre cuelga el teléfono después de hablar con nuestro abogado.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunta mi madre. Está trabajando con unas hojas de cálculo. Me siento mal por ella. Si terminan deportándonos, tendrá que dejar su trabajo, y ahora que le han enseñado a hacerlo le encanta.

—No sé si está perdiendo el tiempo —responde—. Dice que se está encargando de ello, pero no me ofrece nada.

Mi madre mueve unos papeles.

—A lo mejor tiene miedo de contarnos la verdad.

Intento mostrarme optimista.

—O a lo mejor es que no sabe nada. No te rindas. Por favor, papá, no te rindas.

Este fin de semana tenemos que enseñar la casa por primera vez. No quiero pensar en ello, pero tengo que prepararme para la realidad: que es posible que tenga que irme de este país.

Por otra parte, Millie mejora. Respira un poco mejor. La han dejado volver a casa con una condición: tiene que ponerse una máscara de oxígeno todo el día. No parece importarle demasiado.

No obstante, debe de aburrirse mucho porque me pide que la visite varias veces a la semana. Estoy sentada a los pies de su cama cuando le pregunto por la salud. Sigo preocupada por ella.

—¿Va a tener que volver al hospital?

—Espero que no, aunque no lo sé con seguridad. ¿Algún progreso en tu caso?

—No sé nada —respondo—. Pero... debería de tener noticias pronto de las universidades en las que he solicitado plaza. Me gustaría mucho entrar en Stanford. Pero, aunque me acepten, quién sabe si podré ir. Tengo la presión de que todo está a punto de estallarme en la cara. Siento que la luna está en el cielo solo porque yo la sostengo. Y no puedo seguir haciéndolo durante mucho tiempo más.

—Me temo que tendrás que hacerlo. Solo un poco más. No te preocupes, Jasmine. A veces en los momentos más oscuros brilla una pequeña luz.

No me apetece en absoluto mostrarme sociable, pero voy a la casa de Lo después de la visita a Millie porque se lo prometí a Kayla. Solo puedo pensar en que nuestra casa pase a las manos de otra familia americana cuando nos tendría que pertenecer a nosotros.

Supongo que ese es el sueño americano. Vender tu casa a otra persona. Que otra persona haga tu trabajo. Que tus sueños se disipen en una nube de humo.

Lo está sentada en el sofá, dando patadas al suelo con unas Converse rojas.

—Jas, vendrás a la fiesta del viernes, ¿verdad?

Me acuerdo de cuando fui a una de las fiestas de Lo y pensamos que nos iba a detener la policía. ¿Qué importa ya? Me van a deportar de todos modos. Le respondo que sí, que iré con Royce.

A su lado, Julian toca las cuerdas de su guitarra acústica.

—Bien —dice—. Tienes que vernos tocar una vez más.

—No me echaré atrás —aseguro, a pesar de que la sensación de que nos van a deportar es un dolor de estómago constante—. Aquí estaré.

Mis amigos saben lo del escándalo del *Politico* y que el padre de Royce estaba intentando ayudarnos, pero que una vez se filtró la noticia no pudo hacer más.

—¿Cómo puedes seguir con tu novio después de eso? —me pregunta Lo.

Julian gira tanto una de las clavijas que la cuerda se suelta y le pega en los dedos. Profiere un grito y varios tacos. Lo ni se molesta en mirarlo, ya está acostumbrada.

—No es culpa de Royce —lo defiendo—. Aunque ahora el ambiente está raro con sus padres.

—Prométeme que vendrás a mi fiesta —me pide.

—Iré, te lo prometo. Pero hay una cosa que me gustaría saber.

—¿Qué?

—Suenan un poco raro, pero tengo que preguntártelo. ¿Puede venir Kayla?

—¿Ella? —pregunta—. No lo sé. No es que no me caiga bien, no me malinterpretes. Pero Dylan es mi amigo. No quiero ponerlo en esa situación.

—Un momento —interviene Julian—. ¿Eso no debería decidirlo Dylan?

—Supongo —reclama Lo.

—Hablaré con él. —Julian suelta la guitarra—. Está en el jardín de atrás. Ahora vuelvo.

Cuando sale de la habitación, me vuelvo hacia Lo.

—¿Cómo os va a vosotros? Parecéis inseparables. Creo que no ha habido una vez que haya venido aquí y él no esté contigo.

—Nos vamos a ir a vivir juntos después de la graduación. O puede que lo convenga de que explore conmigo. Que recorramos el mundo. Simplemente vivir. ¿Alguna vez has pensado en ello? ¿Limitarte a experimentar todo lo que puedas?

Nunca he pensado en ello. Ni siquiera puedo imaginarme contárselo a mis padres. ¿Me controlan demasiado? Supongo que no soy como otros chicos norteamericanos en muchos aspectos.

—No. —Me río—. Quiero ir a la universidad. Aunque tenga que marcharme a Filipinas.

—Tengo que decirte que estoy ansiosa por ver qué pasa contigo. En mi opinión, vayas a la universidad o vuelvas a Filipinas, vas a ganar.

—¿Y eso? No es lo que yo quiero.

—Ya sé que no. Pero en mi mundo de fantasía opino que vas a ver mundo. Fíjate en dónde estarás. Verás lugares con los que la mayoría de nosotros solo podemos soñar. Y con tu experiencia y conocimiento, podrás ser quien quieras ser. Cuando te conviertas en una buena abogada o cualquier cosa que seas, tendrás una perspectiva totalmente distinta de las cosas. No es tan malo como piensas.

—Tengo que digerir todo eso. —Esto es lo que me gusta de Lo. Me obliga a pensar de forma distinta, a considerar otras opciones—. Si te soy sincera, solo intento mantener la cabeza fuera del agua.

Vuelve Julian y ambas nos quedamos a la espera de que diga algo. Muy típico de él, se sienta y empieza a trastear la guitarra sin informarnos de lo que ha respondido Dylan.

—Julian —le llama Lo la atención.

Este levanta la mirada.

—¿Qué?

—¿Qué ha dicho Dylan?

—Ah, sí. Dice que está bien. No le importa. O... a ver, ella si le importa, pero finge que no. Cosa de chicos.

Lo le da una palmada juguetona en el hombro.

—¿Tan difícil ha sido?

—Se me había olvidado, ¿vale? Hemos empezado a hablar de cosas de la gira. — Esboza una sonrisa.

—¿Como qué?

—Como que Jasmine nos va a buscar bolos en Filipinas en cuanto se vaya.

Nos echamos los tres a reír. Resulta divertido imaginar a su grupo tocando en una fiesta en Manila. Parecerían muy fuera de lugar.

—¡Hablo en serio! —exclama Julian.

—Ya lo sé —respondo—. Al menos tenéis planes de venir a visitarme.

Ese fin de semana Royce me lleva a casa de sus padres en Malibú, solos nosotros dos, y resulta tan romántico como suena. Mis padres ni siquiera intentan impedírmelo. Saben que estoy con él. Parecen haberse resignado al hecho de que tengo una vida fuera de casa y también un novio.

Decidimos hacer barbacoa en la terraza con vistas al mar y, mientras observo cómo se cocinan las hamburguesas, caigo en la cuenta de lo diferente que será la vida de Royce de la mía si tengo que marcharme a Filipinas. Me acuerdo de lo que me dijo Lo y le cuento que lo llevaré a nadar a las aguas prístinas aguamarina de Borácay, o a hacer rafting por el río subterráneo de Puerto Princesa, o a hacer senderismo por los arrozales en terrazas de Banaue.

Me recuerdo que no debo ser tan negativa con mi país nativo. A pesar de la pobreza y la corrupción política, Filipinas es un lugar de una belleza natural inigualable. Recordarme ese tipo de cosas me ayuda a enfrentarme al hecho de que tal vez tenga que dejar Estados Unidos después de la graduación.

—Seguro que voy a Filipinas —responde—, pero no será porque tú vivas allí. Iremos juntos porque quiero conocer el país donde naciste. Y te traeré de vuelta a casa, a Estados Unidos.

No discrepo, porque sé que le molesta pensar siquiera en la alternativa. Además, no quiero que queme las hamburguesas. Lo abrazo por la espalda. Se vuelve para mirarme y nos besamos, dejándonos llevar un poco, como de costumbre.

Las hamburguesas se queman. Ups.

40

Muy lejos, en dirección al sol, están mis más altas aspiraciones. Tal vez no las alcance, pero puedo mirar hacia arriba y ver su belleza, creer en ellas e intentar seguir las a donde me lleven.

—LOUISA MAY ALCOTT

El lunes le cuento a Kayla la buena noticia.

—¿De verdad? —pregunta mientras manipula el metal al intentar abrir la cerradura de la taquilla del gimnasio—. ¿Puedo ir a la fiesta?

—No lo he oído de Dylan, se lo preguntó Julian. Pero Lo me dijo que sí.

—Me vale. —Abre al fin la taquilla y toma un cepillo para pasárselo por el pelo.

—Lo suponía. Pero hazme un favor y deja de llamarlo.

—Ya he parado —dice, desenredándose varios nudos—. De hecho, me ha escrito un mensaje.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada en realidad.

—Venga ya, cuéntamelo. —Me siento en el banco del vestuario—. Tengo curiosidad.

—Me ha dicho que me echa de menos.

—¿Y no le crees?

Se recoge el pelo y cierra la taquilla.

—No me lo merezco. Le he hecho mucho daño.

—No tienes por qué merecer el amor. Simplemente lo recibes.

Salimos juntas a la zona de aparcamiento.

—¿Crees que me hablará en la fiesta?

—No importa, porque vas a aprovechar la oportunidad. Tú vas a ir a hablar con él. No puedes esperar que haga él todo el trabajo. —Eso lo he aprendido con mi propia relación. Tenéis que remar juntos en el barco.

Royce nos lleva en coche a Kayla y a mí a la fiesta de Lo. Le pido que lo haga porque a mi amiga le gusta beber y no debería de conducir ni llevar a nadie a casa. Además, si la fiesta se complica para ella, digamos que destroza una lámpara o una guitarra por Dylan, tendremos que sacarla de allí. A Royce le parece gracioso todo esto, pero yo quiero que esté conmigo. Kayla le ha dicho a su familia que va a pasar la noche en mi casa.

—Hay que estar abierta a lo que pueda pasar —comenta mi amiga en el coche—. Eh, Royce, ¿cómo que nunca salimos con tus amigos?

Vaya, ¿y a qué viene eso? ¿Por qué lo ataca a él de repente? Estoy a punto de defenderlo cuando él habla.

—No tengo muchos. —Se encoge de hombros—. No me gusta mucha gente.

—Oh. ¿Y cómo está Mason?

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Solo es curiosidad. —Se aplica una capa gruesa de pintalabios. Tiene un aspecto estupendo. Va toda de rosa: vestido, uñas, todo. Si hay un color que la defina, es el rosa oscuro.

—Está bien —responde Royce, que gira en la curva—. Ha vuelto a la universidad.

—No pasa nada —me asegura ella—. He pasado página con ese cómo se llame.

—Intenta divertirte.

—Eso haré. —Devuelve la atención a Royce—. Hablo en serio, ¿por qué nunca has traído a ningún amigo? ¿Te da vergüenza mostrar a tu novia filipina del Valley a tus amiguitos blancos y ricos de la escuela privada? —pregunta, arrastrando un poco las palabras.

—Para tu información, voy a llevar a Jasmine al baile de fin de curso —replica con tono irritado.

—Kayla. —De repente caigo en la cuenta de qué es lo que pasa y por qué se muestra tan desagradable—. Has bebido.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Escucha lo que estás diciendo! Y estás empezando a arrastrar las palabras. ¿Qué has tomado?

—Medio vaso del burbon preferido de mi padre. Me lo bebí justo antes de salir. —Esboza una sonrisa.

—Madre mía. Tienes que relajarte. Sé buena, o al menos pórtate bien.

—No te preocupes, Jas —me anima Royce, acelerando cuando cambia el semáforo. Mira a Kayla, sentada en el asiento trasero, por el espejo retrovisor—. Puedo soportarlo.

—Qué adulto sueñas —se burla ella—. El gran Royce, listo para la universidad. Se acabaron los uniformes escolares.

—Eh, ¡no hables así de él! Cómo me alegro de que no conduzcas tú —le echo en cara—. Ya basta. Me preocupas. No te comportes así. —Estoy empezando a tener un mal presentimiento con respecto a esta noche.

La fiesta es la más grande que ha celebrado Lo. Hay muchísima gente en su casa y tenemos que abrirnos paso entre las personas. Sinceramente, no sé dónde están siempre sus padres. Yo no podría celebrar algo así en mi casa sin toda mi familia.

En el salón, los miembros de Bob Marley Lives tocan con The Clouds, un grupo que ha venido de otra ciudad esta mañana para hacer esta actuación. El cantante principal tiene una voz melódica, auténtica. Lo me informa en un susurro que acaba de hacer un viaje en solitario por Australia; ha recorrido el país de mochilero todo un año. Ojalá yo me sintiera tan aventurera ante la posibilidad de mudarme a Manila.

Cuando Kayla ve a Dylan, sale corriendo hacia el baño.

—Ahora vuelvo —le digo a Royce y voy tras ella.

Llamo a la puerta del servicio.

—Soy Jasmine. Déjame entrar.

La puerta se abre. Kayla está pálida, borracha.

—¿Por qué he venido? —pregunta. Entro y ella cierra la puerta—. Acabo de vomitar. ¿Tienes un chicle? No, espera.

Le sujeto el pelo cuando vuelve a vomitar en el inodoro y luego tiro de la cadena. Sabía que esto iba a pasar.

Cojo un poco de papel higiénico para que se limpie la boca.

—Has bebido más de lo que me has contado, ¿verdad?

Se queda sin aliento.

—Un vaso entero. —Vuelve a tener arcadas y gimotea—. Debería de irme a casa. Me siento fatal y seguro que tengo un aspecto horrible.

—Sí. Te llevaremos a casa, o a la mía. —Le acaricio la espalda—. O podemos salir ahí fuera, beber un poco de agua y esperar que te empieces a sentir mejor. ¿Qué dices? No tienes que hablar con Dylan si no quieres. Venga, ¿has terminado ya de cotorrear?

—Creo que sí —responde, respirando aún con dificultad—. Vale, vamos a hacerlo... No, espera. —Se vuelve hacia el inodoro y le dan más arcadas.

Cuando al fin volvemos a la fiesta, Royce está haciendo lo de siempre: mirar a la gente apoyado en la puerta. Madre mía, está muy sexi, y es todo mío. No sé qué he hecho para merecerlo, pero doy gracias a los cielos por ello. Me sonrío, echa una mirada a Kayla y arquea las cejas.

—¿Tan mal aspecto tengo? —pregunta mi amiga. Parece a punto de desmoronarse.

Vamos a la cocina y le paso un vaso de agua.

—Pronto te sentirás mejor —la animo—. Bébetelo entero.

Mientras ella está bebiendo, Dylan se acerca.

—Hola —saluda—. ¿Estás bien?

Kayla se queda mirando el fondo del vaso. Apenas es capaz de prestar atención.

Dylan la mira de arriba abajo.

—¿Está borracha?

—Bastante —responde Royce.

Dylan le lanza una mirada a mi novio.

—¿Tu hermano la ha vuelto así? —pregunta—. Antes no bebía tanto. Ni siquiera quería compartir conmigo una cerveza la mayoría de las veces.

—Oye, yo no tengo nada que ver con esto —se defiende Royce.

—Ya, claro. —Dylan rodea a Kayla con un brazo—. Tienes que tumbarte, ven. —La lleva al sofá más cercano y echa a los dos chicos que hay allí sentados.

—Gracias, cielo —dice Kayla, que se apoya en los cojines.

Me vuelvo hacia Royce.

—Supongo que está en buenas manos.

Pero Royce no parece contento.

—¿Qué pasa con él? —Ladea la cabeza en dirección a Dylan.

—Déjalo. —No quiero que se pelee con mis amigos.

Dylan mira en nuestra dirección.

—¿Tienes algún problema? —le espeta a Royce.

—No, Dylan, no lo tiene —respondo, tirando de mi novio.

Pero Royce responde.

—Yo no soy Mason —replica en voz alta—. Que mi padre sea quien es no significa que yo sea un capullo, ¿sabes?

—No es eso —susurro. Ojalá no hubiera alzado la voz—. Solo está dolido por ella. Tu hermano es un objetivo fácil.

—¡Me da igual! Yo no soy mi hermano.

Dylan y otro par de chicos más se dan cuenta del enfado de Royce y se acercan.

—¿Todo bien, Jas? —me pregunta Dylan.

—Claro que está bien, es mi novia —responde Royce enfadado—. ¿Qué pasa contigo?

—También es mi amiga y lo que me pasa es que tengo un problema con la gente como tú —replica Dylan, apartándose el pelo largo y rubio de los ojos.

Royce se acerca a él un paso y se remanga la camisa.

—¿Y cómo es la gente como yo? —Está tenso y tiene un brillo peligroso en los ojos.

Me pongo nerviosa; tengo que evitar que se peleen. No quiero que Royce discuta con mis amigos, aunque me enorgullece que se defienda.

—¿Por qué no te vas de aquí? —le espeta Dylan—. Estás molestando a la gente.

—¡Dylan! No seas tan estúpido —grito—. ¡Parad! ¡Los dos!

—Así que tienes un problema conmigo. ¡Ni siquiera me conoces! —se queja Royce, señalando a Dylan con el dedo.

—Royce —le suplico. Sé que no puedo hacer nada con respecto a Dylan, pero puedo intentar que Royce se tranquilice antes de que se arruine la noche—. Para, ¿qué intentas demostrar?

—Tío, eres un falso —le insulta Dylan y después asiente en mi dirección—. En cuanto Jasmine se vaya a Filipinas te olvidarás de ella. Los chicos como tú sois todos iguales.

Y ahí va. Royce le da un puñetazo a Dylan, que recibe el golpe y lo devuelve al lado derecho de la cara de Royce, tirándolo al suelo. Les grito que paren, pero Royce se limpia la barbilla, se levanta y carga contra su contrincante, empujándolo por la cintura.

—¡Parad! —no dejo de chillar. En las películas parece muy romántico cuando los chicos se pelean por las chicas o por salvaguardar su honor. Pero esto es una estupidez. Estoy enfadada con los dos por permitir que esto se les vaya de las manos.

Cuando se estampan contra una estantería, me pongo delante de Kayla. Intento cubrirla por si vienen volando a esta parte.

—¡Royce! ¡Dylan! ¡PARAD! —Ninguno de los dos escucha. Están uno encima del otro. Royce le lanza un puñetazo y luego Dylan se pone encima y también lanza puñetazos.

Cuando Lo entra en la habitación, Dylan y Royce están en pie de nuevo y otros chicos de la fiesta los separan. Estoy muerta de vergüenza, ni siquiera puedo mirar a Royce.

—Que os den —se queja mi novio—. Soltadme.

—Sí, soltadlo para que pueda irse corriendo a su casa de Beverly Hills —se burla Dylan, que sangra por la nariz.

A Royce le sale sangre de un corte en la boca.

—No voy a irme a ninguna parte.

—Estoy contigo —señala Dylan—. Vamos a terminar esto.

Lo, enfurecida, se pone entre los dos.

—¿Habéis acabado ya, idiotas? La única que va a terminar esto soy yo, justo ahora. Os voy a echar a los dos de aquí.

—Soltadme —exige Royce, que se retuerce contra los chicos, haciendo que estos lo agarran con más fuerza.

—Soltadlo —exclama Dylan—. Me ha destrozado la chaqueta, ¡voy a matarlo!

—¡Ven a por mí entonces! —lo reta Royce—. ¡Estoy aquí mismo!

Nunca he visto a lo tan enfadada. Les grita a los dos, volviéndose hacia uno y otro.

—¡Os he dicho que os calléis! No voy a permitir que ninguno de vosotros arruine la fiesta, idiotas. ¿Queréis pelearos? ¡Id a Stoney Point! No quiero peleas aquí. ¡No esperaba esto de ti, Dylan!

Royce respira con dificultad. Dylan también.

Lo se acerca a la cara de su amigo.

—Ya está bien, ¿entendido?

Dylan empieza a quejarse, pero ella lo interrumpe.

—¡Ya basta! —grita—. ¿Te vas a tranquilizar? ¿Vas a dejar tirada a tu banda? ¿O a dejarte en evidencia aún más?

Dylan se queda pensativo. Baja la mirada, como si estuviera considerando sus opciones.

—Sí, ya está bien. Lo siento, Lo.

Tras un gesto de asentimiento por parte de Lo, los chicos que sujetan a Dylan lo sueltan. Mi amiga se acerca a Royce.

—¿Y tú qué, guaperas? ¿Se ha terminado ya tu pataleta? Me parece que os debéis una disculpa.

—¿Una disculpa? —repite Royce.

Lo no se mueve del sitio.

—Sí —responde—. Disculpaos el uno con el otro por la pelea. ¿Qué? ¿Eso es más difícil que lanzar puñetazos? ¿Demasiado complicado para vosotros?

Da la sensación de que Royce desea darle un puñetazo también a ella. Después me mira a mí. Le suplico con la mirada que pare ya y haga lo que le está pidiendo Lo, por mí. Cierra los ojos e inspira profundamente.

—De acuerdo. Siento haber fastidiado tu fiesta. —Luego me mira a mí—. Lo lamento, Jas.

Cuando me mira, me doy cuenta de qué pasa, de por qué estaba tan dispuesto a pelearse. Está enfadado por todo: el juicio de deportación, el artículo del *Politico*, pero, sobre todo, está enfadado por la certeza de que me va a perder y no puede hacer nada al respecto.

Los chicos que lo sujetan lo sueltan. Royce estira un poco los hombros y se limpia la sangre de la boca. Se acerca a Dylan, que lo mira con aire receloso.

—Perdona —le dice, y casi suena como si lo sintiera de verdad.

—Sí —responde Dylan—. Perdona tú también. Todo bien.

—Sí, no hay de qué preocuparse —coincide Royce.

Se dan un apretón de manos y, milagrosamente, parece que todo está arreglado y que nadie sigue enfadado. Ha terminado tan rápido como ha empezado. Nunca entenderé a los chicos.

Y en ese momento Kayla se despierta.

—¿Me he perdido algo?

—No —le digo—. Vuelve a dormirte.

41

Soy un inmigrante y siempre lo seré.

—JUNOT DIAZ

Le traigo a Kayla más agua y me aseguro de que está bien; después voy a buscar a Royce. Lo encuentro fuera, sentado con Dylan. Un momento, ¿qué?

—Tienes que salir ahí fuera con tu música, ver mundo —comenta Royce, que le da un largo sorbo a una cerveza—. ¿Has ido alguna vez a Copenhague? El panorama musical allí es una locura. Tienes que verlo.

—Sí, suena bien. Queremos ir de gira por todas partes, incluso a Canadá.

Se echan a reír como si se tratara de una broma graciosa. Es muy extraño cómo los chicos quieren matarse en un momento y son mejores amigos al siguiente.

—¿Os lo estáis pasando bien? —les pregunto con ironía, intentando parecer enfadada.

—Eh, cielo. —Royce levanta la mirada—. Toma. —Y me lanza las llaves del coche.

Apunta mal, pero las alcanzo igualmente.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Tienes que conducir. Estoy borracho. Lo estamos los dos.

—¿En serio? —pregunto e intento no perder los nervios. ¿Qué hace? ¡Él sabe que no sé conducir!

Dylan levanta la cerveza.

—Estamos conociéndonos. ¿Sabes qué? Tu novio es bastante guay, Jas.

—No puedo creerme que estéis tan borrachos. Se supone que ahora va a tocar tu grupo —señalo, un poco exasperada.

—No te preocupes —me asegura Dylan—. Tengo parte de la actuación memorizada.

—¿Parte? —Niego con la cabeza y Royce se parte de la risa.

La música es un desastre. Pero no importa, nos lo estamos pasando bien. Hasta los chicos de The Clouds se están divirtiendo y riendo. Julian se enfada al principio con Dylan e intercambian unas palabras, pero se da cuenta de que se trata solo de una sesión de improvisación y, aunque normalmente no bebe cuando actúa, incluso él termina tomándose varias cervezas para unirse a la diversión. Todo el mundo está tranquilo. Hasta Kayla se ha despertado después de la siesta. Todavía arrastra un poco las palabras, pero parece mucho más recuperada.

En un momento dado, Julian se detiene ante el micrófono. El resto de la banda deja

de tocar.

—Hola a todos —saluda—. Antes que nada, necesito un descanso de esta música tan terrible que estamos tocando.

Todo el mundo se ríe y lo niega con la cabeza.

—¡Más! —grita Kayla.

—Tendrás más —le asegura Julian—. Pero quería dar las gracias a Dylan por demostrar su fuerza y también su lado sensible en la misma noche.

Royce está borracho como nadie y levanta la cerveza. Dylan le da un golpe al instrumento y se ríe.

«Voy a echar de menos a estos locos, no solo a Royce».

Julian aún no ha terminado.

—Por último, me gustaría dar la enhorabuena a todos los que habéis acabado el instituto y entraréis pronto en la siguiente fase de vuestra vida.

Toma una cerveza y se la bebe de un trago, gesto que me repugna un poco. Si la universidad es así, voy a ir a muy pocas fiestas. Me lo estoy pasando bien, pero todo este drama es demasiado para mí.

—Lo, gracias por las fiestas —continúa—. Eres mi número uno. Te quiero. Estoy deseando vivir muchas aventuras contigo. Probablemente acabemos en varias manifestaciones juntos el año que viene.

Lo sonrío de oreja a oreja. Estoy muy feliz por ella. Esto es lo que ella quiere y va a ir a por ello. No importa que no sea lo mismo que yo haría, es su vida. Y es feliz.

—Y una cosa más. Aunque os prometo que va a ser un auténtico desastre, la siguiente canción va para Jasmine de los Santos. Te vayas o te quedes, te queremos.

Tocan mi canción preferida de Bob Marley Lives, *Three Little Birds*. Todo el mundo canta el estribillo: «¡Todo va a ir bien!».

Aún estoy emocionada por la canción que han tocado. Adoro a mis amigos. Kayla apenas está medio despierta. Ella y Dylan han hablado un poco y se han besado, pero le dije a él que quería llevarla a mi casa. Pueden hablar mañana. Royce está totalmente despierto, pero de ninguna manera va a conducir. Es pasada la medianoche y está bebiendo agua sentado en la plaza de copiloto, a mi lado.

—¿En serio vas a hacerme conducir? —Me pongo pálida.

—Ya has conducido este automóvil. ¿A qué tienes miedo? —Me ha enseñado un poco en el aparcamiento que hay al lado de mi instituto, porque insiste en que debería de aprender a hacerlo en algún momento. ¿Qué pasa si había una emergencia?

—Sí, a dar vueltas al edificio un par de veces. ¡Esto es distinto!

—Solo tienes que conducir diez manzanas —me anima—. No es nada. Después me quedaré aquí sentado hasta que me despeje. No tienes que esperar conmigo, no voy a conducir hasta que esté totalmente bien.

—Ni hablar, puedes quedarte a dormir en el sofá e irte por la mañana. Les diré a mis padres que estamos agotados.

Imagino que voy a tener que conducir de verdad. Las luces del salpicadero están encendidas. Los faros también. No tengo permiso, y no me da tanto miedo conducir como que me pillen sin permiso. Si me descubren, ¿me deportarán antes? No quiero hacerlo, pero no hay otra solución. No pienso llamar a ninguno de nuestros padres.

—¿He encendido ya el motor? —pregunto.

—Sí, has encendido el motor —repite Royce haciendo un esfuerzo por no reírse de mí—. Solo tienes que conducir.

—Vale, sí. Puedo hacerlo. —Tomo aliento.

—Conduce y ya está —me anima Kayla—. Lo vas a hacer bien. ¿Qué distancia es? ¿Cincuenta kilómetros?

—Es un kilómetro y medio —digo—. Tal vez dos.

Empiezo a pensar que deberíamos de irnos andando a mi casa, pero Kayla no va a poder. Tiene los ojos medio cerrados.

—Ah, sí. Por cierto, ¿qué ha pasado con Dylan? —pregunta mi amiga—. ¿Hemos vuelto?

—No estoy segura. Pero ha sido muy amable contigo.

—Ah, bien. Tendría que mandarle un mensaje.

Le quito el teléfono.

—Ahora no. No querrás decirle algo estúpido. Y necesito que me ayudes a permanecer atenta.

Royce se da cuenta de que estoy retrasando el momento.

—¿Vas a salir ya?

Tomo aliento.

—Sí, señor Blakely. —Giro el volante y piso un poco el acelerador. Me tiemblan las manos, ¿por qué estoy tan asustada? Todo el mundo sabe conducir menos yo. Si hay algo que me haga comportarme como una niña es esto, pero Royce ha sido un profesor paciente. Siempre me ha dejado claro que no estamos haciendo nada malo porque practico en un aparcamiento y no en la carretera.

—Puedes ir más rápido —indica Royce—. No vas ni a quince kilómetros por hora.

—Me da miedo, ¿y si pierdo el control?

—Dios mío, tú no estás borracha —me dice—. No te gustaría que condujéramos nosotros.

Aun así, avanzo a paso de tortuga. No quiero estrellar un coche relacionado con el congresista Blakely. Conociendo mi suerte, acabaría en las noticias de mañana.

—Vamos a tardar horas —insiste Royce—. No puedes ir tan lenta, Jas.

—No pienso ir más rápido —dejo claro—. No esperaba que esto se convirtiera en una clase de conducción con un instructor borracho.

—Tienes que sacarte ya el carné —se queja él.

—Eso no lo puedo solucionar a las dos de la mañana, ¡así que ayúdame!

Royce se reclina en el asiento.

—Este verano te enseñaré —expone, olvidando, o negando, que tengo que marcharme después de la graduación, que es en dos meses.

—¿Por qué no te limitas a indicarme? —le pido.

Justo en ese momento miro por el espejo retrovisor y veo un coche de policía con las luces encendidas. Piso el freno aterrorizada y con el corazón en la garganta.

—¿Qué narices? —exclama Royce—. Seguro que va a la fiesta de Lo.

«Sabía que iba a pasar esto. Como la última vez. Adiós, Estados Unidos. Adiós, vida».

—¡Maldita sea! Ya te he dicho que la iba a fastidiar. —Estoy muerta de miedo.

—Tranquila, cálmate. Desvíate al arcén —me indica cuando el coche policial toca el claxon—. Tú no has bebido. Estás bien.

—¿Que estoy bien? —grito cuando me detengo—. ¡No tengo permiso de conducir! Mi familia puede acabar en un centro de detención. A saber si podré volver a verte. Dios mío, Dios mío.

—Quizá es mejor que ha-hable yo —chapurrea Kayla.

—Cállate, Kayla —gritamos Royce y yo al mismo tiempo. Él parece haberse despejado bastante, sobre todo al darse cuenta de lo que hay en juego.

Me parece que el agente tarda una eternidad en salir del vehículo y acercarse a la ventanilla. Da un golpecito y la bajo.

—Buenas noches —saluda, mirándonos a todos.

Me trago los nervios. Esto no puede ser peor que actuar delante de miles de personas en las Nacionales.

—¿Qué tal, agente? ¿Una noche ajetreada?

—Bien —responde alegremente—, aunque tus amigos no parecen muy bien.

—No lo están —respondo.

—¿Y eso? ¿Habéis estado bebiendo en la fiesta esa al fondo de esta calle?

¿Había aparecido el agente en la fiesta de Lo? ¿Se han metido en problemas?

—Ellos sí. Yo solo he venido a recogerlos.

—¿Entonces tú no has bebido? ¿Solo tus amigos menores de edad? —Me mira de cerca—. ¿Y entonces por qué conduces tan lenta? Vas treinta kilómetros por debajo del límite de velocidad. Podrías haber provocado un accidente.

En ese momento Royce abre la puerta y vomita en el arcén. Tiene unas arcadas tan ruidosas que me da la sensación de que va a despertar a todo el vecindario. Esto no puede ir a peor.

El policía atisba el olor y arruga la nariz.

—Por esto —respondo—. Me quedan tres manzanas para llegar. Cualquier movimiento en falso, como ve, puede resultar en una catástrofe para este interior de cuero, lo que sería una catástrofe para mi vida. Mire este coche, si le sucede algo estoy muerta.

El agente nos mira más de cerca.

—Chicos, ¿sabéis que os puedo detener por beber siendo menores?

—Sí, señor —responden Kayla y Royce.

Ni siquiera puedo imaginarme lo que harían el señor y la señora Blakely cuando se enteraran de que su niño bueno ha pasado la noche en una celda con borrachos. A los padres de Kayla tampoco les haría ninguna gracia, y los míos me despellejarían viva por ser cómplice.

—Tenéis mucha suerte de tener una amiga como ella. —El agente me señala y levanta un dedo—. Solo tenéis una oportunidad en la vida. Solo una. Y cuando la fastidiáis, tenéis que pensar: ¿me estoy aprovechando de mis amigos por motivos egoístas?

No me puedo creer que no me haya pedido el permiso de conducir ni la documentación.

Royce parece más pálido todavía.

—Sí, agente —balbucea.

—Me parece que tenéis que iros —señala—. Ese chico no tiene buen aspecto. Ve directamente a casa. Y, por Dios, conduce con cuidado, es un coche bonito.

—Sí señor —respondo—. Gracias, señor.

El agente niega con la cabeza, vuelve a su vehículo y se marcha. Por fin salgo del arcén.

Royce posa una mano reconfortante en mi pierna.

—Lo siento, Jas. No lo había pensado.

Niego con la cabeza. Estoy tan asustada que el corazón me martillea en el pecho. ¿Qué más da? Nos van a deportar.

—No volverá a suceder —continúa—. Te lo prometo.

No puede volver a pasar. Estoy demasiado asustada y no puedo correr más riesgos. No creo que mi corazón lo aguante.

42

Al contrario que mi madre, yo no creía que pudiera ser quien quisiera. Solo podía ser yo.

—AMY TAN, *EL CLUB DE LA BUENA ESTRELLA*

Al fin es 1 de abril. El día. El de las aceptaciones, cuando las universidades envían los correos electrónicos para comunicarnos nuestro destino. Por ahora me han admitido en dos universidades: Northwestern y Pomona. Pero ninguna me ofrece ayuda económica por mi situación legal. Cada vez que abro un correo y leo que me han aceptado en una escuela no me pongo a saltar de alegría porque ninguna de ellas me confirma que puedo solicitar ayuda para los gastos de matrícula.

Eso no quiere decir que no tenga mi momento de felicidad. Estoy orgullosa de mí misma por haber llegado tan lejos. Pero me siento como si ya hubiera perdido, como si estas aceptaciones no fueran para mí, sino para alguien que merece más que yo ir a esas universidades. Otra persona con mi nombre.

Empiezo a sentir que no soy la verdadera Jasmine de los Santos. Soy una doble. Una que no es americana, que no ha recibido una Beca Nacional.

Y entonces veo el correo que he estado esperando. El que deseo. De la oficina de admisiones de Stanford. Este es importante, incluso más que la carta de la Beca Nacional.

Hago clic en el correo y lo abro.

Dios mío.

No me lo puedo creer.

—¡He entrado en Stanford! —grito.

La carta dice que me van a enviar información sobre las ayudas económicas en otro correo, lo que me llena de esperanza, aunque no sé qué significa exactamente. A lo mejor solo me envían los formularios para que los rellene. La carta no menciona que me hayan concedido ningún tipo de ayuda.

Mi madre está guardando cosas en cajas. Me da un abrazo triste y es muy escueta en su respuesta.

—Estoy muy orgullosa de ti. Ojalá pudiera decirte que podrás ir en otoño.

—Si nos pudiéramos quedar... Esta sería una oportunidad increíble. La mejor de todas. —«Y Royce también va a ir a Stanford», no puedo evitar pensar. Podríamos estar juntos como habíamos hablado.

—Deja que vea eso —me pide mi padre. Acaba de entrar para coger otra caja. Las está almacenando en el garaje.

Le enseño la carta y espero mientras la lee.

Estimada Jasmine:

Me complace enormemente ofrecerle una plaza en la Universidad de Stanford. ¡Enhorabuena! Estamos seguros de que aportará algo original y extraordinario a la comunidad intelectual de nuestro campus. Esperamos contar con usted como miembro de Stanford. ¡Deseamos que acepte!

Cuenta con la energía intelectual, la disciplina e imaginación para prosperar en Stanford. Sus distinguidos logros académicos y extracurriculares han captado nuestra atención mientras leíamos cerca de veinte mil solicitudes.

Hable con su familia y amigos, y tómesese su tiempo para investigar más sobre nosotros cuando vaya a tomar una decisión. Por favor, dé las gracias a los profesores y orientadores que han sido sus aliados y la han recomendado. Ellos son sus alentadores y han colaborado en esta buena noticia.

Nuestros mejores deseos,

Joseph M. Bellos

Departamento de Admisiones

Mi padre me la devuelve.

—Qué bien, Jas. ¿Hay alguna universidad en la que no hayas entrado?

—Muchas, papá, pero solo porque no he solicitado plaza —respondo alegremente. El corazón me late con fuerza. Anhele ir a Stanford. Más que cualquier otra cosa, aparte de quedarme en Estados Unidos—. Pero quiero ir aquí. Es mi sueño.

—Lo sé, cariño. Ojalá pudiera decirte que irás. —Espera a que mi madre cierre una caja, y se dirige a ella—: ¿Te vas a tirar todo el día? Podría echarme una siesta mientras espero.

—¿Y por qué no lo haces? —refunfuña ella—. Eres un cascarrabias.

Mi padre se queja.

Solo puedo pensar en ir a Stanford y en lo que eso significa, en todas las puertas que se me van a abrir. Esto es todo lo que he soñado desde que empecé a pensar en ir a la universidad. ¿Y si no me deportaban? ¿Qué podría hacer entonces? ¿Cómo sería mi vida? Se me revuelve el estómago ante todas las posibilidades que se me presentan.

Mi padre niega con la cabeza cuando a mi madre se le enreda la cinta adhesiva.

—No tenemos que irnos aún —digo, obstinada—. ¿No podemos esperar a comprobar si el señor Alvarado se entera del algo sobre la extensión de los visados?

—*Neneng* —dice mi padre—. Vamos a vender la casa. Tendremos que irnos de aquí, pase lo que pase. No tendremos otro sitio en el que vivir.

—Pero, aunque vendamos la casa, podemos mudarnos a otra parte. Podemos vivir en Oakland, por ejemplo. Así estaréis cerca de mí.

Danny e Isko pasan por nuestro lado.

—Los Oakland Athletics son geniales —exclama Danny—. Y los Raiders.

—¿Desde cuándo os interesa el fútbol? —Mi padre se encoge de hombros—. Olvidaos de los deportes y usad el cerebro, como vuestra hermana. —Le da un golpecito a la carta, que sigo sosteniendo yo—. ¿Por qué os negáis a aceptar la realidad?

Mi respuesta es feroz.

—¿Por qué tú te rindes tan rápido?

—Ya hemos tenido esta discusión —responde—. Además, ¿cómo nos lo vamos a permitir?

—Se supone que Stanford no tiene en cuenta las necesidades de los estudiantes, ni siquiera las de los internacionales. —Golpeo a Danny en la cabeza porque sigue sonriéndome de forma burlona—. Rellenaré los formularios de petición de ayuda económica cuando me lleguen.

—Es una pérdida de tiempo —insiste él.

—Eres muy negativo, papá. Deberías de ver deportes; no está todo perdido hasta que no llega el final. Yo aún tengo esperanzas. Si no por todos nosotros, al menos por mí.

Papá parece herido por mi comentario, pero Danny parece de repente emocionado. Empieza a parlotear sobre un partido de la línea norteamericana de hockey que había visto en la televisión.

—Les han marcado dos goles a Los Angeles Kings y ellos han marcado tres en el último minuto.

Mi padre le lanza una mirada.

—¿Por qué no vas a terminar de recoger tu habitación?

Le doy una palmada en la cabeza a mi hermano.

—Gracias, Dan. —En raras ocasiones acude en mi defensa, y esta es una. Mis hermanos se han mostrado tranquilos con el tema de la deportación e incluso emocionados ante la aventura, pero yo sé que serían más felices quedándose aquí. Así son ellos: a veces parecen egoístas, pero solo quieren agradar a mis padres. Lo llevamos en los genes.

Millie se alegra casi tanto como Royce por mí. Irradia luz mientras lee la carta. La he incorporado con unos cuantos cojines para que pueda respirar mejor. No parece que haya mejorado mucho, pero ya no tiene que respirar con el tanque de oxígeno todo el tiempo.

—Es una noticia maravillosa —exclama—. El sueño de toda una vida se ve cumplido con una carta. Es estupendo, ¿cómo ha sido?

—Estoy eufórica —admito—. Todavía tengo esperanzas de que podré ir. Pero para que se haga realidad tienen que pasar muchas cosas. Todos los días me despierto pensando en que, si no me dan el dinero, puedo esconderme en algún rincón e ir a todas las clases.

Soy un bicho raro, me encanta ir a clase.

Millie se ríe.

—Sería toda una aventura. Pero ser una sintecho sería muy complicado.

—Supongo. —Me resigno a olvidar la fantasía.

—Pero eso no significa que no puedas seguir luchando, Jasmine. Vivimos experiencias que nos cambian por una razón. Lo que importa no es lo que nos sucede, sino cómo reaccionamos a ello.

43

La esperanza es el sueño del hombre despierto.

—ARISTÓTELES

Las escuelas privadas de Los Ángeles celebran el baile de fin de curso más tarde que las públicas, así que, una semana después, Royce me recoge para llevarme a su baile. La primavera ha llegado a la ciudad. Las jacarandas moradas rebosan de color y el olor a naranja impregna el ambiente. Unos días antes asistimos a mi baile y estuvimos con el equipo de animación y en una cita triple con Kayla y Dylan, Lo y Julian. Fue divertido y un evento discreto en el salón de baile del hotel Hyatt. Después fuimos a la casa de Denny. El baile de Royce va a ser mucho más elegante.

La celebración del instituto Eastlake tiene temática de Jazz de los años 20, inspirado en *El gran Gastby*. Royce me enseña las invitaciones cuando llegamos; son increíbles, con el fondo negro, diseños *art deco* en dorado y letras gruesas blancas. Sin embargo, la localización es secreta. Tenemos que ir a su instituto y allí nos informarán de adónde ir para celebrar el baile.

Espero encontrarme autobuses escolares amarillos a las puertas del Eastlake para que nos trasladen a la ubicación secreta, pero, en lugar de eso, hay limusinas y pequeños automóviles de lujo antiguos que transportan a los estudiantes.

Millie me dijo que me iba a comprar el vestido como regalo adelantado de graduación. Nos llevó a mamá, Kayla y a mí por todo Beverly Hills a buscar el vestido perfecto. No creo que ni buscar mi vestido de novia en el futuro sea un acontecimiento tan grande. Tardamos horas, pero al fin encontré el vestido perfecto.

Me miro ahora en el reflejo de la ventanilla tintada de un Bentley negro que nos va a llevar a Royce y a mí al baile. El cuerpo blanco con cuentas y lentejuelas brilla bajo las luces de la calle. Me muevo un poco para comprobar el bajo asimétrico, que es lo suficientemente largo para que parezca formal, pero lo bastante corto para mostrar un poco de pierna. Me siento como una Cenicienta de la época del jazz.

—Estás preciosa esta noche, Jas —me dice Royce con una mirada seria en el rostro. Le tiemblan las manos un poco cuando me pone el ramillete en la muñeca.

Me dan ganas de reírme por ponerse tan formal, pero me apiado de él y me limito a darle las gracias.

—Tú tampoco estás mal —señalo con una sonrisa.

Con un traje negro con gemelos dorados, es la imagen de la elegancia, y me recuerda a la cena de la Beca Nacional, aunque me da la sensación de que esta se celebró hace una eternidad. Abre la puerta y me ayuda a entrar en el Bentley. El chófer sigue a otros vehículos a la autovía que lleva al centro de Los Ángeles.

Estamos Royce y yo en la terraza del hotel The Standard, observando las increíbles luces brillante de la ciudad en la distancia. Estamos descansando un poco del baile. He conocido a un montón de gente con la que se lleva bien, parece gente simpática y feliz de conocerme. Me pregunto si será simplemente que Royce no quiere darle a nadie la oportunidad de ser su amigo. Él bebe ponche y yo un vaso de agua. La única desventaja de un vestido blanco es que hay que tener cuidado cuando se come o se bebe, y también con sentarte en cualquier lugar.

—¿Te acuerdas de la noche en D. C.?

—Claro —respondo, sonriendo—. No tenía mucha seguridad puesta en ti por entonces.

—¿Qué? ¿No te enamoraste de mí enseguida? —Se lleva las manos al pecho, como si sufriera un ataque al corazón por mi culpa—. ¿No era el chico más guapo que había allí?

Alardea como un pavo real y eso me parece adorable.

—Puede. Pero tardé mucho tiempo en enamorarme de ti, toda una noche. —Una de las mejores noches de mi vida.

Royce me toma de la mano y sé que él también se acuerda.

—A veces me pregunto a quién debería de dar las gracias por haberte conocido. ¿A Dios? ¿Al destino? ¿A mi tío por sufrir un accidente de coche en Topanga?

—¡Eso es horrible! —Le doy una palmada juguetona en el brazo y después tiro de él para acercarlo más a mí—. Siento ser tan difícil a veces.

—No te tienes que disculpar por nada. —Apoya la barbilla en mi hombro. Estamos tan cerca que siento su aliento contra el cuello—. Me has ayudado a descubrir qué es lo que quiero en la vida. Me diste coraje para ser quien soy.

Me quedo sin habla. Sus palabras me dan ganas de llorar.

—Oh, venga —dice—. Mi objetivo no era en absoluto hacer llorar a mi novia la noche de mi baile.

—Calla —le pido—. Solo bésame.

El domingo por la noche, el padre de Royce está en la ciudad y se supone que vamos a cenar con su familia. Llego temprano al restaurante porque mi padre ha podido traerme en coche, ya que tenía que hacer una tarea en esta zona de la ciudad. Me siento delante del puesto del recepcionista del restaurante a esperar. Unos minutos más tarde, oigo una voz familiar y me encojo. Es Mason, y lleva una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Vaya, si es mi compañera graduada con las mejores notas —señala. Royce debe de habérselo contado—. ¿Qué? No pareces sorprendida. Solo porque no parezca un bicho raro...

—¿Pronunciaste un discurso?

—No, en realidad me salté mi propia graduación. Estaba hecho polvo de una fiesta a la que fui la noche anterior. Mis padres se enfadaron mucho. —Suelta una carcajada, como si se tratara de la cosa más divertida del mundo.

Es un idiota.

—¿Qué tal la universidad? —pregunto.

—Aburridísima. Pero las chicas son muy guapas. Aunque me hacen sudar tinta. ¿Qué haces con mi hermano, por cierto? ¿No te has aburrido todavía? ¿Sabes que no aprendió a leer hasta que estaba en cuarto?

—¿Por qué eres tan cruel con él? —pregunto, disgustada. ¿Qué diablos le pasa a este chico?—. Royce es tu hermano.

—¿Hablas en serio? ¿Ese idiota está emparentado conmigo? —Se levanta para saludar a sus padres, que acaban de entrar en el restaurante—. Siéntate a mi lado a la mesa —me pide, como si pensara hacerlo.

Permanezco callada en la cena. Después de todo lo que ha pasado con la propuesta de ley privada y la filtración de la noticia me siento un poco tímida con la familia de Royce. Es una situación rara, pero todo el mundo es correcto. Excepto Mason, que no deja de mirarme con lascivia ni de reírse de forma ofensiva. Me doy cuenta de que Royce está a punto de perder los nervios, pero se está controlando para mantener el orden.

El señor Blakely alardea de que Royce vaya a ir a Stanford, y este le recuerda que yo también he sido aceptada.

El congresista Blakely corta un pedazo enorme de carne del costillar.

—Nunca he oído nada negativo de Stanford. Ese lugar es un sueño. Te vamos a buscar un buen apartamento —le dice a Royce.

—Quiero vivir en la residencia universitaria como todo el mundo, papá —se queja él.

—¿Vas a buscarle a él un lugar mejor que a mí? —interviene Mason.

—El tuyo está bien —interviene Debra—. Estás prácticamente en el campus.

—El centro de Los Ángeles es muy decadente. Y me estoy cansando de ese apartamento.

—Pues mejor que no sea así —apunta el congresista—. Pagamos mucho dinero por tu matrícula y residencia.

Mason me guiña un ojo.

—Me estoy esforzando. Pero todos los extranjeros que hay por el campus degradan la zona.

Debra parece horrorizada.

—Mason, tu abuelo nació en México. Y la diversidad siempre ha sido un punto fuerte

de Los Ángeles.

—Bonito discurso, mamá. Suenas muy sensibilera —se burla.

Me levanto para ir al servicio.

—Disculpen, ahora vuelvo.

El congresista Blakely no me hace ni caso.

—Mason, ¿has recibido noticias de Columbia para el año que viene?

Encuentro un banco al lado de los baños, me siento unos minutos y pienso en lo mucho que me gustaría poder irme a cualquier otra parte sola con Royce. Justo cuando estoy a punto de regresar a la mesa, me tropiezo con él, que me está buscando.

—Vámonos —me dice, como si me hubiera leído la mente.

—¿Te vas a escaquear de tu cena familiar? —pregunto, asombrada.

No me responde, se limita a cogerme de la mano y salimos del restaurante sin mirar atrás.

La noria de Santa Mónica es una amalgama giratoria de verdes, azules, morados y rojos contra el cielo oscuro de la noche. No se aprecian los cubículos rojos y amarillos ni se ve a la gente subida en ellos, aunque sí se oyen los gritos de emoción desde abajo. La noria forma una estrella al girar, vibrante sobre el océano, iluminando la pleamar, como si el agua brillara de verdad.

Royce y yo estamos sentados en el banco, todavía con la ropa elegante de la cena, mirando las luces de neón. Aunque me alegra que hayamos escapado de la compañía tóxica de Mason, también estoy preocupada. ¿Qué van a pensar sus padres de mí después de irme de esta forma? Quizá no debería de aferrarme a él de esta forma, solo porque puedo hacerlo. Tengo que dejarlo marchar.

No hace ni frío ni calor. No corre brisa. Solo nos acompaña el sonido del océano y una especie de quietud, excepto por lo que sucede en el muelle.

—Me encanta este lugar —comenta Royce—. La noria y el mar, tan juntos, tienen algo que me gusta. —Me sonrío—. Me recuerda a cuando era pequeño.

—Me lo has contado muchas veces —respondo, un poco en broma.

—Ya, pero creo que no te he contado por qué. Por aquel entonces, mis padres aún no se habían metido en política. Mi padre era un hombre de negocios. Conocía a políticos, pero se preocupaba más por cuidar de nuestra familia. Y Mason... Hubo una época en la que no era así. Puede resultar difícil de creer, pero era un buen chico. Veo esa noria y me acuerdo de los buenos tiempos.

La espuma de una ola se acerca a nosotros, pero no nos alcanza.

—Es especial, eso seguro —continúa—. Pero tú eres aún más especial para mí. Quiero que sepas que eres el amor de mi vida. —Me rodea con más fuerza.

«Debería dejarlo ir», pienso, y siento que se me revuelve el estómago y que el corazón me martillea en el pecho. Soy una egoísta al mantenerlo a mi lado. Pero no puedo hacerlo.

—Yo también te quiero. —Me acerco más a él.

—Tenemos que hablar del futuro —señala.

—¿Qué futuro?

—Te he traído aquí para que entiendas que hay una parte de mí que quiere a mi padre a pesar de que no sea el mejor padre del mundo. La misma parte que quiere a mi hermano, aunque sea un capullo.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Lo entiendo. Me gusta tu historia de la noria.

—A mí también. Siento no haberle dicho nada a Mason en la cena. No quería fastidiarla.

—No pasa nada.

—Me alegra que estuvieras allí. Pero me alegra todavía más que estés aquí ahora —precisa.

—No quiero estar en ningún otro lugar. —Ahora que estamos solos estoy más contenta.

Y de repente me quedo petrificada. Royce se levanta y tira de mí para que también yo me levante.

—Iba a hacer esto el otro día en el baile, pero me puse muy nervioso. —Se sacude la arena de los pantalones y, a continuación, hinca una rodilla en el suelo. Lleva una cajita en la mano, que abre para mostrarme un anillo con un diamante—. Antes de morir, mi abuela me dejó esto para que se lo regalara a la persona que amo. Jasmine, te quiero. Más que a nada en el mundo.

Se me sale el corazón del pecho. Gira junto a las luces de neón de la noria. Y de ahí despega en la oscuridad sobre las nubes.

—¡Royce! ¡Qué haces!

—Quiero que te quedes conmigo para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

Me quedo sin aliento y no puedo respirar. Estoy a punto de desmayarme. Nunca había sentido nada igual en las piernas. En el estómago. El pecho. La garganta.

—Tenemos los dos dieciocho años ya —contesta, con la rodilla todavía en la arena—. Estamos enamorados. Y de este modo podrás quedarte en Estados Unidos. Podemos casarnos e ir juntos a Stanford. Cumplirás los requisitos para las ayudas y los préstamos. Quiero estar contigo. No sé qué haría sin ti. ¿Qué me dices? —Sonríe, feliz y guapo ante mis ojos.

Tengo el corazón en la garganta. No sé qué decir. Somos muy jóvenes y todavía no tenemos seguridad en nosotros, en quiénes somos, en quiénes estamos destinados a ser. ¿Qué van a pensar nuestras familias? ¿Y qué le pasará a mi familia? ¿Podrían quedarse ellos si me caso con él?

Sé que lo quiero. No puedo dormir por las noches a menos que me desee buenas noches. Pienso en él todo el tiempo, en su felicidad. No me puedo imaginar una vida sin él. Sé por qué hace esto, porque me lo puede ofrecer desde lo más profundo de su enorme y generoso corazón. Sabe que esto puede salvarme, que puede solucionar todos nuestros problemas. «Encontraré el modo —me prometió—. No voy a dejar que te marches». Si yo estuviera en su lugar, si yo pudiera hacer esto por él, haría exactamente lo que él está haciendo.

—Cielo —dice—, no quiero meterte prisa, pero me está empezando a doler la rodilla.

Estoy a punto de echarme a reír o a llorar. Lo amo con locura.

—Di algo —insiste—. Antes de que me dé un calambre en la pierna.

—¿Pero cómo? ¿Cuándo?

—No lo sé. Podemos fugarnos. Ahora mismo. En un día o dos.

—Vale —respondo.

—¿Vale qué?

—Que vale, que sí. Royce, quiero casarme contigo. —Tiro de él para que se ponga en pie. Reímos y lloramos juntos.

Me pone con manos temblorosas el anillo en el dedo y nos besamos con todas esas luces de neón girando como flores luminiscentes en el cielo oscuro.

Lo quiero mucho.

Voy a casarme con él mañana. Seremos marido y mujer, y podré quedarme en el país.

Todo va a salir bien, ¿verdad? Tiene que salir bien.

Una mujer es como una bolsita de té. Nunca sabes lo fuerte que es hasta que se mete en agua caliente.

—ELEANOR ROOSEVELT

Cuando Royce me deja en casa, me quedo toda la noche despierta, dando vueltas en la cama, pensando en nuestras posibilidades de futuro. Royce y yo vamos a estar juntos. Vamos a tener nuestra propia casa. Vamos a ayudarnos en cada paso que demos en el camino. Antes de que nos demos cuenta, nos habremos graduado en la universidad. Tendremos mascotas, un perro y un gato. Siempre he querido tener un perro, pero mi madre es alérgica. En algún momento tendremos un hijo... hijos. Pero no demasiado pronto. Esto es todo cuanto he querido. Stanford. Una carrera importante. Un marido guapo. Dos hijos. Podemos lograrlo, ¿no? Aunque nos casemos a los dieciocho. He visto las estadísticas, pero estas no son favorables. ¿Qué pasa si todo esto es un error?

¿Qué pensarán nuestras familias? ¿Qué harán? No puedo imaginarme que mis padres no vengan a mi boda. ¿Se separará mi familia si yo logro quedarme en Estados Unidos y ellos no? ¿Me permitirá esto ayudarlos a volver aquí? Podría financiarlos una vez que sea ciudadana. Busco la ley. Si me caso con Royce, cumpliré los requisitos para solicitar el permiso de residencia y en tres cortos años podré convertirme en ciudadana.

¿Pero y si no me perdonan que me case tan joven? ¿O que lo haga por este motivo? Sé que mi padre no lo va a aprobar. ¿Me perdonarán algún día?

¿Y los padres de Royce? Se van a poner furiosos, ¿verdad? Nadie de su círculo se casa a los dieciocho. ¿Me culparán por robarles a su hijo? Y si no nos apoyan, ¿qué? ¿Estaremos solos? ¿Tiene Royce dinero aparte del de su familia? ¿Debería de pensarlo siquiera? Parece un error.

No puedo dormir. No obstante, las dudas empiezan a disiparse cuando pienso en Royce arrodillado en la arena. Nunca olvidaré ese momento. Hemos pasado por mucho juntos y no quiero perderlo. Quiero esto. Deseo casarme con él.

Me quedo dormida con la euforia de que nada más importa. Solo el amor que siente Royce por mí. El amor que yo siento por él. ¿Quién es ahora la romántica? «Solo nosotros», susurro, cayendo en un sueño profundo.

La única persona a la que le cuento lo de la proposición es Kayla. Estamos en el salón de su casa al día siguiente. Se ha decidido por el Instituto de las Artes de California y la observo mientras examina fotos de los pasillos de la residencia. Ella ha estado a mi lado y yo al suyo, para bien o para mal. Ambas lo sabemos. Así que se lo digo sin rodeos: Royce y yo nos vamos a casar a escondidas.

Suelta el teléfono y me mira.

—¿Estás segura de esto?

—Eso creo —contesto.

—Eso no es un cien por cien.

—Sí lo es. Lo quiero al cien por cien y más aún. Pero solo estoy al noventa por ciento segura de que debería de casarme con él ahora.

—¿Noventa por ciento? ¿Y es suficiente?

—¿Por qué estás haciendo de abogado del diablo?

—Porque aquí no hay nadie más que represente esa vocecita en tu cabeza.

—¿Por qué estás tan segura de que necesito una? —Estoy molesta, pero necesito desesperadamente hablar con alguien sobre esto.

Se sienta recta y toma un sorbo de la taza de té verde helado.

—Porque esta es una decisión más importante que la de aceptar una plaza en Stanford. Ir a la universidad puede cambiarte la vida, pero casarte te la va a cambiar de verdad. Mira a mis padres.

No digonada. Me sorprende la respuesta de Kayla. Pensaba que ella me apoyaría más, que le parecería romántico. Pero está siendo práctica.

—De acuerdo —dice—. Digamos que lo hacéis. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—En el juzgado. —Supongo—. Muy pronto. En un día o dos. Puedes ser nuestra testigo.

—Qué bien. Haz que sea yo quien sostenga la pistola.

—Me lo ha pedido él. Yo no le he obligado a hacerlo.

—A lo mejor no de forma directa —replica—. ¿Pero qué otra elección tiene para mantenerte a su lado? El juez no ha hecho nada por ti. Ni ese abogado. Ni su padre. Si quiere que te quedes con él, pedirte que os caséis es la única opción.

Tiene razón. «Lo arreglaré —me dijo—. Encontraré el modo». Este es el único camino que tenemos ante nosotros y es uno muy difícil. Esta conversación está empezando a asustarme. Quiero que nuestros planes me hagan feliz. No obstante, Kayla, de entre todas las personas posibles, me golpea en la cara con una dosis de realidad.

Me rodea con un brazo.

—Es algo emocionante para ti. Te sientes como una princesa. Ya lo sé, lo veo en tu cara. Y es el diamante más grande que he visto nunca. Pero, como tu mejor amiga que soy, no quiero que cometas el que podría ser el mayor error de tu vida.

—¿Cómo iba a ser un error? Nos queremos —bramo, acalorada y con la vista puesta en el enorme anillo que llevo en la mano derecha. Quería enseñárselo a Kayla, pero se lo he escondido a mis padres.

—¿Desde cuándo querer a alguien significa que tienes que casarte con él? —Frunce

los labios como una institutriz.

—¿Desde que significa que estaremos a un mundo de distancia si no lo hacemos! ¡Al menos así me quedaré en Estados Unidos!

—¿Pero a qué precio? Solo tenéis dieciocho años. ¿Sabes cuántos matrimonios fracasan porque los novios eran demasiado jóvenes?

—Conozco las estadísticas.

—¿Y no te asustan?

—He dicho que estoy al noventa por ciento segura, ¿vale? ¡Claro que me asustan!

—Deberían. Soy incapaz de imaginarte como una mujer casada ahora mismo. ¿No es el primer chico al que besas?

—Sí.

Mi amiga se cruza de brazos con aire engreído.

—¿Os habéis acostado? —pregunta.

—Eso es privado. —No puedo evitar sonrojarme al pensar en los planes que teníamos para después de salir del juzgado.

—Bien, como tú quieras. Al menos piénsatelo. Es el único chico con el que te vas a acostar. ¿Te parece bien?

Asiento.

—No quiero a nadie más. Lo quiero a él. Solo a él. Para mí es el único, Kay. Lo sé.

—¿Pero no piensas que estáis forzando un poco la situación? Sé que deseas quedarte. Yo también quiero que te quedes. Pero no quiero que te cases y te despiertes cada mañana con una enorme presión por vuestra relación. Si al final no funciona solo le romperás más el corazón. ¿Y si os acabáis divorciando?

Dios mío. Tiene razón. No podemos casarnos de este modo, ¿verdad? Me estremezco ante el repentino frío que siento. Los matrimonios también pueden acabar en divorcio. Pueden pasar muchas cosas. El matrimonio es un paso enorme, de gran magnitud. Solo estamos en el comienzo de nuestra relación. ¿Y si Royce y yo creemos que estamos salvando la relación, pero en realidad nos estamos condenando? No quiero eso. Deseo que lo nuestro dure para siempre.

—¿Qué se supone que tengo que hacer, Kayla? —lloriqueo.

—Aún no lo sé. Prométeme que vas a esperar al menos otro día.

El matrimonio puede esperar; la educación no.

—KHALED HOSSEINI, *MIL SOLES ESPLÉNDIDOS*

No me pongo en contacto con la prensa. El señor Alvarado ha mordido mi anzuelo.

—Solo unos días más, señorita de los Santos. Si ha podido esperar tanto, puede esperar un poco más —me dice por teléfono—. Tengo que llamar al juez. Llegaré al fondo de todo esto lo antes posible. —Pero sé que sabe que no voy a hablar con ningún periodista.

Por una vez no me importa.

Tengo mi propia solución. Royce. Casarme con él. Una vida nueva. Han pasado tres días. Ni siquiera después de la conversación con Kayla he cambiado de opinión acerca de casarme con Royce. Por supuesto que estamos corriendo un riesgo, estamos arriesgando nuestra vida, pero tengo seguridad en que estoy haciendo lo correcto. Este es el único modo de quedarme en América y la única forma de que Royce y yo estemos juntos.

Le mando un mensaje a Kayla para que se reúna con nosotros en el juzgado a las una y media del mediodía. Acepta, aunque con reservas. Me parte el corazón no tener a mi familia a mi lado, pero al menos cuento con Kayla. No puedo pensar en nadie mejor para que nos acompañe. Excepto, tal vez, Millie, a quien no le he contado nada por miedo a que se lo pueda decir a mi madre. De todos modos, se enterarán pronto.

Royce me recoge en mi casa. Mis padres están en el trabajo, y Danny e Isko han ido a visitar a lola Cherry a la residencia en la que vive. Ni siquiera suelo ir a fiestas y ahora me estoy escabullendo a sus espaldas para casarme. Es surrealista. Llevo puesto un bonito vestido lencero blanco que me compré ayer en el centro comercial. Royce lleva un traje negro y una corbata a juego. Es un novio guapísimo.

Entro en el coche y, cuando me siento, me inclino sobre él y le doy un beso. Él me lo devuelve, sujetándome con suavidad la barbilla. Voy a recordar este momento siempre. Es el día de nuestra boda.

—¿Lo sabe alguien más? Aparte de Kayla —pregunta.

—Puedo contárselo a Millie —propongo—. No sé si hacerlo. ¿Y por tu parte?

—No se lo voy a contar a nadie hasta que estemos listos para la celebración.

—¿Una celebración?

—Se lo contaremos a todo el mundo y haremos una fiesta en alguna parte.

—¿Sí? —Intento imaginarme a todos reunidos en un recibidor después de descubrir lo que hemos hecho. Mi familia asesinando a la suya con la mirada. Nuestros amigos confundidos—. Esperaba que fuéramos discretos por ahora. Podemos hacer algunas

llamadas e invitaciones por Facebook.

—Dudo que eso sea le parezca suficiente a mi familia. Ellos querrán una gran fiesta. Y la tuya también. En un lugar bonito. Una cena. Una orquesta. Baile. Mi padre querrá invitar a sus amigos, a dignitarios. Será bastante grande.

No puedo imaginarme a mi familia en un acontecimiento tan elegante. A mis padres les gusta cantar en el karaoke en la fiesta familiar de Navidad. Mi madre se enfada mucho si no gana. Se aburre bastante en las bodas en las que no puede cantar a voz en grito *Can't Help Falling In Love* y *Are You Lonesome Tonight*? ¿Qué va a hacer ella con un puñado de políticos? ¿Los convencerá para apostar unos mil dólares en el karaoke?

Ni siquiera quiero pensar en contárselo a nadie.

Mis padres van a matarme. Las chicas filipinas de buenas familias no se escapan para casarse. Todo el mundo va a pensar que estoy embarazada, y no es verdad, ¡sobre todo porque sigo siendo virgen!

—No te preocupes. —Me da un apretón en la mano—. Yo te voy a hacer compañía.

—Lo sé. —Esbozo una sonrisa.

El juzgado de Chatsworth es un lugar gris y esférico, casi como una prisión, con media docena de palmeras repartidas en la entrada. Cuando veo el edificio, pienso en la magnitud de lo que está a punto de acontecer. Una boda secreta. ¿Quién no querría algo así? ¿No es el deseo de toda chica casarse con alguien tan guapo y cariñoso? Y lo más importante es que Royce me quiere por quien soy. Es mi mejor amigo, no le importa el país del que procedo o que mi familia sea muy distinta a la suya. Me quiere por mí misma.

Miro su perfil mientras subimos los escalones y me siento muy orgullosa de que sea mío. Vamos a casarnos y podré quedarme en este país. Muy pronto seré una ciudadana estadounidense. Y al fin voy a encajar. Ya no estaré anclada entre dos países y dos culturas. Lo único que conozco es Estados Unidos. Esta nación. Seré yo misma. Este país me pertenece. Le dedico una sonrisa a Royce.

Debería de estar feliz. Me esfuerzo por seguir sonriendo, pero no puedo enmascarar los sentimientos durante más tiempo. Cuanto más me acerco a la puerta de entrada, más me agobio. Apenas puedo respirar. No entiendo qué me está pasando. Quiero gritarme a mí misma: «¡Sigue sonriendo! ¡Esto es lo mejor que te ha pasado nunca! ¡Entra ahí y cástate con tu príncipe!».

Y, al mismo tiempo, me horrorizan mis pensamientos. «¿Este país me pertenece?», ¿de verdad lo creo? ¿De verdad me he sentido con ese derecho todo este tiempo? ¿Solo por ser inteligente? ¿Crear que, como merezco ser americana, Royce está obligado a casarse conmigo?

Empiezo a preguntarme lo que de verdad he hecho por mí misma. He sido una repelente, imponiéndole mis planes a todo el mundo, incluido al señor Alvarado, que solo intenta hacer su trabajo, a Royce, mi familia, Kayla. A todo el mundo. He sido tan

ambiciosa, con toda esa seguridad de que merezco estar aquí, que he permitido que mi novio ponga todo su mundo patas arriba. ¿Tan egoísta soy que voy a permitir que mi situación legal defina nuestra relación? ¿De verdad quiero ocultarle este momento a mi familia, la gente que se ha preocupado por mí toda mi vida?

Royce se da cuenta de que me paro cuando llegamos a la parte de arriba.

Aparto la mano de la suya.

—No —digo.

Él también se detiene.

—¿No qué?

—Así no se hace. Tiene que haber otra forma.

Royce se vuelve hacia mí.

—Jasmine, no hay otra forma. Tenemos que hacer esto.

Niego con la cabeza.

—No está bien, Royce.

—¿Qué estás diciendo? Estábamos de acuerdo. Aceptamos casarnos. Es la única manera de que te quedes aquí. Te van a deportar a miles de kilómetros de distancia si no lo hacemos.

—Puede que nos concedan la extensión —señalo, aferrándome a la esperanza.

Sé que él quiere hacer esto por mí, pero este no es el momento. Mi familia no está presente, ni tampoco la suya. Y no quiero empezar una vida junto a él de este modo. Somos jóvenes. Demasiado para aceptar este compromiso.

—Aún no sabemos seguro si tendré que marcharme —digo a la desesperada.

—¿Qué quieres decir? Claro que lo sabemos —responde él, nervioso.

—Esto separará a mi familia. No puedo hacerles esto a ellos, ni a ti.

—No me estás haciendo nada a mí. Yo quiero casarme contigo.

—Yo también, pero ni siquiera entendemos de verdad lo que estamos haciendo. Ninguno de los dos. ¿No te das cuenta? Esto no es valiente. No forma parte de lo que tengo que experimentar. Es una solución rápida, una tirita. Todo esto nos va a estallar en la cara si seguimos adelante. ¿No te das cuenta de toda la presión que nos va a ocasionar? Nuestras familias ya están sufriendo bastante estrés y tenemos que apoyarlos. Tengo que luchar esta batalla de la deportación con ellos, no separada de ellos.

Royce me coge de la mano, como si fuera a tirar de mí hacia el juzgado, como si, en su desesperación por mantenerme a su lado, fuera a obligarme a casarme con él.

—No quiero perderte —me dice, afligido—. Por favor, Jas.

—Yo tampoco quiero perderte, pero me asusta que, si hacemos esto, nos perderemos el uno al otro un tiempo después. Te quiero, Royce, pero no puedo. —Las lágrimas caen por mi cara y tengo el corazón roto, pero sé que estoy haciendo lo correcto.

Voy a darme la vuelta, pero él me sujeta del brazo. Tiene la cara cenicienta.

Veo a Kayla en la distancia, dirigiéndose hacia nosotros.

—Cielo —susurro. Lo quiero demasiado y es por eso por lo que no puedo hacerle esto, hacérselo a nosotros. Es lo correcto—. Por favor, suéltame.

Me suelta por fin el brazo. Entonces salgo corriendo hacia Kayla y le pido que me lleve lejos de aquí, a cualquier otra parte.

46

No he llegado donde estoy deseándolo o esperándolo, sino trabajando por ello.

—ESTÉE LAUDER

Es tarde. La tormenta arroja lluvia sobre la casa. Suena como si cayeran canicas en el tejado de la casa de Kayla y en todo el patio.

Su madre se ha ido este fin de semana a un hotel a cientos de kilómetros de distancia, en Avila, para disfrutar de un día de spa y no sentir que está en Los Ángeles. Kayla y yo estamos viendo una película de un joven astronauta que se enamora de una chica que trabaja en una floristería. Ninguna estamos prestando atención, ni a la peli ni a la lluvia.

—Me siento fatal por haber salido corriendo del lado de Royce. Le he arruinado la vida.

—No es verdad —me anima ella—. Probablemente se la hayas salvado. Jas, sois demasiado jóvenes.

Todavía se me rompe el corazón al pensar en cómo me miraba en el juzgado.

—Nunca imaginé que fuera a convertirme en una novia a la fuga.

—No está mal apelar al sentido común. ¿Cuántas veces durante este año he tenido que despertar de alguna estupidez que haya cometido?

—Ojalá pudiera hacer que lo entendiera.

Kayla no discrepa.

—¿Qué va a pasar contigo y con Dylan? —le pregunto.

Exhala un suspiro. Noto que no está del todo contenta. A lo mejor hemos sido las dos muy impacientes.

—Ahora mismo estamos intentando ser amigos. —Se come un puñado de Doritos. Desde que terminó la animación, las dos hemos estado dándonos atracones de comida basura—. Vamos a ir despacio —añade—. Estamos superando lo que pasó cuando estuve con Mason. Y quiero asegurarme de que apoya mi futuro en la danza al igual que yo apoyo lo de su grupo. No quiero terminar como una seguidora de la banda. Nosotros no somos como Julian y lo, que parece que tienen treinta años. Todavía no hemos madurado lo suficiente ni para decidir dónde pedir comida para llevar.

Nos echamos a reír y le digo que creo que Royce y yo estamos igual.

—¿Sabes algo de él? —me pregunta.

—No. —Su silencio es ensordecedor.

—¿Has probado a escribirle?

—Solo un centenar de veces. —Vuelvo a comprobar el teléfono, solo por si acaso—. Le he dicho que lo siento, y que todavía lo quiero.

—¿Y?

—Y nada. —Dejo el teléfono en la mesita.

—¿Y si le pides que venga? —sugiere.

—Lo he hecho. No me ha contestado.

Justo en ese momento algo golpea la ventana del salón, al lado de donde está sentada Kayla. Las cortinas están corridas, así que no vemos nada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

Mi amiga se pone en pie.

—Puede que sea tu chico bajo la lluvia. Creo que he visto a alguien pasar por la ventana. Posiblemente crea que está mi madre y por eso no quiere hacer mucho ruido.

Echa un vistazo por las cortinas.

—No se ve mucho por la lluvia. Sea quien sea, va bien vestido. Tiene que ser el abrigo de Royce. Está señalando la puerta de entrada. Ve y dale un beso a tu tortolito.

El corazón me late acelerado. No me importa que no me haya escrito en todo el día y me haya preocupado tanto. He tenido pesadillas en las que lo veía a toda velocidad por Mulholland y sufriendo un accidente. Me alivia saber que está aquí.

—Voy fuera un minuto a hablar con él —declaro.

—Tómame el tiempo que quieras —me dice y se tumba—. Puede que me eche una siesta.

Salgo a la calle y veo que la luz de fuera esa encendida. El perro de un vecino ladra en la oscuridad.

—¿Royce? —lo llamo, pues no lo veo—. ¿Dónde estás?

—¿Eres tú, Jasmine? ¿Dónde está Kayla?

Un momento, conozco esa voz. No es Royce.

—¿Mason? ¿Qué haces aquí?

Sale de entre las sombras con aspecto de haberse metido en una pelea. Tiene el pelo y el abrigo empapados por la lluvia. Se tropieza con un ladrillo suelto que hay en el camino. Es obvio que ha bebido.

—He venido a ver a mi chica —señala mientras la lluvia cae tras él—. Ve a buscarla.

—No es tu chica.

—¿Estás celosa? Lo sabía. —Esboza una sonrisa—. Ven aquí, nena.

—Mason, ¡para! —grito cuando intenta rodearme con los brazos.

—Te crees demasiado buena para mí, ¿no, becada nacional? Pero no eres más que una novia por encargo. No puedo creerme que mi hermano no te haya calado. Deberías de haberte ido hace ya tiempo.

—¿Qué estás diciendo?

Suelta una risita.

—Después de sabotear la propuesta de ley privada en la que estaba trabajando mi padre, tenía claro que volverías en barco a China o al lugar de donde procedas. No sé por qué estás tardando tanto.

La ira se va cociendo en mi estómago revuelto. Y también las lágrimas. No digo nada. No hago nada. Estoy paralizada.

—¿Qué has dicho? —pregunta una voz detrás de Mason. Apenas veo nada con la lluvia, pero reconocería esa voz en cualquier lugar.

Mason habla a la oscuridad.

—Ya ves, alguien tenía que filtrar la historia para que no permitieran a su familia ilegal quedarse aquí. Hasta papá estaba de su lado y eso está mal, apartarse de sus ideales políticos solo por su familia. No se pueden salir con la suya.

De repente, Royce, también empapado, está detrás de su hermano, agarrándolo por el hombro.

—¿FUISTE TÚ? —grita—. ¿TÚ LO FILTRASTE?

—¿Sorpresa? —Mason se echa a reír.

«A Mason le gustaba quitarme los juguetes y hacerme llorar», me dijo Royce hace unos días. ¿Eso soy yo para Mason? ¿Un objeto?

«Cuando tienes tantos privilegios, tu vida se basa en acumular cosas. Nada es real. Ni la gente ni sus sentimientos».

Sabotear la propuesta de ley privada de inmigración para mi familia ha sido una broma para él. La vida de mi familia, mi futuro... todo es un juguete.

Royce le lanza un puñetazo a la cara, pero Mason lo esquiva y le golpea en el estómago, haciendo que caiga entre los arbustos.

—¡Royce! —grito—. ¡No le hagas daño! —le chillo a Mason.

—¡Vamos! ¡Levántate! ¡Nunca me has vencido en una pelea! —Le reta Mason con los puños alzados.

—¡Mason! ¿Qué haces aquí? —pregunta Kayla, que aparece en la puerta—. ¡Para o llamo a la policía!

Royce se levanta, pero esta vez no se acerca ni pelea. En lugar de eso, habla a su

hermano con calma.

—Esto no es por mí, ¿verdad? Ni por Jasmine. Es por papá. Filtraste el artículo para vengarte de él. Estás usando a Jasmine para dejar algo claro. Odias que nadie más acapare su atención.

—Ahórrate tu terapia barata —replica Mason.

—Mason, por favor. Papá te quiere. Yo te quiero. No tienes que hacer esto. No tienes que ser así. —Nunca he visto a Royce tan destrozado. Primero yo le rompo el corazón en el juzgado y ahora esto. Quiero ayudar, pero no sé cómo.

Mason retrocede tambaleándose, todavía maldiciendo a su hermano.

Pero Royce se muestra firme y quiere que escuche lo que tiene que decir.

—Ya sé que estás enfadado desde que empezó a pasar tanto tiempo en Washington, pero todavía nos quiere.

—¿De qué estás hablando? —se queja Mason—. ¿Quieres que te pegue de nuevo?

—Estoy hablando de tus sentimientos por papá.

—¡Siente esto! —Vuelve a darle un puñetazo con fuerza.

Me dispongo a acercarme a ayudar a Royce, pero él me hace un gesto para que no lo haga y se pone en pie.

—Te quiere, Mason, sé que te quiere —repite.

—¡CÁLLATE! —grita él—. ¡ESTO NO TIENE NADA QUE VER CON PAPÁ!

Pero Royce sigue hablando.

—Sé que crees que no te quiere. Así que la pagas con los demás. Te aseguro que papá lo pasa mal por ti. Es solo que no se le da bien hablar con nosotros.

Mason tiene aspecto de querer asesinar a su hermano pequeño. Tiene los puños apretados. Agarra a Royce con una mano y alza el puño.

—¡Cállate! —le advierte, con voz entrecortada—. ¡Cállate de una vez!

—No —responde Royce—. Te quiero, Mason. Si necesitas pegarme para sentirte mejor, hazlo. —Está llorando y también yo.

—Para —grazna su hermano, empujando a Royce por el pecho, que tiene que dar un paso atrás para mantener el equilibrio.

—La única persona a la que haces daño es a ti mismo —continúa—. Te convertirás en alguien que no eres si no paras. Ni siquiera te gustas a ti mismo.

El mayor parece a punto de lanzar otro puñetazo, pero le da un empujón a Royce y se marcha bajo la lluvia. Me acerco para ayudar a Royce a levantarse y, cuando se pone en pie, persigue a su hermano. Kayla y yo lo seguimos.

La lluvia cae a cántaros. Mason se ha derrumbado en el jardín, totalmente destrozado. Royce se agacha en el suelo y lo rodea con un brazo.

—No sé qué me pasa —murmura Mason, sollozando—. Lo siento. Lo siento.

—Está bien —responde Royce—. Todo va a salir bien. —Sujeta a su hermano y me mira con los ojos entornados por la lluvia—. Jas, ¿me ayudas?

—Por supuesto. —Corro hacia él.

Kayla y yo estamos en el recibidor de la casa del congresista Blakely. Su esposa se ha llevado a Mason a otra habitación. Royce le cuenta a su padre en voz baja lo que ha sucedido en casa de Kayla. No duda al explicarle que Mason ha admitido haber arruinado la propuesta de ley privada.

—¿Lo ha hecho él? —pregunta con calma el congresista.

Royce asiente. Ya ha terminado la historia.

Su padre pone una mueca de decepción.

—¿Algo más?

—No, señor —responde Royce.

El congresista se queda un momento pensativo.

—Lleva a tus amigas a casa —concluye.

—De acuerdo. —Se vuelve y me ve junto a Kayla. Nuestras miradas se encuentran y es como si me viera por primera vez desde que me fui de su lado en el juzgado. Frunce el ceño y vuelve a mirar a su padre. Tiene una mirada de determinación en el rostro, como si acabara de acordarse de algo—. Papá.

El señor Blakely se da la vuelta y se dirige a él con la mirada perdida.

—¿Qué?

Royce parece especialmente valiente en este instante. No sé qué pasa, pero, por su postura, parece haber madurado cinco años en el transcurso de cinco horas.

—¿Puedes llamar al juez ahora para confirmar la extensión del visado para la familia de Jasmine? ¿Por mí?

El señor Blakely mira a su hijo y asiente. Coge su teléfono móvil y marca.

Sólo sabemos toda nuestra altura
 si alguien le dice a nuestro ser: ¡levanta!
 Y entonces, fiel consigo, se agiganta
 hasta llegar al cielo su estatura.

—EMILY DICKINSON

Estamos a mediados de abril y para finales de mes tengo que comunicar a Stanford si voy a matricularme en otoño. Como no he recibido confirmación de ayuda económica por correo electrónico, el pasado lunes pregunté al decano, a quien conocí en la cena de la Beca Nacional, si podía ayudarme a enterarme de qué pasaba. Me aconsejó dejar un mensaje en el departamento de subvenciones económicas preguntando por mi caso.

Cuando oigo el teléfono de casa, decido dejar que salte el contestador, pero el aparato deja de sonar y Danny acude corriendo a mi habitación.

—Es para ti —me dice.

—¿Quién llama al número de la casa?

—No lo sé, alguien de Stanford.

—¿De Stanford? —Suelto las pulseras que tengo en las manos y salgo corriendo en dirección a la cocina.

—¿Sí? —digo—. Soy Jasmine de los Santos.

—Hola, Jasmine. Soy Richard Brown, del departamento de subvenciones económicas de la Universidad de Stanford. Llevo varios días intentando ponermelo en contacto con usted.

El corazón me late con fuerza.

—Lo lamento, señor Brown. He tenido una semana de locos.

—Normalmente no hago llamadas telefónicas. Enviamos cartas a los destinatarios, pero tengo un poco de tiempo y quería llamarla para informarle personalmente de que va a recibir ayuda económica completa de nuestra universidad si decide matricularse.

—¿Cumplo los requisitos para la ayuda? —susurro—. ¿Saben que no soy ciudadana ni cuento con permiso de residencia?

—Sí, somos conscientes —responde como si no fuera un problema—. Stanford está suscrita a la política de no tener en cuenta las necesidades de sus alumnos, y, como estudiante internacional, la Asociación de Exalumnos de Stanford le ha concedido una subvención patrocinada. Hay muy pocas disponibles.

—Un momento. —Me quedo sin aliento—. No lo entiendo. ¿Qué es una subvención

patrocinada?

—Se trata de una subvención poco común que, en su caso, cubre buena parte de su educación en Stanford. Al mismo tiempo de recibir su solicitud de ayuda económica, nuestro departamento también recibió una subvención designada específicamente para usted. Ha recibido asimismo otras muchas subvenciones privadas menores y becas para cubrir la matrícula. Se las notificaremos. ¿Ha tomado ya una decisión acerca de si venir a Stanford? Sé que muchos estudiantes no aceptan la plaza hasta que saben cuál es la situación económica.

—Quiero ir a Stanford —digo, como una idiota.

—Es una noticia estupenda. Tiene que ponerse en contacto con Admisiones para aceptar de forma oficial. Tiene de plazo hasta el día uno de mayo.

—Lo haré ahora mismo —le aseguro—. Me pongo a ello.

Pero una parte de mí sigue preguntándose si podré ir. Todavía no sé si me voy a poder quedar en el país. El padre de Royce ha llamado al juez y lo ha presionado para que retrase la deportación. Le ha recordado que se supone que nos iban a conceder visados temporales, pero, como ya es habitual, no nos han informado aún de nada.

—Enhorabuena, Jasmine. Es una oportunidad maravillosa. Nos complace tenerla en Stanford. ¿Tiene alguna pregunta?

Sigo impactada.

—No... Sí. Solo una. Si un exalumno me ha ofrecido financiación, ¿puedo saber quién es esa persona?

—Claro. Tengo la información justo aquí...

No me puedo creer lo que está pasando. Es una noticia increíble. Es como si mis sueños se desplegaran en el aire, aunque siguen en una colina que aún tengo que ascender. Estoy muy emocionada y, al mismo tiempo, también me siento egoísta. Si no recibimos pronto los visados, no sé si podré pedir a mi familia que se arriesgue a acabar en un centro de detención solo porque yo anhelo ir a Stanford.

—Aquí está —señala Richard Brown—. La persona que la financia es Amelia Florence Marsh. Se graduó hace cuarenta años. Fue una de las primeras mujeres en graduarse en Química en Stanford.

Cuando llamo a Millie para darle las gracias, me alegra comprobar que puede respirar mejor.

—No puedo creerme que haya hecho esto por mí.

—¿Qué he hecho? —pregunta.

—Stanford. La subvención.

—Yo no les he pedido que te la den, Jasmine. ¿Eso te han dicho? Les dije que quería

que eligieran a una chica nueva que usara su educación para mejorar el mundo. El comité de subvenciones te ha escogido a ti. Te la has ganado tú solita.

Vaya, no puedo creérmelo.

—Soy consciente de que aún no sabes si podrás quedarte, pero ¿sabes una cosa? Ahora tienes la seguridad de que eres lo bastante buena para ir a cualquier parte del mundo. Tienes muchas opciones, solo tienes que mantener los ojos bien abiertos.

Cuando cuelgo el teléfono, mi padre entra en la cocina buscando una caja para seguir empaquetando.

Sé que tengo que ir con tiento con él.

—Me acaban de llamar de Stanford, papá. Me conceden suficiente ayuda económica para los cuatro años.

No le digo nada acerca de Millie; pensaría que se trata de dinero por pena.

—Es fantástico, ¿saben que te van a deportar en junio?

—¡No! No puedo irme de aquí. ¡No podemos irnos ahora! No se trata solo de que me hayan aceptado en Stanford. Es el dinero para poder ir. Lo es todo. Es mi futuro.

—Cuéntale eso al gobierno de Estados Unidos —señala—. Si eludimos la deportación podemos perder todos nuestros bienes y acabar en un centro de detención jugando al solitario durante cinco años.

No digo nada. Tiene razón. No puedo esperar que vivan todos bajo tanta presión, sobre todo teniendo en cuenta de que hay muy pocas posibilidades de que ninguno de nosotros obtenga la ciudadanía si no seguimos las reglas.

—Sería lo peor —continúa—. ¿Has visto a esa gente a la que echan? No tienen nada. Podríamos acabar así si corremos demasiados riesgos. Seguro que podrían quedarse incluso con todo el dinero de esa beca, y con todo lo que tenemos.

—Pero el padre de Royce ha llamado al juez para pedirle que cambie de parecer —insisto—. Lo escuchamos hablar con él por teléfono. Dijo que se arreglaría.

—¿Y dónde está esa extensión entonces? —Al fin encuentra una caja. La alcanza y abre las solapas—. No pasa nada si nos tenemos que ir, podremos comer comida filipina siempre.

Esbozo una sonrisa triste.

—¿Cómo eres capaz de ocuparte de todo esto, papá? —pregunto—. Que nos tengamos que marchar. Sin entristecerte. Sin venirte abajo.

—Ah, Jasmine, mi niña. —Me hace una señal para que me acerque a él y, cuando lo hago, me rodea con brazos fuertes y paternales—. Este mundo está lleno de familias que no tienen hijas tan maravillosas como la mía.

Todas las familias felices se parecen unas a otras.

—LEO TOLSTOY, *ANNA KARENINA*

Royce viene a casa más tarde. Aún no hemos tenido la oportunidad de hablar desde lo que pasó en el juzgado y en la casa de Kayla, hace ya varias semanas. Sé que su familia ha mandado a Mason a rehabilitación a Utah. Fueron todos y Royce acaba de regresar y viene del aeropuerto.

Está cansado y tiene los ojos rojos, aunque no sé si es por la falta de sueño o porque ha llorado. No me gusta. Odio que esté triste y estoy a punto de ponerlo más triste aún.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí. Se va a quedar tres meses. Mi padre ha pedido el programa completo y Mason ya bromea con que lo han trasladado a Cirque Lodge en lugar de a Columbia. —Menciona uno de los centros de rehabilitación más caros del país.

Nos echamos a reír.

—Oye —digo con amabilidad—. Me han concedido una subvención para ir a Stanford.

—Es estupendo. Claro que te la han dado, eres increíble. —Le brillan los ojos.

—Espero que el juez acepte los visados temporales como le dijo a tu padre. Ya sé que el equipo de tu padre está trabajando en ello, pero no hemos recibido noticias. Ojalá podamos quedarnos.

Asiente.

—Ojalá.

—Tengo que devolverte esto. —Me saco el anillo del bolsillo. No me parece correcto quedármelo—. Quiero que sepas que me hiciste la persona más feliz del mundo cuando me pediste que me casara contigo.

Asiente una vez más. Coge el anillo y lo guarda. Le tiemblan los labios y no puedo soportarlo.

Poso la mano en su cara y noto la barba incipiente.

—Un día me casaré contigo, Royce Blakely. Te lo prometo.

Coloca la mano encima de la mía y sonrío, un rayito de sol en medio de la lluvia.

—Vas a cumplir esa promesa.

Unos días más tarde, en casa, estamos preparándonos para la graduación. Mi padre me compra la toga y el birrete y me los pruebo en el salón. Siento que todo termina muy

rápido y que no tengo ni idea de adónde iré a continuación.

—Tengo que plancharla —comento.

—No sé —bromea papá—. Queda bien así arrugada.

—Vamos a plancharla —repite mi madre.

—¿Qué te vas a poner debajo? —pregunta lola Cherry. Antes de que me dé tiempo a responder, ya está hablando de nuevo—. Me acuerdo de aquella chica. Lilibeth Bautista. No se puso nada. Tenía palabras pintadas por el cuerpo. Dejó que sus chicos preferidos escribieran su nombre con pintura amarilla donde quisieran.

Me echo a reír, pero mamá está horrorizada.

—Mi hija no va a hacer eso. Deja de meterle cosas en la cabeza, lola Cherry. —Se vuelve hacia mí y me mira de arriba abajo—. ¿Me estás escuchando? Nada de chicos pintándote.

—¿Por qué no? —pregunta lola—. Nadie lo iba a saber, solo ella.

—Y tampoco quiero ver el nombre de Royce en ninguna parte. ¿Te has enterado? —insiste mi madre.

Me río todavía más fuerte.

—¡Que no! —Y entonces me imagino qué pensaría él si viera su nombre escrito en mi piel debajo de la toga. Podría ser muy sexi, lo haría sonreír. «Gracias, lola Cherry».

Mi padre no dice nada hasta ahora.

—Mi graduación no fue tan emocionante... —declara.

lola suelta una carcajada.

—¿Ves? Tu padre lo entiende.

—Ya está bien. Necesito un vestido nuevo.

—De acuerdo, dejémonos de tonterías —acepta mi padre—. Mamá te llevará a comprar uno esta semana.

Le doy un abrazo porque, da igual lo que pase, da igual lo mayor que me haga, sigo siendo la favorita de papá.

De repente, lola le golpea en la pierna con el bastón. Él grita y maldice en ilocano.

—¿A qué ha venido eso?

—Quiero que me prestes atención —responde ella.

—¡Podrías haberlo dicho! —se queja al tiempo que se frota la pierna.

—Tengo una idea —comenta.

Mi padre parece inquieto.

—Ya lo veo. O, más bien, lo siento.

Mi madre y yo nos reímos. Espero poder hacer lo que quiera cuando sea mayor, y salirme con la mía así porque sí.

—¿Por eso me has pegado? —dice mi padre—. No.

lola vuelve a mover el bastón.

Esta vez papá se levanta.

—Te voy a quitar eso. No es un arma.

—Ya lo sé —responde ella—. Es un captador de atención. Jasmine dice que el padre de Royce ha llamado al juez y que se han concedido los visados.

—Ya, ya nos hemos enterado —replica él.

—Vuelve a llamarlo. No puedes quedarte aquí sentado esperando. ¡Tienes que recordar a la gente que haga su trabajo!

—Hemos llamado, pero no tenemos novedades.

—¡Vuelve a llamarlo! Llámalo hasta que te dé novedades.

—Tiene razón —intervengo yo—. Vamos a seguir llamando.

—De acuerdo, ¿qué mal puede hacer? —cede mi padre.

Unos días más tarde, recibimos un mensaje del señor Alvarado convocándonos en su despacho a la una del mediodía. Llegamos diez minutos antes. Estamos todos saliendo del automóvil, preguntándonos por qué quiere vernos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Isko.

—No lo sé —responde mi padre—. Tu hermana ha recibido un mensaje de esa serpiente de abogado que requiere que venga toda la familia. Creo que deberíamos de habernos escondido a vosotros dos en el armario antes de salir.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta mi hermano.

Papá abre la puerta del coche.

—Puede que sea ahora cuando vengan a detenerte.

Isko sale del vehículo.

—¿Quién me va a detener?

—El ICE.

—Deja de intentar asustarlos —le riñe mi madre, que le lanza una mirada a mi padre. Este se queda callado.

—¿Qué es ICE?

—El Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos —explico—.

Identifican a personas sin documentación y las arrestan, incluso en las iglesias.

Isko se esconde detrás de mí.

—¿Están aquí?

—Parad ya —se queja mi madre—. Los dos. Jasmine, no seas mala.

Mi padre se ríe.

—Me estoy burlando de ti. El abogado seguramente quiera despedirse de nosotros y que firmemos algunos documentos.

—¿Tenemos que firmar nosotros también? —pregunta Isko.

Nadie le responde.

El señor Alvarado nos recibe en la puerta.

—Me alegra que hayan venido todos. Tomen asiento.

—¿Dónde tenemos que firmar? —pregunta mi padre cuando todos nos acomodamos en una silla. Se sienta junto al escritorio del abogado y mi madre, a su lado—. Terminemos con esto.

El señor Alvarado exhala un suspiro.

—Me temo que no es por eso por lo que están aquí, señor de los Santos.

—¿No me diga que la situación ha empeorado? Tenemos pensado marcharnos en dos semanas, como se nos ha requerido —señala papá. Aún no hemos vendido la casa, pero lola Cherry nos enviará el dinero cuando así sea.

—Hay una novedad —expone el abogado.

—¿De qué tipo? —pregunta mi padre con enfado—. Nos hemos encontrado con todo tipo de obstáculos. ¿Qué quiere ahora el tío Sam? ¿Nuestros ahorros? ¿Qué nos vayamos de inmediato?

Mi madre apoya el brazo en su pierna para intentar calmarlo.

El señor Alvarado sostiene un bolígrafo y tamborilea con él en la mesa.

—He recibido una llamada del juez Reynolds —señala. Estamos todos aguantando la respiración. Me encuentro en mi primera competición de animadoras, delante del público, muerta de miedo.

Me da la sensación de que el silencio dura una eternidad. Y, al fin, declara triunfante:

—El juez Reynolds me ha informado personalmente de que su deportación ha sido cancelada.

—¿Cancelada? —repite papá.

Mi madre se agarra a él con una mano y se lleva la otra a la boca.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha hecho cambiar de idea?

—Si deciden quedarse en Estados Unidos —continúa el señor Alvarado—, se le permitirá a su familia vivir con visados de trabajo temporales hasta que consigan visados de inmigración por empleo, lo que ya se ha aprobado.

—¿Qué? —exclamo, loca de felicidad—. ¡No me lo puedo creer! ¡Podemos quedarnos! ¡Puedo ir a Stanford!

—¿Podemos quedarnos? —pregunta Isko, que se pone en pie.

Por un instante, Danny no se mueve. Después esboza una enorme sonrisa y se levanta con Isko, a punto de derribarlo.

Le envió un mensaje a Royce.

¡Tu padre lo ha conseguido! ¡El juez ha dado marcha atrás! ¡No tenemos que marcharnos! ¡Podemos quedarnos! ¡Y voy a ir a Stanford! ¡Contigo! ¡Madre mía!

No me lo creo, me parece todo un sueño.

¡sí! ¡lo sabía! ¡¡¡Sí!!!, me contesta él.

Sigo sin creérmelo. Siento un peso enorme menos sobre los hombros. No me había dado cuenta de la cantidad de estrés que estaba soportando hasta que este ha desaparecido. Me siento muy agradecida.

El señor Alvarado se esfuerza por hacerse oír entre nuestros gritos.

—Si juegan bien sus cartas, en unos años su hija podrá conseguir un visado diferente que se concede a personas con habilidades excepcionales. Por supuesto, tiene que obtener un graduado avanzado. Teniendo en consideración el camino que sigue actualmente, no habrá ningún problema. Además, estos visados les ofrecen la posibilidad de solicitar los permisos de residencia y, posteriormente, la ciudadanía.

Apenas lo escuchamos. Estamos saltando, vitoreando, abrazándonos.

—Y, en efecto, tienen que firmar algunos documentos —concluye.

Seguimos sin prestarle atención.

—¡Ya os dije que este abogado nos iba a sacar de esta! —exclama mi padre.

—No entiendo cómo ha pasado esto —llora mi madre.

Pero yo sí lo sé. Pienso en el congresista Blakely y en la llamada que le pidió Royce que hiciera después de la pelea con Mason. Royce lo hizo por mí, por su familia, por él. Siempre me ha ofrecido ayuda y me alegra haberla aceptado por fin.

El señor Alvarado se sienta y sacude la cabeza. Sonríe como si fuéramos las personas más inestables que ha conocido nunca, pero no me importa lo que nadie piense de nosotros. La familia de los Santos siempre permanecerá unida.

49

Cuando todo el mundo está en silencio, incluso una sola voz se vuelve poderosa.

—MALALA YOUSAFZAI

Es junio, el mes al que tanto pensaba que temería porque significaría que tendríamos que irnos de América para siempre. Y, sin embargo, tengo ante mí mi futuro, mi glorioso futuro, en tan perfecto estado como a principios de curso. Incluso más perfecto porque me ha costado más ganármelo. El sol brilla resplandeciente sobre cientos de personas en el estadio, el lugar de mi graduación. Es un precioso día típico del sur de California, con un cielo sin nubes y unos agradables veinticuatro grados.

Unos días antes asistí a la graduación de Royce y observé, con orgullo, cómo aceptaba el premio a las Artes del Lenguaje. Su clase era mucho menos numerosa que la mía, y la ceremonia tuvo lugar en el Walt Disney Concert Hall. Las chicas llevaban todos vestidos blancos bajo las togas de graduación, como el grupo de debutantes que eran. Royce se pasó todo el evento escribiéndome desde el escenario.

royceb: estoy muy aburrido. qué bien que no tenga que dar un discurso como tú.

jasmindls: estás adorable ahí arriba.

royceb: gracias. tú también estás adorable desde aquí arriba. 🐱

Lo que significaba que me veía el escote, porque llevaba puesto el vestido rojo que me puse para ir a Spago. Chico malo.

Ahora yo estoy sentada en el escenario, en mi graduación, repitiendo el discurso en mi cabeza. Desde donde me encuentro, veo que el estadio está lleno con los familiares y amigos de todo el mundo. Apenas distingo a mis padres y hermanos junto a la fila cincuenta. Royce está sentado con ellos, muy guapo con el pelo peinado hacia atrás y la corbata que le regalé con la bandera de Filipinas a un lado y la de Estados Unidos al otro. Cuando me vibra el teléfono, me lo saco del bolsillo de la toga escondidas. La ceremonia no ha empezado aún, así que me siento segura haciendo esto. Es Royce, por supuesto.

royceb: estás adorable ahí arriba.

jasmindls: Espera a ver lo que llevo debajo de la toga.

royceb: 😊 me estás matando.

royceb: mi imaginación se ha vuelto loca.

jasmindls: 🐱 A los chicos que saben esperar les pasan cosas buenas.

royceb: vale, ahora voy a ser incapaz de escuchar una sola palabra que digas.

royceb: buena suerte, vas a estar estupenda.

royceb: quién iba a decir que las escuelas públicas pudieran tener discursos tan guays.

royceb: es broma.

jasmindls: Sí, ¡las escuelas públicas tienen hasta profesores! ¿Te lo puedes creer?

Me fuerzo a reprimir la risa cuando guardo el teléfono. La ceremonia está empezando, pero no presto atención a los comentarios de apertura ni a nada. Lo único que

hago es repasar mi discurso, que es distinto al que planeaba escribir en noviembre. Muy distinto. Además, no soy la única graduada con mejores notas, comparto ese honor con otra estudiante de último curso, Amanda Hiller, que va a estudiar Robótica en el MIT. Si no fuera por un episodio de fiebres en el Valley que hizo que bajaran sus calificaciones en tercero, probablemente no estaría a su lado. Después de todo lo que ha sucedido este curso, me siento afortunada por estar aquí. Casi lo daba por sentado.

Amanda pronuncia su discurso, pero soy incapaz de escuchar una sola palabra. Sigo repasando mentalmente el mío, tiene que estar perfecto. Puede que sea mi última oportunidad para destacar en el instituto.

Cuando Amanda termina y la directora López comienza a presentarme, siento el deseo irracional de bajar del escenario y salir corriendo. Pero cuando los hombros y me dirijo al podio. Tras reajustar el micrófono, vuelvo a alzar la mirada. Esta vez miro a los graduados. Cientos de rostros familiares. Ni uno de ellos está infeliz. Algunos muestran signos obvios de aburrimiento. Sus padres parecen mucho más nerviosos. Son ellos, al igual que mis padres, los que entienden de verdad lo impredecible que puede ser el mundo.

Decido, de forma impulsiva, que tengo que empezar con eso.

—El mundo está lleno de incertidumbres —comienzo—. Nosotros, los graduados, no solemos darnos cuenta de ello de jóvenes. En especial hoy. Para nosotros, todo es alcanzable. Podemos hacer cualquier cosa. No nos importan nuestras decisiones siempre y cuando sintamos que estamos avanzando. Pero nuestros padres, sobre todo los míos, son quienes comprenden de verdad que hay obstáculos a nuestro paso. Tenemos que estar preparados para posibles cambios repentinos. —Tomo aliento. La gente parece estar atenta. Incluso Kayla, que está sentada en la tercera fila, junto a mis amigos del grupo de matemáticas, animadoras e incluso jugadores de fútbol. Ya puedo empezar mi discurso, ese en el que tanto he trabajado junto a Royce estas últimas semanas agrídulces.

»Queridos graduados. —Mi voz es apenas un suspiro. Me aclaro la garganta y continuo, un poco más alto esta vez—. Quiero hablaros de esperanza en estos tiempos de cambio. Muchos de vosotros sabéis que no hace mucho me encontraba en una situación que parecía desesperada, sobre todo para mí. Siempre he pensado que era una residente legal de este país, una persona en el trayecto de convertirse en estadounidense, pero, ¿sabéis qué? No era así. Mi familia estaba aquí de forma ilegal. Por un tiempo creí que lo había perdido todo. Mi futuro, mi país. Las barreras parecían infranqueables. La deportación se acercaba como un leviatán.

»Estudiamos el *Leviatán* de Thomas Hobbes en la clase de Historia del señor Maynard. Gracias, señor Maynard, echaremos de menos sus muchas referencias a las últimas películas distópicas juveniles.

Los estudiantes se ríen un poco y me siento más ligera. Puedo con este discurso.

—El señor Maynard, como todos los profesores, nos ha enseñado algo sobre nosotros

mismos. Es un poco distinto en cada caso. Somos todos criaturas únicas. Aunque, quizá, algunos de vosotros os parezcáis más a monstruos.

Hago una pequeña pausa mientras la gente se ríe, sobre todo mis padres. La gente está atenta y las rodillas han dejado de temblarme. Ahora mi voz suena más segura.

—Prometo que no os voy a dar un discurso sobre historia, pero quiero citar unas pocas referencias más de esta historia, de *Leviatán*, que se escribió en 1651, más de cien años antes que nuestra Declaración de la Independencia. Una de las cosas en las que creía Hobbes era el Reino de la Oscuridad. Pero no se refería al infierno. Hablaba de la oscuridad de la ignorancia. El conocimiento verdadero era la luz, eso pensaba. Graduados, no debemos ser ignorantes. Lo que tenéis, lo que tenemos todos que hacer en los años venideros es buscar la luz del conocimiento verdadero para el bien de la sociedad.

»En mi caso, cuando descubrí que me iban a deportar porque no era legalmente estadounidense, perdí de vista quién era. Pensé que una hoja de papel me definía, que era una persona distinta, inferior. Pero a lo largo de todo este año me he dado cuenta de que nunca ha cambiado quién soy yo. La ley decía de mí que, como ser humano, era ilegal, que no pertenecía al lugar que siempre había considerado mi hogar, y permití que esto cambiara mi percepción acerca de quién soy.

»Cuando me senté a escribir este discurso de graduación, recordé que estos siempre suelen estar llenos de consejos. Y pensé: ¿quién soy yo para dar consejos a mis compañeros?, ¿qué voy a decirles? Y solo encontré una respuesta.

»Nadie, ni la ley, ni el director de admisiones de una universidad, ni vuestros amigos, ni vuestros profesores, padres o cualquier otra persona, puede definir quiénes sois. La única persona que puede hacer eso sois vosotros. Aunque no podáis controlar las cosas que os suceden, podéis controlar vuestra perspectiva y acciones. No existe el momento en el que no podáis elegir quiénes queréis ser.

»Pero tenemos que ir incluso más allá. La vida no consiste únicamente en descubrir qué necesitamos. También tenemos que ver cómo podemos ayudar a otros.

»Tenemos que preguntarnos a nosotros mismos: ¿qué podemos hacer para mejorar nosotros y este país? ¿Qué podemos hacer para ser recordados? ¿Quiénes queremos ser? —repito las palabras de Suzanne en el viaje a Washington D. C.—. Nuestra Constitución ha sido siempre un documento vivo que no solo captura un momento de cambio en el tiempo, sino una transformación que tiene lugar incluso hoy.

»En mi caso, soy afortunada por la cancelación de la deportación y el visado temporal que permitirá que mi familia solicite el permiso de residencia y que nos da la posibilidad de convertirnos en ciudadanos de esta gran nación. Como ciudadana, combatiré a los individuos y empresas que se aprovechan de las personas a las que se les priva el voto, que se benefician de las deportaciones, deteniendo y encarcelando a familias enteras en centros de detención abarrotados en las fronteras, destruyendo así de forma deliberada el sueño americano de millones de personas cada día.

»Os animo a encontrar vuestra pasión. A seguir la luz del conocimiento verdadero. A hallar lo que os inspira. A descubrir lo que os apasiona, lo que os ayuda a reconocer el sentido de la justicia que ya arde en vuestro corazón. Dar voz a los que no la tienen, ayudar a los desamparados, ser refugio para los que no tienen recursos ni dinero. Seguid luchando, por vosotros y por el futuro de nuestro país. Gracias.

El aplauso es ensordecedor y el público está en pie, pero no veo ni oigo nada. Estoy demasiado ocupada sonriendo a mi familia, a Royce, a Kayla, a mis amigos y profesores, a todos los que han permanecido a mi lado.

Aunque se supone que este momento es mío, es mucho más que eso, mucho más grande que yo. No se trata únicamente de una inmigrante indocumentada, sino de todo el que tiene un sueño y un propósito que alcanzar. Amo mi país y no me detendré hasta que sea una de sus ciudadanas.

50

La vida no se mide por los momentos que respiramos, sino por los momentos que nos dejan sin respiración

—MAYA ANGELOU

Gracias a Dios que nadie nos ha comprado la casa. ¿Dónde íbamos a celebrar si no mi fiesta de graduación? Cuando mi padre entra por la puerta con las compras de última hora, Bob Marley Lives ya ha hecho las pruebas de sonido y está empezando la actuación. Dylan ya rockea y la voz de Julian es estridente y digna de más de un desmayo.

—¿Qué es este ruido? —pregunta mi padre.

Me río.

—¡Es música!

—¿Estos son tus amigos? ¿Acaban de salir de la cárcel?

—No, papá. —Me abrazo a él y consigo que se relaje un poco. Siempre he sido una niña de papá—. Gracias por permitir que venga todo el mundo.

Royce llega temprano. Sonríe de oreja a oreja y está prácticamente oculto detrás del segundo ramo de flores más grande que he visto nunca.

—Hola, cielo —lo saludo, e intento darle un beso sin darme con los pétalos en la cara.

—¿Llego tarde? —pregunta.

—No, llegas justo a tiempo.

La casa está llena de rostros familiares. Me da la sensación de que está aquí toda la gente que conozco. La entrenadora Davis. La señora García. Mis chicas animadoras. Lo y sus amigos. El consejo de estudiantes. El club de matemáticas. Los chicos de la Federación de Becas de California. Unos cuantos compañeros del equipo de fútbol.

Papá carraspea.

—Ve a ayudar a tu madre en la cocina.

Mi madre me llama.

—¡*Neneng!* Necesito ayuda. Saca estas bandejas a la mesa. Nuestros invitados no pueden morir de hambre. ¿No te lo tengo dicho?

Saludo a Dylan y a Julian cuando atravieso el salón. Mis hermanos bailan al ritmo del rock delante del grupo y Kayla baila a su lado. A ella les parece de lo más divertido, y me gusta verla sonreír y reír. Me da la sensación de que este año que ha pasado ha sido tan tenso que a veces hemos forzado las risas. Ya no es así. Hoy no.

No puedo pensar en nada por lo que no me sienta agradecida.

La cocina está repleta de montañas de comida. Mi madre enseña a la señora Blakely cómo rellenar y enrollar los *lumpia* mientras Lola Cherry y Millie, sentadas juntas, cuentan historias sobre sus largas y alocadas vidas. Olivia se pasea por el salón en su moto, algo un tanto peligroso dadas las dimensiones de la habitación (diminutas) y a la cantidad de gente (mucho), pero a nadie parece importarle. Mason sigue en el centro de rehabilitación, en Utah.

Hace unos días mi madre se enteró, por parte de algunos amigos del hospital, de que el donante que quería que se despidiera a todos los trabajadores indocumentados no era otro que el congresista Blakely. Qué paradoja, él ha formado parte de nuestra crisis y también ha sido quien la ha solucionado. Se cierra un círculo. Con la ayuda de Royce, he podido incluso juntar las historias en un libro e imprimir algunas copias para los pacientes.

Por si fuera poco, cuando vuelvo a darle las gracias al congresista Blakely por lo que ha hecho por mi familia, menciona que consiguió persuadir al juez con la ayuda de la senadora Lauren Silverton. Como demócrata de alto rango, movió algunos hilos.

—Me las arreglo con un poco de ayuda de mis amigos —me dice con un guiño.

Veo a Lola engancharlo con el bastón y tirar de él.

—Tengo una pregunta para usted —le dice.

Sorprendido, el congresista Blakely la toma de la mano.

—Vaya, menuda belleza es usted —la adula.

Lola enarca las cejas.

—Gracias.

—¿De qué desea hablar? —le pregunta—. ¿Asistencia médica? ¿Seguridad social?

—¿Por qué me iba a importar eso? —Lola se encoge de hombros, como si estuviera confundida—. ¡Quiero que me cuente algo sobre los otros congresistas guapos! ¿Hay alguno disponible?

Millie se ríe junto a Lola.

Cuando pasa por la mesa, papá le da una palmada en el hombro al padre de Royce.

—Cuidado con esta. Es peor que una adolescente.

El congresista parece desamparado.

—¿Con qué necesitas que te ayude, mamá? —le pregunto.

—Saca esa cosa del frigorífico. —Lo señala con la mano.

Me doy la vuelta y me acerco al electrodoméstico.

—¿Qué cosa?

—¡Esa cosa!

—¡Ay! —exclamo—. Nunca te explicas. —Voy a abrir la puerta, a la espera de más instrucciones, cuando veo un paquete pequeño con una etiqueta que tiene mi nombre—. ¿Qué es esto? —Lo saco. Pesa poco.

Mi madre se acerca y me da un abrazo.

—¿No sabes qué se hace con un regalo?

Miro a mi alrededor. Mis padres están sonriendo. La música ruge en el salón. Abro el paquete y veo una cajita pequeña dentro. Levanto la tapa y me encuentro un anillo dorado con una piedra roja oscura. Es un anillo de graduación y en el centro tiene gravado el árbol de Stanford.

—¡Mamá! ¡Papá! —chillo—. ¡Gracias!

Miro a Royce, que está sentado con los amigos de Lo. Me guiña un ojo.

—Mira la parte interna —me grita para hacerse oír por encima de la música—. Les pedí que grabaran una cosa.

Hago lo que me pide y veo el lema de Stanford grabado en el anillo: *Die Luft der Freiheit weht*. He pasado mi tiempo libre leyendo todo lo que he podido sobre Stanford. Me sé la traducción de memoria.

«Sopla el viento de la libertad».

—Teníamos algo de dinero extra cuando empezamos a ahorrar para marcharnos — comenta papá.

Se me llenan los ojos de lágrimas justo cuando Kayla entra en la habitación.

—¿Otra vez lloriqueando? —se ríe—. Bonito anillo. Póntelo ya. Tus hermanos y yo queremos que te unas a nosotros.

—Esa música —se queja mi padre—. Nos vamos a quedar todos sordos.

—¡A mí me gusta! —grita lola Cherry.

—A mí también —señala Debra.

Mi madre pierde de repente los nervios. Se acerca corriendo al horno.

—¡Los *lumpia* se van a quemar!

—Vamos —me anima Kayla—. Ha llegado el momento de celebrar. ¡Vamos a bailar!

Pero es a Royce a quien quiero ahora mismo y me acerco a él.

—Eh, ¿bailas conmigo? —le pido.

—Claro. Lo hemos conseguido, Jas —me dice con ojos cariñosos—. Vamos a ir juntos a Stanford. Parece un cuento de hadas, ¿verdad?

—¿Entonces yo soy Cenicienta? ¿Y se supone que tú eres el Príncipe Encantador?

Sonríe.

—Algo así... —Siempre ha sido el más tierno de los dos, el más romántico. Nos complementamos bien. Él es fuerte cuando yo soy débil, y al revés—. Sí, igual que un cuento de hadas, excepto por que, con suerte, no habrá ratones parlantes en nuestras habitaciones de Stanford.

Voy a darle una palmada en el brazo, pero me agarra la mano. Su caricia hace que en mi interior salten chispas.

Royce me levanta los dedos a la luz y admira mi anillo de graduación. Pienso en lo encadenada que me he sentido todo este año, en lo mucho que he tenido que esforzarme para llegar hasta aquí, en la inscripción que hay en la parte interna del anillo —«Sopla el viento de la libertad»— y en lo bien que resume este momento.

—Estás equivocado, amor. No es un cuento de hadas. —Tiro de él para que nos unamos a la fiesta y podamos bailar juntos—. Es mejor. Es nuestra vida.

Nota de la autora

Querido lector:

Aunque la historia de Jasmine sobre una estudiante ejemplar que descubre que es una inmigrante ilegal no es mi historia, la llevo en el corazón y es muy similar a mi experiencia.

La Beca Nacional del libro es una creación ficticia, inspirada en los programas del Premio Westinghouse, la Beca Presidencial y el Beca Nacional al Mérito. (En el instituto, gané la Beca Presidencial y la Nacional al Mérito).

Mi familia se mudó a Estados Unidos en 1985, cuando yo tenía trece años. Mi padre tenía un visado de trabajo que permite a su portador solicitar el permiso de residencia a los tres años. Durante este proceso, sin embargo, a nuestra familia la estafó un abogado de inmigración (y, tristemente, amigo de mi padre), que no archivó nuestra documentación en el Servicio de Inmigración y Naturalización. Mi padre decidió encargarse de la documentación para realizar ajustes de la situación legal por sí mismo, sin la ayuda de ningún abogado.

Mientras esperábamos la aprobación, yo iba a último curso del instituto y solicitaba plaza en las universidades. No sabíamos si nos podrían conceder ayuda económica. Mi familia estaba aquí de forma legal, pero no teníamos aún el permiso de residencia. Mis padres me aseguraron que encontrarían un modo de afrontar los gastos de la universidad, pero todos esperábamos que me concedieran la ayuda económica.

El entusiasmo, ambición y determinación de Jasmine están inspirados en mis propios recuerdos del instituto, y su amor apasionado por su país tiene sus raíces en el que yo siento.

Al igual que Jasmine, a mí me aceptaron en muchas universidades de elite cuya aceptación no incluía ayuda económica. Empezaba a ponerme muy nerviosa, hasta que llegó la gloriosa carta de la Universidad de Columbia, que no solo me admitía, sino que, además, me ofrecía un paquete de ayuda económica increíblemente generoso. Como no cumplía los requisitos para solicitar la subvención Pell (una subvención federal que cubre a los estudiantes más necesitados), la escuela me ofreció una subvención privada.

Columbia es una de las varias escuelas de la nación que ofrecen ayudas a sus estudiantes sin tener en cuenta su situación legal. Es, sin ninguna duda, el factor más importante que cambió mi vida y me hizo ser quien soy hoy. Estoy aquí por la generosidad de patrocinadores ricos de mi escuela privada que financiaron mi educación en el Convento del Sagrado Corazón, y la política, también generosa y trascendental, de mi *alma mater*.

A día de hoy tengo la ciudadanía estadounidense gracias a la ayuda de unos amigos relacionados con el congreso y porque me enamoré de un chico americano. Tenía veintiún

años cuando mis padres recibieron el permiso de residencia, lo que me volvía a colocar a mí en una zona legal gris (este vacío legal ya está cerrado y las personas que llegaron a este país de niñas pero ya son adultas cuando reciben la aprobación también reciben el permiso de residencia).

Cuando mi marido y yo nos casamos en 2002, solicité el permiso de residencia. Sin embargo, cuando recibí la aprobación, nos habíamos mudado de Nueva York a Los Ángeles y nunca recibí la carta con la fecha de la entrevista. Mi expediente estaba marcado como «vencido». Tras esperar unos cuantos años más y pedir ayuda, uno de mis mejores amigos de la universidad que guardaba relación con un congresista local le preguntó a este si podía ayudarme. Me entrevistaron para el permiso de residencia en el despacho del congresista, que es lo equivalente a que me pasaran a la primera línea de los inmigrantes más importantes. Hace dos años, por fin me convertí en ciudadana estadounidense, después de veintiocho años en este país. Podré votar por primera vez en estas elecciones presidenciales.

Espero que la historia de Jasmine te parezca reveladora y emotiva, y que haya logrado hacer justicia a la historia de la lucha que tantos millones de personas viven en su trayecto para convertirse en estadounidense.

Gracias,

Melissa de la Cruz

Agradecimientos

Me siento muy agradecida con mucha gente, pero voy a empezar por mi editora, Natashya Wilson, que no solo me pidió que escribiera este libro, también me ayudó a darle forma del mejor modo posible a cada paso del camino. Muchas gracias, Tash, desde lo más profundo de mi corazón por la oportunidad de contar esta historia y tu cariño para sacarla a la luz.

Muchas gracias al maravilloso equipo de Harlequin: a TS Ferguson, Lauren Smulski, Margaret Marbury, Shara Alexander, Evan Brown, Olivia Gissing, Amy Jones, Ashley McCallan, Rebecca Snoddon, Gigi Lau, Erin Craig, Reka Rubin, Suzanne Mitchell, Ingrid Dolan, Kristin Errico y, sobre todo, Siena Koncsol y Bryn Collier. Nunca olvidaré nuestra cena en Everest y la pancarta más grande que el McComick Place en la feria del libro Book Expo America.

Muchas gracias a Michelle Tan, Jennifer Abidor, Joey Bartolomeo, Laura Brounstein, Chloe Chase, Jacqueline Deval, Danielle Kam y a todo el mundo de *Seventeen* por vuestro entusiasmo y apoyo. ¡Estoy muy orgullosa de presentar vuestro sello!

Mientras escribía este libro, sufrí una crisis de salud. Estoy aquí hoy gracias al increíble despliegue de amor de mi familia y amigos.

En mi familia nunca nos damos las gracias porque residimos en la gratitud. Aun así, gracias a mamá, Aina, Chito, Steve, Christina, Nicholas, Joseph, Sebastian y Marie, y a nuestras extensas familias de la Cruz, Johnston, Ong, Gaisano, Torre, Ng y Lim, en especial a la tita Odette, tita Sony y tito Badong; tito Eddie y tita Joji; Trina y Terence; Isabelle y Clark; y Tina, Melanie, Mica y Maj.

Gracias sobre todo a mi madre, que estuvo a mi lado en cada escáner y prueba; a mi hermano, por las conversaciones por FaceTime; y a mi hermana, Aina, que, cuando le pregunté de broma dónde estaba mi regalo por estar en el hospital, me respondió: «Vas a vivir, ese es tu regalo». Así es mi familia, siempre dando en el clavo. Se sienten aliviados porque este libro no está enteramente basado en nuestra familia. (Para leer esa historia, mi novela *Fresh Off the Boat* salió publicada por Harper en 2005).

Gracias a mi genial agente y queridos amigos Richard Abate y Rachel Kim de 3Arts.

Gracias a todo Spilled Ink, sobre todo a Jane Hawley y a Colleen Wilson.

Gracias a mis hermanas de madres diferentes Rafi y Margie por todo, incluido el arreglo de globos más grande que mi casa y el nuevo programa de comida.

Gracias a mis leales amigos de Nueva York por las risas interminables y los cócteles: Andy Goffe, Jeff Levin, Tristan Ashby, Jeff Chu, Peter Edmonston y Tyler Rollins. Gracias a mi hermana de moda Karen Robinovitz. A mi grupo de CC'93, mis hermanas de la universidad Jennie Harman y Alicia Carmona. Estoy muy feliz de haberme encontrado

con Thad y Gabby en Atlanta.

Gracias al fabuloso grupo de LA-NY-London: Tom Dolby, Tina Hay y Lady (Katie) Hawkesbury.

Gracias a mis maravillosos compañeros mamás y papás, que siempre han acudido para celebrar o acompañar cuando la ocasión lo ha requerido; me siento afortunada por formar parte de nuestra comunidad CH: Heidi y Andy McKenna, Jill Lorie y Steve Stewart, Dawn y Dan Limerick, Tiffany Moon y Cole Hartman, Celeste y Patrick Vos, Jenni y Adam Gerber, Nicole y Chris Jones, Ava y Ron McKay, Betty y Mike Balian, Lisa y Todd Orlando, Carolyn y Bob Holmes, Bronwyn Savasta y Sean Curley, Gloria Jolley y Scott Johnson, Saher y Bassil Hamideh, Carol Koh y Tony Evans, Heidi y Sasha Madzar, Heather Y Eman Kiriakou, Tim y Kathleen Von Der Ahe, Jenny y Andy Van Tuyle, Fatima Gonclaves y Auggie Ruiz, Liz Craft y Adam Fierro, Lindsay y Jason Nesmith, Michelle y Scott Bergman, Amanda y Mark Ewing, Bridget y Mike Johnsen, Vicki y Mark Haller, Ange y Dave Reiner, Dana y Charles Boyd, Maria Cina y Blair Harrison, Jen y Larry Kuklin, Jenn y Paul Davidson, Rhoda Lawrence y Marcuis Harris, Molly y Chad Ludwig, y Maggie y Robert Silverberg.

Gracias a la encantadora comunidad de autores a los que me siento orgullosa de llamar amigos, sobre todo a mi Yallfamily: Marie Lu y Primo Gallanosa, Tahereh Mafi y Ransom Riggs, Veronica Roth, Kami García, Sandy London, Brendan Reichs, Leigh Bardugo, Jonatham y Lauren Sanchez, Patrick Dolan y Abbey Gardner.

Gracias a mis queridas compañeras autoras y editoras Jen Besser, Rachel Cohn, Ally Carter, Sarah Mlynowski y Eoin Colfer.

Gracias a mi familia de Disney Book Group y Disney Channel por la ayuda. Gracias a Emily (Em!) Meehan, Naketha («junior varsity») Mattocks, Seal (Eddie, darling) Ballenger y MaryAnn (MAZ) Zissimoss.

Gracias a mi querida ángel Rachel Boston.

Gracias al director de la Asociación Americana del Corazón, que se aseguró de que contara con los mejores médicos en Los Ángeles.

Me siento muy afortunada de que me quieran tanto.

Por último, pero no menos importante, mi amigo Gabriel Sandoval me ayudó a conseguir el permiso de residencia y, para agradecerle su amistad, le pedí más ayuda y lo llevé a Yallwest. Probablemente nunca podré darte las gracias lo suficiente por haber salvado mi solicitud del estado de «vencimiento», Gabe.

Mi familia es la razón por la que me levanto por la mañana con una sonrisa en la cara. Cada libro que escribo alberga todo mi amor por Mike, Mattie y Mimi, que consiguen que todo valga la pena.